

E. SIENKIEWICZ

A SANGRE
Y FUEGO

A SANGRE Y FUEGO

E. SIENKIÉWICZ

A SANGRE Y FUEGO

PRIMERA PARTE

DE LA TRILOGÍA NACIONAL POLACA

TRADUCCIÓN DE R. J. SLABY

TOMO SEGUNDO

BADAN LITERACYJNY PAN
BIBLIOTEKA

00-330 Warszawa, ul. Nowy Świat 72

Tel. 26-68-63



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255



ES PROPIEDAD

3028
<http://rcin.org.pl>

A SANGRE Y FUEGO

CAPÍTULO PRIMERO

Para comprender mejor lo que había ocurrido en Razlogi es menester retroceder un poco hacia lo pasado, hasta aquella noche en que Skretuski envió a Rendián a Kúdak con una carta para la princesa viuda. La carta contenía una encarecida súplica de que la dama se marchara con Elena a Lubnie, sin pérdida de tiempo, a ponerse bajo la protección del príncipe Jeremías, en vista de que la guerra podía estallar de un momento a otro. Rendián metióse en la *chaica* que Grodizki enviaba desde Kúdak para buscar pólvora, y se puso en camino. La embarcación avanzaba con lentitud, porque iba contra corriente.

Bajo las murallas de Kreménchug encontraron a las tropas de Krehovski y Barrabás, enviadas por los hetmanes contra Kmielnizki. Rendián presentóse a Barrabás, le habló de los peligros a que Skretuski se había expuesto de encaminarse a Sich, y rogó al viejo coronel que, cuando se entrevistara con Kmielnizki, no dejara de reclamarle con urgencia la entrega del embajador.

Inmediatamente continuó su camino.

Al despuntar el día llegaron a Chegrin. Al punto fueron rodeados por los guardias de cosacos regulares, que les preguntaron quiénes eran. Contestaron que venían de Kúdak y que eran portadores de una carta del señor Grodizki para los hetmanes. A pesar de estas explicaciones, hicieron desembarcar al anciano y a Rendián, quienes tenían que presentarse al coronel.

—¿Qué coronel?—preguntó el sargento.

—El coronel Loboda—respondieron los *esauls* de guardia.

—El gran hetmán le ha dado orden de detener e interrogar a todos cuantos lleguen de Sich a Chegrin.

Obedecieron. Rendián avanzaba con paso firme, pues no se creía, ni mucho menos, en peligro. Sabía que el poder de Jeremías se extendía hasta por aquella región. Condujéronles a casa de Teleñski, junto a la Esquina del Campanario de la plaza, donde el coronel Loboda se había alojado. Allí supieron que Loboda había partido, antes del amanecer, para Circasia; le reemplazaba su segundo. Tras un buen rato de espera se abrió al fin la puerta y apareció el coronel a quien aguardaban.

Rendián, al verle, sintió que se le doblaban las piernas.

Era Bogun.

En realidad, la autoridad del hetmán extendíase hasta Chegrin, pero como ni Loboda ni Bogun se habían adherido aún a Kmielnizki, y hasta protestaban de su fidelidad a la república, el gran hetmán les había designado cuartel allí y les había confiado la guarnición de Chegrin.

Bogun se sentó ante una mesa y comenzó el interrogatorio de los recién llegados.

El sargento, que traía la carta de Grodizki, contestaba por él y por Rendián. El joven jefe examinó la carta y se enteró detalladamente de los rumores que corrían en Kúdak. Era evidente que ardía en deseos de saber el motivo que había decidido a Grodizki a mandar la *chaica* con gente armada al gran hetmán; pero el coronel no pudo satisfacer su curiosidad, pues la carta estaba cerrada con un sello de lacre de Grodizki. Terminado el interrogatorio, Bogun sacaba ya la bolsa, dispuesto a despedirlos con alguna propina, cuando de pronto se abrió la puerta y entró Zagloba como una tromba.

—Escucha, Bogun—dijo,—el traidor Dopulo nos ha escondido su mejor hidromiel, el más añejo... Bajo con él a la bodega y veo en un rincón un haz de heno. «¿Qué es eso?, le pregunto...—Un poco de hierba seca, señor...» Me acerco, miro, y he aquí que asoma el gollete de una damajuana, lo mismo que asoma entre la hierba alta la cabeza de un tártaro. «¡Ah!, ¡bribón!—le digo,—vamos a distribuirnos el

trabajo: tú te comerás la paja, porque eres un borrico, y yo vaciaré la botella de aguardiente, puesto que soy persona...» He traído un jarrito para probarlo. Manda tú que traigan los vasos.

Diciendo esto, Zagloba apoyó una mano contra la cadeira, blandiendo con la otra la botella en el aire, mientras entonaba la siguiente copla:

Ea, Lolita, Anita, vengan los vasos,
pero también tus rojos labios
para que disfrutemos...

Aquí se interrumpió Zagloba de repente. Advirtiendo la presencia de Rendián, volvió a colocar la bombona sobre la mesa, diciendo:

—¡Cáspita!, ¿no es este el paje del señor Skretuski?

—¿De quién?—preguntó Bogun, aguzando el oído.

—De Skretuski, el teniente de húsares que fué enviado al fuerte de Kúdak... A su paso por aquí me obsequió con un aguamiel de Lubnie como no se ve ni siquiera bajo la paja de Dopulo... ¡Eh, amigo! ¿Qué es de tu amo? ¿Le has dejado bien de salud?

—Perfectamente, señor—respondió Rendián, sin conseguir disimular su turbación.—Me ha dado recuerdos para vos.

—Es un caballero, a quien tengo en grande estima... Pero, ¿cómo demonios te hallas tú en Chegrin? ¿Por qué te ha sacado tu amo de Kúdak?

—Allá él—contestó el mocito.—Tiene negocios de importancia en Lubnie y me ordenó que volviera... Al fin y al cabo, nada tenía yo que hacer en Kúdak.

Bogun, cuyos ojos no se habían apartado un instante de Rendián, le dijo de repente:

—Yo también conozco a tu amo; le vi en Razlogi...

Rendián volvió la cabeza, hizo como que no había oído bien y preguntó:

—¿En dónde decís, señor?

—En Razlogi.

—En la finca de los príncipes de Kurcévich—dijo Zagloba.

—¿De quiénes?

—Veo que te has vuelto sordo—dijo secamente Bogun.

—Es que me caigo de sueño.

—Tiempo tienes de dormir... ¿Conque tu amo te ha mandado a Lubnie?

—Sí, señor.

—En esto debe de andar metida alguna bella dama—observó Zagloba—a quien tú llevarás algún tierno mensaje.

—Que sé yo, señor; quizás sí, quizás no—contestó Rendián.

Luego, inclinándose ante Bogun y Zagloba, añadió, disponiéndose a salir:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Por los siglos de los siglos!—repuso Bogun.—Pero espera un poco, pajarito. ¡Qué prisa! ¿Por qué no me has dicho que eres criado de Skretuski?

—Porque no me lo habéis preguntado...; y yo me decía: ¿A qué decir bobadas?.. ¡Alabado sea Jesucristo!..

—Que esperes, te digo... ¿Te ha dado tu amo alguna carta más?

—El escribir a quien se le antoja es cosa de mi amo... y el llevar sus cartas a su destino es cosa mía, pero de nadie más... Señores, os presento mis respetos.

Bogun frunció sus cebellinas cejas y dió unas palmadas, a cuya señal entraron en el acto dos cosacos.

—¡Que le registren!—exclamó, señalando a Rendián.

—¡Por mi salud! ¿Qué violencia es esta?—respondió el paje con voz angustiada.—Soy hidalgo también, aunque de modesta condición... Os citaré ante la justicia, a la que tendréis que dar cuenta de este abuso.

—Bogun, déjale que se vaya en paz—terció Zagloba.

Entre tanto, uno de los guardias había encontrado ya dos cartas en el pecho de Rendián, las que entregó a su jefe. Bogun despidió a los guardias en el acto... Como no sabía leer, temía descubrir su ignorancia ante sus hombres... Así que hubieron salido, volvióse a Zagloba y le dijo:

—Lee; yo me encargo, entre tanto, del mozo.

Zagloba cerró el ojo izquierdo, que manchaba una nube blanca, y empezó por la dirección:

«A la graciosísima y muy ilustre señora princesa de Kurcévich.—Razlogi.»

—Es decir, que ibas a Lubnie, halcón mío, y no sabes dónde está Razlogi—dijo Bogun, lanzando a Rendián una mirada amenazadora.

—Iba adonde me han enviado—respondió el paje.

—¿Abro la carta?—preguntó Zagloba.—El sello de un noble es sagrado.

—Monseñor el hetmán me ha autorizado para examinar todas las cartas. Abre y lee.

Zagloba abrió la carta y leyó:

«Graciosísima señora: Tengo el honor de comunicar a Vuestra Alteza que he llegado felizmente al fuerte de Kú-dak, de donde, si Dios me favorece, en cuanto amanezca, me pondré hoy en camino para Sich. Escribo de noche por la inquietud que no me deja dormir, pues temo que os hayan causado daño el bandido de Bogun y su cuadrilla. Cristóbal Grodzki me ha dicho que pronto estallaría una gran guerra y que induciría también a la revuelta a los campesinos cosacos. Ruego encarecidamente a Vuestra Gracia vaya, al instante, a toda prisa, a Lubnie con la princesita, aunque sea a caballo y aunque la estepa no esté seca aún... Que vaya sin falta, pues veo que no podré volver a tiempo... Dígnese Vuestra Gracia cumplir sin demora mis humildes deseos, para procurarme la alegría de hallarla, a mi vuelta, en sitio seguro con su sobrinita. No tenga Vuestra Gracia relación alguna con Bogun, no le haga vanas promesas, atemorizada, ya que a mí me prometisteis la mano de la joven. Considero que es preferible cobijarse *sub tutela* (1), bajo el amparo del príncipe mi señor, quien no dejará de enviar un destacamento a Razlogi, y así tendréis garantizada también vuestra propiedad. Tengo el honor, Altísima e Ilustrísima Señora, etc., etc...»

—¡Eh! Me parece, maese Bogun, que el húsar te va a soplar la dama...—dijo Zagloba.—Los dos habéis cortejado a la misma doncella y no me habéis dicho nada... Pero consuélate. Lo mismo me sucedió a mí una vez...

La broma expiró en sus labios. Bogun continuaba senta-

(1) «Bajo de tutela.»

do ante la mesa, como una estatua; pero su faz pálida y convulsa, sus ojos cerrados, sus cejas fruncidas, daban a entender que algo horrible pasaba en su espíritu.

—¿Qué te sucede?—preguntó Zagloba.

El cosaco agitó febrilmente la mano, y de su boca brotó una voz ahogada, ronca:

—¡Lee, lee..., lee la otra carta!

—Va dirigida a la princesa Elena.

—¡Lee! ¡Lee!

Zagloba obedeció:

«Dulcísima y muy querida Elenita, dueña y reina de mi corazón: El servicio del duque me retendrá mucho tiempo en estos parajes. Escribo a vuestra tía suplicándole os conduzca, sin demora, a Lubnie, donde Bogun no podrá nada contra vuestra inocencia. Allí nuestro amor estará al abrigo de todo ataque...»

—¡Basta!—gritó Bogun de repente, con voz de trueno, saltando de la mesa como un loco.

Arrojóse sobre Rendián, y blandiendo la maza de armas, propinó al desgraciado paje tan fuerte mazazo en pleno pecho, que exhalando un solo gemido cayó rígido por tierra. Luego, presa de furor, se acercó a Zagloba y le arrebató las dos cartas.

El viejo hidalgo cogió la botella de hidromiel y fué a refugiarse junto a la chimenea.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!.. ¿Te has vuelto loco o rabioso? ¡Cálmate, sosiégate, por favor! ¿Por qué no metes la cabeza en un cubo de agua fría? Si no... ¡Mil demonios!.. ¿Me oyes?

—¡Sangre! ¡Sangre! —rugía Bogun.

—¿Estás poseso? ¡Te digo que metas la cabeza en agua fría! La sangre... ya la has vertido... y de un inocente... Este pobre chico no respira ya... ¡Te hostiga el demonio... o eres tú el demonio en persona!.. ¡Sosiégate, o si no!.. ¡Llévete el diablo!.. ¡Hijo de pagano!

Gritando así, Zagloba pasó al otro lado de la mesa, se dirigió al rincón donde yacía el paje... Se agachó, le palpó el pecho, le aplicó la mano a los labios... Brotó un chorro de sangre.

Bogun, apretándose la cabeza con entrambas manos, au-

llaba como un lobo herido. Luego desplomóse sobre el banco sin cesar de gemir, desgarrada su alma por la ira y el dolor... De pronto se levantó, corrió a la puerta, la abrió de un puntapié y salió.

—¡Lástima no te rompas la crisma!—refunfuñaba Zagloba.—Sí, ábrete el cráneo contra la cuadra o el granero; con tan hermosa cornamenta nada peligras... ¡Vaya una rabia!... En mi vida he visto cosa parecida... Los dientes le castañeteaban como a un perro encelado... Pero el pobre jovenzuelo respira todavía... ¡Dios mío!... Si este aguamiel no le resucita, es señal que ha mentido y no es hidalgo...

Y Zagloba, murmurando así, levantó la inerte cabeza de Rendián, se la puso entre sus rodillas, e introdujo cautelosamente entre los azulados labios del joven unas gotas del decantado líquido.

—Veremos si eres de sangre azul auténtica—decía al desmayado;—la sangre judía, regada con aguamiel o vino, bulle; la del bellaco, que es pesada, va al fondo; sólo la sangre noble se anima y se torna un líquido excelente que llena el cuerpo de virilidad y gallardía. Jesucristo destinó varias bebidas a las diferentes naciones para que cada una de ellas tuviera con qué consolarse y fortalecerse.

Rendián exhaló un débil gemido.

—¡Ah! ¡Ah! Le vas tomando el gusto... ¡No, hermanito, no, ya te basta! Ahora a mí... Así... Y en vista de que das señales de vida te llevaré a la cuadra y te esconderé en algún rincón obscuro para que ese maldito endriago cosaco no te remate cuando vuelva. ¡Vaya un amigo engorroso que tengo! ¡Mil diablos se lo lleven! ¡Veo que tiene la mano mucho más larga que el entendimiento!

Hablando así, Zagloba levantó a Rendián con fuerza y destreza poco comunes, y le llevó a la sala y luego al patio, donde jugaban a los dados unos veinte cosacos, acurrucados sobre una rústica alfombra.

—¡Eh!, muchachos, coged a este joven y acostadle en un haz de heno... Que vaya cualquiera de vosotros a avisar al barbero...

Obedecieron inmediatamente, porque Zagloba, como amigo de Bogun, gozaba de gran favor entre los cosacos.

—¿Dónde está vuestro coronel?—preguntó.

—Ha mandado ensillar su caballo; se ha ido al cuartel del regimiento y ha ordenado que nos preparemos todos a ponernos en marcha.

—¿Y mi caballo está ensillado también?

—Sí, señor.

—Venga, pues, el caballo. Voy en busca del coronel...

—¡Ahí viene!

En efecto, por el abovedado portal del edificio se veía a Bogun, que se acercaba, a caballo, hacia la plaza. Tras él aparecieron, a lo lejos, las lanzas de unos veinte jóvenes cosacos, listos, al parecer, para la marcha.

—¡A caballo!—les gritó, desde lejos, a los cosacos que se habían quedado en el patio.

Todos se apresuraron a salir. Zagloba apareció ante la puerta, y contemplando gravemente al joven caudillo, le preguntó:

—¿Te pones en marcha?

—Sí.

—¿Adónde te empuja el diablo?

—A mi boda.

El viejo hidalgo se acercó más y le dijo:

—¡Por la cólera de Dios! Hijo mío, el hetmán te ha confiado la guardia de la ciudad, pero tú, infringiendo la orden, no sólo desertas de tu puesto, sino que dejas la plaza sin tropas... El populacho sólo espera el momento propicio para echarse sobre los nobles... Pierdes la ciudad y te expones, además, a la ira del hetmán...

—¡Que perezcan la ciudad y el hetmán!

—Te juegas la cabeza.

—¡Que perezca también mi cabeza!

Zagloba comprendió que era inútil seguir discutiendo con el cosaco. Bogun había de obrar a su antojo, y aunque se perdiera y perdiera también a los demás, tenía que salirse con la suya. Zagloba, que sospechaba el objeto de la expedición, no sabía qué partido tomar: si acompañar a Bogun o quedarse en Chegrin... Acompañarle, antojábasele peligroso. Eso significaba en aquellos tiempos de ley marcial, de férrea disciplina, arriesgar la propia vida. ¿Quedarse? No cabía duda de que las turbas sólo esperaban las noticias de Sich y la seña convenida para empezar la

matanza, y quizá sin esperar el aviso se hubieran rebelado ya, a no ser por el respeto que les inspiraban aquel millar de hombres mandados por Bogun, que gozaba de gran autoridad en Ucrania.

En rigor, hubiera podido refugiarse en el campamento de los hetmanes; pero, sin duda, tendría sus motivos para no hacerlo. ¿No procedería quizá rehuyendo la condena por algún homicidio o por algún desfalco? Él sabría por qué no quería presentarse.

Le dolía tener que abandonar Chegrin, donde estaba como el pez en el agua, donde nadie le solía interrogar y donde había conseguido acoplar su vida tan estrechamente a la de todos los habitantes: a la de los nobles, a la de los administradores de los estarostes y a la de los próceres cosacos. En verdad que éstos estaban ahora ausentes y que los nobles buscaban un tranquilo refugio, temerosos de algún huracán; pero, así y todo, Bogun era para él el camarada de los camaradas, el compañero predilecto en sus libaciones. El buen trago les había hecho trabar conocimiento y fraternizar desde el primer momento, y eran los mejores amigos del mundo.

El cosaco derramaba oro por los dos; el hidalgo le ayudaba con sus mentiras, y los dos bulliciosos espíritus se avenían perfectamente.

Ahora, cuando se trataba de quedarse en Chegrin y sentirse expuesto al cuchillo del populacho o acompañar a Bogun, Zagloba se decidió a hacer esto último.

—Ya que obras como un desesperado, te haré compañía en el viaje—le dijo.—Quizá te ayude, quizá te contenga cuando sea conveniente. Nos amoldaremos uno a otro como el botón al ojal, pero todo lo que está sucediendo pasa ya de castaño oscuro.

Bogun guardaba silencio... Media hora después, doscientos cosacos estaban prontos para salir. La tropa se puso en marcha. Bogun cabalgaba a la cabeza, y Zagloba a su lado. La multitud, aglomerada en varios grupos en la plaza, los miraba de reojo al pasar, murmurando y tratando de adivinar adónde iban. ¿Volverían pronto, o dejaban definitivamente Chegrin?

Bogun cabalgaba silencioso, ensimismado, misterioso,

sombrío como la noche misma. Los soldados, sin cuidarse del objeto de la expedición, hubieran ido con él hasta el fin del mundo.

Atravesado el Dniéper, la fuerza siguió el camino que conduce a Lubnie.

Galopaban los caballos levantando nubes de polvo, y como el día era seco y bochornoso, no tardaron en cubrirse de espuma.

Tuvieron que refrenar la marcha, extendiéndose luego como un rosario a lo largo de la carretera. Bogun se adelantó, pero Zagloba se unió a él, deseoso de entablar conversación. El cosaco tenía la faz más serena, pero llevaba impresa en ella una tristeza mortal. Parecía que el lejano horizonte, que se perdía de vista hacia el Septentrión, más allá del Kagámlik, el galope de su corcel y el ambiente de la estepa, iban calmando poco a poco el huracán levantado en su pecho por la lectura de las cartas que había traído Rendián.

—Parece que cae fuego del cielo—dijo Zagloba;—hasta la paja que llevo en las botas humea; se siente demasiado calor, a pesar de estas casacas de hilo. No corre la menor brisa. ¡Bogun! ¡Escúchame, Bogun!

El joven caudillo, cual si saliera de un sueño, clavó sus negros y profundos ojos en Zagloba.

—Ten cuidado, hijo mío—prosiguió éste,—no te consumas de melancolía. Si llega a subírsete a la cabeza desde los intestinos, donde está su propio puesto, puede trastornarte fácilmente el juicio. No sabía yo que fueses un señorito tan romántico... Debiste de nacer en mayo, que es el mes de Venus, mes en que el aire está tan saturado de voluptuosidad, que hasta dos palos se enamorarían uno del otro... Los hombres que nacen en este mes tienen mayor deseo de la mujer que los demás... Pero sólo saldrá triunfante el que supiere refrenarse. Por eso te aconsejo: más vale que renuncies a tus proyectos de venganza. No me sorprende que tengas rencor contra los Kurcévich, pero ¿no te parece que en el mundo hay más de una mujer?

El joven cosaco, como si contestara a su propio dolor, no a Zagloba, murmuró con una voz que parecía más bien un gemido:

—Es mi tortolita, la única en el mundo entero.

—Aunque así fuera, me parece que todo es en vano, ya que otro palomar la atrae. Tienen razón los que afirman que el corazón es un soldado voluntario que sirve bajo la bandera que le conviene. Considera, además, que es una joven de elevada estirpe. Se dice que los Kurcévich presumen de ser de raza de príncipes... Picas demasiado alto, amigo.

—¡Al diablo la nobleza, los pergaminos y el orgullo!— dijo Bogun, golpeando con toda su fuerza la empuñadura del sable.—¡Este es mi origen, este mi derecho y mi pergamino, este es mi enviado y mi padrino de boda! ¡Ah, traidores! ¡Ah, raza maldita de enemigos!... Bueno era para vosotros el cosaco: le llamabais compañero vuestro, hermano vuestro; corríais con él hasta Crimea; con él compartisteis el botín tomado al infiel. Le mimasteis llamándole el hijo de vuestro corazón... Le prometisteis la mano de esa jovencita, y ahora ¿qué? Llegó un laj, perfumado y acicalado..., y rechazáis al cosaco, a vuestro hijo y compañero de antes... Le desgarrasteis el alma, le arrancasteis el corazón. A otro le dais la moza... y tú, cosaco... ¡muere de la tierra si quieres!... ¡Padece, cosaco, padece, padece!...

Temblábale la voz, rechinaba los dientes, se daba furiosas puñadas en el ancho pecho, que resonaban como un eco subterráneo.

Hubo un momento de silencio. Bogun respiraba con fuerza. El dolor y la ira estremecían alternativamente el alma salvaje, irrefrenable, del cosaco. Zagloba esperó a que desahogase su rabia y se tranquilizase.

—¿Qué piensas hacer, pues, desdichado?—le preguntó.—¿Cómo vas a proceder?

—Soy cosaco, ¡a la cosaca, pues!

—¡Hum! ¡Te veo!... Pero no se trata de eso. Una sola cosa te advierto: Razlogi está dentro de la jurisdicción del príncipe y estamos cerca de Lubnie. Skretuski escribió a la princesa viuda que se refugiara allá con la joven, y de esto se infiere que las dos están bajo la salvaguardia de Jeremías, que es un verdadero león.

—También es un león el kan, y le he hundido sin miedo la mano en el gaznate y le he pasado la tea por delante de los ojos,

—¡Insensato! ¿Te atreverías a declarar la guerra al príncipe?

—¡Bien se atrevió Kmielnizki a atacar a los hetmanes! ¿Qué me importa a mí vuestro príncipe?

La inquietud de Zagloba iba en aumento.

—¡Diablo!—exclamó.—Eso huele, sencillamente, a rebelión. *Vis armata, raptus puellæ et rebellio* (1)... Detrás de esto viene el verdugo, la horca y la soga. Hermosa cuadrilla, que si no te lleva lejos, conseguirá elevarte a gran altura... Además, ¿crees que no sabrán defenderse los príncipes de Razlogi?

—¡Qué me importa!... ¡O morirán ellos, o moriré yo!... Habría dado el alma por ellos. Los trataba ya como hermanos, y a la vieja princesa como a mi madre... La obedecía como un perro... Y ¿quién corrió a Crimea a librar a Basilio cuando le cogieron los tártaros, quién?... ¡Yo!... Los amaba, los servía como un esclavo, pensando merecer como recompensa la mano de la doncella... Y ellos, en cambio, me han vendido, me han vendido como a un esclavo, por mi mala suerte y desgracia. ¡Me rechazan! ¡Pues bien, me iré! Pero antes les pagaré el pan y la sal de su hospitalidad; se los pagaré como verdadero cosaco. Luego... ya sé el camino que debo seguir.

—¿Dónde piensas ir cuando rompas con el príncipe? ¿Piensas pasarte al campo de Kmiel (2)?...

—¡Ah! Si me hubieran dado a Elena, hubiese sido hermano vuestro, polacos, hubiese sido vuestro compañero, el sable en vuestras manos, vuestro servidor en vida y muerte, vuestro perro fiel. Yo hubiera aprestado todos mis cosacos, habría llamado también a otros muchos de Ucrania, y hubiéramos ido contra Kmiel y contra mis hermanos los zaporogos... Los habría destrozado bajo los cascos de mis caballos... ¿Y creéis que hubiera pedido alguna recompensa?... ¡Oh!, me hubiera llevado a la jovencita, me hubiera ido al Trans-Dniéper, a la divina estepa, a las Llanuras Salvajes, a las aguas tranquilas... Y no hubiera anhelado más. Pero ahora...

(1) «Fuerza armada, rapto de doncella y rebelión.»

(2) *Kmiel*=*lúpulo*, apodo dado a Kmielnizki (Lupulino).

—Ahora estás como un perro rabioso.

Bogun calló, y espoleando el caballo con el látigo, siguió adelante al galope.

Zagloba empezó a percatarse entonces de que se había metido en un mal negocio. Sin duda Bogun quería acometer a los Kurcévich para vengarse de sus entuertos y arrebatarse violentamente a la joven. Aun a semejante empresa se habría prestado Zagloba, ya que de casos parecidos había muchos en Ucrania, y ocurrían a menudo impunemente. Es verdad que, si el violador no era hidalgo, la cosa se complicaba más y llegaba a ser peligrosa... Pero era difícil hacer justicia en un cosaco, ya que nadie sabía dónde buscarle ni cogerle... Cuando un cosaco cometía algún desaguisado, refugiábase en las estepas salvajes, adonde no llegaba la mano de la justicia humana..., y diríase que la tierra se lo había tragado. Cuando estallaba alguna guerra o había alguna incursión tártara, aparecía nuevamente, ya que la justicia dormía entre el fragor de las armas. Bogun podía, pues, eludir la responsabilidad sin que fuera preciso que Zagloba le ayudara y cargase con la mitad de la culpabilidad. De todas suertes, nunca hubiera hecho Zagloba tal cosa, pues, aunque Bogun era su amigo, no era digno de un hidalgo como Zagloba hacer causa común con un cosaco contra la nobleza, y más aún conociendo, como conocía, a Skretuski, con el cual había vaciado más de una botella. Zagloba era amigo de pendencias y espadachín consumado, pero siempre sabía refrenarse cuando convenía. Una cosa eran las juergas en las tabernas de Chegrin en compañía de Bogun y de otros jefes cosacos, sobre todo si ellos pagaban el gasto, y otra... Dada la actitud amenazadora de los cosacos, convenía asegurarse amistad hasta con gente de tal calaña. Zagloba tenía mucho cuidado en no arriesgar su pellejo—algo agujereado ya,—pero ahora se daba cuenta de que, conquistando aquella amistad, se había metido en terrible atolladero. Era evidente que si Bogun raptaba la prometida de un teniente y favorito del príncipe, tendría que habérselas con Jeremías, y entonces no le quedaría más recurso que refugiarse bajo de las banderas de Kmielnizki, pasarse a los rebeldes. A eso se oponía decididamente Zagloba respecto a su persona, pues

no tenía maldita la gana de alistarse bajo tales banderas y hacer causa común con la revolución por la linda cara de Bogun, y además le inspiraba el príncipe un miedo cervical.

—¡Quiá! ¡Quiá!—murmuraba;—he retorcido al demonio el rabo, pero ahora me retorcerá él a mí la sesera... para quedarse con ella. Mal rayo parta a este *vataga* de cara femenina y de mano tártara... He salido a acompañarle a la boda..., pero maldita la gracia que me hace esa boda de perro. ¡Mal rayo parta a todos los Kurcévich y a todas las hembras! ¿De qué me sirven ya a mis años? Que el que se metió en honduras salga como pueda...; allá él, con su pan se lo coma. ¿Y todo esto para qué? ¿Soy yo, acaso, el que va a casarse? ¡Que se case el mismo diablo, me importa poco!... ¿A qué tengo yo que meterme en estos trotes? Si voy con Bogun, el príncipe me despelleja vivo, y si me aparto de él, la turba me hará picadillo, o él mismo sin esperar a que ella lo haga. Lo peor es fraternizar con villanos. Me está bien empleado. Preferiría estar ahora en la piel de mi caballo a estar en la mía. He trabado amistad con un cosaco loco, me he arrimado a una cabeza destornillada. ¡Bien empleado me estará que me sacudan el pellejo por los dos lados!

Sumido en estas reflexiones, Zagloba sudaba a chorros.

Su mal humor aumentaba por momentos. El calor era insoportable; el caballo se doblaba bajo el peso de la corpulencia del grueso hidalgo, pues había perdido la costumbre de hacer marchas de resistencia.

¡Dios mío! ¡Cuánto no habría dado el ingenioso caballero por encontrarse en aquel momento en la taberna, ante un jarro de cerveza fresca, en vez de estarse asando bajo los rayos abrasadores del sol en mitad de la árida estepa!

A despecho de la prisa loca de Bogun, refrenaron el paso de sus cabalgaduras, pues el calor amenazaba con asfixiarlas, y hasta las dejaron pastar un rato. Durante el breve alto Bogun habló en voz baja con sus subalternos, dándoles sin duda instrucciones, pues hasta entonces todos ignoraban adónde los conducía su jefe. A los oídos de Zagloba llegaron tan sólo las últimas órdenes.

—¡Esperad el pistoletazo!

—Bien, padrecito.

Bogun se volvió de repente hacia Zagloba.

—Tú sigues ahora adelante conmigo—le dijo.

—¡Yo!—contestó éste sin disimular su mal humor;—ya que le has hecho sudar media alma al que te quiere tanto, puedes hacerle sudar la otra media. Formamos una pareja como un jubón y sus forros. Espero que los demonios se nos llevarán juntos... En fin, lo mismo me da, porque no creo que en el infierno haga más calor que aquí.

—¡Marchemos!

—¡A escape!

Pusiéronse nuevamente en marcha. Los cosacos los siguieron, pero avanzaban con lentitud y no tardaron en quedarse muy rezagados y perderse de vista.

Bogun y Zagloba cabalgaban uno junto a otro pensativos y silenciosos. Zagloba se mordisqueaba el bigote, claro indicio de que su cabeza trabajaba con empeño. Quizá iba forjando un plan para salir de aquel atolladero con la piel intacta. A veces murmuraba palabras ininteligibles, a veces le dirigía miradas disimuladas a su compañero, en cuyo rostro se pintaban ya una rabia mal dominada, ya un dolor profundo.

—Es raro—pensaba Zagloba—que, siendo un mozo tan guapo, no haya sabido conquistar a una chica. Es un cosaco, eso sí, pero más o menos tarde será noble, será un caballero famoso y un teniente coronel de la Corona, si no se une a los rebeldes... Todo eso depende sólo de él... Skretuski será, no lo niego, un perfecto caballero y de buena figura, pero en cuanto a físico, no se le puede comparar con este gallardo *vataga*. ¡Cuando ambos vengan a las manos, su primer encuentro será cosa de ver!... ¡Menudos espada-chines están hechos los dos!...

—¿Conoces bien a Pan Skretuski, Bogun?—preguntó de pronto Zagloba.

—No—contestó el *vataga* lacónicamente.

—Te dará que hacer. Yo le he visto echar abajo la puerta de la hostería con el cráneo del estaroste Chaplinski. Es un verdadero Goliat, tan apto para empinar el codo como para blandir el sable.

Bogun no respondió y de nuevo se entregaron ambos a

sus pensamientos y preocupaciones, bajo cuyo peso Zagloba repetía de vez en cuando: «¡Qué vamos a hacerle!»

Pasaron algunas horas.

El sol seguía su curso hacia el lejano Occidente, hacia Chegrin. Del Oriente soplabá una brisa ligera y fresca... Zagloba se quitó la gorra de piel de lince, y pasándose la mano por la sudorosa frente, repitió: «¿Qué vamos a hacerle?»

Bogun, como despertando de un profundo sueño, preguntó:

—¿Qué dices?

—Digo que pronto va a cerrar la noche. ¿Tardaremos mucho en llegar?

—No, no mucho.

Al cabo de una hora cerró la noche, en efecto. Se habían internado en una hondonada del bosque, en cuyo fondo brillaba una luz.

—Es Razlogi—dijo Bogun.

—Sí. ¡Brrr! ¡Qué frío hace en este barranco!—exclamó Zagloba castañeteando los dientes.

Bogun paró el caballo.

—¡Esperemos aquí!—añadió.

Zagloba le miró. Los ojos del atamán, tan vivos, que brillaban en la obscuridad, ardían en aquel momento como dos ascuas. Ambos permanecieron inmóviles durante largo rato al borde del barranco. Por fin llegó a sus oídos resoplar de caballos. Eran los cosacos de Bogun que avanzaban por las profundidades del bosque.

El sargento se acercó a su jefe y recibió de éste algunas órdenes, dadas en voz baja.

Los cosacos se detuvieron.

—¡Sigamos!—le dijo Bogun a Zagloba.

Momentos después, erguía-se ante ellos la obscura masa del castillo.

Los cobertizos y las grúas de los pozos dibujáronse ante sus ojos. Un profundo silencio reinaba en el patio. Los perros no ladraban. La luna llena extendía sobre la mole de casas sus plateados rayos. La huerta exhalaba el perfume de los cerezos y manzanos en flor. Todo era quietud, calma, reposo... Sólo faltaba, en el dulce encanto de la

noche, una serenata de tiorbas bajo el balcón de la hermosa princesita.

Algunas ventanas estaban todavía iluminadas.

Los dos jinetes se acercaron a la puerta.

—¿Quién vive?—gritó el centinela.

—¿No me conoces, Máximo?

—¿Vuestra gracia por aquí?... ¡Loado sea Dios!

—...¡Por los siglos de los siglos!... ¡Abre! ¿Qué hay de nuevo?

—Nada, señor. Hace tiempo que no vemos a vuestra señoría en Razlogi...

Los goznes de la puerta rechinaron produciendo un sonido estridente, el puente levadizo cayó sobre el foso y los dos caballeros penetraron en la explanada.

—Escucha, Máximo, no cierres la puerta, ni alces el puente... Me voy al instante.

—¿Tan pronto? Pasáis como un relámpago.

—Sí, como un relámpago, eso es... Ata los caballos al poste.

CAPITULO II

Los Kurcévich velaban todavía. Estaban cenando en aquella sala de las armaduras que ocupaba todo el ancho de la casa desde el patio hasta la puerta opuesta, desde donde se divisaba el extenso huerto.

Al aparecer Bogun y Zagloba, todos se levantaron de un salto. En el rostro de la anciana se reflejaban al mismo tiempo el asombro, la contrariedad y el terror. De los jóvenes príncipes sólo Nicolás y Simeón estaban presentes.

—¡Bogun!... ¿A qué vienes?—preguntó la viuda.

—A saludaros, madre mía... ¿No os agrada volver a verme?

—¡Ya lo creo!... Pero me sorprende... ¿No mandas tú la guarnición de Chegrin? ¿Quién es ese señor que Dios trae a nuestro hogar?

—El señor Zagloba, hidalgo amigo mío.

—Tenemos mucho gusto en recibirle—dijo la anciana.

—Mucho gusto—repitieron, como un eco, Simeón y Nicolás.

—Señora—dijo Zagloba,—razón tiene el proverbio: «Un huésped fuera de tiempo vale menos que un tártaro;» pero, por otra parte, todos hemos aprendido que para entrar en el reino de los cielos hay que acoger al viajero extraviado, dar de comer al hambriento y de beber al sediento.

—Sentaos, pues; comed y bebed—invitóles la anciana;—os agradecemos el haber venido... Pero no esperaba verte, Bogun; debe de traerte algún asunto muy urgente...

—Tal vez—respondió con voz grave el joven vataga.

—¿Qué asunto es ese?—preguntó con agitación la dama.

—Ya llegará la hora de hablar..., dejadme que descanse; vengo directamente de Chegrin.

—¿Por lo visto, tenías mucha prisa por vernos?

—¡Y cómo no tenerla tratándose de vosotros! ¿Y la señorita princesa está bien de salud?

—Sí—contestó secamente la anciana.

—Pues sería para mí una dicha contemplarla.

—Elena está durmiendo.

—Lo siento, porque sólo vengo de paso.

—¿Adónde vas, pues?

—A la guerra, madrecita mía. De un momento a otro los hetmanes pueden darme orden de partir y me duele el pensar que he de combatir contra los zaporogos. ¡Cuántas veces les llevábamos con nuestras expediciones, volviendo con el rico botín cogido a los turcos! ¿No es verdad, príncipes? Atravesábamos juntos el mar, partiendo el pan y la sal, bebiendo y divirtiéndonos... ¡y ahora somos enemigos!

La princesa le dirigió una mirada escrutadora y por su mente cruzó la idea de que Bogun había decidido pasarse a los rebeldes y que venía con la intención de tantear el modo de pensar de sus hijos.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó.

—¿Yo, madre? ¡Oh!, duro es pelear contra los suyos...; sin embargo, es preciso...

—Nosotros obedecemos también a la necesidad — dijo Simeón.

—Kmielnizki es un traidor—añadió el joven Nicolás.

—¡Mueran los traidores!—exclamó Bogun.

—¡Que el verdugo les atormente!—añadió Zagloba.

—Así es el mundo—prosiguió Bogun:—hoy amigo, mañana Judas. No se puede creer en nadie.

—Salvo en la gente buena—objetó la princesa viuda.

—Claro es que se puede creer en la gente buena... Por eso tengo fe en vos y os quiero..., pues sois gente buena y no sois traidores.

La voz de Bogun tenía una entonación extraña. Hubo un momento de profundo silencio. Zagloba, guiñando su ojo sano, intentaba poner en guardia a la anciana princesa; pero ésta miraba fijamente a Bogun, que seguía diciendo:

—La guerra mata a los hombres sin piedad...: por esto

he querido veros antes de marcharme... ¿Quién sabe si volveré? ¿Me lloraréis, verdad, vosotros que sois mis entrañables amigos?

—¡Bien lo sabe Dios! Te hemos conocido de niño.

—Sí; eres nuestro hermano—añadió Simeón.

—Vosotros, siendo nobles, no habéis despreciado a un pobre cosaco; le habéis acogido en vuestra casa y le habéis prometido en matrimonio a vuestra prima. Bien sabéis que, sin ella, le sería imposible la vida al cosaco...; por eso tuvisteis compasión de él.

—¿A qué hablar ahora de todo eso?—interrumpió la princesa rápidamente.

—Sí, madre; hay que hablar de ello. Sois mis bienhechores y he pedido a este noble, a este amigo mío, que me asocie a sus armas y que me adopte. Así no tendréis que avergonzaros de que vuestra parienta se case con un cosaco. El señor Zagloba ha tenido a bien concederme ese favor y daremos los pasos necesarios cerca de la Dieta para que ésta lo ratifique; cuando se acabe la guerra iré a presentar mis respetos a monseñor el hetmán, quien, seguramente, no me negará su apoyo. ¡Bien ha ennoblecido a Krechovski!

—¡Que Dios os ayude!—dijo la princesa.

—Sois gente buena, gente sincera... Os lo agradezco mucho; pero, antes de afrontar la suerte de las batallas, quisiera oiros una vez más que me concedéis a la princesita y que guardáis vuestra palabra... La promesa de los nobles no se disipa como el humo... y vosotros sois nobles, sois príncipes.

Bogun hablaba con voz lenta y solemne, en la que se notaba un dejo de amenaza, que daba a sus súplicas cierto carácter de mandatos.

La princesa y sus dos hijos se miraron. Siguió un rato de silencio. De pronto, el halcón, desde su percha situada al pie de la pared, dió un grito doloroso, a pesar de que aún faltaba mucho para el amanecer. Otras aves contestaron: el gigantesco buitre, despierto, agitó sus inmensas alas y unió sus estridentes chillidos a los de su compañero.

En el fondo del hogar apagábanse los resinosos leños, llenando el comedor de una triste obscuridad.

—Atiza el fuego, Nicolás—dijo la princesa.

El príncipe, en silencio, añadió más leños al hogar casi apagado.

—¿Así, pues, consentís?—preguntó Bogun.

—Tenemos que consultar con Elena.

—Ella que responda por sí, y vos por vosotros... ¿Lo prometéis? .

—Sí—contestó la princesa.

—Sí—repitieron sus hijos.

Bogun se levantó de un salto y le dijo a su acompañante con voz enérgica:

—Señor Zagloba, pedidles vos también la mano de la joven en mi nombre; quizá os la concedan...

—¿Estás beodo, cosaco?—exclamó la princesa.

En vez de responder, Bogun sacó la carta de Skretuski, y, tendiéndosela a Zagloba, le dijo:

—¡Leed!

Zagloba cogió la carta y la leyó en voz alta, en medio de un silencio sepulcral. Después Bogun, cruzando los brazos, preguntó:

—¿A quién le dáis, pues, vuestra joven?

—¡Bogun!...

El cosaco entonces gritó con voz que más bien parecía el silbido de una serpiente:

—¡Traidores! ¡Felones! ¡Hijos de perros! ¡Raza de Judas!

—¡Echad mano a los sables, hijos míos!—ordenó la madre.

Los Kurcévich se lanzaron rápidamente a las panoplias y descolgaron sus armas.

—¡Calma, señores, calma!—gritaba Zagloba.

Pero, antes de que pudiera impedirlo, Bogun sacó del cinto una pistola y la descargó a quema ropa sobre Simeón.

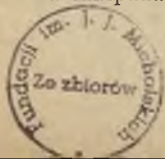
—¡Jesús! —gimió el desgraciado; y dando dos pasos, agitó los brazos y se desplomó.

—¡Socorro! ¡Socorro!—clamaba desesperada la anciana.

En el mismo instante, en la puerta y en la escalera sonaron disparos; puertas y ventanas volaron hechas astillas y unos cuarenta cosacos invadieron en tumulto la sala.

—¡Mueran!—vociferaban con salvajes voces.

La campana de alarma resonó en el patio. Los gritos pe-



netrantes de las aves en la sala, el alboroto, el ruido de los disparos y los ayes y clamores de los heridos sucedieron al reciente silencio de la casa dormida.

Aullando como una loba a quien le han matado un lobezno, la princesa se arrojó sobre Simeón, que se hallaba en las postreras convulsiones de la agonía... Pero dos cosacos la cogieron por los cabellos, y la apartaron. Entre tanto, en el otro extremo de la habitación, Nicolás se defendía con denuedo, luchando como un león acorralado en un rincón de su caverna.

—¡Atrás!—gritó de repente Bogun a los cosacos que rodeaban al joven príncipe.—¡Atrás!—repitió con voz atornadora.

Sus hombres retrocedieron creyendo que su jefe quería perdonar la vida al joven príncipe; pero le vieron acercarse a Nicolás, sable en mano y en ademán de lucha.

Un terrible duelo se empeñó. La princesa, sujeta por cuatro manos de hierro, contemplaba aquella escena con los ojos encendidos y la boca entreabierta.

El joven príncipe atacó al cosaco con el ímpetu de un huracán, y Bogun, retrocediendo paso a paso, le atrajo al centro de la sala. De repente se agachó, paró una terrible estocada con la fuerza de un Hércules, y rápidamente pasó de la defensa al ataque.

Los cosacos, como petrificados y conteniendo el aliento, seguían las peripecias de la lucha, la punta del sable en el suelo.

En medio del silencio de todos, sólo se oía la anhelosa respiración de los dos adversarios, el rechinar de sus mandíbulas, y el silbido y choque de sus aceros.

Parecía seguro que el *vataga* había de sucumbir ante la tremenda fuerza y el ensañamiento del príncipe; Bogun retrocedía de nuevo, defendiéndose el rostro contraído por la fatiga; Nicolás redoblaba los golpes de su sable... Del suelo elevábase una nube de polvo que envolvía a los combatientes, y a través de la cual se entreveía la sangre que corría por el rostro herido del *vataga*.

De pronto éste se apartó; el sable del príncipe dió en el vacío... Nicolás vaciló inclinándose hacia adelante, impedido por el empuje de su arranque, y en aquel instante le

asestó el cosaco un golpe tan formidable en la nuca, que el príncipe se desplomó como herido por un rayo.

Los cosacos mezclaban sus alaridos de alegría a los sobrehumanos rugidos de la princesa...

Aquellos espantosos gritos amenazaban derrumbar el techo... La lucha había terminado... Los cosacos se lanzaron sobre las armas colgadas de las paredes, descolgándolas y disputándose unos a otros los sables y alfanjes valiosísimos, pisando los cadáveres de los príncipes y los de sus propios compañeros muertos por Nicolás.

Bogun lo consentía todo. Erguido ante la puerta que conducía a las habitaciones de Elena, obstruía la entrada, jadeando de fatiga. Su rostro estaba lívido y ensangrentado. El príncipe le había herido dos veces en pleno rostro. Su mirada vaga erraba del cadáver de Simeón al de Nicolás, deteniéndose, de paso, en las paralizadas facciones de la princesa, que continuaba en el suelo, sujeta bajo las rodillas de los cosacos, que la tenían asida por los cabellos. La anciana hacía esfuerzos desesperados para acercarse a los cadáveres de sus dos hijos.

Crecían el desorden y el ruidoso alboroto en la sala. Los cosacos, arrastrando a la servidumbre atada con cuerdas, la asesinaban sin piedad. El suelo estaba inundado de sangre y cubierto de cadáveres; el humo de la pólvora oscurecía el ambiente... Los muros quedaron completamente despojados, y ni las aves que había en la sala escaparon a la degollina.

De pronto, la puerta ante la cual se hallaba Bogun abrióse de par en par... El jefe cosaco volvió la cabeza y retrocedió espantado.

El ciego Basilio había aparecido en el umbral, y a su lado Elena, vestida con alba túnica y con la faz tan blanca como el traje, las pupilas dilatadas por el asombro y los labios entreabiertos por el espanto.

Basilio alzaba con ambas manos una cruz a la altura de su frente. Ante la confusión que reinaba en la sala, ante los cadáveres, los charcos de sangre, las fulguraciones de los sables y de las pupilas encendidas, aquella figura alta, de rostro demacrado y pelo entrecano, con dos agujeros negros en vez de ojos, ofrecía un aspecto tan extraño y so-

lemne, que parecía un cadáver que, habiendo arrojado el sudario que le envolvía, viniera a castigar algún crimen.

Los gritos se apagaron, los cosacos retrocedieron aterrados y, en medio de un silencio sepulcral, elevóse la tranquila y dolorida voz del príncipe:

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen... Extranjeros que llegáis de países lejanos, ¿venís en nombre de Dios? Dice la Sagrada Escritura: «Bienaventurado el caminante que, caminando, predica la palabra de Dios...» ¿Sois portadores de la Buena Nueva? ¿Sois apóstoles?

Un silencio de muerte acogió las palabras de Basilio, que lentamente, la cruz en alto, prosiguió:

—¡Desgraciados de vosotros, hermanos míos, porque todos los que hacen la guerra por avaricia o por venganza se condenarán por los siglos de los siglos! Oremos para que Dios se apiade de vosotros. ¡Ay de vosotros, hermanos! ¡Ay de mí! ¡Oh, oh, oh!

Y un lúgubre gemido brotó del pecho del príncipe.

—¡Señor, ten piedad de nosotros!—balbucían las sordas voces de los cosacos, que se santiguaban aterrados y presa de un miedo indescriptible.

Súbitamente la princesa exhaló un grito salvaje y penetrante:

—¡Vasil! ¡Vasil!

Era el grito desgarrador de una vida que se acaba. Los mozos que la sujetaban sintieronla, en efecto, quedarse completamente inerte bajo sus rodillas.

El príncipe se estremeció. De pronto se volvió, blandiendo la cruz hacia donde se oía la voz:

—¡Alma perdida, que gritas desde las profundidades del infierno, maldita seas!

—¡Señor, ten piedad de nosotros!—repetían los cosacos.

En el mismo instante exclamó Bogun, tambaleándose:

—¡A mí, muchachos!

Los cosacos corrieron a él y le sostuvieron por debajo de los hombros.

—¡Padre! ¿Estáis herido?

—Sí..., pero... no es nada... He perdido mucha sangre. ¡Muchachos!... ¡Guardadme a esta princesita como a las

niñas de vuestros ojos! Cercad la habitación. No dejéis que salga nadie. Princesa...

No pudo concluir; los labios se le tornaron lívidos; los ojos se le nublaron...

—¡Llevad al atamán al interior!—ordenó Zagloba, que salía como de la tierra y se colocaba inesperadamente al lado de Bogun.—Esto no será nada—añadió, palpando las heridas.—Mañana estará bien. Dejadme solo con él. Dadme miga de pan amasada con una tela de araña. Y ahora, muchachos, idos al diablo o a requebrar a las mozas de servicio. Aquí estáis de más. Que dos de vosotros lleven al atamán a acostarse. ¡Ea! ¡Llevadlo! Eso es... ¡Y los demás a los infiernos! ¿Qué esperáis con la boca abierta? Vigilaré la casa; yo mismo me encargo de ello.

Dos cosacos levantaron a Bogun, llevándole al cuarto contiguo, y los restantes abandonaron la sala.

Zagloba se acercó después a Elena y, guiñando su único ojo, murmuró precipitadamente en voz muy queda:

—Soy amigo de Pan Skretuski. Nada temáis. Llevaos a vuestro profeta a dormir, y esperadme.

Dicho esto, trasladóse al cuarto en que dos siervos habían colocado a Bogun sobre un diván. Mandóles inmediatamente en busca de la miga de pan y la tela de araña, y, cuando la trajeron del cuarto de servicio, hizo una cataplasma que aplicó al joven atamán con la destreza que en aquellos tiempos poseía todo aristócrata polaco, gracias a la experiencia adquirida vendando los cráneos rotos en los duelos o altercados de las Dietas.

Luego les dijo a los siervos:

—Decid a vuestros hombres que el jefe estará mañana como un toro: que no se inquieten por él. Le han agujereado el pellejo, es verdad, pero se ha portado como un valiente y mañana se celebrará la boda, aunque sea sin pope... Si hay bodega en esta casa, os permito que echéis una cana al aire. ¡Ea! Ya están vendadas las heridas... Idos y dejad en paz al atamán.

Los dos *esauls* se dirigieron hacia la puerta.

—Pero no me vaciéis toda la bodega—advirtió Zagloba.

Y, cuando hubieron salido, sentóse a la cabecera del lecho del cosaco.

—¡Bah! El diablo no te llevará por esas heridas, aunque has recibido una buena ración—murmuró contemplando el rostro pálido y los ojos cerrados del cosaco.—No podrás mover brazos ni piernas en dos días. La espada no ha querido ahorrarle trabajo al verdugo, a quien ya perteneces y de cuyas manos no te escaparás... Cuando te hayan ahorcado, el diablo hará de ti un muñeco para sus hijos, pues tienes una cara muy bonita... No, muchacho, no... Sabes beber bien; pero no volveremos a beber juntos. Búscate compañía entre los matones de tu calaña, porque veo que eres demasiado aficionado a estrangular gentes, y yo no quiero acompañarte en tus incursiones nocturnas a las propiedades de los nobles. ¡Que el verdugo te acoja en su seno!

Bogun gemía débilmente.

—¡Oh!, gime, ¡oh!, suspira. Más suspirarás mañana. ¿Te apetece la princesita, alma tártara? Ya, ya, no me extraña, porque es una chica más apetitosa que un caramelo; pero, si tú llegas a saborearlo, que se coman los perros mi ingenio... Antes me saldrán pelos en la palma de la mano.

Del patio de armas llegaba confuso rumor de voces al oído de Zagloba.

—¡Ah! ¡Ah!—refunfuñó el corpulento caballero.—Están forrajeando en la bodega... Emborrachaos como cubas... y dormid como troncos. Yo velaré por todos vosotros... aunque no sé si mañana estaréis muy contentos de mi vigilancia.

Dicho esto, levantóse para ir a ver si los mozos, en realidad, habían trabado ya amistad con los toneles del príncipe. Antes se dirigió a la sala, cuyo aspecto era horrible. Aquello parecía un campo de desolación. En medio de la pieza yacían los cadáveres, ya rígidos, de Simeón y de Nicolás; y en un rincón el de la princesa, sentado y acurrucado, como le había dejado la terrible presión de las rodillas de los cosacos; tenía los ojos en blanco y los dientes al descubierto. Las llamas del hogar llenaban la estancia de una luz vaga, cuyos reflejos temblaban en los charcos de sangre. El fondo hundíase en siniestra obscuridad. Zagloba se acercó al cadáver, para ver si respiraba todavía, y palpó su mejilla, pero el rostro estaba ya helado. Luego

corrió al patio, pues allí empezaba a sentirse invadido por el terror. Fuera, los cosacos se entregaban ya a la orgía. Habían encendido hogueras, y a su luz distinguía Zagloba las barricas de hidromiel, vino y aguardiente, con las tapas hechas pedazos.

Los cosacos las vaciaban como si lo que contenían fuera agua de la fuente. Algunos, excitados por la bebida, perseguían a las mozas de servicio, que, presas de un miedo cerval, huían saltando por encima del fuego. Algunas, entre grandes carcajadas y agudos gritos, se dejaban coger y llevar entre las barricas, cerca de las hogueras, donde se bailaba «cosaco.» Los mozos bailaban como enloquecidos, dando alegres brincos, y ante ellos pataleaban a compás las mozas, unas veces avanzando a saltitos y otras retrocediendo ante los movimientos torpes de los bailadores. Los espectadores hacían sonar unos picheles de hoja de lata, y otros cantaban. Los gritos de los cosacos resonaban cada vez más fuertes, mezclándose a los ladridos de los perros, al relincho de los caballos y al mugido de los bueyes que se sacrificaban para el festín de la noche. En el fondo, en torno de los fuegos, veíanse agrupados algunos aldeanos de Razlogi, los «vecinitos,» los cuales al ruido de los disparos y clamores habían acudido en tropel a ver qué ocurría, pero no habían ni intentado defender a los príncipes, que eran odiados por los aldeanos. Limitábanse a contemplar a los cosacos, haciéndose señas con los codos y cambiando impresiones en voz baja, y como quien no quiere la cosa, se iban acercando a los toneles de aguardiente o hidromiel.

La orgía se hacía cada vez más ruidosa y desenfrenada: la embriaguez aumentaba por instantes; los mozos no bebían ya en los vasos de hojalata, sino que hundían en los toneles la cabeza hasta la nuca, salpicando de aguardiente e hidromiel a las bailadoras... Apenas podían tenerse en pie; sus rostros estaban encendidos y exhalaban acres efluvios de sudor.

Zagloba miró desde la escalinata aquella turba ebria y luego levantó los ojos al cielo.

—¡Hermosa noche!—murmuró.—Pero poco clara. En cuanto se ponga la luna no se verá ni gota a dos pasos.

Bajó pausadamente los peldaños y se acercó a los grupos de bebedores:

—¡Animo, compañeros! —exclamó. —No os privéis de nada. ¡Hurra! No se os embotarán los dientes. El que no se emborrache hoy en honor y a la salud del atamán es un canalla. ¡Animo! ¡A las cubas! ¡Animo! ¡Al bailoteo! ¡U-ha!

—¡U-ha!—aullaban los cosacos con loco entusiasmo.

Zagloba miró en torno suyo.

—¡Ah! ¡Hijos de perros! ¡Pordioseros! ¡Haraposos! ¡Vagabundos!—exclamó de repente.—¡Bebéis como caballos fatigados y no dais nada a los guardianes apostados en las inmediaciones! ¡Ea! ¡Que los releven inmediatamente!

La orden fué ejecutada sin demora, y, en un abrir y cerrar de ojos, unos veinte soldados ebrios fueron, haciendo eses, a reemplazar a los centinelas, que hasta entonces no habían tomado parte en la orgía, y que acudieron sin vacilar, con la prisa que es de suponer.

—¡Animo! ¡Animo!—gritaba Zagloba, mostrando a los recién llegados los toneles.

—Gracias, señor—contestaron los regulares, sumergiendo sus picheles en las barricas.

—¡Dentro de una hora, otro relevo!

—¡A vuestras órdenes!—respondió el sargento.

A los regulares parecíales muy natural que Zagloba tomase el mando de la tropa en substitución de Bogun. El caso se había repetido ya varias veces, con gran júbilo de los buenos soldadotes, a quienes Zagloba dejaba siempre en completa libertad.

Así, pues, los guardianes se pusieron a beber en compañía de los demás, en tanto que Zagloba se acercaba al grupo de lugareños de Razlogi para entablar conversación con ellos.

—¡Hola!—dijo a uno de los vecinitos.—¿Hay mucho de aquí a Lubnie?

—¡Oh, sí, señor!

—¿Podremos llegar mañana por la mañana?

—Difícil lo veo, señor.

—¿Y al medio día?

—Al medio día quizá sí.

—¿Por dónde se va?

—Por el camino real, en línea recta.

—¿Luego hay carreteras por aquí?

—El príncipe Jarema ha ordenado que hubiera una carretera... y la hay.

Zagloba hablaba adrede en voz alta e inteligible, para que, a pesar del barullo y alboroto, le oyeran los cosacos.

—Dadles a éstos aguardiente—dijo a los mozos, señalando a los aldeanos;—pero, primero, dadme a mí un vaso de hidromiel, pues estoy tiritando de frío.

Uno de los cosacos llenó al punto una cuarta cuádruple de añejo hidromiel y se la ofreció en su gorro a Zagloba.

El viejo hidalgo la tomó con precaución en ambas manos para que no se derramase el líquido. Llevóse la medida a los bigotes, echó la cabeza atrás y empezó a beber lentamente, pero sin respirar.

Bebía, bebía... y los cosacos le contemplaban llenos de asombro.

—¿Has visto?—se decían unos a otros bajando la voz.—
¡Es un verdadero demonio!

Entre tanto, la cabeza de Zagloba iba inclinándose hacia atrás, hacia atrás, y casi formaba ya un ángulo recto con la espalda. Al fin, el grueso hidalgo apartó de su encendido rostro la medida vacía, se relamió, arqueó las cejas y dijo, como para sí:

—¡Oh! ¡No es del todo malo! Y es añejo... ¡Lástima que semejante almíbar se lo traguen vuestras gargantas de villanos! ¡Peleón, y no esto, es lo que debíais beber vosotros! Digno de loa es este aguamiel, en verdad; me siento un si es no es aliviado y confortado por él en mi desesperación.

Zagloba sentía, en efecto, cierto alivio; su cabeza se había despejado y sus ánimos habían vuelto; era evidente que su sangre, regada por el aguamiel, se había convertido en el licor exquisito de que algunas veces hablara y que esparce por todo el cuerpo valor y atrevimiento.

Les dijo por señas a los cosacos que siguieran bebiendo, y luego, dando media vuelta, atravesó con lentitud toda la extensión del patio.

Examinó detenidamente todos los rincones y, por el puente levadizo echado sobre el foso, se dirigió a la empalizada para cerciorarse de la vigilancia de los centinelas. El pri-

mero de éstos dormía. El segundo... dormía. El tercero dormía... El cuarto también dormía... Estaban muertos de cansancio después de la caminata, y además, como habían llegado a sus puestos ya medio borrachos, se habían dormido al instante.

—Para completarlo todo, sólo falta que rapte a alguno de éstos a fin de tener un mozo de servicio—murmuró Zagloba.

Y el grueso hidalgo volvió a la casa, atravesó de nuevo la horrible sala y le echó una ojeada a Bogun. Viendo que no daba señales de vida, retrocedió de puntillas hasta la puerta de la estancia donde había visto entrar a Elena, la cntreabrió cautelosamente y penetró en la habitación, en la que se oía murmullo de oraciones. Era el aposento del príncipe Basilio, donde Elena se había refugiado, sintiéndose más segura en su proximidad. Arrodillados ante la imagen de la Purísima Virgen, alumbrada por una lamparita, oraban el ciego y la joven. Al ver a Zagloba, la princesita le echó una mirada que expresaba al mismo tiempo el asombro y el terror.

El hidalgo se puso un dedo en los labios, recomendándole silencio.

—Señorita—susurró,—soy amigo de Juan.

—¡Salvadme!—balbució Elena.

—No he venido a otra cosa. Confíad en mí.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hay que huir, mientras ese demonio yace inanimado.

—¿Y cómo?

—Vestíos de hombre y, cuando llame yo a vuestra puerta, salid.

Elena no parecía muy decidida; por sus ojos cruzó un rayo de desconfianza.

—¿Os puedo creer?—preguntó.

—¿Tenéis a mano alguien de quien estéis más segura?

—¡Es verdad!.. Pero juradme que no me haréis traición.

—¿Habéis, acaso, perdido el juicio? Pero no importa, ya que lo deseáis así, os lo juro por nuestro Salvador y el santo Crucifijo. Aquí estáis perdida, y vuestra única salvación está en la fuga.

—Tenéis razón, tenéis razón.

—Disfrazaos de hombre sin demora y esperadme.

—¿Y Basilio?

—¿Qué Basilio?

—Mi hermano demente—repuso Elena.

—Vuestra vida es la que peligra, no la suya. Un loco es sagrado para los cosacos, y además, por lo que he visto, la gente de Bogun ha tomado al príncipe por un profeta.

—Y además tampoco ha hecho ningún mal a Bogun.

—Tenemos, pues, que abandonarle si no queremos perdernos a nosotros mismos y a Pan Skretuski... Apresuraos...

Y, dicho esto, Zagloba salió de la estancia, dirigiéndose al lecho de Bogun.

El atamán estaba pálido y débil, pero tenía los ojos abiertos.

—¿Estás mejor?—preguntó el viejo hidalgo.

El cosaco hizo un esfuerzo para contestar, pero no pudo.

—¿No puedes hablar?

Bogun movió la cabeza para expresar su impotencia, y como al menor movimiento le dolían horriblemente las heridas, una mueca de sufrimiento contrajo su rostro.

—¿Es decir que no puedes ni gritar?

Bogun contestó que no con un silencioso parpadeo.

—¿Ni moverte?

La misma respuesta.

—¡Más vale así! Así no hablarás, ni gritarás, ni te moverás; y yo aprovecharé esa quietud y ese silencio para irme con la princesita a Lubnie. Si no te birlo la dama, que las brujas me pulvericen los huesos. ¡Vaya! ¡Bribón! ¿Creías que no estaba yo harto de tu compañía, y que iba a encanallarme definitivamente con un villano de tu ralea? ¿Creías acaso, criminal, que por beber tu vino, por defender tus huesos y tus amores villanos, iba yo a ayudarte a degollar a la gente, y que iba a pactar con los rebeldes? ¡Nada de eso! ¡Estabas muy equivocado, guapetón!

A medida que Zagloba hablaba, los oscuros ojos del atamán se dilataban. Bogun no sabía si estaba soñando, o si aquello era una broma de Zagloba. Pero éste prosiguió:

—¿Por qué sacas los ojos de las órbitas como un gato ante una lonja de tocino? ¿Crees acaso que no lo haré?.. ¿A quién quieres que salude en Lubnie, de tu parte? Quizás

fuera conveniente enviarte un cirujano, o acaso el médico particular del señor príncipe...

La pálida faz del cosaco adquirió una expresión terrible. Al comprender, al fin, que Zagloba hablaba en serio, rayos de rabia y desesperación brotaron de sus pupilas, una oleada de sangre le empurpuró el rostro, hizo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó, y sus labios profirieron penosamente:

—¡A mí, compañeros!..

Pero no pudo acabar. Con la rapidez del rayo, Zagloba le envolvió la cabeza en su propio jubón y en un santiamén le amordazó enteramente. Luego, de un empujón, le derribó de espaldas.

—No grites... que te perjudicará...—murmuró jadeante. —Mañana podrías tener jaqueca, y yo, a fuer de buen amigo, debo velar por tu salud... Así... Así tendrás bastante calor..., te dormirás muy a gusto, y no se te inflamará la tráquea de gritar demasiado. Y para que no se te ocurra arrancarte la venda, te ataré las manos. Todo esto lo hago sólo por amistad... *per amicitiam*, para que conserves un buen recuerdo de mí.

Dicho esto, cogió el cinturón del cosaco, se lo arrolló alrededor de las muñecas y apretó el nudo. Luego, quitándose el suyo, le ligó las piernas. Bogun ya no sentía nada. Se había desmayado.

—Lo primero que necesita un enfermo es tranquilidad—continuó diciendo Zagloba;—sin ella se le suben los humores a la cabeza y le producen delirio... ¡Vamos! ¡Que te alivies! Ya ves que podría clavarte un puñal en la garganta, cosa que haría con sumo gusto...; pero me avergonzaría de asesinar como lo haría un miserable de tu ralea. Ahora, si te ahogas de aquí a mañana, no es culpa mía; eso les ha ocurrido a muchos cerdos como tú. Que te alivies... *Vale et me amántem redama* (1). Puede que nos encontremos un día, pero que me despellejen vivo y hagan de mi piel coque de cola para el caballo, si soy yo el que te busca.

Dicho esto, Zagloba salió del cuarto, apagó la lumbre de la chimenea y fué a llamar a la puerta de Basilio.

(1) «¡Adiós!, y corresponde a mi amor.»

En el umbral apareció, al instante, una esbelta figura.

—¿Sois vos, noble señorita? — preguntó el hidalgo.

—Soy yo.

—Venid, pues... Hay que coger dos buenos caballos. Por ahí todos duermen borrachos perdidos... La noche está obscura... Cuando despierten ya estaremos lejos... ¡Cuidado!.. que por aquí yacen los cadáveres de los príncipes.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo
--murmuraba Elena.

CAPÍTULO III

Dos caballeros caminaban lenta y silenciosamente por la hondonada del bosque que se extendía hasta las moradas de Razlogi. La noche era muy oscura, pues hacía mucho tiempo que se había puesto la luna y, además, el firmamento se había cubierto de nubes. En el barranco no se veía ni a tres pasos, y los caballos tropezaban a cada momento con las raíces que, a ras del suelo, obstruían el camino... Los dos jinetes caminaron largo rato con muchas precauciones. Al fin, cuando ya habían pasado todo el barranco, desembocaron en la estepa, iluminada con la escasa luz que reflejaban los nubarrones, y uno de los jinetes susurró:

—¡Al galope!

Lanzáronse al galope con rapidez de flechas lanzadas por arcos tártaros. Sólo el ruido de los cascos de los caballos les acompañaba en la sombría estepa, que parecía huir detrás de los corceles. Las encinas que se alzaban de trecho en trecho al borde de la carretera pasaban como fantasmas.

Galoparon durante mucho tiempo, sin reposo alguno y casi sin respirar, hasta que, por último, los caballos agacharon las orejas y empezaron a resoplar con visible fatiga. Su carrera se fué haciendo cada vez más lenta y más pesada.

—No hay remedio... Es menester poner al paso los caballos—dijo el jinete más robusto.

El alba comenzaba ya a disipar las tinieblas en la estepa. A cada momento las sombras dejaban al descubierto mayor espacio de terreno. Los cardos del desierto erguíanse pálidos, como también los árboles lejanos y las mogilas. El ambiente fué impregnándose de luz... Los pálidos rayos del sol daban de lleno en el rostro de los dos jinetes.

Estos eran Zagloba y Elena.

—Sí, es preciso aflojar el paso—repitió Zagloba.—Hicie-

ron ayer el viaje desde Chegrin a Razlogi de un tirón, y no resistirían largo rato a esta velocidad... Se caerían muertos... ¿Cómo estáis, señorita?

Miró a su compañera, y prosiguió, sin esperar la respuesta:

—Dejadme que os examine a la luz... ¡Oh! ¡Oh! ¿Os habéis puesto el traje de vuestro hermano?.. ¡Vaya un lindo cosaquito!.. No se puede pedir más. ¡En mi vida he tenido a mi servicio un paje tan bello!.. Pero creo que no tardará en quitármelo Skretuski... Mas... ¿qué veo?.. Por amor de Dios, esconded esos cabellos, princesa; si no lo hacéis, no podréis disimular vuestro sexo.

En efecto, por los hombros de Elena caía una oleada de hermosos cabellos negros, que se habían desatado con la rapidez de la carrera y con la humedad de la noche.

—¿Adónde vamos?—preguntó Elena, recogiéndoselos con ambas manos y tratando de esconderlos bajo el gorro.

—Donde Dios nos lleve.

—¿No vamos, pues, a Lubnie?

Y al pronunciar estas palabras se dibujó cierta ansiedad en el rostro de Elena, que echó a Zagloba una rápida mirada en que se reflejaba de nuevo la desconfianza hacia el hidalgo.

—Mirad, señorita, Zagloba no carece de ingenio... Creedme, mis cálculos son exactísimos, puesto que se basan sobre esta máxima: «No huyas nunca hacia donde pudieren buscarte.» Si han emprendido ya nuestra persecución, lo harán seguramente por el camino de Lubnie... Anoche pregunté en alta voz por ese camino, y, al despedirme, anuncié a Bogun que huiríamos hacia allí. Por consiguiente, huímos hacia el lado opuesto, en dirección a Circasia. Si se ponen a perseguirnos, tienen para rato todavía, pues sólo lo harán en realidad cuando se hayan percatado de que no hemos tomado el camino de Lubnie. Eso puede ocuparles dos o tres días, y entre tanto, ya habremos llegado nosotros a Circasia, en donde se hallan actualmente de guarnición los regimientos polacos de Piwnizki y Rudomina. En Korsun encontraremos el núcleo de las fuerzas del gran hetmán... ¿Me habéis entendido?

—Sí... y, mientras viva, os estaré agradecida. No sé quién

sois ni cómo habéis venido a Razlogi...; pero creo que el Señor os ha enviado para mi defensa y salvación, pues antes me hubiera clavado un puñal en el pecho que caer en manos de ese bandido.

—Es un dragón que acecha, furioso, vuestra inocencia.

—¿Qué le he hecho, desdichada de mí, para que así me persiga? Hace mucho tiempo que le conocí y desde entonces sólo me infunde miedo y odio. ¿Soy yo acaso la única mujer, para que se haya enamorado de mí, para que hasta haya derramado sangre por mí, para que hasta a mis hermanos haya asesinado por mí? ¡Dios mío, el solo recuerdo de todo esto me hiela la sangre! ¿Qué haré yo? ¿Dónde me esconderé? No extrañéis mis lamentos: me siento tan infeliz y me avergüenzo tanto de ese afecto inmundo, que preferiría mil veces la muerte a ser suya.

Por las encendidas mejillas de la doncella se deslizaron dos lágrimas arrancadas por la ira, el desprecio y el dolor.

—Es indiscutible—dijo Zagloba—que una horrible desgracia ha caído sobre vuestra casa; pero permitidme que os diga que vuestros mismos parientes han puesto no poco de su parte para atraerla. ¿Qué necesidad tenían de prometer al cosaco vuestra mano, para después engañarle? Cuando se enteró del engaño se encolerizó tanto, que todas mis reflexiones fueron vanas. Me duele la triste suerte de los dos hermanos degollados; sobre todo del pequeño... Aunque aún era un niño, se veía claramente que había de ser un gran señor.

Elena prorrumpió en sollozos.

—¡Ea! Con el traje que lleváis no pegan las lágrimas. Secadlas, pues, y pensad que ha sido la voluntad del Señor. Dios castigará al asesino, que quizá ya ha sido castigado, pues la sangre derramada no le aprovecha, puesto que os ha perdido a vos, único y principal objeto de sus locas pasiones...

Zagloba se quedó un rato silencioso, y luego prosiguió:

—¡Menuda paliza me daría, si pudiese! ¡Desgraciado de mí si cayera en sus manos! ¡Me dejaría más curtido que la piel del cocodrilo!.. Habéis de saber, hermosa dama, que he recibido ya en Gálata la palma del martirio de manos de los turcos... Pero os aseguro que de sobra tengo ya con

una, y no ambiciono otra. Por eso no me encamino a Lubnie, sino a Circasia; sería conveniente buscar refugio en casa del príncipe. Pero, ¿y si nos alcanzasen? Ya habéis oído que el siervo de Bogun se despertó cuando yo estaba desatando el caballo del poste. ¿Y si dió la voz de alarma? Listos al punto para la persecución, no hubieran tardado una hora en cogernos, puesto que ellos tienen allí los caballos frescos del príncipe a su disposición, mientras que yo no tuve tiempo de escoger. Ese Bogun es un animal salvaje, os lo aseguro. Le he tomado tal asco que prefero ver a Satanás antes que a él.

—Dios nos libre de sus garras.

—El mismo se ha perdido. Ha dejado a Chegrin, desacatando las órdenes del gran hetmán; ha osado ponerse en contra del vaivoda de Ucrania, y no le queda más recurso que refugiarse bajo las banderas de Kmielnizki... Y cuando a éste le hayan zurrado bien, perderá toda su arrogancia... Es de suponer que ya le habían sacudido el polvo, porque Rendián encontró en el camino, más allá de Kreménchug, tropas que bajaban el Dniéper a las órdenes de Krechovski y de Barrabás, y se dirigían contra él. Además, Esteban Potozki avanza con sus húsares por la orilla del río. Pero Rendián ha tenido que detenerse en Kreménchug diez días a causa de una avería en su embarcación, y la batalla se había dado antes de su llegada a Chegrin. De un momento a otro esperamos noticias del resultado del combate.

—¿Traía, pues, Rendián cartas del fuerte de Kúdak?— preguntó Elena.

—¡Claro que sí! Eran cartas de Skretuski para la princesa viuda y para vos. Pero Bogun las interceptó... Y así es como lo descubrió todo. Por poco le parte el cráneo a Rendián. Inmediatamente se trasladó a Razlogi para vengarse del príncipe.

—¡Oh! ¡Pobre paje! Por causa mía ha derramado su sangre.

—No os apesadumbréis, princesa, que saldrá con vida del lance.

—¿Cuándo ha ocurrido todo eso?

—Ayer mañana. Bogun mata a un hombre con la misma

facilidad que se bebe una cuarta de vino. Al enterarse del contenido de las cartas, rugía tan desesperadamente, que todo Chegrin temblaba.

La conversación se interrumpió un momento. Ya había amanecido por completo.

La rosada aurora, ribeteada de dorado resplandor, ópalo y púrpura, ardía hacia la parte oriental del firmamento. El aire era fresco, vivificante, y los caballos empezaron a relinchar alegremente.

—¡Ea!—dijo Zagloba,—que Dios guíe nuestros pasos. Pon-gámonos en marcha sin demora. Ya han descansado los caballos... y no hay tiempo que perder.

Lanzáronse de nuevo al galope. Llevaban recorrida más de una legua cuando, de pronto, apareció frente a ellos un punto oscuro que se les acercaba con inusitada rapidez.

—¿Qué será eso?—dijo Zagloba.—Refrenemos un poco la marcha. Es un hombre a caballo.

En efecto, era un jinete que avanzaba a todo galope, inclinado sobre la silla, el rostro oculto entre la agitada crin de su caballo, al que aguijoneaba con el látigo, a pesar de que el animal volaba como una ráfaga de huracán.

—¿Quién diablo será y por qué correrá de ese modo? Hay que ver cómo corre...

Diciendo esto, Zagloba sacó las pistolas de la funda por lo que pudiera ocurrir.

Ya no les separaban del caballero más que unos treinta pasos.

—¡Alto!—gritó Zagloba, apuntando al desconocido.—¿Quién eres?

El jinete paró el caballo e incorporóse en la montura... Pero, apenas hubo mirado a su interlocutor, exclamó:

—¡Pan Zagloba!

—¡Plesnievski! ¡El correo del estaroste de Chegrin!... ¿Qué te trae por aquí? ¿Adónde corres tanto?

—Señor, volved grupas... y venid conmigo... ¡Qué desgracia! ¡La cólera de Dios estalla sobre nosotros! ¡El día del juicio final ha llegado!

—¿Qué sucede? ¡Explicate!

—Chegrin está ya en poder de los zaporogos; los campesinos degüellan a los nobles... ¡Hoy es el día del juicio!

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!... ¿Qué dices?... ¿Acaso Kmielnizki?...

—Pan Potozki ha sido vencido... Charnezki está prisionero... Los tártaros y los cosacos se acercan... Tugay-Bey...

—¿Y Barrabás y Krehovski?...

—Barrabás ha perecido... Krehovski se ha pasado al campamento de Kmielnizki... Krivonos salió ayer mismo al encuentro de los hetmanes... Kmielnizki le ha seguido esta mañana al frente de formidables tropas. Todo el país está ardiendo... En todas partes se subleva el populacho y corren ríos de sangre... ¡Huid, señor!

Zagloba, con los ojos fuera de las órbitas y la boca abierta, se quedó como atontado, sin poder articular palabra.

—¡Huid, señor!—repitió Plesnievski.

—¡Jesús, María!—exclamó Zagloba.

—¡Jesús, María!—repitió Elena como un eco, prorrumpiendo en sollozos.

—¡Huid! ¡No tenéis tiempo que perder!

—Pero ¿cómo? ¿Adónde?

—A Lubnie.

—¿Tú vas también allí?

—¡Sí!... A ver a Su Alteza el príncipe vaivoda de Ucrania...

—¡Que se lo lleven todo los demonios!—exclamó Zagloba.—¿Y los hetmanes?

—En Korsun, probablemente peleando con Krivonos.

—Lo mismo me da Krivonos (1) o Prostonos (2); por mí, que les coja una mala peste a todos. ¿Qué tenemos que hacer nosotros allí?

—Vais a la misma boca del lobo; vais a la perdición segura.

—Pero ¿quién te ha mandado a Lubnie? ¿Acaso tu amo?

—Mi amo ha podido salvarse... Un compadre mío, que estaba entre los zaporogos, me ha salvado la vida y me ha ayudado a huir... Voy a Lubnie espontáneamente, pues no sé dónde refugiarme.

(1) Krivonos, de nariz torcida.

(2) Prostonos, de nariz derecha.

—Procura no pasar por Razlogi... Caerías en manos de Bogun, que también quiere unirse a los rebeldes.

—¡Oh! Por Dios, salvadme. En Chegrin me han dicho que de un momento a otro, hasta en el Trans-Dniéper, los plebeyos se sublevarán en masa.

—¡Bien puede ser! Sigue tu camino adonde te plazca, que harto tengo yo con pensar en mi propio pellejo.

—¡Así lo haré!—dijo Plesnievski; y, dando un latigazo al caballo, se alejó.

—¡Cuidado con Razlogi!—le gritó Zagloba.—Y si ves a Bogun no le digas que me has encontrado... ¿Entiendes?

—¡Entendido!—repuso Plesnievski.—¡Que Dios os guarde!—Y siguió huyendo como alma que lleva el diablo.

—¡Caramba!—exclamó Zagloba.—¡Bonita situación la nuestra!... He salido con bien de varios trances apurados, pero ninguno ha sido como éste. ¡Por delante Kmielnizki; por detrás Bogun!... No daría yo ni medio comino por un pedazo de mi pellejo, ni por todo entero. Se ve que he hecho una burrada en no conducirnos directamente a Lubnie; pero ya es tarde para hablar de ello. ¡Quiá! ¡Quiá! Todo mi ingenio no vale ni para engrasarme las botas. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? En toda esta república no hay ya evidentemente un solo rincón donde el hombre pueda morir de muerte natural. ¡Gracias por tales regalos! ¡Que los cojan otros!

—Señor—dijo Elena.—Sólo puedo deciros que mis hermanos Jorge y Fedor están en Zolotonosa. Tal vez nos presetasen alguna ayuda...

—¿En Zolotonosa decís? Un momento, señorita... Ahora recuerdo que en Chegrin conocí a un señor Unierizki que posee las hermosas propiedades Kropina y Chernoboy en esos contornos... Pero eso está muy lejos... Mucho más allá de Circasia... ¿Qué hacer?... Vamos allá... ya que no podemos huir a otro sitio... Pero dejemos la carretera, caminemos por la estepa y los bosques: es más seguro... Si pudiéramos escondernos en cualquier sitio, por ejemplo, en un bosque, aunque no fuese más que ocho días... Creo que en ese intervalo los hetmanes acabarían con Kmielnizki y podríamos respirar con mayor libertad en Ucrania.

—No nos ha librado Dios de las manos de Bogun para hacernos perecer miserablemente. ¡Confíad en Él, señor!

—Esperad, señorita. El ánimo parece renacer en mí. No es ésta mi primera aventura... Cuando tengamos tiempo os contaré lo que me acaeció en Gálata, y veréis que entonces me encontré también en un duro trance. Y, a pesar de todo, salí de aquella difícil situación, por mi propio ingenio, sano y salvo... Sólo mi barba encaneció un poco, como podéis verlo. Pero es preciso dejar la carretera. Torced, señorita..., así, eso es... Manejáis el caballo como el cosaquito más ágil del mundo. La hierba está muy crecida, nadie podría alcanzarnos con la vista.

Al paso que se iban internando en la estepa, las hierbas se hacían tan altas, que ambos caminantes desaparecieron pronto entre ellas. Pero a los caballos les costaba trabajo abrirse paso entre aquellos tallos, gruesos unos, delgados otros, algunos cortantes y puntiagudos. Rendidos de cansancio, no tardaron en resistirse a continuar.

—Si queremos conservar estos animales—dijo Zagloba,—tendremos que echar pie a tierra y desensillarlos, dejándolos pastar y reponerse un poco. En caso contrario, no seguirán. O mucho me engaño, o no debemos de estar muy lejos de las riberas del Kagámlik... Ya quisiera estar allí... Una vez al abrigo de los cañaverales que cubren la ribera, ni el mismo diablo nos descubriría. Con tal que no nos desviemos...

Dicho esto, apeóse, ayudó a la joven a bajarse de la silla, y luego levantó la albarda y sacó las provisiones de boca que había tenido buen cuidado de procurarse en Razlogi.

—Conviene reponer las fuerzas—añadió,—ya que el viaje es largo. Os suplico que hagáis algún voto a San Rafael para que lleguemos sin novedad... En Zolotonosa hallaremos un fortín, acaso una guarnición. Plesnievski ha dicho que también en el Trans-Dniéper están sublevándose los plebeyos. ¡Hum! Bien puede ser, pues la gente en esta región es muy levantisca... Pero en los parajes del Trans-Dniéper se extiende el brazo del príncipe vaivoda de Ucrania, y ¡mil diablos!, ¡es un brazo que pesa! Bogun tiene la nuca fuerte, pero si esa mano le cayera encima, la doblaría hasta el suelo, lo que Dios quiera, amén. Pero, comed, señorita.

Zagloba sacó un cuchillito de la caña de la bota, se lo ofreció a Elena y le alargó pan y un trozo de carne de bucy asada, luego de tender en el suelo una gualdrapa.

—¡Comed!—repitió,— que con el estómago vacío la cabeza está huera. Dice el refrán: «Si quieres tener la mente sana, come asado de bucy y come con gana...» La verdad, nosotros no la hemos tenido muy sana al no huir hacia Lubnie, que, por lo que se ve, hubiera sido lo mejor. Pero, a lo hecho, pecho. Además, es seguro que el príncipe mandará luego a sus tropas, también hacia el Dniéper, en socorro de los hetmanes. Vivimos en tiempos terribles. No hay peor calamidad que la guerra civil. Dentro de poco no existirá rincón alguno donde pueda cobijarse la gente pacífica... Más me hubiera valido dedicarme al sacerdocio, para el cual tenía vocación, pues soy hombre apacible y que sabe refrenar sus pasiones. Pero el destino no lo quiso. Y ¡Dios mío!, ¡pensar que hoy sería canónigo del capítulo de Cracovia y que cantarí las antífonas en la silla del coro con mi hermosa voz! Pero... ¡qué le hemos de hacer! En mis mocedades me dedicaba a las faldas... ¡Oh, oh! No podéis figuraros, señorita, lo guapo que era yo entonces. Con una sola mirada hacía caer a las mujeres como heridas por el rayo... Si yo tuviera veinte años menos... os aseguro que no estaría Skretuski muy tranquilo... ¡Sois, en verdad, un cosaquito encantador! No es extraño que los jóvenes se vuelvan locos por vos y que por vos se rompan la cabeza. Bueno, hay que confesar que Skretuski, como hombre de armas tomar, tampoco es de los últimos. Fui testigo cuando Chaplinski le provocó... Es verdad que tenía la cabeza caliente por los vapores del vino, pero os aseguro que cuando le agarró por el cuello y—con perdón sea dicho—por los anchos calzones y lo lanzó contra la puerta..., creedme, señorita, no le dejó hueso en su sitio. El viejo Zachvilijovski me dijo que vuestro prometido era un gran caballero, favorito del príncipe vaivoda, lo que no me sorprendió, pues desde el primer momento me había parecido un guerrero no despreciable y de una experiencia superior a su edad. El sol abrasa... Con todo lo agradable que me es vuestra compañía, daría cualquier cosa por estar ya en Zolotonosa... Veo que vamos a tener que estar escondidos entre la

hierba durante el día, marchando sólo de noche. Lo que más temo es que no podáis resistir tantas fatigas.

—Tengo buena salud—contestó la princesa,—y lo resistiré todo. Podemos partir, si queréis, al instante.

—Vuestro valor es más propio de un hombre que de una mujer. Los caballos se han repuesto ya; voy a ensillarlos para tenerlos a punto, por lo que pueda suceder. No estaré tranquilo hasta ver los cañaverales y los arbustos del Kagámlik. Si no nos hubiéramos apartado de la carretera, hubiéramos tropezado con un río cerca de Chegrin. Pero aquí estará el río más de media milla alejado de la carretera. Así parece al menos... Después atravesaremos el río... Os confieso, señorita, que me muero de sueño. Anteanoche no pegué los ojos, en Chegrin, divirtiéndome; anoche el diablo me llevó con el cosaco a Razlogi, y hoy me pone de nuevo en movimiento... El sueño me agobia hasta el extremo de quitarme toda mi elocuencia, y aunque no tengo la costumbre de callar, porque, como dice el filósofo, el hombre debe hablar y el gato maullar, noto que se me traba la lengua. Dispensad, hermosa dama, si cierro los ojos un ratito.

—Estáis dispensado—repuso Elena.

Zagloba no tenía necesidad de ponderar la diligencia de su lengua, pues desde el amanecer la movía sin descanso; pero, en verdad, tenía mucho sueño. En cuanto volvió a montar a caballo, cayó al punto en un sopor que le hacía dar cabezadas y tambalearse en la silla, y acabó por dormirse como un lirón. Las fatigas, y el monótono ruido de las hierbas al ser tronchadas por los caballos, le habían adormecido. Elena se absorbió en sus pensamientos, que cruzaban como un torbellino por su cabeza.

Hasta entonces se habían sucedido los acontecimientos con tanta rapidez, que la joven no había llegado a comprender claramente lo ocurrido. El asalto, las horrorosas escenas de la matanza, el terror, la inesperada salvación y la huida, todo aquello había pasado como una tormenta en el transcurso de una noche. ¡Y todo era tan incomprensible! ¿Quién era su salvador? Es verdad que le había dicho su nombre, pero ese nombre no había aclarado en lo más mínimo las razones de su proceder. ¿Cómo se encontraba en

Razlogi? Según había dicho, había llegado con Bogun; luego era evidente que tenía relaciones de amistad con él. Pero, siendo así, ¿por qué la había salvado exponiéndose a los mayores peligros y a la terrible venganza del cosaco? Para explicárselo debía la joven haber conocido bien a Zagloba, haber sabido de lo que eran capaces su cabeza turbulenta y su gran corazón; pero Elena no le conocía más que de unas horas. Aquel hombre misterioso, con la frente agujereada, con aspecto de libertino, era su salvador. Si le hubiese encontrado tres días atrás, hubiera sentido ante él asco y desconfianza, y ahora le miraba como a su ángel de salvación y huía en su compañía hacia regiones desconocidas. ¿Iba a Zolotonosa o hacia otra parte? El mismo no lo sabía aún a punto fijo. ¿Qué cambio el de la suerte de la princesa! Ayer dormía aún bajo el techo apacible de su casa, y hoy se encontraba en medio de la estepa, a caballo, disfrazada de hombre, sin hogar ni amparo. Tras ella se hallaba el terrible *vataga* acechando su honra y pretendiendo su cariño.

Frente a ella llamaba el incendio de la rebelión del populacho, una guerra civil con todas sus emboscadas, ansias y crueldades. ¿Cifraba, pues, toda su confianza en aquel hombre? No... Había otro ser más poderoso que los violadores, las guerras, las matanzas y los incendios...

La joven levantó sus ojos al cielo.

—Ampárame, Dios grande y misericordioso; salva a tu huérfana, ampara a la sin ventura, salva a la extraviada. Cúmplase tu voluntad, pero cúmplase también tu misericordia.

La misericordia acababa ya de cumplirse en ella, puesto que había sido salvada de manos abominables, saliendo incólume por un incomprensible milagro del Señor. El peligro no había pasado todavía, pero la salvación parecía cercana. ¿Quién sabía dónde estaba aquel a quien había escogido su corazón? Acaso hubiera vuelto ya de Sich, y tal vez vagase por la misma estepa. La buscaría y la encontraría, y las lágrimas de dolor de la infeliz se trocarían en llanto de alegría; su tristeza, sus temores y sus congojas, en tranquilidad y consuelo. El sencillo y animoso corazón de la joven se llenó de esperanza... La estepa crujía débil-

mente en su derredor, y la brisa que hacía balancearse aquellas hierbas inspiraba halagüeños pensamientos a su cabecita. No estaba tan abandonada en el mundo si tenía a su lado un protector extraño y desconocido, y otro, conocido y querido, se preocupaba de su suerte y ansiaba unirse a ella para siempre. Aquél era un hombre fuerte, férreo, más poderoso que cuantos en aquel momento la aterrorizaban.

La estepa se agitaba dulcemente; las flores exhalaban fragantes perfumes. Las cabezas rojas de los cardos, los purpúreos arbustos de acarón, las blancas perlas de *eringio* y los penachos de las artemisas inclinábanse hacia ella, como si hubiesen reconocido a una hermanita en aquel cosaquito disfrazado, de largas trenzas, rostro níveo y boca sonrosada. Parecían decirle: «No llores, bella hermanita, también nosotras estamos confiadas a la guarda de Dios...»

Y la gran tranquilidad de la estepa se iba infiltrando en el corazón de Elena. Iban borrándose las visiones de las matanzas y de las persecuciones en su espíritu, y una inevitable languidez y dulce sopor se iban apoderando de ella. El sueño caía sobre sus párpados, y, arrullada por el cadencioso pisar de los caballos al paso, se durmió dulcemente.

CAPÍTULO IV

Un ladrido la despertó. Al abrir los ojos, Elena vió a lo lejos una umbrosa encina, una empalizada y la grúa de una cisterna. En seguida despertó a su compañero.

—¡Señor! ¡Despertaos!

Zagloba abrió los ojos.

—¿Qué hay? ¿Adónde hemos llegado?

—No lo sé.

—Espere, señorita... Me parece que es un campamento invernal de los cosacos.

—Eso creo yo también.

—Aquí deben de vivir algunos yegüeros. No es muy buena compañía que digamos. ¿Pero qué les pasa a esos perros que ladran como si los lobos fueran a devorarles? Se ve gente y caballos tras de la empalizada. No hay más remedio, tenemos que aproximarnos para que no nos persigan cuando pasemos por delante. ¿Habéis dormido vos también un ratito?

—Sí, he dormido un poco.

—Diviso uno, dos, tres, cuatro caballos ensillados..., cuatro hombres tras la empalizada. No es muy numerosa la tropa, que digamos. En efecto, son yegüeros. Están discutiendo vivamente. ¡Eh, buena gente, venid acá!

Cuatro cosacos se aproximaron inmediatamente. Eran *chabanes* o yegüeros que guardaban durante el verano el ganado caballar en la estepa. Zagloba advirtió, desde el primer momento, que uno de ellos estaba armado de sable y silbón, y los otros tres, de quijadas de caballos atadas a fuertes mazas. Sabía que tales yegüeros suelen ser gente salvaje y peligrosa para los caminantes.

Los cuatro miraban de reojo a los recién llegados. En sus bronceados rostros no había ni pizca de benevolencia.

—¿Qué buscáis?—preguntaron, sin quitarse las gorras.

- ¡Alabado sea Dios!—dijo Zagloba.
—Por los siglos de los siglos... ¿Qué buscáis, pues?
—¿Está muy lejos Sirowata?
—No conocemos ese pueblo.
—¿Cómo se llama vuestro campamento?
—Gusla.
—Dadnos agua para los caballos.
—No hay agua, se ha secado el pozo. ¿De dónde venís?
—De Kriva Ruda.
—¿Y adónde váis?
—A Chegrin.

Los yegüeros se miraron unos a otros.

Uno de ellos, bizco y negro como un escarabajo, clavó los ojos en Zagloba y dijo por fin:

—Pero, ¿por qué habéis dejado la carretera?

—Por el calor.

El bizco cogió por la brida el caballo de Zagloba.

—Desmonta, señorito. No debes ir a Chegrin.

—¿Por qué?—preguntó Zagloba con calma.

—¿Ves a este muchacho?—continuó el bizco, señalando con la mano a uno de los yegüeros.

—Sí, le veo.

—Pues acaba de llegar de Chegrin. Allí hay matanza de lajes.

—¿Y sabes tú, villano, quién viene detrás de nosotros hacia Chegrin?

—¿Quién?

—El príncipe Jarema.

Los rostros insolentes de los yegüeros tomaron al punto una expresión humilde. Todos se descubrieron como obedeciendo algún mandato.

—¿Y sabéis vosotros, mala ralea—prosiguió Zagloba,—lo que hacen los polacos con los que se entretienen en asesinar a la gente? Les ahorcan. ¿Y sabéis cuánta gente trae el príncipe, que está sólo a media milla de aquí? ¿Qué decís, pues, almas de perros...? ¿Ese es vuestro cantar? ¿Así es como nos recibís? Se ha secado la cisterna, pero no os falta agua para los caballos, ¿verdad? ¡Buenas piezas! ¡Hijos de cuadrúpedos! Ya os ajustaré yo las cuentas...

—No os enfadéis, señor... La cisterna está seca de ver-

dad. Nosotros tenemos que ir por agua al Kagámlik para el ganado y para nosotros.

—¡Desolladores!

—Dispensad. La cisterna está seca... Si queréis, os traeremos agua en un momento.

—Ya me arreglaré sin vosotros. Iré yo mismo con mi escudero... ¿Dónde está el Kagámlik?—preguntó en tono de amenaza.

—Hacia allí, a dos millas de aquí...—contestó el bizco, señalando a un frondoso cañaveral.

—¿Y para llegar a la carretera tengo que volver por este camino o llegaré por la orilla?

—Por la orilla, señor. A una milla de camino de aquí tuerce el río hacia la carretera.

—¡Adelante, muchacho! —ordenó Zagloba, mirando a Elena.

El falso escudero volvió el caballo y partió corriendo.

—Oíd—dijo el grueso hidalgo, dirigiéndose a los yegüeros,—cuando llegue la vanguardia del príncipe, decid que he tomado la dirección de la carretera por la orilla.

—Bien, señor.

Al cabo de un cuarto de hora, Zagloba cabalgaba de nuevo junto a Elena.

—En buena hora les he inventado lo del príncipe vaivoda—dijo, guiñando el ojo nublado.—Ahora se quedarán todo el día ahí esperando la vanguardia. Al solo nombre del príncipe han temblado como juncos.

—Veo que sois tan agudo de ingenio, que sabéis salir de cualquier lance—dijo Elena,—y doy gracias a Dios por haberme concedido tan buen defensor.

El hidalgo sonrió, halagado en su corazón con tales palabras; se acarició la barba y repuso:

—¿Qué os pensabais? ¿No lleva acaso Zagloba la cabeza en el cuello? Soy taimado como Ulises y he de advertiros que, si no fuera por esta calidad mía, ya hace mucho tiempo que habría servido de pasto a los cuervos. ¿Pero qué otro remedio me queda? Tenemos que procurar por nuestra salvación. No ha sido, en verdad, muy difícil hacerles creer en la proximidad del príncipe, pues es la pura verdad que el día menos pensado puede aparecer por estos pa-

rajes, blandiendo una espada de fuego, como un arcángel. Si le triturase el cráneo a Bogun en el camino, me comprometería a hacer descalzo una peregrinación a Chenstojowa (1). Aun cuando no hubiesen creído los yegüeros en la veracidad de mis palabras, sólo el recordarles el poder del príncipe hubiera bastado para hacerles respetar nuestras vidas. Sin embargo, creedme, su insolencia no significa nada bueno para nosotros, pues indica que la turba, en estas comarcas, ha tenido ya noticias de las victorias de Kmielnizki y está a punto de perder todo freno. Ahora tenemos que tomar la ruta por los desiertos, sin aproximarnos mucho a las aldeas, pues sería peligroso. Dios quiera que el príncipe llegue lo más pronto posible, para que no caigamos en un atolladero que pudiera sernos fatal.

Una honda preocupación volvió a apoderarse de Elena, que, deseosa de oír alguna palabra de esperanza de labios de Zagloba, dijo:

—Ahora ya tengo fe en que lograréis vuestra salvación y la mía.

—Se comprende—contestó el viejo zorro,—la cabeza se nos dió para cuidar de la piel. Os he tomado tanto cariño, señorita, que os ampararé como a mi propia hija. Lo peor es que, a decir verdad, no sabemos hacia dónde huir, porque ni la misma Zolotonosa me parece asilo muy seguro.

—Yo sólo os puedo decir que mis hermanos están allí.

—¿Quién sabe? Pueden haber salido ya para Razlogi y seguramente no vendrán por el mismo camino que nosotros seguimos. Pero cuento con el apoyo de aquella guarnición. Ojalá hubiera en el fuerte, por lo menos, media bandera o medio regimiento. Aquí está el Kagámlik. Ya estamos, al menos, al amparo de los cañaverales, que nos cubren el flanco. Vadeemos el río en vez de seguir, y continuemos su curso hasta la carretera. Avancemos río arriba para borrar nuestras huellas. Es verdad que nos aproximaremos a Razlogi, aunque no mucho...

—Nos acercamos a Browarki—dijo Elena;—de allí el camino sigue hacia Zolotonosa.

—Tanto mejor... Deteneos, señorita.

(1) La Compostela de Polonia. (*N. del T.*)

Abrevaron los caballos. Luego Zagloba, dejando a la joven bien escondida en el cañaveral, fué a buscar el vado y lo encontró sin dificultad, pues estaba situado a unos cincuenta pasos del punto donde habían hecho alto. Por allí pasaban los yegüeros los caballos a la orilla opuesta del río, que era bastante llano. Sólo las orillas eran poco accesibles a causa del lodo y de los arbustos que las cubrían. Una vez pasados al otro lado del río, emprendieron, sin demora, el ascenso contra la corriente, caminando seguidamente hasta la llegada de la noche. Hacían el camino difícil los muchos riachuelos que iban a desembocar al Kagámlik, y abriéndose en forma de limanes en sus desembocaduras, formaban una red de charcos y pantanos. A cada momento era preciso buscar vados o atravesar penosamente los bosquecillos de arbustos, lugares poco transitables para caballerías. Los pobres animales estaban muy cansados y apenas podían arrastrar los pies. A ratos se hundían tan profundamente, que Zagloba dudaba que pudieran volver a salir. Por fin llegaron a una orilla alta y seca, poblada de encinas. Pero entre tanto ya había cerrado la noche y reinaba gran obscuridad. No podía pensarse en continuar el camino, pues en medio de las tinieblas era muy fácil caer en profundos pantanos y perecer en ellos. Por eso Zagloba decidió esperar allí a que fuese de día.

Desensilló los caballos, los trabó y los dejó pacer. Después cogió grandes brazadas de hojas y las arregló de modo que formaran una cama; cubrióla con gualdrapas, y poniendo su burka encima, dijo a Elena:

—Echaos a dormir, señorita, pues no podéis hacer cosa mejor. El rocío refrescará vuestros ojos y os sentiréis bien. Yo me haré una almohada con la silla, pues tengo los huesos molidos. No encenderemos fuego para no llamar la atención de los yegüeros. La noche pasará pronto, y en cuanto asome el alba, nos pondremos en camino. Descansad tranquila, señorita... Hemos corrido y saltado como dos liebres, sin haber avanzado mucho en nuestra ruta, pero también hemos borrado tan a maravilla nuestras huellas, que ni con la ayuda del diablo nos encontrarán. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, caballero.

El esbelto cosaquito se puso de rodillas y rezó largo rato, alzando los ojos hacia las estrellas. Zagloba, entre tanto, se cargó la silla al hombro llevándosela a cierta distancia, donde se arregló un sitio para dormir. Aquella orilla les brindaba excelente albergue, pues era alta y seca y no había en ella mosquitos. Las frondosas copas de los árboles constituían un seguro amparo contra la lluvia.

Elena no pudo dormirse en largo rato. Los acontecimientos de la noche pasada se avivaron nuevamente en su recuerdo, presentándosele, en la obscuridad, los rostros de su tía y de sus primos asesinados. Le parecía que estaba encerrada en aquella sala, con sus cadáveres, y que Bogun iba a entrar de un momento a otro. Veía su rostro pálido, y sus negras cejas contraídas por el dolor, y sus ojos, brillantes como ascuas en la obscuridad, fijos en ella. Una angustia indecible se apoderó de la joven.

La luna se asomó al cabo tras las nubes, bañando con su blanquecina luz el encinar, revistiendo de formas fantásticas los troncos y las ramas. La voz chillona de los *rascones* (1) se dejó oír; los pinzones hacían resonar su canto en las estepas. De cuando en cuando se oían ecos extraños y lejanos, de voces de pájaros o animales nocturnos. El resoplar de los caballos se iba tornando, poco a poco, menos perceptible. Los dos brutos saltaban sobre la hierba y se alejaban, a pesar de estar trabados... Todos aquellos sonidos contribuyeron a tranquilizar a Elena, disipando sus visiones fantásticas y volviéndola a la realidad; la decían que aquella sala que aparecía ante sus ojos, aquellos cadáveres de sus parientes y aquel Bogun, pálido, con los ojos centelleantes de venganza, no eran más que una alucinación, una fantasmagoría producida por el miedo. Días antes, la sola idea de una noche parecida, pasada al raso en el desierto, la hubiera asustado terriblemente; hoy, en cambio, tenía que darse cuenta de que realmente estaba a la orilla del Kagámlik, lejos de su alcoba virginal...

Los rascones y los pinzones la arrullaban con su música nocturna. Las estrellas se le mostraban en el cielo a cada movimiento de las ramas; los coleópteros zumba-

(1) Codornices de la estepa.

ban entre las frondosas copas de las encinas... Por fin se durmió...

Pero las noches de las estepas tienen sus sorpresas. Amanecía ya cuando, de repente, llegaron a sus oídos atronadores bufidos, aullidos, ronquidos, y luego un gemido tan penetrante que helaba la sangre en las venas. Elena se levantó de un salto, cubierta de sudor frío la frente, aterrada y sin saber qué hacer. De pronto pasó ante sus ojos la figura de Zagloba, que corría precipitadamente, desnuda la cabeza, hacia donde se había oído todo aquello, empuñando las pistolas. Al poco rato se oyó su voz: «¡U-ha! ¡U-ha! ¡Ay de vosotros!» Luego sonó un pistoletazo, después nada. Aquel silencio pareció a Elena que duraba un siglo. Por fin, hacia la orilla, se oyó de nuevo la voz de Zagloba.

—¡Así os coman los perros! ¡Así os despellejen vivos para hacer collares para los judíos con vuestra piel!

En su acento vibraba una verdadera desesperación.

—Señor Zagloba, ¿qué ha ocurrido?—preguntó la joven.

—¡Que los lobos han devorado a los caballos!

—¡Jesús, María! ¿A los dos?

—No, uno sólo está degollado, pero el otro está tan estropeado, que no caminaría ni media legua. No se han alejado más que a trescientos pasos y han tenido tan mala suerte...

—¿Y qué haremos ahora?

—¿Qué haremos? Cortar un par de palos y montar a caballo en ellos. ¡Qué sé yo lo que haremos! ¡Oh desesperación! Os digo, señorita, que el diablo se ha metido seriamente en nuestros asuntos. No es de extrañar, porque de seguro será amigo y quizá pariente de Bogun. ¿Qué haremos? Sí, ya lo sé; convertirme yo en caballo, y así, por lo menos, tendréis cabalgadura vos. En la vida me ha ocurrido cosa semejante.

—Vamos a pie.

—Vos, bueno, con los veinte años que tenéis...; pero yo, con este corpanchón, no puedo caminar según la usanza campesina. Ni campesina siquiera, porque aquí cualquier villano consigue tener una mala yegua, y sólo los perros andan a pie. ¡Rayos y truenos!.. Claro que no nos quedaremos aquí sentados, sino que continuaremos nuestra marcha...; pero

cuándo llegaremos a esa Zolotonosa, sólo Dios lo sabe. Si no es envidiable ir a lomos de un caballo, de ir a pie no hay que hablar... Nos ha ocurrido lo peor que podía ocurrirnos. Por ahora es preciso abandonar las sillas y cargar sobre nuestros hombros las provisiones que nos quedan.

—No puedo permitir que las carguéis vos solo... Yo os ayudaré en lo que pueda...

La resolución de la muchacha sosegó un tanto a Zagloba.

—Querida señorita—dijo,—debería ser un musulmán o un pagano para consentirlo. No son esas blancas manecitas para levantar cargas, ni sirven para soportarlas esos hombros delicados. Dios querrá que me las arregle yo solo, pero tendré que hacer muchos descansos, ya que, por haber sido siempre muy sobrio en comer y beber, tengo ahora la respiración un poco corta. Llevémonos las gualdrapas para dormir y algunos víveres... De todos modos, no quedará ya mucho aquí, sin contar con que tenemos que reforzarnos con un buen almuerzo.

Almorzaron con buena gana, y Zagloba, renunciando a su elogiada abstinencia, procuraba tener la respiración bien larga. A eso del medio día llegaron a un vado que debía de ser muy frecuentado por hombres y caballos, pues en ambas orillas se veían huellas de ruedas y cascos.

—¿Será, tal vez, ése el camino de Zolotonosa?—preguntó Elena.

—No hay a quién preguntar.

Aún no había acabado Zagloba la frase, cuando se oyó a lo lejos un rumor de voces humanas.

—¡Cuidado!—tenemos que ocultarnos—dijo Zagloba, bajando la voz.

El rumor se acercaba.

—¿Veis algo?

—Sí.

—¿Quién se acerca?

—Un ciego anciano con una lira, guiado por un chico. Ahora se quitan los zapatos y se disponen a atravesar el vado por aquí.

Momentos después, el chapoteo del agua les indicó que ciego y lazarillo habían entrado ya en el río.

Zagloba salió con Elena del escondite.

- ¡Alabado sea Dios!—gritó el hidalgo.
- Por los siglos de los siglos—contestó el ciego.—¿Quién va ahí?
- Cristianos. No tengáis miedo, somos buena gente.
- ¡Que San Nicolás os dé salud y suerte!...
- ¿De dónde venís, buen viejo?
- De Brovarki.
- ¿Y adónde conduce ese camino?
- A las viviendas forestales, a la aldea.
- ¿Pero no va a Zolotonosa?
- Puede que sí, señor.
- ¿Hace mucho que salisteis de Brovarki?
- Ayer mañana, señor.
- ¿Habéis estado en Razlogi?
- Sí. Según me han dicho, aparecieron allí unos caballeros y hubo una batalla.
- ¿Quién lo ha dicho?
- Lo oímos, en Brovarki, a un criado del príncipe. Contó cosas horrendas...
- ¿No lo visteis?
- Yo no veo a nadie, señor, soy ciego.
- ¿Y este muchacho?
- Este muchacho ve, pero es mudo y sólo yo le entiendo.
- ¿Está lejos Razlogi?.. Allá vamos nosotros.
- ¡Uh!..., muy lejos.
- ¿Decís, pues, que habéis estado allí?
- Sí, señor.
- ¿Sí?—dijo Zagloba, cogiendo de repente al muchacho por el cuello.
- ¡Ah, bandidos, ladrones, vagabundos! Andáis espionando por estas tierras para incitar a los labradores a la rebelión... ¡Venid aquí, Fedor, Olesa, Máximo, cogedlos, desnudadlos, colgadlos o ahorcadlos! ¡Dad una paliza de muerte a estos rebeldes espías, matadlos a golpes!
- Zagloba empezó a arrancar los vestidos al joven, zarrandeándole fuertemente, y cada vez gritando con más fuerza. El anciano cayó de rodillas pidiendo perdón. El muchacho lanzaba esos gritos penetrantes e inarticulados propios de los mudos... y Elena asistía estupefacta a aquel acto de violencia.

—¿Qué hacéis?—preguntó, sin acabar de darles crédito a sus ojos.

Pero Zagloba continuaba vociferando, blasfemando, poniendo en movimiento todo el infierno, llamando toda clase de desgracias, llagas y pestes, amenazando con los tormentos más abominables y con la muerte.

La princesa creía que había perdido el juicio.

—¡Aléjate corriendo!—le gritó, —no conviene que presencies lo que va a ocurrir aquí... ¡Aléjate, repito!..

Y añadió, dirigiéndose al viejo:

—¡Quítate la capa, estúpido, si no quieres que te haga pedazos en el acto!

Derribando al mocito de un golpe, empezó a arrancarle los vestidos con sus propias manos. El viejo, estupefacto, tiró al suelo rápidamente la lira, el zurrón y la casaca.

—¡Quítatelo todo! ¡Mal rayo te parta!—rugía Zagloba.

El viejo se dispuso a quedarse en cueros.

La princesa, al ver lo que iba a hacer, se alejó apresuradamente para evitarle a su pudor la visión de aquellas desnudeces... Las maldiciones del grueso hidalgo proseguían. Cuando se hubo alejado bastante, Elena se detuvo perpleja. A sus pies yacía un tronco de árbol desarraigado por el huracán y se sentó en él en espera de los acontecimientos. A sus oídos llegaban los chillidos del mudo, los gemidos del viejo y el alboroto que armaba Zagloba.

Por fin reinó el silencio. Oíase sólo el gorgear de los pájaros y el sosegado crujir de la hojarasca. Al cabo de un rato se oyeron una respiración fatigosa y unos pasos pesados de hombre.

Era Zagloba.

Traía sobre los hombros los vestidos que les había quitado al viejo y al niño, y llevaba en las manos dos pares de zapatos y la lira. Al acercarse guiñó su ojo sano y sonrió jadeando.

Estaba, por lo visto, de buen humor.

—No hay alguacil de tribunal que me gane a gritar—dijo. —Estoy ronco... Pero ya tengo lo que quería. Los he dejado en cueros como los parió su madre..., y si el sultán no me convierte en bajá o en hospodar valaco, cometerá una injusticia, ya que acabo de aumentar en dos el número de

santos turcos. ¡Más que vagabundos! ¡Me rogaban que les dejara al menos la camisa! «Bastante favor os he hecho—les he dicho—con dejaros la vida...» Pero mirad, señorita, todo es nuevo: las casacas, las botas y las camisas. ¿Cómo queréis que haya paz en la república, si los bellacos se visten con tanto lujo?.. De seguro que vuelven de Brovarki, del jubileo, donde habrán amontonado, mendigando, gran puñado de ochavos, con los que se lo habrán comprado todo nuevo en la feria. Hay más de un noble que no gana tanto cultivando sus tierras como estos viejos mendigando. En vista de ello, renuncio a mi oficio de caballero y guerrero, y me haré salteador de mendigos, pues veo que es oficio cómodo y el modo más seguro de llegar pronto a tener fortuna.

—¿Pero con qué objeto habéis hecho todo eso?—preguntó Elena.

—¿Con qué objeto? ¿No lo comprendéis todavía? Esperaos, pues, un poquito, que no tardaréis en verlo con vuestros propios ojos.

Y diciendo esto, tomó la mitad de los vestidos robados y se ocultó tras las matas que poblaban las riberas. Al poco rato oyéronse entre las malezas unos acordes de lira, y momentos después salió... no Zagloba, sino un verdadero bardo ambulante de Ucrania, con un ojo nublado y con la barba blanca. El improvisado cantante se acercó a Elena y cantó con voz ronca:

Soberano halcón, hermano mío,
alto levantas tu vuelo,
lejos alcanza tu vista...

La princesa palmoteó, y por primera vez, desde su fuga de Razlogi, una sonrisa iluminó su lindo rostro.

--Si no supiera quién sois, a fe que no os reconocería.

—¿Qué os parece? ¿Acaso visteis jamás en carnaval una máscara más perfecta? Me he mirado en el río, y si he visto en mi vida un viejecito más cuco, que me cuelguen a mi propio zurrón. En cuanto a canciones, tampoco me faltarán. ¿Qué preferís, señorita: la Marusa de Boguslaw, la de Bondarivna, o tal vez queréis que os cante algo de la muerte de Sierpiah? Todo lo sé. Decidme que soy un zopenco, si no

me gano para un bocado de pan divirtiendo a los peores calaveras del mundo...

—Ahora comprendo el despojo que les habéis hecho a esos pobres desgraciados... Caminaremos más seguros con estos disfraces, ¿verdad?

—¡Naturalmente! ¿Qué os figurabais? Aquí, en esta parte del Dniéper, habita la peor gente del mundo, y sólo la mano del príncipe consigue domar a estos granujas...; pero ahora, cuando se enteren de la guerra con los zaporogos y de las victorias de Kmielnizki, no habrá fuerza humana que les impida lanzarse a la rebelión. Aquellos yegüeros, como visteis, estaban ya a punto de arrancarnos el pellejo. Si los hetmanes no consiguen aplastar al caudillo cosaco cuanto antes, dentro de pocos días el país entero arderá en llamas..., y entonces, ¿cómo podríais atravesar conmigo estas regiones entre las turbas rebeldes? Antes que caer en sus manos, sería preferible os hubierais quedado en poder de Bogun.

—¡Oh!, no, eso no puede ser; preferiría la muerte—interrumpióle la princesa.

—En cuanto a mí, prefiero la vida, porque la muerte, el día menos pensado, llama a la puerta, y entonces sí que no hay ingenio humano capaz de librarse de sus garras. Creo, pues, que Dios mismo nos ha enviado esos mendigos. Como asusté a los yegüeros, les he asustado a ellos amenazándoles con el príncipe que llega al frente de sus tropas. Tres días, por lo menos, estarán escondidos, desnudos, entre los cañaverales. Nosotros, entre tanto, procuraremos llegar disfrazados hasta Zolotonosa: allí encontraremos a vuestros hermanos y nuestro socorro... y, si no hay más remedio, continuaremos el camino hasta llegar donde están los hetmanes, o esperaremos la llegada del príncipe, y todo en completa seguridad, puesto que a los músicos ambulantes no les amenaza peligro alguno por parte de los campesinos ni de los cosacos. Hasta podríamos atravesar los campamentos de Kmielnizki sin el menor riesgo. Sólo el encuentro con los tártaros nos conviene evitar, porque ésos nos cogerían prisioneros, movidos por vuestra apariencia de un gallardo mocito.

—Así, pues, ¿también yo tendré que disfrazarme?

—También vos... Despojaos de vuestro disfraz de cosaquito para transformaros en un muchacho campesino. Es verdad que sois demasiado linda para hija de un pordiosero como yo para hacer de pobre músico ambulante, pero no os preocupéis por eso. El viento os curtirá la tez, y por lo que a mí toca, no tardaré en enflaquecer de tanto caminar. Mi panza desaparecerá a fuerza de sudar. Cuando los valacos me quemaron un ojo, creía que me había pasado la peor de las desgracias; pero ahora veo que el ojo vacío me viene como pintado, pues sería sospechoso un viejecito músico con la vista sana. Me llevaréis de la mano y me llamaréis Onufrio: ese será mi nombre de músico ambulante. Ahora cambiad con rapidez vuestro traje, pues nos urge ponernos en marcha. Marcha que será bastante larga y que haremos a pie.

Zagloba se alejó y Elena empezó a disfrazarse de lazarillo. Luego de chapotear un poco en el río, quitóse la túnica cosaca y se puso la casaca de campesino y un sombrero de paja, echándose después al hombro una mochila de viaje. Por fortuna, el mozo despojado por Zagloba era tan esbelto que todo le sentaba a Elena a las mil maravillas.

Al cabo de un rato, volvió Zagloba, la miró con suma atención, y dijo:

—Dios mío, cuántos caballeros renunciarían con gusto a su talle esbelto con tal que les acompañara un mozo tan lindo, y, sobre todo, conozco un oficial de húsares que no vacilaría ni un momento... Sólo conviene tomar alguna decisión en cuanto a vuestra cabellera. He visto en Estambul lindos mozalbetes, pero ninguno como vos.

—Quiera Dios que no nos hagan pagar cara mi belleza —dijo Elena.

Pero no pudo disimular una sonrisa de satisfacción, pues la admiración de Zagloba halagaba sus oídos de mujer.

—La belleza no puede perjudicar nunca, y yo mismo tengo buena prueba de ello... Cuando los turcos en Gálata me habían abrasado ya un ojo y se disponían a hacer lo propio con el otro, la mujer del bajá de allí me salvó, indudablemente, a causa de mi extraordinaria belleza, cuyos restos podéis admirar todavía hoy.

—¿Pero no decíais que eran los valacos los que os abrasaron los ojos?

—Eran valacos, pero turquizados, al servicio del bajá de Gálata.

—Y, verdaderamente, el ojo no parece abrasado.

—Sólo ha quedado algo estropeado a causa del calor del hierro candente. Pero eso no tiene importancia. ¿Qué queréis que hagamos de vuestras trenzas?

—¿Qué vamos a hacer? ¡Cortarlas!

—Es preciso, pero ¿cómo?

—Con vuestro sable.

—Bien sirve el sable para cortar cabezas, pero en cuanto a cabellos, no sé realmente... *quo modo* (1).

—¿Sabéis lo que haremos? Me sentaré junto a este árbol derribado, pondré los cabellos sobre el tronco, y entonces vos daréis un sablazo y cortaréis. Tened cuidado, sin embargo, de no confundirlos con la cabeza.

—No tengáis miedo. Más de una vez, estando embriagado, he cortado las mechas de las velas sin tocar la bujía. No os haré daño, aunque una función de esta clase es para mí un estreno.

Elena se sentó junto al tronco, esparció sobre él su abundante y negra cabellera, y, levantando los ojos, le dijo a Zagloba:

—¡Estoy preparada! ¡Cortad!

Una sonrisa casi melancólica apareció en sus labios. Do-líale separarse de aquellos cabellos que apenas podía abarcar, en su nacimiento, con las dos manos.

Zagloba, quien también se sentía muy apenado, pasó al otro lado del tronco para mayor seguridad en el corte.

—¡Quiá! ¡Quiá!—murmuró,—preferiría hacerme barbero y afeitar los cráneos de los cosacos. Me parece ser el verdugo disponiéndose a desempeñar su cargo. Ya sabéis, quizá, que se les corta la cabellera a las brujas para que el diablo no siga en su cuerpo y debilita con su poder los efectos de la tortura. Pero vos no sois bruja y me parece abominable este procedimiento... Si Skretuski no me corta en castigo las dos orejas, le llamaré mal caballero. Palabra de honor que siento hormigueo en la mano. Cerrad los ojos por lo menos.

(1) «De qué modo.»

—¡Ahora!—mandó Elena.

Zagloba alzóse poderosamente como si se irguiera sobre los estribos de su silla, dispuesto a dar el golpe. La aguda hoja del arma hendió el aire, e inmediatamente largos mechones de aquella rica cabellera deslizaronse por la lisa corteza del tronco.

—Ahora—dijo luego Zagloba.

Elena irguióse vivamente y al punto los cortos cabellos se esparcieron en círculo alrededor de su rostro, que ardía de rubor y vergüenza... En aquellos tiempos cortar la cabellera a una moza se consideraba una gran afrenta. Elena había hecho un sacrificio inmenso, que sólo la absoluta necesidad podía justificar.

Los ojos de la joven se humedecieron, y Zagloba, descontento de sí mismo, no trató de consolarla.

—Me parece que he cometido un acto infame—dijo,—y os repito que Skretuski, si es un buen caballero, tendrá que cortarme las orejas en castigo. Pero no había otro remedio: a primera vista se habría conocido vuestro sexo. Ahora, por lo menos, podéis caminar sin miedo. Le he preguntado al viejo el camino, aplicándole el puñal a la garganta. Según me ha dicho, veremos en la estepa tres encinas en medio de una barranca de lobos, y junto a ésta encontraremos el camino por Demianovka hacia Zolotonosa. Me ha dicho que los chumaks llevan sus carros por ese camino, así es que podremos subir a algún carro. Días difíciles estamos pasando, señorita, que recordaremos toda la vida. Lo peor es que ahora tendremos que despedirnos de nuestros sables, puesto que no sienta con el oficio de músico ambulante ni con el de lazarillo llevar insignias de nobleza. Los meteré aquí, debajo de este tronco, para encontrarlos algún día, si Dios quiere. ¡Cuántas expediciones ha visto ese sable y a cuántas victorias ha contribuido! Creedme, señorita: a estas horas ya sería yo nada menos que un regimentario, si no fuera por la envidia y la maldad humanas, que me tachaban de aficionado a las bebidas fuertes. ¡Así es el mundo! ¡No hay justicia en nada! Por no haber buscado la boca de la muerte como un necio, y por haber sabido siempre combinar el sano juicio con la valentía, como un nuevo Cunctátor, no ha tenido Zachvilijovski el menor reparo en

declarar que tengo el corazón en los pantalones, esto es, que soy cobarde. Es buen hombre, pero mala lengua. Hasta hace poco me reprochaba en tono sarcástico que yo fraternizaba con los cosacos... Pero, a no ser por esta fraternización, de seguro que no os hubierais escapado de las garras de Bogun.

Diciendo esto, Zagloba colocó los sables bajo el tronco y los cubrió con hierba y hojas. Luego se echó al hombro la mochila y la tiorba; cogió la maza incrustada de pedernal, blandiéndola varias veces y añadió:

—Vaya, no está del todo mal, ya será capaz de encender velas en los ojos de algún perro o de algún lobo y arreglarle la dentadura. Lo peor de todo es que tenemos que ir a pie, pero ¿qué remedio nos queda? ¡Adelante!

Continuaron su camino, el mocito de cabellos negros delante, el viejecito detrás. Este no cesaba de murmurar y renegar, pues hacía mucho calor para ir a pie, a pesar de la brisa que soplaba por la estepa. El sol quemaba y curtía las mejillas del gallardo jovencito. No tardaron en llegar a la barranca, en cuyo fondo cantaba un surtidor, vertiendo sus aguas límpidas en el Kagámlik. En torno de aquella barranca, junto al río, se elevaban sobre una pequeña altura tres robustas encinas. Hacia éstas dirigieron sus pasos nuestros caminantes. Y no tardaron en descubrir el camino, marcado en la estepa con las flores amarillas que crecían sobre el estiércol. La carretera estaba desierta: ni un chumaque, ni un vagabundo, ni un convoy de grisáceos bueyes. Sólo aquí y allá se veían huesos de ganado dispersados por los lobos y blanqueados por el sol. Los viajeros seguían andando, y no descansaban sino en los umbrosos encinares. Cuando el mozo moreno se acostaba sobre el verde césped, el viejecito vigilaba. Habían pasado muchos arroyos, y muchas veces les costaba no poco trabajo encontrar el vado, yendo y viniendo por la orilla. A menudo cargaba el viejo al mocito en sus brazos, demostrando una fuerza misteriosa, impropia de un pobre pordiosero. ¡Aquel viejecito era un atleta! Así continuaron avanzando hasta la entrada de la noche. Por último, el mocito se sentó a la orilla de la carretera, en un bosque de encinas.

—Ya se me corta la respiración, las fuerzas me abandonan, no puedo más. Aquí me quedaré para morirme.

El viejo se turbó en extremo.

—¡Oh! ¡Maldito desierto!—exclamó. —No hay ni una mala cabaña, ni una aldea, ni un alma viviente. De todos modos es imposible pernoctar aquí. Ya va cerrando la noche, y de aquí a una hora ya no se verá... Pero escuchad, señorita...

Calló el viejo. Durante un momento reinó un silencio profundo.

De pronto fué interrumpido por una voz lejana, lúgubre, que parecía brotar de las entrañas de la tierra, pero que en realidad subía de la barranca que estaba cerca del camino.

—Son lobos—dijo Zagloba.—Anoche teníamos caballos y se los merendaron; ahora serían capaces de hacerlo con nosotros mismos. Empuño la pistola bajo mi casaca, pero no sé si la pólvora bastará para dos cargas. De todos modos, no quiero servir de mazapán en un banquete de lobos. Fijaos. ¡Otra vez se oye!

En efecto, el aullido resonó de nuevo, y esta vez parecía más cercano.

—¡Levántate, muchacho!—siguió el viejo.—Si no puedes andar, ya te llevaré yo. ¿Qué remedio? Ya veo que os he tomado demasiado cariño...: será, seguramente, porque he vivido en estado de célibe y no he podido tener legítimos descendientes... Si tengo alguno ilegítimo, será busuruán, ya que he vivido mucho tiempo en Turquía. Soy el último retoño de la estirpe de los Zagloba, de blasón «Enfrente.» De suerte que vos seréis quien me cuidará en mi vejez; pero ahora levantaos, o bien montad en mis lomos de carnero.

—Tengo las piernas como de plomo; ya casi no puedo moverme.

—¿Pero no hacíais, hace poco, alarde de vuestra fuerza? Silencio..., silencio... Juraría oír ladridos. Sí, sí, son perros y no lobos. Cerca de aquí debe de estar Demianovka, de la que nos habló el viejo. ¡Gloria al Altísimo! Ya estaba yo pensando en encender fuego para librarnos de los lobos, pero de seguro nos hubiéramos dormido los dos después de tantas fatigas. Sí, sí, son perros. ¿Oís?

—Vamos—dijo Elena, que había recobrado de pronto las fuerzas.

Y, en efecto, apenas hubieron salido del bosque divisa-

ron a cierta distancia las luces de numerosas cabañas. Divisaron, además, las cúpulas de tres iglesias, con sus tejados cubiertos de frescas bardas, cuya blancura se destacaba todavía en la obscuridad, al reflejo de los últimos rayos de la puesta del sol. Los ladridos resonaban cada vez más perceptibles.

—Sí, sí, es Demianovka, no puede ser otra cosa...—dijo Zagloba.—Los músicos ambulantes son bien recibidos por todas partes; quizá logremos obtener albergue y cena, y quién sabe si encontraremos buena gente que nos lleve en carro el resto de nuestro camino. Esperad, señorita, esta aldea pertenece al dominio del príncipe, y seguramente habrá aquí un estaroste. Así podremos descansar y enterarnos de las noticias más recientes. El príncipe debe de haber salido ya. Quizá esté nuestra salvación más cercana de lo que creíais. Pero cuidado de no olvidaros, sobre todo, de que sois muda... Ya empiezo a desvariar... Recuerdo haberos mandado que me llaméis Onufrio, y ahora veo que no podéis llamarme por ningún nombre, pues sois muda. Pero yo hablaré por los dos, ya que, gracias a Dios, domino la lengua de esos villanos tan bien como el latín. ¡Ea! ¡Adelante! ¡Mirad! Ya estamos cerca de las primeras cabañas... ¡Dios mío! ¿Cuándo acabará nuestra peregrinación? Si al menos pudiéramos encontrar un poco de cerveza caliente. ¡Cuánto se lo agradecería al Altísimo!...

Zagloba calló, y durante algún tiempo caminaron en silencio. Al fin el grueso hidalgo reanudó su charla:

—No os olvidéis, señorita, de que sois muda. Si alguien os pregunta, señaladme con el dedo y decid: ¡Ehm! ¡Ehm! ¡Oh! ¡Oh! Harto se me alcanza que sois muy lista, pero es nuestro pellejo el que se juega. Si por una casualidad nos encontramos con alguna bandera de los hetmanes o del príncipe, nos damos a conocer inmediatamente, sobre todo si el oficial es hombre cortés o amigo de Skretuski. Naturalmente, estando como estáis bajo la tutela del príncipe, nada tenéis que temer por parte de los soldados. ¡Oh! ¿Qué fuegos son esos que centellean allí en la hondonada? ¡Ah, sí! Están forjando hierro, es una fragua... Pero veo, además, mucha gente alrededor... Vamos hacia allá.

Efectivamente, entre los muros de una ruína que forma

ba como la antesala de la hondonada, veíase una fragua... La chimenea vomitaba densas nubes y haces de doradas chispas, y por el hueco de la puerta abierta y por los numerosos agujeros de las paredes fulguraba una brillante luz, entre la que aparecían las figuras de numerosos hombres atareados. En la parte exterior, ante la fragua, se veían también, a pesar de la obscuridad nocturna, unas cincuenta personas formando pequeños grupos. Los martillos de los herreros golpeaban rítmicamente en el hierro, resonando su eco alrededor y mezclándose con las canciones de la gente que se hallaba ante la herrería, con el ruido de voces y con el ladrido de los perros. Zagloba se dirigió presuroso a aquella hondonada, templó la lira y empezó a cantar:

¡Oh!, allí sobre el monte
los segadores siegan,
y bajo el monte,
bajo su verdor,
los cosacos marchan.

Cantando así se acercó más al grupo de gentes que había ante la fragua. Miró en torno suyo: eran campesinos, en su mayoría embriagados. Casi todos empuñaban largos palos, algunos con guadañas caladas a lo largo o con hojas de lanzas. Los herreros de la fragua estaban ocupados precisamente en fabricar aquellos picos y en encorvar aquellas guadañas.

- ¡Eh, viejo, viejo!—llamó un grupo de voces.
- ¡Alabado sea Dios!—saludó Zagloba.
- Por los siglos de los siglos...
- Decid, muchachos, ¿este pueblo es Demianovka?
- Sí que lo es. ¿Qué quieres?

—Me han dicho en el camino—continuó el hidalgo—que aquí encontraría buena gente, que acogería con caridad a un pobre viejo y le daría algún alimento, bebida, albergue y algunos ochavos. Soy un anciano, vengo de lejos, y mi lazarillo tampoco puede ya caminar. Es un desgraciado, es mudo..., me guía en mi vejez, ya que veis que soy un pobre ciego. Dios os bendiga, buena gente, y también el taumaturgo San Nicolás y San Onufrio. Con un ojo veo algo de

este mundo creado por Dios, pero el otro está obscuro para siempre. Así voy vagando con mi tiorba, cantando canciones, y vivo, como los pájaros del bosque, de lo que cae de las manos de la gente caritativa.

—¿De dónde vienes, viejo?

—¡Ay, de lejos, de muy lejos!... Pero dejad que descanse, pues veo un banco ante la fragua... Siéntate tú también, pobrecito—prosiguió, indicando el banco a Elena.—Venimos de Ladava, buenos amigos... Hace ya mucho tiempo que nos pusimos en marcha y ahora venimos de Brovarki del jubileo.

—¿Qué noticias traéis de allí?—preguntó un aldeano que empuñaba una guadaña.

—Hemos oído muchas noticias, pero no sé si son buenas o malas, sábelo Dios. Había allí un gentío enorme. Decíase que Kmielnizki había derrotado al hijo del hetmán con sus fuerzas armadas. También oímos decir que en la orilla rutena los campesinos se levantan contra los señores.

La multitud rodeó al punto a Zagloba, quien, sentado al lado de la princesa, hacía sonar a ratos las cuerdas de la tiorba.

—¿De modo que habéis oído, buen hombre, que el pueblo se rebela?

—¡Ya lo creo!... ¡Qué mala suerte es la nuestra, la de los campesinos!...

—¿Pero no dicen que esto va a acabar pronto?

—En Kiev, en el altar, se ha hallado una carta de Jesús Crucificado en la que se asegura que sobrevendrá una guerra terrible y abominable y que correrán por toda Ucrania ríos de sangre...

El semicírculo de oyentes que rodeaba el banco donde estaba Zagloba se estrechó todavía más.

—¿Decís, pues, que había una carta?

—Sí, os lo juro por mi salvación... Hablaba de la guerra, de derramamiento de sangre..., pero no puedo más. Como soy un pobre viejo y tengo la boca seca...

—Bebed, buen hombre, un cuartillo de aguardiente, y decidnos luego qué noticias corren por el mundo... Ya sabemos que los viejos ambulantes andan por todas partes y que todo lo saben. Ya han pasado por aquí algunos... Ase-

guraban que una hora de negra suerte va a llegar pronto para los señores, traída por Kmielnizki... Y, mandadas ya hacer las guadañas y las lanzas para nosotros, pues no queremos ser los últimos, no sabemos si debemos empezar ya o esperar una carta de Kmielnizki.

Zagloba vació el cuartillo, chasqueó la lengua, y después de haber pensado un poco, preguntó:

—¿Pero quién os dice que ya es tiempo de empezar?

—¡Nuestra prisa, nuestra impaciencia!

—¡Sí, sí, empecemos!—gritaron numerosas voces.—En vista de que los zaporogos han derrotado ya a los señores, conviene empezar.

Las guadañas y picas vibraron en sus vigorosas manos produciendo un sonido siniestro.

Luego hubo un largo rato de silencio, interrumpido solamente por el golpear de los martillos sobre el yunque. Los futuros estrategas esperaban las palabras del viejo. Zagloba quedóse un momento pensativo y luego inquirió:

—¿A quién pertenecéis?

—Al príncipe Jarema.

—¿Y contra quién queréis levantar la mano? ¿Contra él? Los aldeanos se miraron unos a otros.

—No lo lograremos...

—¡Oh!, bien decís, muchachos; no lo lograréis. Yo he estado en Lubnie y estos ojos han visto al príncipe. ¡Es un hombre terrible! ¡Cuando grita, tiemblan los árboles del bosque! ¡Da con el pie en el suelo y surge una vorágine! El rey mismo le tiene miedo, los hetmanes le obedecen y todo el mundo le teme. Sus tropas son más numerosas que las del kan y las del sultán juntas. No lo lograréis, muchachos, no lo lograréis. No seréis vosotros quienes le buscaréis, sino él mismo el que vendrá a buscaros a vosotros. Además no sabéis todavía lo que yo sé: todos los lajes acudirán en su ayuda, y eso no lo ignoráis; ¡tantos lajes, tantos sables!...

Un lúgubre silencio se extendió por la reunión... El viejo hizo zonar de nuevo la tiorba y, alzando los ojos hacia la luna, prosiguió:

—Viene el príncipe, viene... y con él tantas insignias y hermosas banderas como estrellas tiene el cielo y como car-

dos la estepa. Sopla el viento ante él, sopla y gime... ¿Pero sabéis, muchachos, por qué gime?... Por vuestra suerte nefasta... Vuela ante él la madre muerte blandiendo una guadaña... y repicando... ¿Sabéis, pues, por qué repica?... Es el repique de vuestra hora suprema...

—¡Dios se apiade de nosotros!—murmuraron varias voces aterradas.

De nuevo sólo se oyeron los golpes de los martillos contra el yunque.

—¿Quién es aquí el comisario del príncipe?—siguió preguntando el viejo.

—El señor Gdesiński.

—¿Dónde está?

—Ha huído.

—¿Por qué ha huído?

—Se enteró de que aquí se fabricaban guadañas y armas para nosotros, se asustó, y tomó las de Villadiego.

—Mala señal. Os denunciará al príncipe...

—Graznáis como un cuervo de mal agüero—dijo un viejo aldeano.—Por eso no dejaremos de creer que ha sonado la hora negra para los señores. No habrá ni uno solo, ni en la orilla tártara ni en la rusa, ni habrá señores, ni príncipes: sólo quedarán cosacos, gente libre... Y no habrá ni contribución, ni impuestos sobre el aguardiente, sobre las harinas, ni derechos de barco... No habrá ni un judío... puesto que así dice la Sagrada Escritura de que tú hablaste. Kmielnizki es tan poderoso como el príncipe. Que se atrevan y verán...

—¡Dios os oiga!...—dijo el viejo.—Dura es nuestra suerte de campesinos. Otros tiempos eran mejores...

—¿De quién es la tierra? Del príncipe. ¿De quién es la estepa? Del príncipe. ¿De quién son los ganados? Del príncipe. Y antes, toda la estepa, todos los bosques no eran más que de Dios. El que llegó primero de todos lo tomó sin responsabilidad alguna... Ahora todo es de los señores, de los príncipes...

—Teuéis razón, muchachos—contestó el bardo,—pero una sola cosa os diré: vosotros mismos sabéis que aquí no podréis resistir al príncipe... Os digo, pues: el que quiera degollar a los señores, que no se quede aquí hasta que Kmiel-

nizki haya medido sus fuerzas con el príncipe, sino que huya bajo las banderas del atamán... y eso luego, mañana mismo, puesto que el príncipe está ya en camino. Si Gdesiński le induce a que se dirija a Demianovka, ni uno solo de vosotros quedará con vida, os exterminará hasta el último hombre...; por eso es preferible que huyáis hacia Kmielnizki. Cuanto más numerosas sean sus huestes, más fácil le resultará la tarea. ¡Oh!, es un trabajo ímprobo el que le espera... Primero tiene que habérselas con los hetmanes y las huestes innumerables de la corona; luego con el príncipe, más poderoso todavía que los hetmanes. Volad, pues, muchachos, en ayuda de Kmielnizki y de los zaporogos, porque no podrán resistir los pobres desdichados... Ya sabéis que pelean por vuestra fortuna y por vuestra libertad con los señores. Volad, pues, y así os salvaréis de las manos del príncipe y prestaréis ayuda a Kmielnizki.

—¡Dice bien!—gritaron algunas voces.

—Habla bien.

—Es un viejo sabio...

—¿De modo que encontraste las tropas del príncipe en el camino?

—Verlas, no las vi, pero supe en Brovarki que había salido ya de Lubnie: pasa toda la comarca a sangre y fuego, donde encuentra una sola pica. Sólo la tierra rasa y el cielo deja tras sí.

—¡Dios se apiade de nosotros!

—¿Pero dónde tenemos que buscar a Kmielnizki?

—A eso vengo precisamente, muchachos, a deciros dónde encontraréis a Kmielnizki. Id, muchachos, a Zolotonosa, y luego a Trejtimirov, donde ya os estará esperando el atamán. Allí se reúne la gente de todos los pueblos, aldehuelas y caseríos; allá van a llegar los tártaros, porque, si no vais, el príncipe no os dejaría pisar esta tierra, madre de todos.

—¿Y vos, buen viejo, vendréis con nosotros?

—Yo ya no puedo con mis piernas, pero enganchadme una telega y no digo que no... Al llegar a Zolotonosa me adelantaré para ver si están los soldados de los señores. Si están, daremos un rodeo y nos dirigiremos a Trejtimirov, que ya es tierra cosaca. Pero ahora dadme un bocado, que

me muero de hambre y mi muchacho también. Mañana, al amanecer, nos pondremos en marcha, y durante el camino os cantaré canciones de Potozki y del príncipe Jarema. ¡Oh, qué fieros leones! Mucha sangre se verterá en Ucrania; el cielo arde en luz roja y la luna parece bañada en sangre. Implorad, muchachos, la misericordia de Dios, ya que más de uno de vosotros tiene ya las horas contadas en este mundo. He oído decir, además, que los vampiros surgen, lanzando siniestros aullidos, del fondo de las mogilas...

Un extraño temor apoderóse de todos los aldeanos allí reunidos. Instintivamente miraban a su alrededor, santiaguándose y hablando entre sí, en voz baja, hasta que uno gritó:

—¡A Zolotonosa!

—¡A Zolotonosa!—repitieron todos a coro, como si se tratara de un seguro refugio.

—¡A Trejtimirov!

—¡Mueran los lajes, mueran los señores!

De improviso, un cosaco jovencito se destacó del corro y, blandiendo su pica, exclamó:

—¡Padrecitos! Puesto que mañana vamos a Zolotonosa, vamos hoy a casa del comisario.

—¡A casa del comisario!—repitieron algunas voces.

—¡Fuego y botín!

Pero el viejo, que hasta entonces había permanecido cabizbajo, levantó la cabeza, diciendo:

—¡Ea! ¡Muchachos! Si queréis creerme, no vayáis a casa del comisario y no la incendiéis, pues podríais arrepentiros. Quizá no esté ya lejos de aquí el príncipe con sus fuerzas. Llegaría atraído por la siniestra hoguera y habría una hecatombe. Mejor es que me deis de comer y me proporcionéis albergue, y que vaguéis por estos contornos para no llamar la atención de los lajes...

—¡Dice bien!—exclamaron algunas voces.

—¡Dice bien! ¡Eres un tonto, Máximo!

—Ven conmigo, buen viejo, te daré pan y sal y un *cuarterito* de aguamiel, y luego os acostaréis en un montón de heno... —dijo un anciano campesino, dirigiéndose a Zagloba.

Este se levantó y tiró de la manga a Elena, que se había dormido.

—La fatiga ha vencido al muchacho y se ha dormido, a pesar de los martillazos—explicó.

Y pensaba: «¡Oh dulce inocencia, que puedes dormirte rodeada de picas y cuchillos! Se ve que te guardan los ángeles del cielo, que también a mí me amparan.»

La joven se despertó y los dos se encaminaron a la aldea, que estaba situada a poca distancia de allí. La noche era serena y tranquila; sólo el eco de los martillazos llegaba hasta ellos. El viejo campesino abría la marcha, indicándoles el camino en la obscuridad... Zagloba, fingiendo orar, murmuraba con voz monótona:

—Dios omnipotente, apiádate de nosotros pecadores... ¿Lo veis, señorita?... Virgen santa purísima... ¿Qué hubiéramos hecho de no ir disfrazados de bellacos?... Así en la tierra como en el cielo... Nos darán de comer y mañana iremos en carro a Zolotonosa, en vez de caminar a pie... Amén... Amén... Amén... No sería de extrañar que Bogun encontrase nuestra pista, pues contra él nada valdrían nuestras artimañas... Amén... Amén... Pero ya será tarde, porque en Progorovka pasaremos el Dniéper, y más allá empieza ya el poderío de los hetmanes. El diablo no puede nada contra el devoto... Amén... De aquí a pocos días toda la comarca arderá, en cuanto el príncipe cruce el Dniéper... Amén... Que les envíe el cielo una mala peste, que el verdugo les acoja en su seno. ¿Oís, señorita, cómo aullan allí, junto a la fragua?... Amén... Aciago ha empezado el viaje para nosotros, pero que me llamen tarugo si no llevo a sacaros con bien de estos lances, aunque tengamos que huir hasta Varsovia.

—¿Qué murmuráis, padre?—preguntó el aldeano.

—Nada, estoy rezando por vuestra salud. Amén. Amén.

—He aquí mi cabaña...

—¡Alabado sea Dios!

—Por los siglos de los siglos. Os ruego que aceptéis mi pan y mi sal.

—¡Que Dios os lo pague!

Al cabo de un rato el viejecito restauraba debidamente sus fuerzas con una pierna de carnero, entre abundantes tragos de aguamiel.. A la mañana siguiente salió con el mozo, sobre una cómoda telega, hacia Zolotonosa. Los es-

coltaban unos cincuenta aldeanos a caballo, armados con picas y guadañas.

Iban por Kavraiez, Charnobai y Kropivna. Durante el camino vieron como todo bullía ya en revolución. Por todas partes los aldeanos tomaban las armas; las fraguas trabajaban día y noche, y sólo el poder del príncipe, el terrible nombre del príncipe Jarema, detenía aún la sangrienta explosión.

Entre tanto, más allá del Dniéper, descendía ya la tempestad con toda furia. La noticia de la derrota de Korsun había corrido con la rapidez del rayo por toda Rutenia, y todo ser viviente se levantaba en armas.

CAPÍTULO V

Al día siguiente al de la fuga de Zagloba, los cosacos hallaron a Bogun medio ahogado entre los pliegues del jubón con que aquél le había envuelto. Pero como las heridas no eran graves, pronto volvió en sí... Y, al recordar los incidentes de la víspera, se entregó a un terrible acceso de rabia.

Rugía como una fiera, manchábase las manos en su propia sangre, y como amenazaba con su navaja a los que le rodeaban, nadie se atrevía a acercársele.

Por fin, como todavía no podía tenerse derecho en la silla, mandó que le acomodasen en una camilla suspendida entre dos caballos, y salió volando, como un mentecato, para Lubnie, es decir, en la dirección que, a su juicio, debían de haber tomado los fugitivos.

Así, en aquella camilla suspendida entre dos caballos y cubierta con un edredón; bañado en su propia sangre, corrió al través de la estepa, semejante a un vampiro ansioso de volver a su mogila antes del amanecer. Sus fieles cosacos le seguían, seguros de que los conducía a una muerte cierta. Galoparon hasta Vasilovka, en donde se hallaban de guarnición cien infantes húngaros asalariados por el príncipe.

Como si estuviera cansado de la vida, el salvaje vataga se echó sobre ellos sin vacilar, y a las pocas horas de lucha, la guarnición había sido aniquilada, y sólo quedaban con vida algunos prisioneros a quienes Bogun se la perdonó para someterlos luego a la tortura y arrancarles algunos datos.

Habiendo sabido por ellos que por allí no había pasado ningún hidalgo, ni joven alguna, quedóse como atontado, y empezó a rasgarse los vendajes en un arrebato de desesperación. Era imposible ir más allá, puesto que todo el

camino de Lubnie estaba ocupado por las milicias del príncipe, advertidas, de seguro, del asalto del cosaco por los habitantes de Vasilovka que allí se habían refugiado durante el combate.

Sus fieles soldados se llevaron a viva fuerza al atamán, debilitado por los ataques de furia, y volvieron con él a Razlogi. A su llegada no hallaron allí el menor vestigio de la casa solariega: los aldeanos del lugar la habían saqueado e incendiado, sin perdonar al príncipe Vasil. En caso de alguna posible venganza de los hetmanes o del príncipe, pensaban que sería fácil echar la culpa entonces a Bogun y a sus cosacos. Todos los edificios de la morada habían ardido; los cerezos y otros árboles de la huerta yacían por tierra derribados; toda la servidumbre, degollada: los plebeyos se habían vengado sin piedad de la dura disciplina y de los atropellos sufridos de mano de los Kurcévich. A poca distancia de Razlogi los cosacos se toparon con Plesnievski, que, como sabemos, venía de Chegrin y era portador de la noticia de la desastrosa batalla de Potozki en Aguas Amarillas. Cuando le preguntaron adónde se dirigía, y cuál era su misión, quedóse algo confuso e incurrió en contradicciones que hicieron sospechar al atamán. Sometido al tormento del fuego, contó la derrota de que había sido testigo y refirió su encuentro de la víspera con Zagloba. Bogun respiró satisfecho. Dejando el cadáver de Plesnievski colgado de una rama, corrió adelante, casi seguro ya de que no se le escaparía el viejo hidalgo. Los chabanes le dieron nuevos pormenores, pero, pasado el vado, desaparecieron como por encanto todas las huellas de los fugitivos. El atamán no hubiera podido encontrar al mendigo despojado por Zagloba, pues se había adelantado mucho, siguiendo la corriente del Kagámlik, y, además, el terror debía de mover al pobre diablo a esconderse, como un lince, entre los cañaverales.

Transcurrieron dos días y dos noches. Y como en la persecución hacia Vasilovka se había invertido otros dos días, Zagloba había tenido tiempo de poner mucha tierra por en medio.

El atamán no sabía qué hacer.

En tan desesperada situación, un *esaul* cosaco, viejo lobo

de la estepa, acostumbrado desde la niñez a seguir la pista de los tártaros por los Campos Salvajes, le habló así a su jefe:

—Oye, padrecito. Primero han huído en dirección a Chegrin, y con muy buen acuerdo, pues así ganaban tiempo. Pero, enterados por Plesnievski del triunfo de Kmielnizki en Aguas Amarillas, han debido variar de camino. Tú mismo habrás observado, padrecito, que dejaron el camino real para tomar un atajo.

—En ese caso se habrán metido en la estepa...

—Si hubieran entrado en la estepa, yo los encontraría... No, han vuelto a subir el Dniéper para unirse a los hetmanes: por consiguiente, han debido encaminarse a Circasia o a Zolotonosa y Progorovka... Y aun cuando se hubieran aventurado hacia Pereiáslav, lo que no creo, los alcanzaríamos también allí. Lo mejor es que uno de nosotros vaya a Circasia, padrecito, y otro a Zolotonosa, por el camino de los *chumaques* y sin pérdida de tiempo; porque, si los fugitivos consiguen pasar el Dniéper, se refugiarán en los ejércitos de los hetmanes o caerán en poder de los tártaros de Kmielnizki.

—Vete, pues, a Zolotonosa; yo voy a Circasia.

—Está bien, padrecito.

—Y aguza el ingenio, pues Zagloba es un zorro consumado.

—¡Oh! También lo soy yo, padrecito.

Después de haber dispuesto este plan de persecución separáronse; y uno de ellos se encaminó oblicuamente a Circasia, en tanto que el otro subía hacia Zolotonosa. Al cerrar la noche del mismo día, el viejo esaul Antón llegaba a Demianovka.

En el desolado pueblo no quedaban más que las mujeres ancianas... Todos los hombres válidos se habían unido a Kmielnizki, al otro lado del río. Al ver a aquellos hombres armados, sin saber quiénes eran, las mujeres se escondieron en las buhardillas y en los graneros. Antón tuvo que buscar largo rato para echar mano a una de ellas, muy viejecita, la cual no temía ya a nadie, ni aun a los tártaros.

—¿Dónde están vuestros hombres, buena mujer?—preguntó Antón.

—¿Qué sé yo?—contestó la vieja, enseñando una dentadura negruzca.

—Somos cosacos, madrecita, de los buenos; nada temáis; no somos de los lajes.

—¿Los lajes? ¡Mal rayo los parta!

—Bueno, pero decidnos... A nosotros nos queréis, ¿verdad?

—¿A vosotros?

La vieja parecía reflexionar. Al fin dijo:

—¡Que mala peste os lleve a vosotros!

Antón no sabía qué partido tomar, cuando, de pronto, se abrió, rechinando, la puerta de una choza y apareció en el corral una mujer fresca y robusta, que exclamó:

—¡Eh, muchacho!... Me han dicho que no eres de los lajes.

—¡No, por cierto!

—¿Estás con Kmielnizki?

—Sí...

—¿No eres laj?

—No.

—¿Y qué preguntabas de nuestros hombres?

—Nada... Quería saber si se han ido ya.

—Sí, se han ido, sí.

—¡Alabado sea Dios! Y di, hermosa joven, ¿no has visto huir por aquí a un noble, un maldito laj, que iba con su hija?

—¿Un noble? ¿Un laj? No, no le visto.

—¿No ha pasado nadie por aquí?

—Sí, un mendigo. El es quien ha inducido a nuestros hombres a unirse a Kmielnizki en Zolotonosa, diciendo que venía el príncipe Jarema.

—¿Qué venía adónde?

—Pues aquí... y que iría luego a Zolotonosa. Eso es lo que nos ha dicho el mendigo.

—¿Y ese mendigo ha inducido a vuestros hombres a hacer causa común con los rebeldes?

—Sí.

—¿Iba solo?

—No, con un niño sordomudo.

—¿Y cómo era?

—¿Quién?

—El mendigo.

—¡Oh!, viejo, muy viejo... Tocaba la tiorba y lamentaba la suerte de los cosacos oprimidos por los señores... Yo no le he visto.

—¿E incitaba a los campesinos a la rebelión?—volvió a preguntar Antón.

—Sí.

—¡Hum!... En fin, quedad con Dios, hermosa joven.

—¡Id en paz y que El os gué!

Antón se quedó muy pensativo. ¿Sería el tal mendigo Zagloba disfrazado? Pero ¿qué interés podría tener aquel hombre infernal en que los campesinos pactaran con Kmielnizki? Además, ¿de dónde habría podido sacar el disfraz? Y, además, no llevaba caballos: ¿dónde habría dejado los caballos? Y, sobre todo, ¿por qué incitaba a los aldeanos a la rebelión? ¿Por qué les avisaba la llegada del príncipe? De ser Zagloba, se habría guardado muy bien de advertir a nadie el peligro; antes bien, se hubiera refugiado a su vez bajo las banderas de Jarema. Y si el príncipe se encaminaba a Zolotonosa, lo que no era imposible, se vengaría, indudablemente, de la matanza de sus gentes de Vasilovka. Antón se estremeció; una de las estacas de la puerta le produjo impresión exacta de un palo de tortura...

—¡No! Aquel pobre era un mendigo de veras, y nada más. ¿A qué iría a Zolotonosa? Probablemente, en busca de refugio...

Lo cierto era que se había marchado ya.

Antón no sabía qué hacer. ¿Esperar? No, porque podría llegar el príncipe de un momento a otro. ¿Tomar el camino de Progorovka y pasar el Dniéper? Eso sería caer en manos de los hetmanes.

El viejo lobo de la estepa se sentía un poco estrecho en la estepa, que antes le parecía tan ancha. Además, estaba convencido de que, aunque lobo, había tropezado con un zorro en la persona de Zagloba.

De pronto se dió una palmada en la frente.

—¿Por qué impulsaba el pordiosero a los lugareños a huir hacia Zolotonosa? Para que pasaran por Progorovka y por el Dniéper y se encontraran con el ejército de los hetmanes y con todo el campamento de la Corona.

Antón resolvió llegar a toda costa a Progorovka.

Si una vez en las orillas del río oía decir que los polacos acampaban en la otra orilla, iría, corriente abajo, a unirse con Bogun cerca de Circasia, guardándose mucho de pasar el Dniéper. Además, procuraría saber algunas noticias de Kmielnizki en el camino. Por las declaraciones de Plesnievski sabía ya que Kmielnizki ocupaba Chegrin, que éste había enviado a Krivonos, su lugarteniente, al encuentro de los hetmanes, y que él mismo se disponía a seguirle con Tugay-Bey. Antón, como veterano que conocía bien el terreno, no dudaba que ya se habría librado el combate. Convenía, por tanto, saber a qué atenerse. Vencido Kmielnizki, el ejército polaco victorioso ocuparía todo el litoral del Dniéper en persecución del enemigo, y ya no había que pensar en buscar allí a Zagloba...

Pero ¿y si, por el contrario, Kmielnizki había triunfado de los hetmanes?...

A decir verdad, Antón no creía casi en tal posibilidad. Era más fácil vencer al hijo del hetmán que al hetmán en persona; era más fácil derrotar a una vanguardia que a un ejército entero.

—¡Oh! ¡Más le valiera a nuestro atamán pensar en su pellejo que en sus amores!—decía para sí el viejo cosaco.— Todavía podría pasar el Dniéper en las cercanías de Chegrin y refugiarse en Sich.

Hallándose, como se hallaba, entre el príncipe Jeremías por un lado y los hetmanes por otro, estaba como en una ratonera, sin posibilidad de encontrar un refugio seguro.

Tales reflexiones se hacía el sargento avanzando con sus soldados, con gran rapidez, hacia el Sular, que tenía que vadear inmediatamente después del Demianovka, para llegar a Progorovka. Llegaron a Mogilna, situada en la misma orilla del río. La suerte favorecía a Antón, porque tanto Mogilna como Demianovka estaban desolados.

Encontró allí almadias preparadas para el transporte y bateleros ocupados en transportar a los aldeanos que huían hacia el Dniéper. Los habitantes del Trans-Dniéper no se atrevían a levantarse contra el príncipe, pero los campesinos de todos los pueblos, aldehuelas y caseríos huían hacia

Kmielnizki para alistarse en sus banderas. La noticia de la victoria de los zaporogos en las Aguas Amarillas había corrido como un reguero de pólvora por toda la región del Trans-Dniéper. A los indómitos campesinos les pesaba la vida tranquila y pacífica, aunque allí, precisamente, no sufrían ninguna clase de atropellos por parte del príncipe, quien, como ya hemos dicho, a pesar de su excesiva severidad con los rebeldes, era un verdadero padre para los colonos pacíficos, hasta el punto de que sus comisarios se guardaban mucho de hacer víctimas de cualquier injusticia a las gentes que les estaban confiadas. Pero aquellas gentes, que no eran más que bandoleros recién transformados en labradores, detestaban el orden, la severa disciplina y la ley, y corrían entusiasmados allí donde veían brillar la esperanza de una libertad sin freno alguno. En muchas aldeas hasta las mujeres iban a unirse al atamán cosaco. En algunas, como Chabanovka y Vysoke, habían desaparecido todos los lugareños después de prender fuego a sus casas, para no caer en la tentación de volver a ellas. En las aldeas donde quedaban todavía algunos habitantes todo el mundo se arinaba precipitadamente.

Antón les preguntó en seguida a los bateleros qué noticias llegaban de la otra ribera. Las había, pero contradictorias y confusas... Todas coincidían en un punto: en que Kmielnizki había presentado batalla a los hetmanes; pero, según unos, había salido vencido y, según otros, vencedor. Según un aldeano que huía hacia Demianovka, los hetmanes habían caído prisioneros. Los bateleros sospecharon que aquel hombre no era más que un campesino disfrazado; no obstante, no se atrevieron a detenerle, ya que otras noticias hablaban de la proximidad de los ejércitos de Jeremías. El pavor que inspiraba multiplicaba extraordinariamente el número de sus tropas. Aquel hombre terrible tenía el don de ubicuidad: no había en aquellos momentos, en todo el litoral del Trans-Dniéper, un solo pueblo en donde no se esperase a cada momento verle surgir.

Antón advirtió que en todas partes tomaban a su escuadrón por la vanguardia del ejército de Visnoviezki.

Tranquilizó a los remeros y les preguntó si habían visto a los campesinos de Demianovka.

—Sí, y les hemos llevado a la otra orilla—contestó uno de ellos.

—¿Iba con ellos un mendigo?

—Sí.

—¿Y un niño sordomudo, que le servía de lazarillo?

—Exactamente.

—¿Qué señas tenía el mendigo?

—Era grueso, no muy viejo, con ojos de besugo y en una nube.

—¡Es él!—refunfuñó Antón.—¿Y el niño?

—¡Oh! ¡El niño, señor atamán, era un verdadero angelito! Nunca han visto mis ojos otro parecido.

Entre tanto, ya habían llegado a la otra orilla.

Antón ya sabía a qué atenerse.

—¡Muy bien!—murmuraba.—Le devolveremos su dama al atamán.

Y les gritó a sus hombres:

—¡A caballo todos!

Alejáronse volando, cual una bandada de avutardas espantadas, a pesar de que el terreno era difícil a causa de las innumerables zanjas que se abrían en él. Internáronse en una muy profunda, en cuyo fondo, al borde de un riachuelo, había un camino que parecía hecho expresamente por la Naturaleza. El barranco se extendía hasta Kavraiez. Galoparon algunas decenas de estadios, sin descansar. Antón, jinete en el corcel más soberbio, abría la marcha. Cuando ya llegaban ante la desembocadura de la zanja Antón paró, de pronto, su caballo, cuyos cascos traseros rechinaron sobre el terreno pedregoso.

—¿Qué diablos es eso?—pensó.

La desembocadura acababa de llenarse de gentes y caballos. Un destacamento de caballería, compuesto de unos trescientos jinetes, entraba en la hondonada, formando en filas de seis. Antón miró, y, aunque era un experto guerrero, que había hecho muchas campañas, acostumbrado a toda clase de peligros, no por eso dejó de palparle el corazón y su rostro tornóse mortalmente pálido.

Había reconocido a los dragones del príncipe Jeremías.

Ya no podía huir. Su gente se hallaba apenas a unos doscientos pasos de los dragones. Además, sus caballos,

que estaban reuidos, eran incapaces de resistir la menor persecución. El enemigo, al divisarlos, aumentó el galope. Momentos después los cosacos se vieron cercados por todas partes.

—¿Quién sois?—preguntó con acento amenazador el oficial.

—Gente de Bogun—contestó Antón, sin buscar subterfugios, pues el uniforme que llevaban los hubiera descubierta.

Sin embargo, como reconociese al oficial por haberle visto algunas veces en Pereiáslav, exclamó de repente, fingiendo una gran alegría:

—¡Alabado sea Dios! ¡Si es el teniente Kusel!

—¡Ah! ¿Eres tú, Antón?—dijo el oficial, reconociendo a su vez al cosaco.—¿Qué hacéis por aquí? ¿Dónde está vuestro atamán?

—Según parece, señor, el gran hetmán le ha enviado a pedir refuerzos a monseñor el príncipe vaivoda. Ha ido a Lubnie, y nosotros, en virtud de su orden, recorreremos los pueblos para detener a los tráfugas.

Antón mentía descaradamente, pero no lo hacía a tontas y a locas. Como los dragones no llegaban de la parte del Dniéper, el oficial no debía de saber aún nada de los actos de Bogun, de la agresión a Razlogi, ni de la matanza de la guarnición de Vasilovka.

—Cualquiera creería que ibais furtivamente en busca de los rebeldes—dijo Kusel.

—Señor teniente—repuso Antón,—si quisiéramos unirnos a Kmielnizki, no estaríamos a este lado del río.

—Tienes razón... Es una verdad evidente e innegable. Pero el atamán no encontrará ya en Lubnie al príncipe vaivoda.

—¡Ah!... ¿Dónde está, pues?

—Hace poco estuvo en Priluca... Probablemente hasta ayer no había salido para Lubnie.

—¡Qué contratiempo! El atamán lleva a Su Alteza el príncipe una carta del hetmán... Permitidme una pregunta: ¿viene vuestra gracia de Zolotonosa con el ejército?

—No. Estábamos de guarnición en Kalenki; pero tanto nosotros como el grueso del ejército acabamos de recibir

orden de replegarnos sobre Lubnie, de donde salía el príncipe con toda su tropa. Y vos, ¿adónde vais?

—A Progorovka... Allí los campesinos pasan en tropel el río.

—¿Luego son muchos los tráfugas?

—¡Oh!, numerosísimos; no pueden contarse.

—Seguid vuestro camino y que Dios os guíe.

—Muy reconocidos a vuestra gracia... ¡Que Dios la guíe!

Los dragones dejaron paso franco a los hombres de Antón, que pasaron entre ellos hacia la boca del barranco.

En cuanto estuvieron fuera de la hondonada, Antón se detuvo y escuchó atentamente. Cuando se hubo perdido de vista el último dragón, volvióse a su gente diciendo:

—Sabed, tarugos, que, a no haber sido por mí, dentro de tres días os hubieran enviado al otro mundo empalándoos a todos en Lubnie. ¡Ahora a galope tendido, aunque revienten los caballos!

Partieron como un huracán.

—Hemos ganado la partida—pensaba Antón,—y doblemente: primero, porque hemos salido del trance con el pellejo sano; y segundo, porque esos dragones no vienen de Zolotonosa y no han podido toparse con el hidalgo, lo que le hubiera puesto en salvo.

En efecto, en esta ocasión le había sido adversa la suerte a Zagloba.

El encuentro con el destacamento de Kusel le hubiera venido que ni de perlas. En Progorovka la noticia del desastre de Korsun le produjo el efecto de un rayo. Ya, camino de Zolotonosa, habían llegado a sus oídos rumores sordos. En las aldeas y caseríos hablábase de que se había librado una gran batalla, y hasta se cuchicheaba que Kmielnizki había vencido a los hetmanes. Sin embargo, el viejo hidalgo no había dado crédito a estas noticias. Sabía por experiencia que los incidentes más fútiles eran exagerados por la gente del pueblo y, sobre todo, por los cosacos, demasiado propensos a atribuir a sus hermanos toda clase de proezas sobrehumanas.

Mas cuando llegó a Progorovka, fué ya imposible toda duda. La verdad terrible y siniestra sonaba como martillazos en su cabeza: Kmielnizki triunfante..., los ejércitos de

la Corona destruidos..., los hetmanes prisioneros..., toda Ucrania ardiendo...

Zagloba, en los primeros momentos, estuvo a punto de perder la cabeza.

Su situación era desesperada.

También en el camino la suerte le había sido adversa. En Zolotonosa no había guarnición alguna. Abandonada la vieja ciudadela, toda la población se sublevaba furiosamente contra los lajes. El grueso hidalgo sabía con toda seguridad que Bogun le buscaba, y que tarde o temprano encontraría su pista. Y andaba de través, como liebre perseguida, pues conocía a fondo a su sabueso; estaba segurísimo que daría con él. Tenía a su espalda al atamán y ante sí las legiones de campesinos sublevados, matanzas, incendios, incursiones tártaras y masas enfurecidas.

Escapar en tal situación era punto menos que imposible, sobre todo en compañía de una joven que, aunque disfrazada de lazarillo, llamaba la atención por todas partes a causa de su rara hermosura.

Había para perder la cabeza. Pero Zagloba nunca la perdía por mucho tiempo. En medio de su aturdimiento, no dejaba de ver claro en sí mismo. De todos los males y peligros—el agua, el fuego, la rebelión, las degollaciones y el mismo Kmielnizki—no se le ocultaba que Bogun era el que le infundía más miedo. La sola idea de caer en manos del terrible caudillo le ponía carne de gallina. «¡Me desollaría vivo!—decíase.—¡Y ante mí todo un océano de rebeldes!...»

El único medio de salir de apuros era encomendar a la divina Providencia la custodia de Elena... Pero esto no quería hacerlo en modo alguno.

—No cabe otra explicación...—le decía a la joven.—Habéis debido de echarme algún sortilegio o darme a beber algún filtro, cuyo resultado será que me arranquen la piel por vos...

Mas la sola idea de abandonarla se le antojaba un crimen. ¿Qué partido tomar, Señor?

—¡Bah!—pensó.—Ante mí se extiende un mar embravecido. ¿Pero qué más da? Trataré de sumergirme en él, y así, al menos, me esconderé..., y, si Dios quiere, llegaré hasta la otra orilla.

Decidió pasar a la ribera derecha del Dniéper; pero tampoco era cosa fácil conseguirlo en Progorovka. El príncipe Nicolás Potozki había acaparado ya antes, para el ejército que mandaba Krechovski, todas las dombazas, barcazas, almadías, *chaicas* y «avanzadillas,» o sea embarcaciones menudas, de toda la línea desde Pereiáslav hasta Chegrin.

En Progorovka no quedaba más que una vieja almadía agujereada, y en la orilla había millares de fugitivos de los alrededores del Trans-Dniéper que esperaban servirse de ella. En la aldea estaban ocupadas todas las chozas, cobertizos, graneros y cuadras. Una enorme carestía reinaba por todas partes. Zagloba no tenía más remedio que ganarse cada mendrugo de pan a fuerza de garganta y de tañer la tiorba. Pasaron veinticuatro horas sin que fuera posible atravesar el río. La almadía se había averiado dos veces y era preciso repararla. Así es que ambos viajeros tuvieron que pasar la noche sentados en la orilla o confundidos con aquellas turbas embriagadas, a la luz de las hogueras. La noche era fría y ventosa. La princesa se caía de fatiga y de dolor, pues las enormes botas de aldeano la habían lastimado los pies. Temía ponerse de un momento a otro seriamente enferma; su rostro había palidecido, el brillo de sus hermosos ojos se apagaba. Angustiábala de continuo el temor de ser reconocida bajo su disfraz, de ver aparecer de repente a Bogun y a sus hombres. Y, por añadidura, tuvo que presenciar aquella noche horribles espectáculos. Los campesinos habían detenido cerca de la desembocadura del Rosa a algunos nobles que querían refugiarse en el dominio del príncipe, ante la avalancha tártara, y los ajusticiaron bárbaramente: les hundieron barrenas en los ojos, les trituraron la cabeza entre piedras. Luego la enloquecida multitud se echó encima de dos familias judías del pueblo; arrojó al agua a la pobre gente, y como tardara en hundirse, comenzó a empujarla con largas estacas, sin respetar ni a los niños. Servían de acompañamiento a estas atrocidades los gritos ensordecedores de los borrachos.

Los mozos, embriagados, retozaban de un modo impúdico con las mozas, a las que también se les había subido el vino a la cabeza. Abominables carcajadas resonaban en siniestro eco por las oscuras orillas del Dniéper. El viento despa-

ramaba las hogueras; y chispas y brasas, arrancadas por sus ráfagas, esparcíanse por el aire, apagándose luego en las ondas del río. De cuando en cuando una voz avinada y enronquecida clamaba en las tinieblas: «¡Sálvese el que pueda! ¡Jarema viene!» Y la turba corría a ciegas a la orilla, estrujándose y empujándose hacia el agua. Poco faltó para que Zagloba y Elena murieran pisoteados. ¡Noche infernal que parecía no había de acabarse nunca!

Zagloba mendigó un cuartillo de aguardiente, y bebió y obligó a beber a la princesa, que de otro modo se hubiera desvanecido de cansancio y de fiebre.

Al fin empezó a brillar débilmente la inmensa faja del Dniéper. El día amanecía gris, lúgubre y siniestro. Zagloba trataba de pasar el río cuanto antes. Afortunadamente, la almadía estaba ya reparada. La muchedumbre la invadía, empujándose de un modo bárbaro.

—¡Paso al ciego! ¡Paso al ciego!—gritaba Zagloba con los brazos tendidos, empujando ante sí a Elena y defendiéndose contra los empellones.—¡Paso al pobre mendigo que va a ver a Kmielnizki y a Krivonos! ¡Paso al mendigo, buena gente!... ¡Paso, guapos mozos!... ¡Ojalá os exterminé la negra muerte a vos y a vuestros hijos! No veo bastante. Voy a caerme al agua y vais a ahogar a mi lazarillo. ¡Atrás, hijitos! ¡Ojalá os quedéis paralíticos de repente! ¡Ojalá os ahogaraís! ¡Ojalá pereciérais todos empalados!

Gritando así, reuogando, suplicando, apartando a la multitud, abriéndose paso con sus hercúleos brazos, consiguió Zagloba empujar a Elena hasta la almadía y subir penosamente él también. Luego vociferó:

—¡Basta ya de gente! ¿Por qué tan apretados? ¡Nos iremos todos a pique! ¡Basta! ¡Basta! ¡Esperad! ¡Ya os llegará el turno! ¡Y si no os llega, no importa!

—¡Basta! ¡Basta!—repetían los que habían logrado entrar en la almadía.—¡Remeros, andad!

Empezaron a funcionar los remos y la almadía se fué alejando. La rápida corriente la desviaba un poco hacia el vecino pueblo de Demontov.

Habían atravesado ya la mitad del ancho cauce, cuando de repente sonaron gritos y llamadas desde Progorovka. Un terrible pánico se había apoderado de las masas que se

habían quedado en tierra; unos huían como locos hacia Demontov; otros se arrojaban al río; otros gritaban, agitando las manos o tirándose al suelo.

—¿Qué es? ¿Qué ocurre?—se preguntaban los de la almadía.

—¡Que viene Jarema!—gritó una voz.

—¡Jarema! ¡Jarema! ¡Huyamos!—gritaron otras voces.

Los remos golpeaban el agua febrilmente; la embarcación corría volando como una chaica cosaca.

En aquel instante aparecieron jinetes en la orilla de Progorovka.

—¡Ahí está el ejército de Jarema!—decían dentro de la embarcación.

Los jinetes galopaban a lo largo de la orilla, detenián a los fugitivos, parecían interrogarles. Al fin gritaron todos hacia la almadía:

—¡Alto! ¡Alto! ¿Oís?

Zagloba abrió el ojo bueno. De pronto, un sudor frío le inundó de la cabeza a los pies: acababa de reconocer a los cosacos de Bogun. Eran, en efecto, Antón y su destacamento.

Pero, según hemos dicho ya, Zagloba nunca perdía la cabeza por mucho tiempo. Fingió mirar atentamente largo rato, cubriéndose los ojos con la mano, como hombre medio ciego que necesita cierto tiempo para distinguir lo que ve. Al fin se puso a gritar a voz en cuello, cual si lo desollaran vivo:

—¡Muchachos! Los cosacos de Visnoviezki... ¡Oh!, pronto hacia la orilla. ¡Por el santo nombre del Señor y de su Santísima Madre!... Si queréis vivir, sacrifiquemos a los hermanos que hemos dejado en la orilla y rompamos la almadía así que hayamos abordado.

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Destruid la barca!

Entre aquella baraúnda, no se oían ya los llamamientos de la otra orilla. Abordaba la barca, crujía contra la grava y las piedras de la costa... Los campesinos saltaban a la arena. Aún no habían desembarcado todos, cuando empezaba ya la destrucción: las costillas, los tablones del fondo, caían a hachazos. Aquella turba acabó con rabiosa furia la obra de destrucción de la desdichada lan-

cha: el miedo aumentaba la fuerza de los vandálicos destructores.

Entre tanto Zagloba seguía gritando:

—¡Romped! ¡Destrozad! ¡Arrancad! ¡Quemad! ¡Sálvese el que pueda! ¡Jarema viene!

Y, gritando así, le guiñaba el ojo sano a Elena en señal de inteligencia.

En la otra orilla, entre tanto, los que allí esperaban miraban estupefactos la destrucción de la barca, y aumentaban los gritos de furor; pero la distancia los hacía ininteligibles. Aquellos brazos que se agitaban parecían amenazar; pero los otros seguían destrozando la barca con más ardor.

Esta no tardó en hundirse; mas los fugitivos, a coro, exclamaron aterrorizados:

—¡Saltan al agua! ¡Vienen a nado!

En efecto, primero un jinete, luego una docena y luego otros, echaban sus cabalgaduras al agua para ganar a nado la orilla opuesta. Era una empresa loca. Aumentadas por la crecida de primavera, las aguas del río corrían mucho más caudalosas que de ordinario, formando numerosos torbellinos y resacas. Los caballos, arrastrados por la corriente, no podían nadar en línea recta; el agua los arrastraba con vertiginosa rapidez.

—¡No llegarán!—decían los campesinos.

—¡Se ahogarán todos!

—¡Loado sea Dios! ¡Oh! ¡Oh! ¡Un caballo que desaparece!

—¡Mueran! ¡Mueran!

Los caballos habían pasado una tercera parte del río; pero la corriente los arrastraba cada vez más abajo. Era evidente que se extenuaban, hundiéndose cada vez más. Transcurrido un rato, los jinetes estaban sumergidos ya hasta la cintura en el agua. Pasó otro rato. Los aldeanos de Selepuja acudían a ver lo que ocurría.

Ya no se les veía a los caballos más que la cabeza, y a los jinetes les llegaba el agua al pecho. Pero los cosacos habían ya llegado al centro del río. De repente, una cabeza de caballo desapareció con su caballero; luego otra... y otra... Su número disminuía considerablemente. En ambas orillas reinaba el más profundo silencio entre los espectadores. Todos corrían río abajo, ansiosos de ver cómo aca-

baba aquello. El destacamento se había ya dejado atrás las dos terceras partes de la anchura del río, mas el número de cosacos seguía disminuyendo por momentos. Los sobrevivientes excitaban con gritos roncós a sus caballerías, cuyo jadeo se oía ya. No cabía duda de que algunos llegarían.

La voz de Zagloba resonó de repente en el silencio:

—¡A vuestros silbones, muchachos!... ¡Muera la caballería de Jarema!

Oyéronse disparos, viéronse torbellinos de humo... Un grito de desesperación corrió a lo largo del río... Momentos después, caballos y caballeros habían desaparecido. Las aguas del río se deslizaban tranquilas: sólo acá y acullá, entre los huecos de las ondas, sobrenadaba el obscuro vientre de un caballo, o un rojo gorro cosaco surgía en la superficie...

Zagloba miraba a Elena y guiñaba el ojo...

CAPITULO VI

Jeremías Visnoviezki, príncipe-vaivoda de Ucrania, se enteró de la derrota de Korsun antes de encontrar a Skretuski sobre las ruínas de Razlogi; y la noticia del desastre la recibió de Pan Polanovski, antiguo soldado del regimiento de húsares del príncipe, a quien encontró en Sagotín. Hasta entonces el príncipe había estado en Priluka, desde donde había enviado a Boguslav Maskievich con un mensaje para los hetmanes, preguntándoles adónde querían que se dirigiese con el núcleo de sus fuerzas. Pero, como su enviado tardaba en volver, el príncipe avanzó hacia Pereiáslav y mandó vanguardias a todas partes, ordenando que los regimientos dispersos todavía por varios puntos del Trans-Dniéper se reconcentraran cuanto antes en Lubnie.

Supo, además, que algunas banderas cosacas que estaban en los confines tártaros, de guarnición en las polancas, se habían disuelto o se habían unido a los rebeldes. El ver de repente disminuir así sus fuerzas le dolía y le indignaba sobre manera, pues nunca hubiera creído que aquellos soldados a quienes tantas veces había guiado a la victoria serían capaces de abandonarle. Sin embargo, después de su entrevista con Polanovski, que le informó de la inaudita derrota de sus tropas, le ocultó la noticia a su ejército y siguió su avance hacia el Dniéper, deseoso de entrar a ciegas en pleno torbellino de la revolución y de tomar venganza de la derrota sufrida, para vengar la ignominia del ejército a costa de su propia sangre. Además, esperaba que alguna parte del ejército de la Corona, tal vez de bastante importancia, hubiera salido incólume del desastroso lance. Si esta parte del ejército real se unía a su división compuesta de seis mil hombres, podría afrontar a Kmielnizki con la esperanza de vencerle.

Al llegar a Pereiáslav, envió a Miguel Volodiovski, el caballero enano, y a Kusel, al frente de sus dragones, a explorar las ciudades vecinas, Circasia, Mantov, Siekierna, Buchach, Staiki, Trejtimirov y Rischov, y a requisar en los alrededores todas las barcazas y almadías para el transporte de sus tropas. Esperaba pasar entonces a la ribera derecha del río, a la altura de Rischov.

Por los tráfugas que encontraron en varios puntos del camino los mensajeros tuvieron noticias de la derrota, pero en ninguno de aquellos lugares hallaron ni una sola embarcación. Como hemos visto, de la mitad de las embarcaciones se había apoderado el gran hetmán de la Corona para Krechovski y Barrabás; las demás las habían destruído los rebeldes de la orilla derecha del río por temor a que el príncipe se apoderase de ellas algún día. No obstante, Volodiovski logró llegar a la ribera derecha en una almadía construída a toda prisa con troncos de árboles.

Aprehendió allí algunos cosacos y se los llevó al príncipe. Por boca de ellos supo éste los espantosos progresos que había alcanzado la sublevación y las terribles consecuencias que había producido ya la derrota de Korsun. Ucrania entera, hasta el último hombre, estaba sublevada. La rebelión se extendía con la rapidez de un torrencial diluvio, que, avanzando por la llanura, ocupara cada vez mayor espacio de terreno. Los nobles resistían todavía en los fuertes y ciudadelas, muchas de las cuales habían sucumbido ya. Las fuerzas de Kmielnizki iban aumentando a cada momento.

Según los cosacos prisioneros, ascendía a doscientos mil el número de hombres que formaban el ejército de Kmielnizki y dentro de pocos días se doblaría fácilmente ese número. Kmielnizki continuaba en Korsun, y aprovechando aquel intervalo de tranquilidad, se había dedicado a organizar sus innumerables hordas, formando regimientos de la plebe, ascendiendo a coroneles a los atamanes y zaporogos más expertos; y, además, mandaba sus vanguardias, y a veces divisiones enteras, a cercar o tomar por asalto los fuertes cercanos.

Oído todo esto, el príncipe se percató de que no había manera de pasar el río por los parajes que actualmente

ocupaba. La construcción de barcazas para el transporte de una fuerza de seis mil hombres hubiera requerido varias semanas. Las asombrosas y crecientes fuerzas del adversario hacían imposible toda resistencia. En el consejo celebrado aquel mismo día, el coronel Baranovski, el sargento Alejandro Baranovski, Polanovski, Volodiovski y Wurzel, propusieron subir otra vez el río hacia el norte, hasta Chernigov, situado tras las profundas selvas, y de allí avanzar hacia Lubech, para llegar a Bragim, donde se intentaría el cruce del río. Era un camino largo y peligroso. Tras las selvas de Chernigov extendíanse hasta Bragim enormes pantanos que, si eran en extremo difíciles de atravesar para la infantería, mucho más lo eran para la pesada caballería, la artillería y los convoyes. Sin embargo, el príncipe adoptó aquella resolución. Deseaba solamente, antes de emprender aquel largo viaje, del cual tal vez no volvería, visitar algunos puntos de sus dominios de Trans-Dniéper, para detener allí el estallido de la revolución, reunir a los nobles bajo sus protectoras alas y dejar un recuerdo terrible entre los campesinos, puesto que la nobleza era quien, durante la ausencia del soberano, debía encargarse de la vigilancia y tutela de todos los súbditos que no podían unirse al ejército. Además, como la princesa Griselda, las señoritas de Zbarash, las damas de honor, toda la corte y algunos regimientos seguían todavía en Lubnie, el príncipe decidió dirigirse allí para darles su último adiós.

El ejército se puso en movimiento el mismo día. Volodiovski abría la marcha al frente de sus dragones, los cuales, a pesar de ser todos, sin excepción, rutenos, eran verdaderos soldados regulares, acostumbrados a la más severa disciplina y cuya ejemplar fidelidad los distinguía entre todas las banderas. El país que cruzaban parecía todavía tranquilo. Algunas cuadrillas de bandidos, gran número de los cuales fueron decapitados y empalados durante el avance de las tropas, causaban estragos no sólo en las casas solariegas, sino también en las viviendas campestres, pero aún no se habían sublevado los campesinos en ningún punto. Los espíritus, sin embargo, fermentaban en rebeldía, y un ardor bélico se pintaba en el rostro de aquellas gentes que se armaban en silencio y huían al otro lado del Dniéper.

El miedo, con todo, dominaba todavía la sed de sangre y de matanza. Lo único que podía considerarse de mal agüero para lo porvenir era que hasta los aldeanos que aún no habían hecho causa común con Kmielnizki huían ante el avance del ejército del príncipe, como si temieran que aquel terrible Jeremías pudiera leer en sus rostros lo que estaba oculto en sus conciencias, y que les castigara sin más ni más. El príncipe recurría al castigo donde encontraba el menor indicio de rebelión, y como su temperamento no tenía límites ni en la benignidad ni en la severidad, castigaba sin medida ni misericordia. Puede decirse que dos vampiros sembraban el terror en la estepa a ambas orillas del Dniéper: por una parte Kmielnizki amenazando a la nobleza; por otra el príncipe Jeremías persiguiendo a las turbas rebeldes. La gente murmuraba que cuando uno y otro llegasen a medir sus fuerzas el sol se eclipsaría y se enrojecerían las aguas de todos los ríos. Pero su encuentro no estaba próximo todavía, porque el formidable Kmielnizki, el vencedor de Aguas Amarillas, el triunfador en Korsun; aquel Kmielnizki que había aniquilado los ejércitos reales y se había apoderado de los hetmanes y mandaba a estas horas un ejército de cien mil combatientes, temblaba, sí, temblaba ante aquel guerrero de Lubnie, que se dirigía en su busca más allá del Dniéper.

Las tropas reales acababan de dejarse atrás Slepod, y el príncipe descansaba en Tilipov, cuando le anunciaron que unos enviados cosacos, portadores de cartas de Kmielnizki, solicitaban audiencia. Jeremías mandó que los introdujeran al punto. En casa del viceestoroste, donde se alojaba el príncipe, se presentaron seis zaporogos. Llegaban con mucho empaque, sobre todo el jefe, el atamán Sujaruka (Mano Seca), que se había cubierto de gloria en Korsun y se vanagloriaba de su reciente grado de coronel. Pero, así que se vieron frente al célebre guerrero, se prosternaron, incapaces de pronunciar una sola palabra. Tan grande era el miedo que les invadió.

El príncipe, rodeado de sus primeros oficiales, les indicó con la mano que se levantaran; luego les preguntó qué venían a hacer a su campamento.

—Traemos una carta del hetmán — respondió Sujaruka,

El príncipe fijó sus miradas escudriñadoras en el cosaco y dijo con tranquilidad, pero no sin marcar cada palabra: —De un bandido, de un granuja, de un asesino, no de un atamán.

Los zaporogos palidieron, o más bien se pusieron lívidos; con la cabeza inclinada sobre el pecho, se quedaron inmóviles ante la puerta.

El príncipe ordenó a Maskievich que cogiera la carta de los cosacos y la leyera en voz alta.

El mensaje era humilde. Aún al día siguiente de la victoria de Korsun el zorro vencía en Kmielnizki al león, la serpiente al águila. No olvidaba que escribía a Visnoviezki (1).

Se hacía el manso, aunque sólo para apagar la ira de su adversario, y para morderle luego con más facilidad. Le echaba la culpa de todo al estaroste Chaplinski, causa primera, según él, de todo el mal. La triste suerte de los hetmanes no era sino el castigo del destino, y no culpa suya. Debíase tan sólo a la lamentable opresión de que hacían víctimas a los cosacos en Ucrania. Suplicaba al príncipe que no se enfadara y se dignase perdonarle, y que él, en cambio, seguiría siendo siempre adicto y fiel siervo del príncipe. Y, a fin de captar la benevolencia para sus enviados y preservarles de la severa cólera de Su Alteza, le notificaba que devolvía la libertad a uno de los oficiales del regimiento de húsares, a Pan Juan Skretuski, que había sido capturado en Sich. Luego se quejaba del orgullo de este oficial, que se había negado a encargarse de las cartas que él, Kmielnizki, enviaba al príncipe, con lo cual había comprometido gravemente ante el ejército zaporogo el respeto debido a la dignidad del hetmán. Las desgracias desencadenadas desde lo de las Aguas Amarillas hasta Korsun había que atribuir las a la insolencia de los lajes, al desprecio con que trataban siempre a los cosacos. En fin, terminaba la carta

(1) Véase la pág. 79 de la obra de Samoíl Vielichko. Según este historiador, Kmielnizki decía en su carta al príncipe: «Y, por tanto, que no se enoje el príncipe Visnoviezki por lo ocurrido con los hetmanes, y que no se digna manifestar su ira e indignación hacia el atamán Kmielnizki.»

el hetmán con la expresión de su sentimiento por lo ocurrido y nuevas protestas de fidelidad a la república. Se encomendaba humildemente a la amabilidad del príncipe.

Los mismos enviados se asombraron al enterarse del contenido de la carta, pues suponían que estaría llena de desafiadoras injurias y amenazas y no de súplicas. Lo que todos veían claramente era que Kmielnizki se negaba a jugarse el todo por el todo contra un caudillo tan renombrado. Antes de atacar con el grueso de sus fuerzas al príncipe, trataba, con sus fingidas humildades, de demorar el gran encuentro, en espera de que el ejército del príncipe se extenuase en marchas y contramarchas y en continua guerrilla con los destacamentos cosacos. En una palabra: tenía miedo. Los enviados tornáronse todavía más humildes, y durante la lectura de la carta interrogaban con ansia los ojos del príncipe. ¿Leerían en ellos su muerte? Aunque al emprender su viaje la esperaban, no podían dominar su terror en aquel momento. El príncipe había escuchado impasible la lectura, bajando tan sólo de cuando en cuando los párpados, como para contener los rayos amenazadores de su mirada. Era evidente que le dominaba una terrible indignación. Cuando se terminó la lectura no les dijo ni una sola palabra a los mensajeros. Se limitó a indicarle con un ademán a Volodiovski que se llevase a los cosacos y no los perdiera de vista. Entonces, volviéndose a sus oficiales, les habló en estos términos:

—Grande es la astucia del enemigo; quiere adormecerme con su mensaje, para sorprenderme y aniquilarme en mi adormecimiento, o bien para penetrar luego en el corazón de la república y arrancar a la debilidad o a la indulgencia del rey y de los estados un tratado ventajoso, seguro de la impunidad, porque si entonces continuase yo persiguiéndole, ya no sería él, sino yo mismo, el que obraría contra la voluntad de la república, pasando yo por rebelde.

El comandante Wúrzel se cogió la cabeza entre las manos exclamando:

—*O vulpes astuta* (1)!

—¿Qué conviene hacer, señores—¿preguntó el príncipe.

(1) «¡Oh raposa astuta!»

—Hablad con franqueza y sin cumplidos, y yo manifestaré luego mi decisión.

El primero en hablar fué el anciano Basilio, que había dejado hacía tiempo a Chegrin para unirse con su jefe.

—Cúmplase la voluntad de Vuestra Alteza; sin embargo, si me está permitido emitir una opinión, os diré: Creo que Vuestra Alteza, con su habitual sagacidad, ha descubierto los verdaderos deseos de Kmielnizki. Opino, pues, que, sin dar crédito a las seguridades que nos da en su carta, habría ante todo que poner en salvo a Su Alteza la princesa, y luego ganar la otra orilla del Dniéper y atacarle antes de que pudiera entrar en negociaciones. Sería vergonzoso e ignominioso para la república dejar impunes tales insultos. Por último—añadió, volviéndose hacia los coroneles,—espero oír vuestra opinión, ya que no considero la mía como infalible.

El maestro de campo, Alejandro Zamoiski, dijo, con una mano en el puño de la espada:

—Señor portaestandarte, por vuestra boca hablan la edad y la sabiduría, *senectus et sapientia*. Hay que decapitar la hidra antes que crezca y nos devore.

—¡Amén!—confirmó el padre Mujoviezki.

Los demás, jadeando y rechinando los dientes, golpeaban el suelo afirmativamente con sus sables, siguiendo el ejemplo del maestro de campo. El único que habló fué Wúrzel, que se expresó de esta manera:

—Alteza: ese bribón, al osar escribiros, os ha faltado al respeto, ya que el atamán de campo está dotado de una preeminencia reconocida y firmada por la república, la cual ni los mismos jefes castrenses pueden ostentar. Pero este es un hetmán impostor que no debe ser considerado sino como un asesino vulgar. Por consiguiente, Pan Skretuski ha obrado con mucho discernimiento al negarse a encargarse de las cartas.

—Ese es también mi parecer—repuso el príncipe.—Y como mi justicia no puede castigar aún directamente a Kmielnizki, castigará a sus emisarios como sus representantes.

Y dirigiendo la palabra al coronel del regimiento de Tártaros del Rey, añadió:

—Señor Viérsul, mandad que empalen a esos cosacos y

que preparen inmediatamente un palo para empalar en él, sin demora, a su jefe.

Viérsul inclinó la cabeza, roja como el fuego. El capellán, que, por lo común, se doblegaba ante la cólera de Jeremías, juntó las manos como para orar, implorando con la mirada la benevolencia del príncipe.

—Adivino, padre—le dijo éste,—lo que quisierais obtener de mí, pero no puedo obrar de otro modo. Es indispensable, no sólo a causa de los actos de barbarie que siguen cometiendo más allá del Dniéper, sino, además, porque por nuestra dignidad personal y el bien de la república conviene demostrar de un modo claro y evidente que existe todavía alguien a quien no infunde miedo ese caudillo zaporogo y que le trata, según se le debe tratar, como a un bandido. Aunque su mensaje está redactado en términos humildes, no deja por esto de obrar con insolencia, como si fuera un príncipe soberano de Ucrania, luego de arrastrar a la república a un paroxismo que nunca ha experimentado nuestra patria.

—Alteza—insistió tímidamente el sacerdote,—acordaos de que Kmielnizki, según dice, os ha enviado sano y salvo a Pan Skretuski.

—En nombre del teniente os doy las gracias por compararle con estos villanos rebeldes—respondió el príncipe, frunciendo el entrecejo; y prosiguió, volviéndose a los jefes de los regimientos:—Basta. Ved que todos votáis por la guerra. Esa es también mi voluntad. Vamos, pues, a marchar sobre Chernigov; reclutad, por donde pasemos, a los nobles. Cruzaremos el río cerca de Bragim y nos encaminaremos luego al Sur. Ahora, ¡a Lubnie!

—¡Dios nos ayude!—exclamaron los coroneles.

En el mismo instante abriéronse las puertas de la sala y entró Roztovorovski, teniente de una bandera valaca, a quien el príncipe había enviado dos días antes, como explorador, con trescientos caballos.

—Alteza—anunció desde el umbral de la puerta:—la rebelión se propaga; Razlogi ha sido quemado y los infantes de Vasilovka pasados a cuchillo ..

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo?—se oyó preguntar por todas partes.

El príncipe alzó la mano, imponiendo silencio.

—¿Quién ha tenido tanta audacia?—preguntó.—¿Bandidos o soldados?

—Dicen que Bogun.

—¿Bogun?

—Sí, Alteza.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace tres días.

—¿Habéis seguido sus huellas? ¿Le habéis alcanzado? ¿Has interceptado alguna noticia?

—He seguido sus huellas, mas no he podido alcanzarle. Tres días de delantera es demasiado... Durante el camino he sabido algunas noticias: ha vuelto a Chegrin y luego ha dividido sus hombres. Unos se han encaminado a Circasia; otros a Zolotonosa y Progorovka.

Intervino el teniente Kusel.

—Yo he hallado el destacamento que iba a Progorovka, como ya se lo he hecho saber a Vuestra Alteza; pero me dijeron que los había mandado Bogun para impedir el paso a los tráfugas al Trans-Dniéper, y los dejé pasar.

—Ha sido un error—replicó el príncipe,—pero no os lo echaré en cara. Difícil es no equivocarse cuando os espía la traición a cada paso y el suelo arde bajo vuestros pies.

De pronto el príncipe se cogió la cabeza con las manos.

—¡Dios misericordioso!—exclamó.—¡Ahora recuerdo lo que me dijo Skretuski! Bogun asedia la inocencia de la princesa Elena. Comprendo, pues, por qué han incendiado Razlogi... La joven ha debido de ser raptada... ¡Ea! Volodovski, tomad quinientos jinetes y volved a Circasia; Byjóviev, coged quinientos valacos y marchad a Progorovka por Zolotonosa. No tengáis miramientos con los caballos... El que me traiga a la joven princesa sana y salva recibirá mi propiedad Jeremiovka (1) para usufructo vitalicio. ¡En marcha!

Y, volviéndose hacia los coroneles, añadió:

—Y nosotros, señores, a Lubnie, pasando por Razlogi.

Los coroneles salieron precipitadamente de la residencia del vice-estaroste, apresurándose a unirse a sus banderas.

(1) Propiedad de Jeremías. (N. del T.)

Los voluntarios montaron, rápidos, los caballos, y al príncipe le fué llevado el corcel bayo obscuro que acostumbraba a montar en las marchas.

Pocos momentos después se pusieron en marcha las banderas, avanzando por el camino de Filipovets como una enorme serpiente luminosa, brillando con innumerables colores.

Al llegar al próximo molino se ofreció a su vista un espectáculo sangriento. Al través de los arbustos se entreveían cinco cabezas de cosacos que coronaban las estacas de una empalizada y que con lo blanco de sus ojos, fijos y dilatados, parecían mirar el desfile de las tropas. A pocos pasos, tras el molino, en lo alto de una verde eminencia, estremecíase aún en los movimientos convulsivos de la agonía el atamán Mano Seca, empalado. La punta del palo casi le había ya atravesado la mitad del cuerpo, pero el desdichado atamán pasaría todavía largas horas de tortura; probablemente seguiría retorciéndose así hasta la noche, en que le llegaría la paz de la muerte.

Ahora no sólo estaba vivo, sino que seguía con sus horribles ojos el paso de las banderas, con aquellos ojos que parecían decir: «¡Ojalá os castigue Dios a vosotros, a vuestros hijos y nietos hasta la décima generación, por la sangre vertida, por las llagas, por los martirios! ¡Ojalá perecierais miserablemente vos y vuestra estirpe! ¡Ojalá todas las desgracias os acometiesen! ¡Ojalá os murieseis a muerte lenta, no hallando nunca ni la muerte ni la vida!»

Y aunque aquel sencillo cosaco no estaba entre púrpura y brocados, sino envuelto en su bata de campesino; aunque no estaba en una estancia ducal, sino al cielo raso, su martirio, la muerte que revoloteaba sobre su cabeza, le revestía de tan grande autoridad, llenaba de tal fuerza su mirada, ponía tanto odio en sus ojos, que a todos les pareció oír las maldiciones que hacían temblar sus labios. Las banderas pasaban en silencio ante el ajusticiado, y él las dominaba a todas, bajo del fuerte resplandor del sol en su cenit, brillando como una horrible antorcha en lo alto del palo recién cortado...

El príncipe pasó por allí con los ojos inmóviles. El capellán bendijo al desgraciado atamán alzando el crucifijo, y

continuó el desfile de todas las banderas. De pronto, un jovencito del regimiento de húsares, sin pedir consejo a nadie, sin escuchar más voz que la de su corazón, encaminó el caballo a la colina y, aplicando su pistola a la oreja de la pobre víctima, de un pistoletazo puso fin al suplicio del sin ventura.

Todos temblaron ante la temeraria actitud del adolescente que acababa de infringir la disciplina militar. Conociendo la severidad del príncipe, le consideraban ya perdido. Sin embargo, Visnoviezki no dijo ni una palabra y siguió su camino, impasible. ¿Fingía no haber oído nada o iba absorto en sus pensamientos?

Aquella noche mandó llamar al mocito, quien se presentó, medio muerto de espanto, ante el príncipe. Le parecía que la tierra se abría bajo sus pies.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Jeremías.

—Zelenski—contestó el joven, más muerto que vivo.

—¿Eres tú quien ha dado muerte al cosaco empalado?

—Yo soy—balbuceó, lívido, el adolescente.

—¿Por qué lo has hecho?

—No podía sufrir la vista de sus dolores.

Entonces el príncipe exclamó sin enfado:

—¡Ay!, hijo mío, todavía has de presenciar muchos espectáculos como ése. Cuando los veas, de tu alma huirá la compasión, como un ángel de la guarda... Pero ya que has obedecido a un sentimiento de piedad, sabiendo que exponías la vida, mi tesorero te entregará en Lubnie diez ducados de oro y desde hoy te tomo a mi servicio personal.

Todos quedaron sorprendidos de que hubiera terminado así aquello. No mucho después se anunció la llegada del destacamento enviado a la cercana Zolotonosa, y otros pensamientos ocuparon la mente de los testigos de la escena.

CAPÍTULO VII

Muy entrada la noche, llegó el ejército polaco a Razlogi. Allí encontró a Skretuski prosternado ante su calvario. El oficial, como es sabido, había perdido ya toda noción de la existencia a causa de los sufrimientos que le agobiaban, y cuando las palabras del padre Mujoviezki le volvieron a la realidad, rodeáronle efusivamente sus compañeros, dándole una consoladora bienvenida. El gallardo Longinos Podbipienta, incorporado ya desde el último trimestre al regimiento de dragones de Skretuski como supernumerario, era el que más se condolía de las cuitas de su amigo, e hizo un nuevo voto en su favor: el de ayunar todos los martes hasta su muerte si Dios se dignaba consolar de cualquier modo en su dolor a Juan Skretuski.

El teniente fué conducido a la presencia del príncipe, quien se había alojado en una choza campesina. Al ver entrar a su favorito Visnoviezki permaneció de pie, en silencio, con los brazos abiertos. Juan Skretuski corrió a ellos sollozando amargamente. El príncipe le estrechó contra su pecho y besó su cabeza, mientras dos lágrimas asomaban a sus nobles ojos, no obstante la presencia de los oficiales.

Transcurrido un rato, habló y dijo:

—Te doy la bienvenida como si fueras mi propio hijo, pues estaba seguro de que no te vería más. Sufré con valor tus tribulaciones; piensa que tu dolor es el de millares de tus compañeros: todos ellos lloran a su mujer, a su amante, a sus hijos, a sus padres, a sus parientes, a sus amigos. Y así como la gota de agua se pierde en el océano, que se pierda también tu dolor en el océano de los comunes dolores. Ahora que la patria se encuentra en tan terrible trance, no deben conturbar dolores personales el alma del que es hombre y lleva espada al cinto. Este debe correr en so-

corro de la madre común de todos, y así hallará consuelo su propia conciencia o recogerá en gloriosa muerte la celestial corona, que es la dicha eterna.

—¡Amén!—balbució el sacerdote.

—¡Alteza!—gemía Skretuski,—¡preferiría verla muerta!

—Llora, hijo mío, que tu dolor es inmenso. Mezclaremos nuestro llanto al tuyo, ya que no has caído entre paganos, ni entre feroces escitas o tártaros, sino que te ves rodeado de hermanos y cariñosos compañeros. Pero has de decirte: «Hoy lloro por mí mismo, pero el mañana no me pertenece ya.» Sabe, pues, que mañana salimos a la batalla.

—Os seguiré, Alteza, a los confines del universo; mas no puedo consolarme... Sin ella se me hace imposible la vida; no puedo, no puedo...

Y el pobre soldado se mesaba los cabellos, se mordía los dedos para vencer los sollozos. La tempestad de desesperación volvía a sacudir su cuerpo.

—Recuerda tus propias palabras: «Hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo»—repuso el sacerdote con ascética severidad.

—¡Así sea! ¡Así sea! Me someto a la voluntad del Altísimo...; pero sufro..., ¡padezco!... No hay consuelo para mí—respondió Juan con voz entrecortada por los sollozos.

Al ver a su compañero en tan deplorable situación, trémulo, convulso, ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas.

Los más sensibles de aquellos héroes, Volodiovski y Longinos, se deshacían en amargo llanto. El lituano, juntando las manos, repetía con voz lastimera:

—¡Domínate, hermanito, domínate!

—Escuchad—dijo de pronto el príncipe.—Me han dicho que Bogun, después de salir de aquí, corría por el camino de Lubnie; ha asesinado a mis húngaros de Vasilovka. No desesperéis, pues, hasta no tener motivos justificados. ¿Se hubiera aventurado a ir a Lubnie si hubiera caído en sus manos la princesa?

—¡No, por cierto, vive Dios!—exclamaron los oficiales.

—Dios se habrá compadecido de ti.

Skretuski abría desmesuradamente los ojos como si no acabara de comprender. De pronto un rayo de esperan-

za brilló en su corazón y se postró a los pies de Visnoviezki.

—¡Oh Alteza!—exclamó.—Mi sangre y mi vida os pertenecen.

No pudo acabar. Estaba tan extenuado, que Longinos tuvo que alzarle por los hombros y sentarle en un banco. Pero de la expresión de su rostro se inducía que se asía a aquella esperanza como un hombre próximo a ahogarse se agarra a una tabla. Su sufrimiento parecía hasta menos intenso. No faltaban quienes atizaban aquella chispa de esperanza, consolándole y diciéndole que quizá encontraría en Lubnie a su princesita. Luego fué trasladado a otra choza y allí le sirvieron vino y aguamiel. Juan intentó beber, pero nada pasaba por su contraída garganta.

En cambio sus fieles compañeros vaciaban copa tras copa. Los vapores del vino los volvían expansivos, y le estrechaban, le besaban y no se cansaban de asombrarse de su delgadez, de su demacración y de su decaimiento.

—Estás hecho un Lázaro—observó el gordo Dzik.

—En Sich han debido torturarte y matarte de hambre y sed, ¿eh?

—Cuéntanos tus aventuras.

—Otro día—respondió Juan con voz débil.—He sido herido... He estado enfermo...

—¡Le han herido!—exclamó Dzik.

—¡Le ha herido... a él, a un enviado de Jarema!...—replicó Slesiński.

Y todos se miraban unos a otros, asombrados de la arrogancia cosaca, acabando por abrazarse mutuamente para demostrar el mucho afecto que Juan les inspiraba.

—¿Has visto a Kmielnizki?—le preguntaron.

—Sí, le he visto.

—¡Que nos lo traigan!—gritó Migurski.—¡Haremos picadillo con él!

Pasaron la noche de conversación. Al despuntar el día los clarines anunciaron la vuelta del otro destacamento de exploradores enviados camino de Circasia. No habían podido coger a Bogun, ni siquiera alcanzarle; pero traían algunas extrañas noticias. Habían apresado durante el camino numerosos prisioneros que le habían visto dos días

antes. Era evidente que el cosaco perseguía a alguien, pues preguntaba a todo el mundo si habían visto pasar a un anciano grueso, que debía de ir acompañado de un cosaquillo o pajecillo. Decían, además, que debía tener mucha prisa y que volaba como si el suelo ardiera bajo sus plantas. Los prisioneros aseguraban, además, no haber visto que Bogun llevase jovencita alguna, cosa que, desde luego, no hubiera escapado a su atención, pues Bogun iba rodeado de escaso número de cosacos. El alma de Juan se inundó de nuevas esperanzas y nuevos ánimos, pero al mismo tiempo aquellos extraños relatos, completamente incomprensibles para él, le preocuparon en extremo. No acertaba a explicarse que Bogun, luego de encaminarse a Lubnie, se lanzase contra la guarnición de Vasilovka y de allí se dirigiese repentinamente a Circasia. Por lo visto se le habría escapado Elena. Recordaba el relato de Kusel, quien se había cruzado con el destacamento de Antón, que no llevaba a la princesa, y a su vez la gente procedente del lado de Circasia afirmaba no haberla visto en compañía de Bogun.

Pero, de ser así, ¿dónde se habría refugiado la joven princesa? ¿Huía? Y si había logrado hacerlo, ¿en qué dirección? ¿Por qué había huído a Circasia o a Zolotonosa en vez de encaminarse a Lubnie? Lo cierto era que las bandas de Bogun andaban en persecución y caza de alguien entre Circasia y Progorovka. ¿Mas por qué preguntaban por un hidalgo acompañado de un niño cosaco? Juan no hallaba respuesta alguna a esta pregunta ni a las otras.

—Aconsejadme, habladme, explicadme este misterio—les decía a los oficiales;—pierdo la cabeza en este mar de confusiones.

—Yo sigo creyendo que la princesa se habrá refugiado en Lubnie—dijo Migurski.

—No, eso no puede ser—replicó el portaestandarte Basilio.—Si estuviese en Lubnie, Bogun trataría de refugiarse cuanto antes en Chegrin y no correría al encuentro de los hetmanes, cuya derrota debe de ignorar aún. Ha dividido su tropa en dos destacamentos y los ha mandado por dos caminos diferentes: señal de que espera alcanzar a la princesa por un sitio o por otro.

—Pero por quién preguntaba era por un hidalgo viejo y por un cosaquito.

—No se necesita mucha sagacidad para comprender que, si la princesa ha huído, no lo habrá hecho con sus vestidos de mujer, sino con un disfraz, para despistar a sus perseguidores; creo, pues, que ese cosaquito no es otro que la princesa Elena.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Vive Dios!—exclamaron varios.

—¿Y quién será el hidalgo?

—No lo sé—repuso el anciano.—Pero de esto podemos enterarnos. Los campesinos habrán visto la gente que pasaba por la aldea y todo lo que ha ocurrido aquí. Traed al colono de esta choza.

Inmediatamente los oficiales sacaron a un «vecinito» del cobertizo en donde se había escondido.

—¡Eh, viejo!—preguntó Zachvilijovski.—¿Estabas en casa cuando Bogun invadió con sus cosacos la casa solariega?

El lugareño, como de costumbre, juró por todos los santos que no estaba allí, que nada había visto, que lo ignoraba todo.

—Apostaría la cabeza, simiente de pagano—dijo Zachvilijovski, que sabía tratar a aquella gente,—a que estarías acurrucado debajo de un banco, mientras los cosacos saqueaban a tus amos... ¿Que no has visto nada?.. ¡A otro con esas! Mira: he aquí un ducado de oro, y allí al criado del verdugo con la espada... Escoge. Además pegaremos fuego a la aldea, y por tu culpa sufrirán injusto castigo los pobres aldeanos.

Al punto cantó el buen «vecinito.» Cuando los cosacos se entregaban a la orgía en la explanada de la casa solariega, él fué a ver con sus compañeros lo que pasaba. Oyeron decir que la princesa viuda y sus hijos habían sido asesinados, pero que también el atamán había sido herido por Nicolás, que le había dejado medio muerto... No les fué posible averiguar la suerte de la señorita. Y a la mañana siguiente oyeron decir que había huído custodiada por un noble que había ido a Razlogi con Bogun.

—¡Eso es hablar bien! ¡Este es otro cantar!—dijo Basilio. —¡Ten, bellaco! Te has ganado el ducado... Ya ves que nada has de temer de nosotros... ¿Viste al hidalgo? ¿Era algún noble de los alrededores?

—Como verle, sí le he visto, señorito; pero no era del país.

—Y ¿cómo era?

—Grueso como una chimenea... Tenía la barba gris.. Y juraba como el último vagabundo... Y no ve más que con un ojo.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Longinos.—¡En ese caso es Pan Zagloba, o no sé lo que me digo! ¿Eh?

—Zagloba... Espere... Sí, Zagloba... ¡Pardiez! ¡Sí, es muy posible! Hacía muy buenas migas con Bogun en Chegrin: con él bebía y jugaba a los dados. Bien podría ser. Me parece que ese es su retrato.

Y Basilio volvió a interrogar al campesino.

—¿De modo que ese hidalgo es el que acompañaba a la princesa en su fuga?

—Sí, señor, por lo menos así se decía en casa ..

—¿Conoces bien a Bogun?

—¡Oh, señor! ¿Cómo no? ¡Pasaba meses enteros en estos lugares!

—¿Y no se llevaría a la princesa, de acuerdo con Bogun?

—¡Ca! ¡No, señor!.. Según les oímos a los cosacos, ató y amordazó a Bogun con su propio jubón, tras lo cual desaparecieron él y la señorita como si se la hubiese tragado la tierra... El atamán aullaba como un lobo. Por la mañana colgaron su cama entre dos caballos, y así marchó a Lubnie. Pero, no habiéndoles alcanzado, cambió el rumbo de su persecución.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Migurski.—Siendo así, la princesa estará tal vez en seguridad en Lubnie. A mi entender, el que hayan visto a los perseguidores camino de Circasia nada quiere decir. Probaban fortuna por ambos lados.

Skretuski rezaba, fervorosamente, de rodillas.

—Vamos, vamos...—murmuraba el anciano portaestandarte.—Nunca hubiera creído a Zagloba con bastantes arrestos para jugársela de puño a un bandolero de la calaña de Bogun. Es verdad que Skretuski se ganó por completo su afectuosa amistad con aquel triple hidromiel de Lubnie, que bebimos juntos en Chegrin, y que no cesaba de elogiar a Juan llamándole bizarro noble... Pero ¿cómo explicar todo esto?... También ha vaciado más de un pichel a costa de

Bogun. Nunca hubiera creído que fuera capaz de maniatar a Bogun y raptar luego a la doncella. Le consideraba un mala cabeza con corazón de liebre, aunque listo y vivo como él sólo. Todo el valor de los hombres de su jaez, charlatanes y exagerados, suele estar en la lengua.

—Lo cierto es—dijo Volodiovski—que ha salvado a la princesa de las garras de los bandidos. Y, como no tiene pelo de tonto y se la pega al más lince, no dejará de huir hasta estar al abrigo de toda asechanza.

—Su propia cabeza va en ello—añadió el sacerdote.

Luego todos se esforzaron en confortar a Skretuski.

—Consuélate, querido compañero—decían unos.

—Quizá un día seamos testigos de tu boda—añadían otros.

—Y la celebremos con una buena turca, ¿eh?

Basilio seguía reflexionando.

—Si ha conseguido—pensaba—pasar el Dniéper, y no se ha enterado del desastre de Korsun, habrá vuelto, de seguro, a Chernigov, y en tal caso lo encontraremos por el camino.

—Brindemos por el fin satisfactorio de las penas y pesares de nuestro común amigo—exclamó Slesiński.

Toda la noche la pasaron brindando a la salud de Skretuski, de la princesa, de sus futuros retoños y del bueno de Zagloba.

A los primeros albores del amanecer resonó el toque de marcha. Los ejércitos partieron en dirección a Lubnie.

Las tropas del príncipe avanzaban rápidamente, puesto que no iban acompañadas de convoyes.

Skretuski hubiera querido ir a la vanguardia con la bandera tártara, pero le faltaban las fuerzas. Además el príncipe no permitía que le abandonara un solo momento, ansioso de oírle relatar las peripecias de su expedición a Sich. Ante la insistencia del príncipe, Juan contó cuanto le había ocurrido en el camino, su desastre en Jortiza y su conducción a Sich. Sólo pasó en silencio sus largas disputas con Kmielnizki, por temor de alabarse a sí mismo. Pero lo que más impresionó al príncipe fué saber que Grodizki, el anciano comandante del fuerte de Kúdak, carecía de pólvora y municiones y no podría, por tanto, resistir mucho tiempo.

—Sería una pérdida irreparable—dijo.—El fuerte podría servirnos de importante punto de apoyo y resistencia contra los rebeldes. Y respecto a Grodzki no cabe duda de que es un gran hombre, el verdadero *decus et præsidium* (1) de la república. Pero... ¿por qué no habrá mandado por pólvora a Lubnie? Se le hubiera facilitado de los depósitos castrenses.

—El creía que correspondía al gran hetmán no omitir la provisión *ex officio* (2)—explicó Skretuski.

—Desde luego—repuso el príncipe, que parecía absorto en sus reflexiones.

Y luego prosiguió tras breve silencio:

—El gran hetmán es un veterano, un jefe de experiencia; pero se cree demasiado seguro de sí mismo. Su orgullo le ha perdido. Ha despreciado con exceso el movimiento revolucionario. Cuando yo acudí en su ayuda se mostró visiblemente contrariado de mi diligencia. No quería compartir con nadie su gloria, temía que me achacaran a mí el mérito de la victoria.

—Esa es también mi opinión—dijo Skretuski gravemente.

—Creía poder domar a los zaporogos a porrazos, pero le salió el tiro por la culata. Dios ha castigado su altivez. Por ese odioso orgullo, que el cielo no puede soportar, parece esta república; por ese odioso orgullo del que todos somos culpables.

Decía la verdad. Él mismo no estaba exento de culpa y su último acto de soberbia era harto reciente.

Citado a prestar juramento en el pleito que sostenía con Alejandro Koniecpolski, sobre la propiedad de Hadziach, ante el Senado, había entrado en Varsovia al frente de una escolta de cuatro mil hombres y les había mandado invadir la Alta Cámara y pasar a cuchillo a todos los senadores si osaban obligarle a tal formalidad. Todo esto dimanaba sólo de su orgullo, que no le permitía resignarse a prestar juramento por entender que bastaba su palabra.

Quizá en aquel momento recordaba aquel desafuero...

(1) «Ornamento y salvaguardia.»

(2) «Por deber de su cargo.»

Pensativo y silencioso, dejaba vagar su mirada por las inmensas estepas que se extendían a ambos lados del camino. Quizá pensaba en la suerte de la república, a la que amaba desde el fondo de su ardiente alma y para la que parecían aproximarse *dies iræ et calamitatis* (1)...

Al fin, a las primeras horas de la tarde, brillaron a los reflejos del sol, en la alta orilla del Sula, las torres menudas y redondas de los templos ortodoxos de Lubnie y los puntiagudos campanarios y el resplandeciente tejado de la iglesia de San Miguel. Cerraba ya la noche cuando los últimos destacamentos de los ejércitos del príncipe entraron, a paso lento, en la ciudad.

El príncipe se dirigió sin demora al castillo, donde, según sus previas instrucciones, debía estar todo preparado para una marcha inmediata. Los regimientos establecieron sus cuarteles de noche en la ciudad, teniendo que luchar con serias dificultades a causa de la enorme concurrencia de gente.

A consecuencia de las noticias relativas al desarrollo de la guerra civil en la orilla derecha del Dniéper, y a causa de la inquietud entre la gente campesina, todos los nobles del Trans-Dniéper se habían refugiado apresuradamente en Lubnie. Los nobles, muchos de ellos de regiones remotas, con sus mujeres, hijos, criados, caballos, camellos y grandes rebaños de reses, los vice-estarostes, los comisarios del príncipe, toda clase de altos funcionarios de la nobleza, los terrazgueros, los judíos, en pocas palabras, todos aquellos contra quienes se ensañaba la rebelión, acudían a la ciudad. Diríase que se celebraba allí una gran feria, pues no faltaban ni los buhoneros de Moscon ni los tártaros de Astracán, a quienes la guerra había sorprendido en su excursión por Ucrania.

Miles de carruajes de todas clases obstruían la plaza: carros de ruedas de mimbre trenzado, otros con ruedas cortadas de troncos de árboles, telegas cosacas, carrozas aristocráticas. Los personajes de elevada posición se albergaban en el castillo y en las hosterías; los hidalgüelos y los criados, donde podían: en las tiendas, en las inmediaciones de

(1) «Días de ira y desgracia.»

las iglesias. En las calles ardían hogueras, encendidas para preparar la comida. En todas partes había confuso barullo y un rumor como de colmena. Se veían toda suerte de trajes, de los más variados colores. Soldados de las diferentes banderas del príncipe, jeduques, payuques, aldeanos, armenios con gorras de color violeta, judíos con túnicas negras, tártaros con sus pellizas de jergas heteróclitas. Una confusión de lenguas, una mezcla de vocerío, blasfemias, llanto de niños, ladrido de perros y mugido de ganado, aturdió, ensordecía...

La muchedumbre saludaba con júbilo a los regimientos que entraban, porque veía en ellos la garantía de su seguridad y salvación. Grupos de gentes, bajo los muros del castillo, no cesaban de lanzar vítores en honor del príncipe y de su noble esposa. Circulaban por allí los rumores más inverosímiles: ora se decía que el príncipe no saldría de Lubnie; ora que se disponía a marchar hasta Lituania, adonde todos debían seguirle; y no faltaba quien afirmaba que ya había aniquilado al temido atamán.

Después de saludar a su esposa, el príncipe notificó sus disposiciones relativas a la marcha de la mañana siguiente.

Miraba inquieto aquellos miles de almas y de vehículos que, caminando tras él, le pesarían como una bala de plomo, retrasándole la marcha. Sólo se consolaba con la esperanza de que cuando llegasen las tropas más allá del Bragim, que era una región ya más tranquila, toda aquella gente se dispersaría, dirigiéndose a los más opuestos rincones del país, lo que facilitaría el avance de las tropas. La misma princesa, con su séquito y con la corte, se iría a Visnoviec (1) para que, libres de todo peligro y obstáculo, pudieran el príncipe y su ejército avanzar contra el enemigo.

Todos los preparativos en el castillo estaban ya terminados; los carros cargados de bultos y objetos valiosos, los víveres acumulados, y toda la corte preparada para ocupar al punto los carros y caballos.

Todo esto se debía al cuidado de la princesa Griselda, cuya entereza en la desgracia y cuyo férreo temple de alma la hacían digna compañera del príncipe.

(1) Residencia de los Visnoviezki. (*N. del T.*)

Su celo confortó en extremo al guerrero, cuyo corazón se desgarraba al pensar en la precisión de abandonar el nido de Lubnie, en el cual Jeremías había vivido tantas horas felices y conseguido tanta gloria. Excusado es decir que el ejército, la servidumbre y toda la corte compartían tal aflicción. Todos estaban convencidos de que, si el príncipe tenía que pelear en regiones lejanas, el enemigo no dejaría respirar tranquilos a los habitantes de Lubnie, sino que tomaría en las murallas de la ciudad querida terrible venganza de los varapalos del príncipe. No faltaban, pues, lágrimas y lamentos, especialmente entre las mujeres y entre los súbditos que, habiendo nacido en la ciudad, abandonaban en ella la tumba de sus padres.

CAPÍTULO VIII

Juan Skretuski, que llegó al castillo antes que las demás banderas, no encontró allí ni a Zagloba ni a la princesa, a pesar de sus indagaciones y pesquisas. Nadie les había visto ni había tenido noticias de ellos, aunque ya se sabía la invasión de Razlogi y la derrota de la guarnición de Vasilovka.

Viendo frustrada la última esperanza, encerróse en su estancia de la armería, luchando con este nuevo dolor y con las penosas preocupaciones que volvieron a invadirle. Pero ahora se defendía contra sus agresores, como un guerrero herido, abandonado en el campo de batalla, rechaza a los cuervos y grajos que se ciernen sobre su cuerpo para beber su tibia sangre y picotear su carne viva. Fortificábale la esperanza de que Zagloba, el zorro taimado, llegaría, a pesar de todo, a salvarse de su crítica situación, refugiándose en Chernigov, cuando se enterara de la derrota de los hetmanes.

En aquel momento se acordó del viejo cancionero, a quien se había encontrado al volver de Razlogi, y que le había contado que un diablo les había despojado de sus ropas a él y a su lazarillo, obligándoles a estar tres días en cueros, al abrigo de los cañaverales del Kagámlik, temerosos de mostrarse en tal guisa a las gentes. De pronto cruzó por su mente la idea de que acaso el diablo de que hablaba el mendigo fuera Zagloba y las ropas robadas fueran, en poder del hidalgo, un disfraz para él y para Elena.

—No cabe otra explicación—se decía el teniente.

Y aquella idea le tranquilizó en extremo, pues dicho disfraz, a su juicio, facilitaría sobre manera la fuga del hidalgo y la joven. Además, le confortaba la esperanza de que el Altísimo, el amparador de la inocencia, no abandonaría a la princesa.

Para hacerse más merecedor de la protección divina, decidió limpiar su alma de culpas, y saliendo de la armería, fué en busca del padre Mujoviezki para pedirle confesión. El sacerdote, a quien halló prodigando cristianos consuelos a un grupo de mujeres, complacióle al punto, acudiendo al confesonario de la capilla, donde le habló de las sublimes doctrinas de Cristo, avivó su fe en Dios y le reprochó su flaqueza.

Le dijo, entre otras cosas, que no cuadraba con la fe de un buen cristiano dudar del poder de Dios, y que un buen ciudadano más debía deplorar el desastre de su patria que su propia desgracia. Añadió que era prueba de singular egoísmo el derramar más lágrimas por la propia suerte que por la suerte común, y que era abominable dolerse más de las desgracias de un ser querido que del prójimo en general. Con conmovedoras y solemnes palabras describió la derrota, la caída y la vergonzosa injuria hecha a la patria, y no tardó en encender en el corazón del penitente un gran amor a la misma. Sus desgracias personales le parecieron de repente a Juan tan mezquinas al lado del amor patrio, que casi las olvidó. Además, afeóle el buen padre jesuíta el sañudo odio a los cosacos que advertía en su corazón.

—Les castigarás—le dijo—como enemigos de la fe y de la patria, como aliados de los paganos, pero les perdonarás al mismo tiempo de todo corazón como ofensores tuyos, y no pensarás en la venganza. Cuando hayas conseguido esto, no dudo que Dios te consolará, devolviéndote tu amor y tu perdida tranquilidad.

Terminada la plática, le santiguó, le echó la bendición y le mandó, como penitencia, que se pasase toda la noche de rodillas ante la imagen del Crucificado.

La capilla estaba desierta, y sólo lucían en su obscuridad dos velas encendidas ante el altar, que proyectaban sus rojizos y dorados resplandores sobre la efigie del Salvador, esculpida en albo mármol, llena de dulzura y tristeza. Horas y horas pasaban, y el teniente permanecía postrado, inmóvil, como si la vida le hubiese abandonado; sentía, con intensidad creciente, que la amargura, la desesperación, el odio, el dolor, las penas y los sufrimientos se despren-

dían de su corazón, saliendo del fondo de su pecho y arrastrándose como serpientes para esconderse en profundas tinieblas. Sentía que respiraba con mayor facilidad, como si nueva salud y nuevas fuerzas volvieran a entrar en él; sentía que su cabeza se iba despejando y que una inefable felicidad le dominaba. Ante aquel altar y ante aquella imagen del Salvador había encontrado todo lo que podía encontrar un hombre de aquellas épocas, un hombre de fe inquebrantable, sin huella ni sombra de duda.

A la mañana siguiente se encontraba como renacido...

Animáronse los trabajos, comenzaron el movimiento y la febril agitación, precursores de la salida de las tropas.

Los oficiales tenían el encargo de pasar revista a las banderas para cerciorarse de si hombres y caballos estaban en buen orden, y acompañarlas luego a la explanada para colocarlas en disposición de marcha.

El príncipe Jeremías, después de oír misa en la iglesia de San Miguel, entró de nuevo en el palacio a fin de recibir a las delegaciones del clero griego ortodoxo y de los habitantes de Lubnie y de Jorol.

Rodeado de sus principales oficiales, tomó asiento en el trono, en la sala pintada por el famoso Helm.

Allí despidióle el burgomaestre Hruby, pronunciando un discurso en lengua rutena, en nombre de todas las ciudades del Dniéper y de los territorios de más allá del río. Comenzó suplicándole que no se alejase de la ciudad, que no les dejase como rebaño sin pastor, súplica que repitieron, juntando las manos e inclinando la cabeza, varios habitantes que acompañaban al burgomaestre.

—¡No te vayas! ¡No te vayas!—imploraban.

Y cuando el príncipe les hubo declarado que no podía acceder a sus ruegos, postráronse de hinojos, deplorando que se ausentase tan magnánimo señor, unos con sinceridad, otros con alguna menos, pues se afirmaba que muchos de ellos, a pesar de la bondad del príncipe, eran en secreto partidarios de Kmielnizki y sus cosacos. Pero los más ricos temían los excesos de la muchedumbre, que podía sublevarse tan pronto como hubiera salido el príncipe con sus tropas. El príncipe les contestó que siempre había procurado tratarlos más bien como padre que como amo, y les

conjuró a que perseverasen en su fidelidad al rey y a la república, madre común de todos, bajo cuyas alas no sufrirían ningún agravio y vivirían en paz y en bienestar siempre creciente, sin sucumbir al yugo que tanto anhelaban imponerles sus vecinos. Despidió al clero griego con palabras análogas, y luego dió la señal de marcha. Entonces resonaron con mayor intensidad, por todas partes, lamentaciones y llantos de la servidumbre en el castillo. Las señoritas de la corte se desmayaban. Costó mucho trabajo reanimar a Anusia Krasienska. Sólo la princesa subió a su carroza con la cabeza erguida y los ojos secos, cuidándose, en su digna altivez, de no mostrar su aflicción ante la multitud, cuyas miradas convergían hacia ella.

Inmenso gentío apiñábase bajo las ventanas del castillo. Doblaban las campanas de todas las iglesias: los popes ortodoxos bendecían a las banderas que desfilaban. La apretada fila de carruajes, diligencias y carros de carga apenas podía pasar por el portal del castillo.

Por último, el príncipe montó a caballo.

Todos los regimientos inclinaron sus banderas ante él y los cañones retumbaron en las murallas. Llantos, rumores, llamadas y gritos confundíanse con el tañido de las campanas, con las detonaciones, con los toques de trompetas, con la música de las charangas, con el redoble de los timbales. Abrióse la marcha. A la cabeza iban dos banderas tártaras conducidas por Rozvorovski y Viérsul, y luego los artilleros de Wúrzel. Seguía la infantería del comandante Majnizki, que precedía a las carrozas ocupadas por la princesa, su séquito y toda la corte, seguidos de una interminable fila de carros cargados de impedimentas. Dábales escolta el regimiento valaco del señor Byjóviev. Detrás desfilaba el cuerpo principal: los escogidos regimientos de caballería pesada y de húsares y los coraceros. Cerraban la marcha dragones y cosacos de tropa.

Y en pos de las tropas extendíase en fila interminable, como una serpiente multicolor, el cortejo de carruajes ocupados por los nobles y sus familias y por cuantos, ausente el príncipe, no se creían seguros en las inmediaciones del Dniéper.

Las trompetas lanzaban sus bélicos sonidos, pero no ale-

graban los oprimidos corazones. Todos, al contemplar por última vez aquella noble mole de las murallas del castillo, preguntábanse en el fondo de su alma: «Querido país natal, ¿volveré a verte?...» Cuanto más fácil les parecía abandonar su tierra, menos probable se les antojaba poder volver a ella. Cada cual dejaba como un pedazo de su alma y un dulce recuerdo en aquellos parajes.

Todos los ojos volvíanse por última vez hacia el panorama del castillo y de la ciudad, hacia los campanarios de las iglesias, las cúpulas de los templos, los tejados de sus queridas casas. Todos sabían lo que abandonaban, y en cambio nadie preveía lo que le esperaba en aquella lejanía grisácea donde se dirigía la expedición.

Un hondo pesar embargaba todos los pechos. Y con la voz portentosa de sus campanas la ciudad parecía suplicar a sus hijos que no la abandonaran, que no la entregaran a los hostiles azares del aciago porvenir. La ciudad les llamaba, como si con aquella voz de sus campanas desoladas quisiera darles su suprema despedida y dejar en su alma un indeleble recuerdo...

Alejábanse, cada vez más, las armadas huestes... Pero los ojos no podían apartarse de la ciudad, y en todos los rostros se pintaba la misma pregunta:

—¿Será la última vez?...

¡Sí, era la última! De todo aquel ejército, de aquellos miles de hombres, de aquella muchedumbre que en aquel momento seguía al príncipe Visnoviezki, ninguno, ni siquiera él mismo, había de volver a ver su pueblo y su terruño.

Vibraban las trompas militares. El ejército alejábese lentamente, pero sin detenerse. Tejados y casas fueron envolviéndose poco a poco en una bruma azulada, hasta fundirse en una sola masa, resplandeciente a los rayos del sol. El príncipe se adelantó y encaminó su caballo hacia una elevada mogila, en cuya cima permaneció inmóvil largo rato, sin apartar la mirada del inolvidable panorama. Aquella ciudad que resplandecía a los rayos del sol, y todo el país que se divisaba desde lo alto de la mogila, era obra suya y de sus antepasados. Los Visnoviezki habían convertido en país colonizado aquellos desiertos, haciéndolos accesi-

bles a la vida humana; puede decirse que habían creado aquellas regiones de la parte posterior del Dniéper, y casi toda aquella obra la había concluído él. El era quien había erigido aquellas iglesias cuyas torres se destacaban en el fondo azul sobre la ciudad; él quien había ensanchado la ciudad y la había unido a Ucrania por dos carreteras; él quien había roturado las selvas, desecado los pantanos, construído fortalezas, fundado aldeas y poblados, atraído colonos, destruído el bandolerismo, defendido el país contra las incursiones tártaras, mantenido la seguridad apetecida por los mercaderes y agricultores, inaugurado el reino de la justicia y de la ley. Merced a él vivían, se desarrollaban y florecían aquellos territorios. El solo era el alma y corazón de todas aquellas regiones, que ahora tenía que abandonar a los azares del destino.

No era su fortuna gigantesca, mayor que la de todos los palatinos juntos de Alemania, lo que sentía perder el príncipe... Sentíase unido por un amor inmenso a aquella obra de sus manos.

Sabía que, en cuanto él se fuese, quedaría destruída de un golpe la labor de tantos años y resultaría infructuoso todo el esfuerzo realizado; sabía que en aquel suelo volvería a imperar la antigua barbarie, que aquellos pueblos y ciudades se derrumbarían, presa de vandálicos incendios, que los caballos de los tártaros abrevarían en aquellos ríos, que la selva volvería a crecer sobre sus escombros y, finalmente, que, si Dios le permitía volver, tendría él que recomenzarlo todo enteramente, con las fuerzas tal vez ya decaídas, con menos tiempo por delante y con un alma en la que habría desaparecido ya la antigua confianza. Allí era donde había pasado sus mejores años de gloria ante los hombres, de mérito ante Dios: mérito y gloria que se disiparía como humo a su partida.

De sus ojos resbalaron, lentas, dos lágrimas—las últimas,—tras las que no quedaron en su mirada sino rayos.

Su caballo alazán relinchaba con el cuello estirado. Desde el campamento le respondían numerosos relinchos que sacaron de su abstracción al príncipe llenándole de nueva energía. He aquí que le quedaban todavía seis mil compañeros fieles y adictos, seis mil espadas capaces de conquistar

para él el mundo, y con los cuales contaba la deshonrada república como único medio de salvación.

El idilio del Trans-Dniéper se había desvanecido allá en los campos de batalla, donde tronaban los cañones, donde llameaban ciudades y caseríos, donde el relincho de las yeguas tártaras y los clamores de los cosacos se confundían de noche con los llantos de los cautivos y con los gemidos de hombres, mujeres y niños; allá había campo abierto, podía conquistarse la gloria, podía conquistarse el nombre de libertador y padre de la patria.

¿Y quién intentaría hacerse digno de aquella corona cívica que salvaría a la patria, colmada de ignominia, pisoteada por los pies de los villanos, humillada, postrada en su última agonía, sino él, el príncipe, sino su ejército, que allí, en la tierra baja, erguía sus relucientes armas hacia el astro rey?...

Desfilaban los regimientos al pie de la mogila. A la vista del príncipe, que permanecía inmóvil bajo el crucifijo erigido en la cumbre de la eminencia, con el bastón de mariscal en la mano, todas las bocas de los guerreros exhalaban unánimes vítores de entusiasmo.

—¡Viva el príncipe! ¡Viva nuestro jefe, nuestro hetmán!
¡Viva Jarema Visnoviezki!

Y centenares de banderas inclinábanse hasta sus pies; las carabinas de los húsares resonaban formidablemente y los timbales unían sus redobles retumbantes a los vítores.

Entonces el príncipe, desenvainando el sable y levantándolo, como también la mirada, al cielo, habló en estos términos:

—Yo, Jarema Visnoviezki, vaivoda de Ucrania, príncipe de Lubnie y de Visnoviec, juro por tu Santo Nombre, Dios Unico en la Santísima Trinidad, y por ti, Purísima Madre del Salvador, que, desenvainado el sable contra los rebeldes cuyas hordas deshonran a la patria, no volveré a envainarlo en tanto que me queden fuerzas y vida, en tanto que no haya lavado esa vergüenza, en tanto que no haya sido aherrojado el último enemigo a los pies de la república, en tanto que no sea sofocada la rebelión de Ucrania y ahogada en sangre la rebelión de los villanos. Y que Dios

sea testigo de que hago este voto con toda la sinceridad de mi corazón. Amén.

Dicho esto, permaneció aún breves instantes mirando al cielo; luego bajó lentamente de la mogila, hacia sus regimientos.

A la caída de la tarde el ejército llegó a Basan, pueblo de propiedad de la señora Krinizki, la que recibió al príncipe arrodillada ante la puerta. Las turbas rebeldes la habían asediado en su propio dominio y la noble dama se había defendido con ayuda de sus siervos más leales, hasta que, de repente, la llegada de los ejércitos la había salvado a ella y a sus diez y nueve hijos, catorce de ellos jovencitas. El príncipe mandó detener a los agresores y envió de exploración a Pan Poniatovski, capitán de cosacos regulares, al pueblo llamado Kaniov.

Poniatovski volvió la misma noche trayendo cinco prisioneros zaporogos de la compañía de Visintin, que habían tomado todos parte en la batalla de Korsun. Sometidos a la tortura del fuego, dieron al príncipe un informe detallado de toda aquella batalla, asegurándole, además, que Kmielnizki no había salido todavía de Korsun... Tugay-Bey se preparaba a ir hacia Chegrin, de donde pensaba volver a Crimea, llevando consigo a los prisioneros, el botín y los dos hetmanes. Habían oído, además, que Kmielnizki le suplicaba encarecidamente que no abandonase a los ejércitos zaporogos y que saliera con él al encuentro del ejército del príncipe; pero que el murza no le hacía caso, pues suponía que, derrotados los ejércitos polacos y los hetmanes, los cosacos bastarían para dar al traste con la república. El no podía permanecer más en Ucrania, so pena de ver morir allí a sus cautivos. Interrogados acerca de la fuerza numérica de las tropas de Kmielnizki, contestaron que ascendería a doscientos mil hombres; pero que eran gentes muy heterogéneas, y sólo los zaporogos y los cosacos de las milicias reales y señoriales pasados a la insurrección, en conjunto unos cincuenta mil hombres, constituían un núcleo resistente.

Estas noticias confortaron el espíritu del príncipe. Además esperaba que sus fuerzas no tardarían en engrosar considerablemente por la afluencia de gentileshombres y

de desertores del ejército real y de las milicias señoriales del Trans-Dniéper.

Al día siguiente se pusieron de nuevo en marcha. Más allá de Pereiáslav internáronse en las inmensas y desoladas selvas que se extendían a lo largo del curso del Trubiez hasta Koziélez y Chernigov. Acababa el mes de mayo con un calor abrasador. Lejos de hallar temperatura más suave en los bosques, las tropas casi sucumbían a causa de aquel tiempo bochornoso. Caballos y hombres empezaban a asfiarse. El ganado conducido tras del ejército caía muerto a cada paso. Al husmear el olor del agua, lanzábanse hacia ella las bestias como desbocadas, volcando los carros y produciendo gran confusión. También los caballos perecían, sobre todo los de la caballería pesada. Las noches hacíanse insoportables a causa del número infinito de insectos que asaltaban a hombres y bestias. Los árboles sudaban resina cuyas emanaciones, más abundantes que de costumbre por el calor, hacían irrespirable la atmósfera.

Así transcurrieron cuatro días de fatigoso avance; el calor del quinto día fué terrible. Al anoecer, los caballos se pusieron a relinchar y los bueyes a mugir lastimeramente, como presintiendo algún peligro que los hombres aún no presentían.

—Olfatean la sangre—decíase entre los soldados y entre la muchedumbre que caminaba en pos del ejército, compuesta de familias nobles fugitivas.

—¡Nos persiguen los cosacos! ¡Va a darme la batalla!

Al oír estas palabras, los lamentos de las mujeres llegaban al cielo. La noticia no tardó en propalarse entre la turbamulta, produciendo verdadero pánico y general confusión; carros y furgones corrieron a ciegas desviándose del camino y llegando, en desenfrenada carrera, hasta el bosque, donde quedaban embarrancados entre los troncos de los árboles.

Pero gentes enviadas por el príncipe restablecieron pronto el orden. A todas partes fueron enviados exploradores para que se cerciorasen de si había realmente algún peligro. Skretuski, que formaba parte, como voluntario, de una compañía valaca, regresó el primero de la exploración; inmediatamente fué a informar al jefe supremo,

—¿Qué hay por allá?—preguntó Jeremías.

—Los bosques están ardiendo, Alteza.

—¿Los han incendiado?

—Sí... Unos cuantos merodeadores que yo he aprehendido confiesan que ciertos voluntarios, espías de Kmielnizki, habían sido enviados para seguir nuestra pista y pegar fuego a los bosques cuando el viento fuera favorable.

—¡Quisieran quemarnos vivos sin dar batalla! ¡Que traigan aquí a esos hombres!

Momentos después hallábanse en presencia del príncipe tres chabanes, salvajes, entontecidos, muy asustados. Declararon sin vacilar que les habían dado orden de incendiar las selvas. Dijeron también que había sido mandado ya el ejército cosaco en persecución del príncipe, pero que se acercaba a Chernigov por otro camino, siguiendo el curso del Dniéper.

Todos los destacamentos enviados a efectuar reconocimientos volvían, entre tanto, trayendo iguales noticias.

Los bosques ardían.

Visnoviezki no parecía sobresaltarse por esto en lo más mínimo.

—Hacen la guerra como paganos que son—dijo,—pero de poco les valdrá todo eso; el fuego no llegará más allá de los afluentes del Trubiez.

En efecto, las inmediaciones del Trubiez, por donde el ejército avanzaba hacia el Norte, eran atravesadas por numerosos afluentes que se extendían en algunos puntos en anchurosos pantanos, y no había que temer que las llamas cruzaran los riachuelos, pues para conseguirlo hubiera habido que incendiar por separado cada selva.

No tardaron en llegar nuevos exploradores anunciando que ese era el intento de los cosacos. Todos los días se sorprendía *in fraganti* a algunos incendiarios, con los que se adornaban los abetos de las orillas del camino.

El incendio se propagaba con violencia a lo largo de los riachuelos, hacia el Este y hacia el Oeste, pero sin llegar al Norte. De noche todo el horizonte parecía bañado en sangre. Las mujeres pasaban las horas nocturnas salmodiando cantos. Los animales salvajes abandonaban asustados los bosques en llamas, reuniéndose en las carreteras, y se-

guían al ejército del príncipe, entremezclados con las manadas del ganado doméstico. El viento había envuelto todo el horizonte en una gigantesca nube de humo. El ejército y los carros avanzaban como hundidos en la espesa niebla, que la vista no alcanzaba a penetrar.

Los pulmones apenas podían respirar; el humo lastimaba la vista, concentrándose cada vez más por el soplo del viento. La luz del sol no conseguía atravesar la fuliginosa opacidad. Las noches, alumbradas por los resplandores del incendio, eran más claras que los días. A través de aquel humo y de aquellas selvas ardiendo, que parecían ilimitadas, Jeremías guiaba su ejército.

Entre tanto llegaron noticias de que el enemigo, cuya fuerza numérica nadie sabía precisar, se acercaba por la orilla opuesta del Trubiez. Los tártaros de Viérsul aseguraban, sin embargo, que estaba todavía muy lejos.

Cierta noche llegó al campamento Sujodolski de Bodenki, desde el lado opuesto del Desna. Era un antiguo cortesano del séquito del príncipe, que se había retirado al campo algunos años antes. También él había huído ante la avalancha campesina y traía una noticia nueva para el príncipe.

La consternación fué muy grande cuando, interrogado por Jarema acerca de los últimos acontecimientos, repuso:

—Hay malas noticias, Alteza. Ya sabéis la derrota de los dos hetmanes, y también sabréis, seguramente, la muerte de Su Majestad.

Visnoviezki, que estaba sentado delante de su tienda, en un taburete de viaje, se levantó bruscamente y preguntó:

—¿Qué decís? ¿Su Majestad..?

—Nuestro augusto soberano falleció en Mérech —añadió el recién llegado— una semana antes del desastre de Korsun.

—Dios, en su misericordia, le ha ahorrado el dolor de vivir en estos momentos—dijo el príncipe.

Y apoyando la cabeza entre las manos, prosiguió:

—Se acercan tiempos terribles para la república. La convocación de las asambleas, las elecciones mismas, el interregno, las discordias internas, las intrigas del extranjero... ahora precisamente cuando la nación tendría que convertirse en un solo brazo y en una sola espada. ¡Dios

ha apartado de nosotros con ira su rostro y se prepara a castigar severamente nuestras culpas! Sólo el rey hubiera podido apagar este incendio. Gozaba de singular estimación entre los cosacos, y era, además, un guerrero ejemplar.

Unos cuantos oficiales, entre ellos Basilio Zachvilijovski, Skretuski, Baranovski, Wúrzel, Majnizki y Polanovski, rodearon en aquel momento al príncipe, quien les dijo:

—Señores, el rey ha muerto.

Todos se descubrieron como obedeciendo a una orden. Todos los rostros se tornaron graves. La inesperada noticia hizo enmudecer a los circunstantes. Momentos después la consternación era general.

—¡Dadle, Señor, eterno reposo!—suspiró el príncipe.

—¡Y que la luz eterna le ilumine por los siglos de los siglos!

Pocos instantes después el sacerdote Mujoviezki entonó el cántico *Dies iræ*, que resonó bajo las arcadas de aquella selva envuelta en humo.

Terrible angustia oprimía los corazones y las almas.

Parecía a todos que la salvación tan angustiosamente esperada se había frustrado; que en adelante tendrían que ir a la ventura y como solos en el mundo al encuentro del fiero enemigo; que no había ya para ellos otro jefe que el príncipe.

Todos los ojos se volvieron a Jeremías: entre él y sus soldados creáronse nuevos lazos.

La misma noche decía, y lo bastante alto para que pudieran oírle todos, dirigiéndose a Basilio:

—Necesitamos un rey soldado. Si Dios nos permite expresar nuestros sufragios cuando se efectúe la próxima elección, votaremos por el príncipe Carlos, más guerrero que el príncipe Juan Casimiro.

—¡Viva *Carolus Rex!*—exclamaron los oficiales.

—¡Viva!—repitieron los húsares.

—¡Viva!—clamó todo el ejército.

Y el príncipe no sospechaba de seguro que desde las riberas del Dniéper, desde los desolados bosques de Chernigov, aquellos clamores repercutirían hasta en Varsovia y harían que cayera de su mano el bastón de gran hetmán de la Corona.

CAPÍTULO IX

Después de nueve días de marcha, cuyo Jenofonte era Maskiéovich, y luego de vadear el río Desna, operación que ocupó tres días enteros, llegaron las tropas a Chernigov. Skretuski entró el primero, a la cabeza de sus valacos. El príncipe le envió de vanguardia a ocupar la ciudad, a fin de que pudiese adquirir cuanto antes noticias de la joven princesa y de Zagloba. Pero de igual modo allí que en Lubnie, así en el castillo como en la ciudad, nadie pudo darle razón de los fugitivos. Habían desaparecido sin dejar huellas, como se hunde una piedra en el agua, y Juan no sabía ya qué pensar. ¿Dónde se habrían refugiado? Probablemente ni en Moscou ni en Crimea, ni en Sich. Tan sólo cabía suponer que habían atravesado el Dniéper, pero, en tal caso, se habrían encontrado en medio de la tempestuosa revuelta, en medio de aquellas matanzas, en medio de aquellos incendios, en medio de la turbamulta embriagada de zaporogos y de tártaros, entre los cuales ni el disfraz de Elena hubiera servido de defensa, porque los paganos salvajes solían apoderarse con predilección de los mozos jóvenes, que tenían luego buena salida en los mercados de Estambul. Una terrible sospecha cruzó por la mente de Skretuski: tal vez Zagloba hubiese llevado intencionalmente a Elena a aquellos parajes, con la esperanza de vendérsela a Tugay-Bey, que podía pagársela mejor que Bogun. Tal pensamiento casi le enloquecía, pero Longinos le tranquilizó mucho, pues había conocido a Zagloba mucho antes que Skretuski.

—Amiguito señor teniente—decía,—quítate de la cabeza esas manías. El hidalgo, pondría por él la mano en el fuego, no es capaz de hacer tal cosa. En casa de los Kurcévich había bastantes riquezas, que le habría cedido Bogun sin vacilar. Así es que, si Zagloba hubiese abrigado malas in-

tenciones respecto a la muchacha y hubiera querido dinero, no hubiera tenido necesidad de exponer la cabeza.

—Es verdad—dijo el teniente;—pero ¿por qué ha huído con Elena más allá del Dniéper y no a Lubnie o a Chernigov?

—Tranquilízate, querido. Conozco un poco a ese Zagloba. Más de una copa hemos vaciado juntos, y más de una vez le he sacado de apuros financieros. El dinero le preocupa poco, sea suyo o ajeno. Si tiene alguno lo gasta, y el de su prójimo no lo devuelve; pero, así y todo, no creo que sea capaz de jugar una mala partida.

—Es un hombre ligero, despreocupado—replicó Skretuski.

—Puede que lo sea, pero es también astuto como un zorro, capaz de tomarle el pelo a todo el mundo y de burlar todo peligro. Sucederá lo que te ha predicho el profético espíritu del sacerdote: que Dios la devolverá a tus manos; pues es justo que todo cariño sincero se vea recompensado. Sírvate esto, como a mí, de esperanza y consuelo.

Longinos exhaló un profundo suspiro, y añadió:

—Preguntemos en el castillo; quizás hayan pasado por aquí.

Preguntaron por todas partes, pero en vano; no había huella alguna de los fugitivos, nadie sabía si habían pasado por allí. El castillo estaba lleno de nobles que se habían refugiado allí con sus familias, huyendo de los cosacos. El príncipe trató de inducirles a que le acompañaran, advirtiéndoles que los cosacos seguían sus huellas. Hasta ahora no se habían atrevido a habérselas con el ejército del príncipe, pero era de suponer que se lanzarían sobre el castillo y la ciudad, tan pronto como se hubiera alejado Jarema. No obstante, la nobleza refugiada en el castillo sufría una singular obcecación.

—Aquí estamos seguros al abrigo de los bosques—respondieron.—Aquí nadie nos buscará.

—Pero si yo mismo acabo de atravesar los bosques—objetó el príncipe.

—Su Alteza los atravesó, pero no harán lo propio las hordas de la turbamulta... ¡Oh, qué bosques estos!

Y no quisieron marcharse, persistiendo en su obsecación,

que tan cara habían de pagar, pues apenas se había marchado el príncipe sobrevino la irrupción cosaca. La guarnición del castillo resistió virilmente durante tres semanas, pero sucumbió y todos sus habitantes fueron pasados a cuchillo.

Los cosacos cometieron horrores abominables, despedazaron a los niños, quemaron a las mujeres a fuego lento... y lo hicieron a mansalva.

El príncipe, entre tanto, llegó a Lubech, más allá del Dniéper. Allí acampó con sus tropas y se encaminó con su esposa, toda la corte y los carros de cargamento, a Bragim, situado en medio de forestas y pantanos intransitables. Una semana después le siguió todo el ejército. Poco después continuaron su avance hacia Babiza, cerca de Mozir. Allí, el día del Corpus, llegó para él la hora de su separación de la princesa, que debía irse con la corte a Turrow, a casa de su tía, esposa del hijo del vaivoda de Vilna, mientras que el príncipe con el ejército marcharía hacia Ucrania, donde ardía la rebelión.

Al banquete de despedida asistieron el príncipe, su esposa, las damas de honor y los principales palatinos. Sin embargo, entre los caballeros y las nobles damas no reinaba la alegría de costumbre en tales ocasiones. Más de un guerrero sentía desgarrado su corazón al pensar que pronto habría de separarse del ser predilecto de su corazón, por el cual hubiese querido vivir y estaba dispuesto a luchar y a morir... Muchos ojos negros o azules de mujer se empañaron de lágrimas: el hombre adorado partía a la guerra y arrostraría en breve las balas, los aceros, la acometividad salvaje de cosacos y tártaros... El hombre adorado partía, acaso para no volver.

Cuando el príncipe tomó la palabra para despedirse de su esposa y de su corte, las jovencitas prorrumpieron en gemidos dolorosos, como gatitas angustiadas, en tanto que los guerreros, menos accesibles a las emociones, levantáronse de sus puestos y, empuñando sus sables, gritaron a coro:

—¡Venceremos y volveremos!

—¡Dios os ayude!—contestó la princesa.

En aquel momento oyéronse clamorosos vítores, que hacían temblar las ventanas y las paredes:

—¡Viva nuestra noble princesa! ¡Viva nuestra madre y nuestra bienhechora!

—¡Por muchos años! ¡Por muchos años!

Los soldados le profesaban entrañable cariño por el sincero afecto que les manifestaba, por la grandeza de su alma, por su generosidad y amabilidad, por el amparo que daba a sus familias. El príncipe Jeremías la quería como a nada en el mundo, pues ambos parecían dos naturalezas creadas la una para la otra, semejantes una a otra como dos gotas de agua, como dos corazones de bronce y oro.

Todos se aproximaban a su soberana, todos se arrodillaban ante su sillón con la copa en la mano. Ella ponía ambas manos sobre las cabezas de sus súbditos y para cada uno tenía una palabra afectuosa.

A Skretuski le dijo:

—Casi todos los caballeros esperan recibir hoy algún amuleto, escapulario o cinta, como recuerdo de despedida de su dama; pero ya que no está aquí aquélla de quien os sería más grato recibir tal prenda de cariño, tomad esto como si fuera de vuestra propia madre...

Y, descolgándose del cuello una crucecita de oro, cuajada de turquesas, la colgó al cuello del palatino, que besó respetuosamente su mano.

No ocultó Jeremías su satisfacción por la distinción de que acababa de ser objeto Skretuski, a quien quería aún más desde que había defendido con tanto denuedo el honor de su persona en Sich, negándose a aceptar las cartas de Kmielnizki.

Todos se levantaron de la mesa. Las jóvenes, cediendo al impulso de las palabras de la princesa a Skretuski, y tomándolas como permiso y autorización, empezaron una tras otra a sacar escapularios, amuletos, crucecitas, etc.

Los caballeros acercáronse cada cual a la dama preferida por su corazón o, al menos, por sus ojos. Poniatovski se acercó a la hija de Zitinski; Bijóviez a la heredera de Bohovitin, a quien dedicaba sus afectos desde hacía algún tiempo; Rotzvorovski a la hija de Zuk, Viérsul el pelirrojo a la hija de Skoropazki, y el coronel jefe Majnizki, a pesar de su avanzada edad, a la hermosa hija de Zaviéiski. Sólo Anusia Borzobogata-Krasieńska, aunque la más linda de

todas, permaneció sola junto a la ventana. Sus mejillas enrojecieron, sus ojitos entornados lanzaron flechazos de ira, pero, al mismo tiempo, suplicaron: «¡No me hagáis tal afrenta!...» El traidor Volodiovski se aproximó.

—También yo—dijo—le hubiera pedido a Panna Ana algún recuerdo, pero no me he decidido, temeroso de no lograr abrirme paso entre sus adoradores.

Las mejillas de Anusia enrojecieron aún más, pero la joven contestó al punto:

—De otras manos, no de las mías, hubierais querido un recuerdo; pero, aunque el acceso hasta la dama os hubiera sido fácil, no hubierais podido alcanzarlo.

El golpe era acertadísimo y de doble sentido, pues por una parte aludía a la pequeña estatura de Volodiovski y por otra a su amor secreto a Bárbara de Zbaraz. El señor Volodiovski se había enamorado primero de la hermana mayor de esta última, pero, cuando surgió un galán más afortunado que él, dominó su resentimiento y le ofreció en secreto su corazón a Bárbara, creyendo que nadie sería capaz de adivinarlo. Por eso, a pesar de que pasaba por un esgrimidor de primera clase, tanto de sable como de palabras, se turbó tanto al oír la réplica de Anusia, que perdió el dominio de la lengua y sólo pudo articular palabras incoherentes.

—Ya veo... que eleváis muy alto... vuestro pensamiento..., tan alto como... la cabeza de Longinos Podbipienta...

—Que es, en efecto, más alto que vos, tanto por su valor como por su ingenio. Y os agradezco que me lo hayáis traído a la memoria.

Con gesto decidido Anusia volvió la cabeza hacia Longinos y dijo:

—Venid, señor Longinos. Quiero tener yo también un caballero elegido por mí, y no creo que mi lazo pueda adornar un pecho más valeroso que el vuestro.

Longinos abrió desmesuradamente los ojos, no dando crédito a sus oídos, y por fin se acercó y cayó de rodillas de un modo tan brusco, que hizo retumbar el suelo.

—¡Mi bienhechora—exclamó,—mi bienhechora!

Anusia le ató al cuello una cinta, y luego sus delicadas manecitas desaparecieron por completo bajo los bigotazos

rubios de Longinos. Oyóse un extraño chasquido que crispó los nervios de Volodiovski. El caballero enano volvióse hacia el comandante Migurski.

—Parece un oso—refunfuñó—chupando la miel de una colmena.

Y se alejó visiblemente enfadado, pues si ya no lo era, la joven había sido hasta no mucho antes la dama de sus pensamientos.

Por fin el príncipe empezó a despedirse de la princesa, y una hora después la corte marchaba a Turov y el ejército a Pripet.

Aquella noche, cuando se estaban construyendo almadías para el transporte de la artillería, y los húsares se hallaban entregados a su tarea, Longinos se acercó a Skretuski y le dijo:

—¡Ay, amiguito, qué desgracia!

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el teniente.

—Noticias de Ucrania.

—¿Qué noticias?

—Dicen los zaporogos que Tugay-Bey ha vuelto con sus hordas a Crimea.

—¿Y qué? Me parece que no es para llorar.

—Sí, amiguito... Me dijiste, y en ello tenías razón..., ¿no es verdad?... que las tres cabezas habían de ser de infieles... Y ahora, como se han marchado los tártaros, no sé dónde encontraré tres cabezas paganas... ¡Con la falta que me hacen, Señor!

Skretuski se sonrió, a pesar de su tristeza.

—¡Ah, ya comprendo!—contestó.—Como te han arnadado caballero...

—Sí, ¿por qué ocultártelo?—profirió Longinos, juntando las manos.—Estoy enamorado, amiguito, estoy enamorado... ¡Qué desgracia la mía!

—Ea, no te aflijas... No creo que se haya marchado ya Tugay-Bey, y, por lo demás, encontrarás tantos paganos como mosquitos revolotean sobre nuestras cabezas.

En efecto, nubes enteras de mosquitos envolvían a los caballos y a los hombres, pues el ejército había penetrado en un paraje cubierto de barrizales, bosques pantanosos, terrenos remojados, ríos, riachuelos y torrentes, en una re-

gión yerma, estéril, en un verdadero desierto, a cuyos habitantes se referían las palabras de la canción de aquel tiempo:

Doña Mendiguita casa su hijita,
de brea gran lote le da como dote,
de hongos un collar, de lotas un millar
y un charco de lodo.

Con todo, en aquellos lodazales crecían no solamente hongos, como decían los versos citados, sino también grandes fortunas señoriales. Pero en aquel momento los soldados del príncipe, la mayoría de los cuales se habían criado en las áridas y altas estepas del Trans-Dniéper, no daban crédito a sus ojos. Aunque allí había algunos lugares poblados de árboles, cuanto en aquel momento abarcaba su vista parecía tan sólo un inmenso pantano. La noche era serena y clara, mas la luz de la luna no alumbraba una sola braza de terreno seco. Sólo negruzcos islotes sobresalían del agua; las selvas parecían brotar del agua; los cascos de los caballos chapoteaban en el agua; las ruedas de los carros y de las cureñas de los cañones se hundían en el agua. Vúrz el estaba desesperado.

—¡Vaya una marcha!—decía.—En Chernigov por un milagro no hemos muerto abrasados, y milagro será que no muramos aquí ahogados.

En efecto, la tierra, en contradicción con las leyes de la Naturaleza, no ofrecía apoyo seguro a los pies que la pisaban, sino que cedía y temblaba como si fuera a abrirse y a tragarse a quienes se movían sobre ella.

Cuatro días necesitaron los ejércitos para atravesar el Pripet, y después tuvieron que vadear casi diariamente ríos y riachuelos. No se encontraba puente alguno, y era, con frecuencia, preciso valerse de barcas y chalupas. No tardaron en dificultar más la marcha nieblas y lluvias. La tropa hacía desesperados esfuerzos para salir cuanto antes de aquellos parajes embrujados.

El príncipe avanzaba con toda la rapidez posible, sin descanso. Mandaba derribar selvas enteras y construir caminos de troncos, y siempre iba él a la vanguardia. Los soldados, viendo a su jefe montado a caballo desde el amanecer

cer hasta cerrada la noche, guiando los ejércitos, disponiendo las marchas y dirigiéndolo todo personalmente, no osaban murmurar, aun cuando la tarea sobrepujaba sus fuerzas. Vivir noche y día sobre el fango y bajo de la lluvia era la suerte común de todos. Los caballos empezaban a perder los cascos, muchas de las bestias que tiraban de los cañones habían perecido, y los infantes y dragones de Volodiovski tenían que sustituirlas en el arrastre de las piezas.

Los regimientos más escogidos, como los húsares de Skretuski y Zachvilijovski y los coraceros, empuñaban hachas para despejar el camino. Era aquella una marcha memorable, entre el frío, el agua y el hambre, en la cual todos los obstáculos se estrellaban contra la voluntad del príncipe y el entusiasmo de los soldados. Hasta entonces nadie se había atrevido a hacer el transporte de tropas en primavera, entre aguas y lluvias torrenciales. Por fortuna no quedó interrumpida la marcha por ningún ataque inesperado. Los habitantes de aquellos parajes eran pacíficos, tranquilos, contrarios a la rebelión. A pesar de que más tarde fueron instigados por los cosacos a unirse a ella y, seducidos por su ejemplo, se oponían aún a unirse a sus banderas, y miraban con ojos soñadores aquellas masas de soldados que emergían de los bosques y de los pantanos como seres de encantamiento, como fantasmas de la noche. Facilitaban guías y hacían, sin resistirse ni murmurar, cuanto se les pedía. El príncipe refrenaba con ejemplar severidad todo exceso de los soldados, y los soldados no dejaban a su paso gemidos humanos, maldiciones y lamentos... Cuando, luego de pasar la tropa, llegaba a alguna aldea en ruinas la noticia de que el príncipe Jarema había atravesado aquellos parajes, los habitantes movían satisfechos la cabeza, murmurando: «Sí, es un hombre bueno...»

Al fin, después de veinte días de fatigas y esfuerzos sobrehumanos, se internaron las tropas del príncipe en la región sublevada.

«¡Jarema viene, Jarema viene!» resonaba por toda Ucrania hasta más allá de los Campos Salvajes, hasta Chegrin y Jagorlik. «¡Jarema viene!» se decía por las ciudades, aldeas, caseríos y dehesas forestales. Y al oírse esta noticia,

las guadañas, horcas y cuchillos caían de las manos plebeyas y palidecía la faz de los rebeldes. Las hordas, desbandadas, emprendían fugas nocturnas hacia el Mediodía, como manadas de lobos al sonar las trompas de caza. El tártaro que merodeaba en busca de botín apeábase del caballo y aplicaba el oído al suelo. En los castillos y fortines que resistían todavía se oía el toque de campanas y coros que cantaban *Te Deum laudamus*.

Y el león amenazador, entre tanto, en el umbral de la región rebelde, hacía acopio de fuerzas.

CAPITULO X

Entre tanto, Kmielnizki, deteniéndose algún tiempo en Korsun, hacía retroceder sus tropas hasta Bialocerkiev (1) y establecía allí su residencia. La horda tártara levantó su campamento a la otra parte del río y emprendió correrías por todo el vaivodato de Kiev.

Longinos estaba en un error pensando que no encontraría cabezas tártaras. Skretuski no se había equivocado al sospechar que los zaporogos, copados por Poniatovski cerca de Kaniov, propalaban noticias falsas. Tugay-Bey no sólo no se había ido, sino que avanzaba ya hacia Chegrin. Y más todavía: de todas partes acudían nuevos chambules. Engrosaban las filas rebeldes los zarines de Azov y Astracán, que no habían pisado el suelo polaco hasta entonces, al frente de cuatro mil guerreros, doce mil soldados de las hordas de Nogai, veinte mil hombres armados de Bialogrod y Budiak, todos aquellos enemigos empedernidos, en otro tiempo, de los zaporogos y de los cosacos, y ahora, en cambio, sus hermanos y rabiosos aliados para el derramamiento de sangre cristiana. Había llegado también el kan Islán Glirey con doce mil tártaros de Perekov.

Toda Ucrania sufría bajo del yugo de estos «aliados,» no sólo los nobles, sino todo el pueblo ruteno, a quien le fueron quemadas las aldeas, expoliada su fortuna y raptados sus hijos y mujeres. En aquellos tiempos de matanzas e incendios una sola salvación le quedaba al campesino: la de refugiarse en el campamento de Kmielnizki. Allí los que antes eran víctimas hacíanse bandidos que desolaban su propio país, pero estaban, por lo menos, seguros de su propia vida. ¡Desgraciado país!... Cuando estalló la primera rebelión le castigaron y devastaron, primero las huestes

(1) Iglesia Blanca. (*N. del T.*)

de Nicolás Potozki y luego los zaporogos y tártaros, con pretexto de salvarlo, y ahora se alzaba sobre su cabeza la espada de Jarema Visnoviezki.

Por eso el que podía huir al campamento de Kmielnizki huía. Huían hasta los nobles, cuando no quedaba ya otro medio de salvación. Merced a lo cual crecían las fuerzas de Kmielnizki, que si no penetraba inmediatamente en el corazón de la república, lo hacía, sobre todo, con objeto de introducir la disciplina y el orden entre aquellos elementos revoltosos y salvajes.

Pero sus férreas manos no tardaron en convertirlos en un fuerte contingente guerrero. Grupos compactos de zaporogos bien adiestrados estuvieron pronto en disposición de guerrear; los campesinos fueron clasificados en regimientos; los antiguos atamanes de campamento fueron nombrados coroneles, y destacamentos armados fueron enviados a la conquista de los fuertes para que se ejercitaran en el arte guerrero. La naturaleza misma de aquella gente era ya guerrera, apta como ninguna para el servicio de las armas; estaba hecha a la lucha, habituada, por las incursiones tártaras, al fuego y al aspecto sangriento de la guerra.

Dos coroneles, Handja y Ostap, avanzaron contra Nestervar, que no tardó en caer en sus manos; toda la población judía y todos los nobles fueron pasados a cuchillo. Al duque de Chetvertin su propio molinero le decapitó en el umbral de su castillo; y a la duquesa la hizo Ostap su esclava. Otros se dirigían a otras partes, y el éxito les acompañaba, pues el miedo, «el miedo desconocido en aquella nación,» había quitado el ánimo a los lajes, de cuyas manos se caían las armas.

—¿Por qué no avanzar contra Varsovia—solían decir a Kmielnizki sus coroneles,—en vez de estar aquí inactivos, haciendo brujerías con las viejas y embriagándonos de aguardiente, mientras los lajes se rehacen y reúnen tropas?

Con frecuencia la turbamulta borracha vagaba, lanzando aullidos, toda la noche en torno al cuartel de Kmielnizki y le pedía que la condujera contra los lajes. Kmielnizki había suscitado la rebelión y le había dado una fuerza tre-

menda, pero aquella fuerza le empujaba a él mismo hacia un porvenir desconocido; y muchas veces contemplaba con mirada sombría aquel porvenir, tratando de descifrar sus arcanos... Su corazón palpitaba medroso.

Como ya hemos dicho, en medio de aquellos coroneles y atamanes, él solo sabía cuán grande era el poder latente en la engañosa impotencia de la república. El había suscitado la revolución, se había batido victoriosamente en Aguas Amarillas y en Korsun, aniquilando a los ejércitos de la corona... Pero ¿y ahora?

Convocó, pues, un consejo de coroneles y, clavando en ellos sus ojos sangrientos, que estremecían a todos, les hizo con aire sombrío esta pregunta:

—¿Y ahora? ¿Qué queréis que hagamos ahora? ¿Queréis ir a Varsovia? ¿No veis que no tardaría en llegar aquí el príncipe Jarema y que mataría a vuestras mujeres e hijos, terrible como un rayo, no dejando más que tierra y agua a su paso, y luego marcharía a Varsovia contra nosotros, al frente de todas las fuerzas de los nobles, que se le unirían?... Así, cogidos entre dos fuegos, moriríamos en la batalla o empalados... No podemos contar con los tártaros. Hoy están con nosotros, pero mañana son capaces de abandonarnos para ir a Crimea, o de vender nuestras cabezas a los señores. ¿Qué queréis que hagamos?... Hablad... ¿Ir contra Jarema? Sabrá detener el avance de nuestras fuerzas y de la horda tártara y, entre tanto, se reunirán las fuerzas polacas del interior de la república para acudir en su ayuda. Escoged, pues...

Los jefes callaban, meditabundos.

—¿Por qué han decaído vuestros ánimos?—continuó Kmielnizki.—¿Por qué no insistís ya que marche contra Varsovia? Ya que no sabéis qué hacer, dejadlo todo a mi arbitrio, pues Dios querrá que sepa salvar mi cabeza y la vuestra, y dejar contentos a los ejércitos zaporogos y a los cosacos.

Así quedaba un solo camino abierto: pactar con el enemigo. Bien sabía Kmielnizki cuánto se podía conseguir por este camino en la república. Calculaba que la Dieta preferiría una compensación importante a votar nuevas contribuciones, reclutar nuevos ejércitos y continuar una

guerra que prometía ser larga y dura. Por lo demás, sabía que en Varsovia existía una potente fracción, con el rey mismo a la cabeza—la noticia de su muerte no había llegado todavía a sus oídos (1),—el canciller y numerosos señores, que preferían fomentar el desarrollo de las inmensas fortunas de los magnates en Ucrania, transformar a los cosacos en un fuerte apoyo para el poder real, hacer con ellos una paz definitiva y valerse de aquellos millares de gentes reunidas para campañas extranjeras. En tales condiciones, también Kmielnizki podía llegar a conseguir un cargo importantísimo, podía obtener la bulava de hetmán de campo de manos del rey y conseguir, al mismo tiempo, concesiones incalculables para los cosacos.

Por eso permanecía tanto tiempo en el campamento de Iglesia Blanca, aprovechando el tiempo para armar sus tropas, mandar universalías a todas partes, reclutar fuerzas militares, formando ejércitos enteros, sometiendo los castillos y fuertes a su poder, ya que era seguro que el enemigo pactaría con un adversario fuerte. Pero no avanzaba todavía al corazón de la república.

¡Oh! ¡Ojalá pudiera conseguir una paz fundada en negociaciones! Entonces, con este solo hecho desarmaría al príncipe, o, en caso contrario, si Jarema se empeñaba en no soltar las armas, no él, Bogdan Kmielnizki, sino el príncipe pasaría por rebelde, haciendo la guerra contra la voluntad del rey y la decisión de la Dieta.

Entonces Kmielnizki atacaría a Visnoviezki, pero, en tal caso, siguiendo las órdenes del rey y de la república, y así sonaría la hora suprema, no solamente para el príncipe, sino para todos los reyezuelos de Ucrania, para sus fortunas y latifundios.

Así reflexionaba el atamán-usurpador zaporogo, y tales eran los planes que se forjaba para lo porvenir. Pero por los andamios de aquel castillo de sus ilusiones pasaban a menudo las aves negras de sus zozobras, dudas y preocupaciones, dando siniestros graznidos.

¿Sería bastante poderosa la fracción pacífica en Varso-

(1) El 12 de junio en Bialocerkiev no se sabía todavía nada de la muerte del rey de Polonia. (*N. del A.*)

via? ¿Entrarían en negociaciones con él? ¿Qué dirían el Congreso y el Senado? ¿Harían oídos sordos a los gritos y lamentos de Ucrania? ¿Cerrarían los ojos al siniestro fulgor de los incendios? ¿O acaso no llegaría a imponerse la influencia de los señores poseedores de aquellos inmensos latifundios, cuya conservación les importaría ante todo? ¿O quizá estaría tan aterrada ya la república que le perdonaría su alianza con los tártaros?

Sin embargo, por otra parte roía el alma de Kmielnizki la incertidumbre de si aquella rebelión no habría adquirido ya un crecimiento demasiado gigantesco. ¿Sería posible mantener aquellas indómitas masas bajo de alguna disciplina? Suponiendo que él, Kmielnizki, hiciera la paz, las cabezas sediciosas continuarían esparciendo por todas partes la muerte y el fuego en su nombre, o, lo que es más probable, tomarían venganza en su cabeza por las esperanzas frustradas. Se encontraba como en medio de un río desbordado, de un océano embravecido, de una tempestad. ¡Terrible situación! Si la revolución no revistiera tanta importancia, entonces no negociarían con él, considerándole un adversario débil; pero, precisamente por haber tomado el movimiento revolucionario extensión tan enorme, las negociaciones podían también frustrarse.

¿Qué sucedería, pues?

Siempre que tales pensamientos oprimían la preocupadamente del atamán, éste solía encerrarse en su tienda y entregarse días y noches a la bebida. Entonces entre los jefes y la turbamulta se corría la voz: «¡El atamán bebe!» y, siguiendo su ejemplo, bebían todos. La disciplina fué aflojándose, los soldados mataban a los cautivos, se peleaban, se entregaban al pillaje: parecía haber llegado el día del juicio, el dominio del terror y de las atrocidades. La Iglesia Blanca era un verdadero infierno.

Un día se presentó al atamán, vencido por los vapores del aguardiente, el noble Vijovski, que había sido hecho prisionero en la batalla de Korsun y luego ascendido a secretario del atamán. Al verle embriagado empezó a sacudirle sin cumplimientos, hasta que al cabo, cogiéndole por los hombros, le hizo sentar sobre su cama de campaña y volver en sí.

—¿Qué sucede, válgame el diablo? — preguntó Kmielnizki.

—Señor atamán, levántate y vuelve en ti — contestó Vijovski.—Ha llegado una embajada.

Kmielnizki se puso en pie de un salto, recobrando en un momento toda su claridad de espíritu.

—¡Eh!—le gritó a un muchacho cosaco que estaba sentado en el umbral,—¡tráeme mi casaca de armas, el gorro y el bastón de mando!

Y le preguntó a Vijovski:

—¿Quién ha llegado? ¿De parte de quién?

—El sacerdote Patroni Lasko de Guscha, de parte del vaivoda de Brazlav.

—¿Del señor Kisiel?

—Del señor Kisiel.

—¡Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a la Virgen Purísima!—exclamó Kmielnizki, persignándose.

Su rostro se despejó y se iluminó de alegría. Se trataba de pactar con él.

Pero el mismo día llegaron noticias bien contradictorias al mensaje pacífico del señor Kisiel.

Decían los informes que el príncipe, después de dar descanso a sus tropas, después de sus marchas fatigosas al través de los bosques y barrizales, acababa de internarse en la región rebelde, pasando a cuchillo e incendiando cuanto hallaba a su paso; que un destacamento mandado por Skretuski había derrotado un contingente de dos mil cosacos y campesinos, exterminando hasta el último hombre, y que el príncipe en persona había atacado y tomado a Pogrebische, aldea perteneciente a los príncipes de Zbaraz, no dejando tras sí sino tierra y agua. Del asalto y la toma de Pogrebische narrábanse horribles pormenores, pues Pogrebische era el refugio de los más empedernidos revolucionarios. Contábase que el príncipe les había dicho a sus soldados: «Matadlos de manera que sientan la muerte» (1), y los soldados habían cometido actos del más brutal salvajismo. Ni un ser humano había quedado vivo en toda la ciu-

(1) Rudavski afirma que aquellas palabras fueron pronunciadas en Niemirow.

dad: setecientos cautivos habían muerto ahorcados, dos mil empalados. Decíase, además, que a muchos prisioneros les sacaban los ojos con barrenas y que otros eran quemados a fuego lento. La rebelión se había apagado de repente en toda la región. Los habitantes unos se habían refugiado entre las filas de Kmielnizki y otros recibían arrodillados al señor Lubñanski, ofreciéndole pan y sal e implorando encarecidamente perdón. Los destacamentos de menos importancia habían sido todos derrotados... Según afirmaban los desertores de Samgorodek, Spichin, Pleskov y Vajnovka, en los bosques no se veía ni un solo árbol en que no se balancease un cosaco ahorcado.

Y todo esto había ocurrido en las cercanías de Iglesia Blanca y del numerosísimo ejército de Kmielnizki.

Cuando lo supo el atamán rugió como un toro herido. Por una parte estaban entabladas las negociaciones de paz; por otra se alzaba, amenazadora, la espada. Si atacaba al príncipe, daría a entender con ello que rechazaba las negociaciones propuestas por el señor de Brusílov.

No quedaba sino un recurso: los tártaros. Kmielnizki se levantó bruscamente y se encaminó a la tienda de Tugay-Bey.

—Tugay-Bey, amigo mío—le dijo, después de tributarle los acostumbrados saludos;—ya que me salvaste en Aguas Amarillas y en las murallas de Korsun, sálvame también ahora. Acaba de llegar un mensajero con una carta del vavoda de Brazlav, en la cual éste me promete un arreglo satisfactorio y otorgar a los zaporogos sus antiguos fueros, con la condición de que suelte las armas, lo que me precisa cumplir, pues quiero demostrarle mi sinceridad y buena voluntad. Pero al mismo tiempo han llegado noticias de que mi enemigo el príncipe Jarema ha arrasado Pogrebishe, exterminando a los habitantes, y pasa a cuchillo a mis bravos soldados, los empala y les saca los ojos con barrenas. No puedo atacarle, pero vengo a rogarte que te dignes avanzar contra nuestro común enemigo con tus tártaros, ya que en caso contrario no tardará en lanzarse sobre nuestros campamentos.

El murza, sentado sobre un montón de alfombras, que eran parte del botín de Korsun o producto de pillajes de

casas señoriales, balanceó la cabeza durante un rato, los ojos bajos, como para reflexionar mejor:

—¡Alhaah!—dijo por fin.—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?—preguntó Kmielnizki.

—Porque ya he sacrificado bastantes beyes y chausos (1) en Aguas Amarillas y en Korsun. ¿Por qué he de perder más todavía? ¡Jarema es un famoso capitán! Le atacaré contigo, pero solo nunca. No soy tan necio que vaya a perder en una sola batalla todo lo que he ganado hasta ahora. Prefiero mandar a mis chambules en busca del botín y de prisioneros. Bastante he hecho ya por vosotros, perros infieles. Yo solo no iré y trataré de disuadir al kan. He dicho.

—¿No me juraste ayudarme?

—Es verdad, pero te juré hacer la guerra contigo y no para ti. ¡Lárgate!

—Te he cedido parte de mis prisioneros, te he procurado un rico botín, te he entregado a los hetmanes.

—Porque, si no me los hubieses entregado, te habría entregado yo a ellos.

—Iré a ver al kan.

—¡Te digo que te largues, bribón!

Los afilados colmillos del murza empezaban ya a brillar entre los labios.

Kmielnizki, comprendiendo que sobraba allí y que sería peligroso insistir más, levantóse y, en efecto, se fué a hablar al kan.

Pero el kan le dió igual respuesta. Los tártaros se afe-raban a su decisión, no buscando más que su interés. En vez de arriesgar una batalla en campo abierto con el príncipe, que tenía fama de invencible, preferían disolver sus hordas y enriquecerse sin derramamiento de sangre.

Kmielnizki volvió a su tienda furioso. Tan desesperado estaba que ya alargaba la mano hacia el aguardiente; pero Viojovski le arrancó la botella de las manos.

—No es hora de beber, atamán — le dijo.—El embajador está esperando y es preciso despacharle.

Kmielnizki se puso furioso.

—¡Os haré empalar a los dos, al embajador y a ti!

(1) Títulos de nobleza tártara. (*N. del T.*)

—Bueno, en todo caso no te devuelvo el aguardiente. ¿No te da vergüenza, tan altamente elevado por la fortuna, emborracharte con vodka como un simple cosaco? ¡Uf, qué asco! No puede ser, atamán. Ya se ha propalado la noticia de la llegada del embajador. Las tropas y los capitanes piden consejo. No debes beber ahora, sino batir el hierro cuando está caliente, ya que ahora puedes firmar la paz y obtener todo lo que se te antoje... Luego será ya demasiado tarde, y todos nos jugamos la cabeza. Lo primero que hay que hacer es enviar un embajador a Varsovia e implorar la gracia del rey.

—Eres una cabeza sabia—dijo Kmielnizki.—Manda que suene la campana convocando a consejo, y di a los coroneles reunidos en el patio que no tardaré en salir.

Salió Vijovski, y al poco rato sonó la campana convocando a consejo. Las tropas zaporogas pusiéronse al punto en movimiento. Ocuparon sus sitios los capitanes y coroneles: el terrible Krivonos, la mano derecha de Kmielnizki; Krehovski, la espada de los cosacos; el viejo y experto Filón Dediála, coronel de Kropivniza; Fedor Loboda, de Pereiáslav; el temible Fedoreñko de Kalnik; el feroz Puskarenko de Poltava, famoso caudillo de chabanes; Sumeiko de Nizin, el fogoso Charnota de Hadziak; Jacobóvich, de Chegrin; luego Nosach, Gladki, Adamóvich, Gluj, Pulian, Panich, etc. Algunos faltaban, bien por haber salido de correría, bien porque el príncipe Jarema ya los había enviado al otro mundo.

A los tártaros no se les invitó esta vez a tomar parte en el consejo. La Cofradía reunióse en las inmediaciones del patio de armas. A la turbamulta se la hacía retroceder a bastonazos y hasta a tiros.

Por fin apareció Kmielnizki con una túnica roja, el gorro de atamán y la bulava en la mano; a su lado caminaba el reverendo sacerdote Patroni Lasko, con la cabeza blanca como la nieve, y al otro Vijovski, llevando un fajo de actas.

Kmielnizki ocupó su asiento entre los comandantes y permaneció silencioso algunos momentos; después descubrióse, indicando con ello que el consejo empezaba, se levantó y habló en estos términos:

—Distinguidos señores capitanes y atamanes: es bien sa-

bido de todos vosotros que para vengar los grandes agravios que, sin merecerlo, hemos sufrido, hemos tenido que levantarnos en armas para reclamar, con ayuda del augustísimo zar de Crimea, las antiguas libertades y privilegios que nos habían quitado los señores contra la voluntad de Su Majestad el Rey. Dios ha bendecido nuestra empresa y sembrado entre nuestros tiranos un espanto que nunca antes habían sentido; ha castigado sus perfidias y atropellos, recompensándonos con brillantes victorias, por las que debemos estarle agradecidos con toda la sinceridad de nuestros corazones. Así, pues, ya que ha quedado castigado el orgullo de nuestros enemigos, conviene reflexionar cómo podríamos poner término a la efusión de sangre cristiana, según nos manda Dios misericordioso y nuestra santísima fe, sin soltar los sables de nuestras manos hasta que nos fueren devueltos, por la voluntad de nuestro serenísimo soberano, nuestras antiguas libertades y privilegios. El vaivoda de Brazlav me dice en su mensaje que esto es posible, lo que opino también yo, ya que no hemos sido nosotros, sino los señores: los Potozki, Kalinovski, Visnoviezki y Kiniezpolski, quienes han negado obediencia al rey y a la república. Por haberles castigado nos corresponde recibir una digna satisfacción y recompensa de Su Majestad y de toda la nobleza. Ruego, por tanto, a vuestras gracias que se dignen prestar atención a la carta del vaivoda de Brazlav, que me ha sido entregada por el reverendo padre Patroni Lasko, un noble de nuestra santísima fe, y penséis seriamente el modo de poner término a la efusión de sangre cristiana y obtener al propio tiempo satisfacción y recompensa por nuestra obediencia y por los leales sacrificios prestados a la patria.

Kmielnizki no preguntaba si la guerra debía terminar, sino que trataba tan sólo de lograr tal acuerdo. Algunos de los presentes levantaron un murmullo de descontento, al que no tardaron en suceder gritos amenazadores, lanzados, sobre todo, por Charnota de Hadziak.

Kmielnizki guardaba silencio, mirando gravemente hacia donde se oían las manifestaciones de protesta y grabando bien en su memoria a los refractarios.

Entonces levantóse Vijojski, con la carta de Kisiel, y

Zorko alzó la mano con una copia de la carta para leerla ante la Cofradía.

Reinó, a poco, un profundo silencio.

La carta del vaivoda empezaba así:

«Distinguido caudillo mayor de los ejércitos zaporogos de la república, mi antiguo amigo y bienhechor:

»En tanto que hay quienes consideran a V. A. como enemigo de la república, yo no sólo sigo completamente convencido del leal afecto de V. A. hacia la misma, sino que, además, trato de inducir a tal convicción a los señores senadores, mis distinguidos colegas. Hay tres cosas que me fortalecen en esa convicción. Primero: que el ejército del Dniéper, aunque desde hace muchos siglos no olvida su glorioso pasado y su libertad, conserva siempre su leal adhesión a la Casa Real, a los nobles señores y a la república. Segundo: que el pueblo ruteno es tan inquebrantable en su fe ortodoxa, que todos preferiríamos sacrificar nuestras propias vidas a permitir que se atacara en lo más mínimo esa fe. Tercero: que, aun cuando suelen originarse (como, por desgracia, ocurre en el tiempo presente) derramamientos de sangre a causa de disturbios interiores, todos reconocemos una sola patria, en la cual nacimos y gozamos nuestras libertades, y en el mundo entero no hay otra autoridad que se iguale a la de nuestra patria, en lo que se refiere a nuestros derechos y privilegios. Por eso nos hemos esforzado siempre todos, con unánime acuerdo, en contribuir a la conservación de la indivisibilidad de esta corona de nuestra madre, y aunque a veces sobrevienen acontecimientos lamentables, pues ese es el curso del mundo, nuestro sano juicio nos lleva a la conclusión de que es más fácil entendernos en un estado independiente respecto a todo lo que oprime nuestros corazones, que exponernos, una vez perdida esa madre, a no encontrar ya otra ni entre los cristianos ni entre los paganos...»

Loboda de Pereiáslav interrumpió la lectura.

—Dice la verdad—observó en alta voz.

—Dice la verdad—repitieron varios capitanes.

—¡No la dice, miente el perro maldito!

—¡Cállate! ¡El perro maldito serás tú!

—¡Sois unos traidores! ¡Así os muráis!

—¡Así te mueras tú!

—¡Silencio! ¡Calma! ¡La carta! ¡A leerla! ¿No veis que es uno de los nuestros? ¡Escuchad, escuchad!

La tempestad estaba próxima a estallar, pero Vijovski prosiguió la lectura y renació la calma.

A continuación decía el vaivoda en su carta que el ejército zaporogo debía tener confianza en él, pues bien sabían todos que él, hijo de la misma sangre y de la misma fe, no podía sino guardarles sincero afecto; recordaba luego que no había tenido parte en el nefasto derramamiento de sangre en los encuentros de Kumeiki y Starez, y después rogaba a Kmielnizki que pusiera fin a la guerra, que hiciera marcharse a los tártaros o que volviera las armas contra ellos, y, por último, que se fortaleciera en su lealtad a la república. La carta terminaba como sigue:

«Prometo a V. A., como hijo de la Santa Iglesia y descendiente de la antigua estirpe rutena, que, por mi parte, siempre fomentaré toda acción buena. Sabrá V. A. que también mi palabra, por la gracia de Dios, vale algo en esta república, ya que sin mi consentimiento ni la guerra puede votarse, ni firmarse la paz. Yo soy el primero en ser contrario a toda guerra civil..., etc...»

En aquel momento se levantaron ruidosos tumultos en pro y en contra; pero, en general, la carta les había causado impresión favorable a los capitanes y hasta a los cofrades. No obstante, era imposible en aquel momento oír una sola palabra a causa de la furiosa discusión que la carta había provocado. La «Cofradía» semejaba desde lejos un enorme torbellino en el que bullía, borboteaba y zumbaba un inmenso hormiguero humano. Los capitanes blandían sus mazas de armas, amenazándose unos a otros con los puños. Veíanse rostros rojos de cólera, miradas encendidas, bocas cubiertas de espuma... A los partidarios de la continuación de la guerra les capitaneaba Erasmo Charnota, que vociferaba como un condenado. Kmielnizki, advirtiéndole su furia, estaba a punto de dar rienda suelta a su ira, ante la cual todo solía enmudecer como ante el rugido de un león. Pero se le adelantó Krechovski, levantando en alto su bulava, saltando sobre un banco y gritando con voz estentórea:

—¡Sólo servís para llevar yeguas a pacer, no para deliberar en un consejo, viles esclavos!

—¡Silencio! ¡Krechovski quiere hablar!—exclamó Charnota, creyendo que el famoso capitán hablaría en favor de la guerra.

—¡Silencio! ¡Silencio!—repiteieron otras voces atronadoras.

Krechovski gozaba de inmensa autoridad entre los cosacos, tanto por los grandes servicios que les había prestado, como por su notable talento militar y, lo que es más extraño, por su noble origen. Reinó un silencio repentino. Todos esperaban con curiosidad lo que iba a decir y el propio Kmielnizki fijaba en él una mirada angustiada.

Pero Charnota se engañaba creyendo que el capitán votaría por la guerra. Krechovski, hombre de agudo ingenio, había comprendido que nunca como ahora se le ofrecía la ocasión propicia de obtener de la república todas aquellas estarestías y dignidades con que había soñado. Calculaba acertadamente que, al tratarse de firmar la paz con los cosacos, se trataría, ante todo, de conquistarle a él y satisfacerle, a lo que no podría oponerse el castellano de Cracovia, pues estaba prisionero. Y habló en estos términos:

—No es mi oficio el de dar consejos, sino el de hacer la guerra; pero, ya que está el consejo reunido, considero mi deber manifestar mi opinión, ya que me he hecho merecedor de este favor igual o más que los demás. Nos lanzamos a la guerra para recobrar nuestras libertades y nuestros privilegios. El vaivoda de Brazlav nos afirma en su carta que nos serán otorgados; así es que una de dos: nos darán lo que pedimos, o no nos lo darán. Si no nos lo dan, la guerra. Si nos lo dan, la paz. ¿Para qué derramar sangre en vano? Que nos den la debida satisfacción y luego nosotros ya sabremos contentar a la plebe y poner fin a la guerra. Nuestro buen padre Kmielnizki lo ha pensado y dispuesto todo con madura reflexión, para que guardemos fidelidad a nuestro Serenísimos Soberano, que no dejará de otorgarnos la debida recompensa...; y si los señores se oponen, no se opondrá él a que les demos un poquito de conversación... y se la daremos. Lo único que no juzgo oportuno es reñir con los tártaros; que levanten su campamento en algún rincón

de los Campos Salvajes, y allí se queden esperando hasta que hayamos decidido sobre nuestra suerte.

El rostro de Kmielnizki se despejó al oír tales palabras, y la inmensa mayoría de los capitanes levantaron la voz pidiendo la suspensión de la guerra y el envío de una embajada a Varsovia, y la asistencia del señor Brusilov en persona a las negociaciones. Charnota seguía protestando y vociferando, pero el capitán dijo, clavando en él sus ojos amenazadores:

—Tú, Charnota, capitán de Hadziak, ahora gritas y pides guerra y derramamiento de sangre; pero acuérdate de que cuando los ligeros de Pietigor, mandados por Dmojovski, te atacaban en Korsun, chillabas como un lechón: «¡Salvadme, hermanos de mi alma!», y te diste a la fuga a la vista de todo tu regimiento.

—¡Mentira!—aulló Charnota.—¡Ni tú, ni los lajes, me dais miedo!

Krechovski empuñó con fuerza el bastón, lanzándose sobre Charnota, y también otros empezaron a atacar a puñetazos al capitán de Hadziak. El alboroto aumentaba de nuevo. Los «cofrades» mugían, en el patio de armas, como una manada de bisontes salvajes.

En aquel momento volvió a levantarse Kmielnizki.

—Distinguidos capitanes—dijo.—acabáis de decidir enviar una embajada a Varsovia para hacer presentes al Magnánimo Rey nuestros leales servicios y pedirle una justa recompensa. Sin embargo, el que quiera hacer la guerra puede hacerla: no con el rey ni con la república, contra quienes nunca hemos levantado las armas, sino contra el más empedernido enemigo nuestro, que está todo bañado en sangre cosaca, que acaba de mancharse con nuestra sangre en Starez y continuará ahora manchándose tenaz en su odio a los ejércitos zaporogos. Le envié una carta, no ha mucho, con mis mensajeros, rogándole que se dignase poner fin a tal enemiga: pero él les mandó matar, sin considerarme digno de respuesta alguna a mí, a vuestro caudillo, demostrando así su desprecio a todo el ejército zaporogo. Ahora, al llegar del Trans-Dniéper, ha pasado a cuchillo al pueblo de Pogrebische, castigando a seres inocentes, cuya suerte me ha arrancado amargas lágrimas. Esta ma-

ñana, según he sabido, ha entrado en Niemirow, donde no ha dejado a nadie con vida. Y como los tártaros no quieren atacarle, por miedo y espanto, no tardará en llegar aquí para exterminarnos, burlando la voluntad de nuestro Altísimo Soberano, nuestro afectuoso bienhechor, pues, dominado por su orgullo, no hace caso de nadie, y así como se rebela ahora, siempre es capaz de rebelarse contra la voluntad de Su Majestad el Rey.

Con un profundo silencio acogió la multitud las palabras de Kmielnizki, quien, tomando aliento, prosiguió:

—Dios nos concedió una victoria sobre los hetmanes, pero ese hijo de Satanás, enemigo implacable de la verdad, es peor que todos ellos y los reyezuelos. Si yo le atacara, entonces se apresuraría a hacer propagar en Varsovia por sus amigos, que no queremos la paz, y nos calumniaría ante Su Majestad el Rey y toda la república. Para que no suceda así, es preciso que sepan Su Majestad el Rey y toda la república que yo soy contrario a la guerra y hombre pacífico, mientras que él es el primero que nos persigue con las armas. Por eso no puedo ir a la guerra. Las negociaciones con el vaivoda de Brazlav me obligan a permanecer aquí. Mas, para que ese hijo de Satanás no quebrante nuestras fuerzas, habrá que hacerle frente y aniquilar su poderío, tal como hemos aniquilado en las Aguas Amarillas y en Korsun a nuestros enemigos, los señores hetmanes. Os ruego, pues, señores, que le atacéis por vuestra propia iniciativa, y le referiré a Su Majestad el Rey que lo habéis hecho sin mi consentimiento y en defensa forzada de nuestras vidas, amenazadas por ese odioso príncipe.

Un hondo silencio siguió a estas palabras.

Kmielnizki continuó:

—A cualquiera de vosotros que quiera llevar a cabo esta empresa le daré número suficiente de soldados, valientes mozos, y, además, cañones y artilleros para que pueda, con el auxilio del Todopoderoso, aplastar a nuestro enemigo y vencerle gloriosamente...

Ninguno de los capitanes se adelantó.

—¡Le daré sesenta mil hombres escogidos!—añadió Kmielnizki.

Silencio.

Y eso que todos los presentes eran guerreros intrépidos, cuyos alaridos de guerra más de una vez habían repercutido en las murallas de Constantinopla. Quizá por eso mismo temían perder la gloria conquistada midiéndose con el terrible Jarema.

Kmielnizki escudriñaba con sus miradas a todos los capitanes, a quienes hacía bajar los ojos con la fuerza de su imponente severidad. En el rostro de Vijovski se pintó una satisfacción burlona, maligna, satánica.

—Conozco a un valiente—dijo Kmielnizki en tono sombrío—que tomaría la palabra en este momento y que de buena gana acometería esta empresa; pero no está entre nosotros...

—¡Bogun!—gritó una voz.

—¡El mismo! Ha dispersado ya un regimiento de Jarema en Vasilovka, pero le lastimaron un poco en aquel encuentro y ahora guarda cama en Circasia, luchando con la madre muerte. ¡Mas veo que, quitado éste, no hay nadie! ¿Adónde ha ido a parar la gloria cosaca, dónde están los célebres caudillos: Pavluk, Nalevaiko, Loboda y Ostraniza?

En aquel momento se levantó de su banco un hombre de estatura baja, rechoncho, de rostro pálido y tosco, de bigote rojo como el fuego sobre los labios oblicuos, de ojos verdes. Adelantándose hacia Kmielnizki, dijo:

—¡Yo iré!

Era Máximo Krivonos.

Se oyeron gritos y vivas, en tanto que él, apoyando el bastón contra la cadera, añadió con voz ronca y palabra premiosa:

—No pienses, atamán, que tengo miedo. Me hubiera ofrecido al punto, pero pensé: hay otros mejores... Ya que no es así, iré. ¿Qué tenéis vosotros? Tenéis cabezas y manos, mientras que yo tengo tan sólo manos y sable. ¡Sólo una vez me parió la madre! La guerra es mi madre y mi hermana. Jarema asesina, yo asesinaré también; hace ahorcar, también ahorcaré yo. Y tú, atamán, dame bravos soldados, pues los campesinos no sirven contra Visnoviezki. ¡Iré... a destruir castillos, a degollar, a ahorcar! ¡Mueran los mocitos de manos blancas!

Otro atamán se adelantó:

—¡Yo te sigo, Máximo!

Era Puliav.

—También irán contigo Charnota de Hadziak, Gladki de Mirgorod y Nosach de Ostre—dijo Kmielnizki.

—Sigámosle—contestaron todos a un tiempo, espoleados y alentados por el ejemplo de Krivonos.

—¡Contra Jarema! ¡Contra Jarema!—vociferaba atronadoramente la multitud.

—¡Muera! ¡Muera!—repetían los cofrades.

Y en poco tiempo convirtiéndose el campamento en una bacanal de borrachos. Los regimientos destinados a seguir a Krivonos bebían como para llamar a la muerte; y realmente iban a la muerte. Los jóvenes guerreros bien lo sabían, pero en sus corazones no cabía el miedo. «Sólo una vez nos parió la madre,» repetían con su caudillo, y no se privaban de nada aquel día, como suele ocurrir en vísperas de una muerte segura. Kmielnizki no se oponía; al contrario, alentábales y la turbamulta seguía el ejemplo de los jefes. Las turbas comenzaron a entonar canciones que salían de millares de gargantas. Tiros de caballos de guía fueron soltados al instante e iniciaron una confusión indescriptible, corriendo enloquecidos por el campamento y levantando nubes de polvo. Se les perseguía lanzando gritos estentóreos, terribles carcajadas. Destacamentos de soldados, disparando los arcabuces, empujándose, se abrían paso hasta la tienda del atamán, el cual, por último, tuvo que hacerlos dispersar por Jacobovich. Sobrevinieron numerosas reyertas... Por último, un fuerte aguacero obligó a la soldadesca a refugiarse en las chozas y en los carros.

Por la noche desencadenóse un terrible temporal. Los truenos se sucedían en toda la extensión de la compacta masa de nubes, los relámpagos iluminaban los contornos con sus resplandores blancos, azules y rojizos...

A su luz salió del campamento Krivonos al frente de sesenta mil hombres escogidos, guerreros notabilísimos, no pocos de ellos campesinos.

CAPÍTULO XI

Desde la Iglesia Blanca Krivonos se dirigió a Majnovka por Skvira y Pogrebische. Por donde él pasaba desaparecía todo rastro de vida humana. El que no se unía a él podía darse por muerto. Incendiaba las mieses maduras para la siega, los bosques y los huertos. El príncipe Jeremías, a su vez, no se dormía sobre sus laureles. Después de la ruína de Pogrebische y del bautismo de sangre sufrido por Niemirov de manos de Pan Baranovski, los ejércitos aniquilaron a numerosos destacamentos cosacos y acamparon en Raigrod. Hacía ya cerca de un mes que no desmontaban. El cansancio y las fatigas habían rendido a todos y la muerte había mermado notablemente las filas. El reposo era indispensable para tales segadores, cuyos brazos había extenuado aquella cosecha de sangre. El príncipe estaba indeciso y reflexionaba si no sería mejor internarse por algún tiempo en una región más tranquila para que descansasen y se rehiciesen sus tropas, y especialmente sus caballos, que más parecían esqueletos de animales que seres vivientes, pues hacía un mes que no habían tomado un bocado de grano, manteniéndose sólo de hierba.

Al cabo de una semana de reposo general, se dijo que llegaban refuerzos. Sin demora salió el príncipe a su encuentro y, en efecto, se topó con Ianush Tiskievich, vaivoda de Kiev, que llegaba al frente de mil quinientos hombres escogidos, y con el señor Cristof Tiskievich, juez menor de Brazlav, el joven señor Aksak, casi adolescente, al frente de una bandera de húsares perfectamente equipada, y numerosos nobles, como los señores Siéñut, Polubiñski, Zitiñski, Yelovizki, Kierdei, Boguslavski, unos al frente de tropas, otros solos, ascendiendo el contingente total de las fuerzas casi a dos mil jinetes, sin contar los auxiliares. El príncipe tuvo una gran alegría e invitó amablemente al

vaivoda a pasar a su alojamiento, cuyo pobre y simple aspecto colmó de asombro al recién llegado. Aunque en Lubnie llevaba la vida de un rey, vivía en tiempo de expediciones militares como los demás soldados, para alentarles con su ejemplo. Estaba alojado en una tienda por cuya estrecha puerta apenas podía pasar el vaivoda, a causa de su enorme corpulencia, teniendo su caballerizo que empujarle por detrás. El mobiliario reducíase a la mesa, unos bancos de madera y un camastro cubierto de piel de caballo, amén de un montón de heno, cerca de la puerta, sobre el cual dormía el muchacho dedicado a su servicio. Aquella sencillez sorprendió mucho al vaivoda, que amaba la comodidad y tenía su carro forrado de alfombras. Ya en el interior de la tienda, se quedó mirando con asombro al príncipe, sin poder comprender cómo un espíritu tan grande podía caber dentro de tanta sencillez y miseria. Algunas veces había visto a Jeremías en la Dieta de Varsovia, pero, aunque era algo pariente suyo, le conocía sólo superficialmente. Hasta ahora, al entablar conversación con él, no había echado de ver que tenía que habérselas con un hombre extraordinario. Y él, experto senador y soldado aguerrido en muchas campañas, que trataba familiarmente a sus consenadores, él, que trataba al príncipe Dominico de Zaslav de «camarada» y hasta con el rey estaba en relación íntima, sentíase acobardado en presencia de Jeremías, aunque éste le había acogido con afabilidad y le había dado las gracias por los esfuerzos que traía.

—Señor vaivoda—dijo el príncipe,—el cielo, sin duda, os envía con fuerzas de refresco, pues yo empezaba ya a perder un poco los ánimos.

—Fácilmente se induce del aspecto de vuestros soldados que han hecho esfuerzos extraordinarios, lo que me desgarró el alma, pues vengo a rogar a Vuestra Alteza se digne acudir en mi auxilio.

—¿Es urgente?

—*Periculum in mora, periculum in mora* (1)! Avanzan contra nosotros unos cincuenta mil rebeldes mandados por Krivonos, que ha sido, por lo que he sabido, encargado de

(1) «Peligro en la demora.»

atacar a Vuestra Alteza. Habiendo interceptado noticias de que Vuestra Alteza había avanzado hacia Konstantiv, ha marchado allí y en el camino ha sitiado a Majnovka y causado tales estragos, que no hay lengua humana capaz de describirlos.

—He tenido noticias de Krivonos y le he estado esperando aquí; pero, puesto que ha pasado sin atacarme, tendré yo que atacarle a él. Es verdad: no hay demora posible. ¿Es muy numerosa la guarnición de Majnovka?

—En el castillo hay doscientos alemanes, muy buenos soldados, que resistirán todavía algún tiempo; pero lo peor es que en la ciudad se han refugiado numerosos nobles con sus familias, y que el fuerte, defendido sólo por un foso y una empalizada, no puede oponer larga resistencia.

—Es verdad: no hay prórroga posible—repitió el príncipe.

Y luego, dirigiéndose al muchacho:

—Zelenski—ordenó,—corre en busca de los capitanes.

El vaivoda de Kiev sentóse en el banco, jadeando, y sus ojos se volvieron hacia la mesa buscando substancias nutritivas, pues tenía apetito y estaba acostumbrado a comer bien.

Momentos después, se oyeron pasos de gente armada y entraron los oficiales del príncipe, negros por el humo de la pólvora, demacrados, con barba crecida y los ojos hundidos; en sus rostros había vestigios de indecibles fatigas.

Inclináronse en silencio ante el príncipe y su huésped, y esperaron órdenes.

—Señores—dijo el príncipe,—¿están ensillados los caballos?

—Sí, Alteza.

—¿Prestos para la marcha?

—Como de costumbre.

—Está bien; dentro de una hora nos pondremos en marcha contra Krivonos.

—¡Ah!—exclamó el vaivoda de Kiev, y miró con asombro al señor Cristof, vicesuegro de Brazlav.

El príncipe continuó:

—Los señores Poniatovski y Viérsul marcharán a la vanguardia. Baranovski con los dragones les seguirá, y

dentro de una hora tendrán que marchar también los artilleros de Vúrzel con las piezas.

Inclinándose, salieron los capitanes y un instante después se oyó la señal de marcha. El vaivoda no esperaba ni deseaba una salida tan apresurada, pues estaba muy fatigado a causa del viaje. Había calculado que descansaría por lo menos un día en el campamento del príncipe y que todavía llegarían a tiempo, y ahora tenía que montar de nuevo a caballo sin haber dormido ni comido.

—Príncipe, ¿estáis seguro de que vuestros soldados podrán llegar hasta Majnovka, en el terrible estado de agotamiento en que los veo, siendo el viaje tan largo?

—No se apure Vuestra Alteza. Van a la guerra como a una boda.

—Ya veo, ya veo que son soldados bravísimos..., pero también mis gentes están rendidas.

—¿No me habéis dicho: *periculum in mora*?

—Sí, pero quizá convendría descansar una noche. Nosotros venimos de Kmiélnik.

—Señor vaivoda, nosotros venimos de Lubnie, del Trans-Dniéper...

—Hemos andado todo el día.

—Nosotros un mes entero.

Diciendo esto, el príncipe salió para pasar revista a las tropas. Cuando se quedaron solos el vaivoda miró a Cristof con los ojos fuera de las órbitas y, dándose una palmada en la rodilla, dijo:

—¡La hemos hecho buena! ¡Vaya una cenita! ¡Vaya un baño caliente! Vengo a pedir auxilio, creyendo que, después de tantas fatigas, volvería a ponerme en marcha a los dos o tres días, y no me dejan ni tomar aliento. ¡Que mal rayo los parta! ¡El maldito or!enanza me ha atado mal la correa y tengo la caña de la pierna en carne viva! ¡Me duele la cabeza de debilidad! ¡Una cosa es Majnovka y otra es el estómago! ¡Mal rayo los parta! Soy también un soldado de muchas campañas, quizá más aguerrido que todos ellos; pero esto es pensar con los pies. Esta gente son diablos, no hombres, no duermen ni comen: ¡sólo viven para la guerra! Juraría que se alimentan de aire; ¿os habéis fijado, señor Cristof, en esos capitanes? Parecen espectros, ¿verdad?

—Pero les sobra el ardor bélico. Son soldados de cuerpo y alma. En otros campamentos reinan un desorden y una confusión infernales cuando el ejército va a ponerse en marcha; todo son carreras, gritos, trotar de caballos... Y aquí ¿qué oye Vuestra Alteza?... Ya abren la marcha las banderas ligeras...

—Sí, sí, es un hecho. ¡Qué desesperación!—exclamó el vaivoda.

Y el joven Aksak alzó sus manos infantiles, exclamando en un arrebató de entusiasmo:

—¡Oh, qué gran caudillo! ¡Oh, qué glorioso guerrero!

—¡Callaos, mocito imberbe!—chilló el vaivoda.—¡Fábío Cunctátor era también un caudillo famoso! ¿Comprendéis?

En aquel momento reapareció el príncipe.

—Señores, a caballo—exclamó.—¡Marchamos!

El vaivoda no pudo contenerse más.

—Príncipe, mandad que me den algo de comer: tengo hambre—exclamó en un arranque de su malhumor.

—Querido vaivoda—contestó el príncipe, sonriendo y estrechándole entre sus brazos,—dispensadme; en la guerra se olvida uno de tales pequeneces.

—¿Veis, señor Cristof? ¿No os decía yo que no comían?—dijo el vaivoda, dirigiéndose al vicejuez de Brazlav.

Dos horas después de esta conversación la infantería salía ya de Raigrod en dirección a Kmiélnik por Viniza y Litiñ. En el camino Viérsul se topó con un destacamento tártaro en Saverovka y, ayudado por Volodiovski, lo aniquiló, libertando muchos centenares de prisioneros, la mayor parte muchachas. Allí empezaba ya la región devastada, llena de huellas visibles de la mano de Krivonos. El pueblo de Stryzavka había sido reducido a cenizas y todos sus habitantes asesinados de un modo horrendo. Los desdichados habían, sin duda, opuesto resistencia y el brutal caudillo los había pasado a cuchillo. A la entrada del pueblo estaba colgado de una encina Strizovski, que fué reconocido al punto por las gentes de Tiskiévich. Pendía completamente desnudo y le rodeaba el cuello un abominable collar formado de cabezas humanas ensartadas en una cuerda. Eran las cabezas de sus seis hijos y de su mujer. En el pueblo, convertido en un montón de ruinas, vieron las ban-

deras polacas, a ambos lados de la carretera, una larga hilera de «antorchas» cosacas, o sea de hombres con las manos levantadas sobre la cabeza, atados a estacas clavadas en tierra, envueltos en paja, untados de pez y medio carbonizados. La mayoría tenía tan sólo las manos abrasadas, pues la lluvia había, sin duda, apagado las llamas. Era horrible el aspecto de aquellos cuerpos humanos, con los rostros desfigurados por el dolor y erguidos hacia el cielo los negruzcos muñones de los brazos. El aire estaba impregnado de miasmas cadavéricos.

Bandadas de cornejas y grajos revoloteaban sobre aquellas siniestras columnas, y, al aproximarse los soldados, levantaban el vuelo graznando y se congregaban sobre otras columnas más lejanas. Unos cuantos lobos huyeron hacia los cañaverales. Los ejércitos avanzaban silenciosos por la horrible alameda contando las antorchas: eran trescientas y varias docenas. Por fin, transpuesta aquella infortunada aldea, respiraron el fresco aire campestre. Pero las huellas de la destrucción no se borraban todavía. Era a principios de julio. Los trigos, ya casi maduros, prometían una temprana cosecha, pero estaban en parte quemados y en parte aplastados por las pisadas de la tropa; los tallos yacían por tierra tronchados. Diríase que un huracán había pasado sobre los sembrados. Y, en realidad, el huracán más horrible había producido tal devastación: el de la guerra civil. Los soldados del príncipe habían visto varias veces regiones fértiles devastadas por una incursión tártara; pero estrago parecido y vestigios de semejante furia de destrucción no los habían visto en su vida. Los bosques habían sido presa de las llamas, de igual modo que los campos. El fuego, donde no había carbonizado los árboles, los había descortezado y deshojado con su lengua ígnea, los había abrasado con su sople, dejándolos negros de humo. Los árboles erguíanse como esqueletos. El vaivoda de Kiev, ante tal espectáculo, no daba crédito a sus ojos. Miedziákov, Zgar, Futori, Sloboda eran montones de ceniza. En algunos sitios los campesinos se habían refugiado entre las huestes de Krivonos; las mujeres y los niños habían caído prisioneros de la horda que exterminó Viérsul con ayuda de Volodiovski. En la tierra ruínas, cenizas, cada-

veres; en el cielo, bandadas de cornejas, cuervos, grajos y buitres, que Dios sabe de dónde habían venido a reunirse sobre la mies cosaca.

Las huellas de un reciente paso de tropas eran cada vez más frescas. A cada momento topábase el ejército con carros destrozados, cadáveres humanos y restos de animales, todavía intactos, ollas rotas, calderas de cobre, sacos de harina remojada por la lluvia, ruinas carbonizadas todavía humeantes, montones de heno recientemente deshechos. Al príncipe le urgía llegar con sus banderas a Kmiélnik y no se permitía descanso alguno. El viejo vaivoda repetía lastimeramente, cogiéndose la cabeza con ambas manos:

—¡Mi Majnovka! ¡Mi Majnovka! ¡No llegaremos! ¡Qué hemos de llegar!

Entre tanto, se supo en Kmiélnik que no era el viejo Krivonos, sino su hijo, quien asediaba Majnovka con unos veinte mil hombres, y que a éste se debían las inhumanas devastaciones que habían visto en el camino. Se aseguraba que la ciudad había ya sucumbido. Los cosacos, al apoderarse del fuerte, habían pasado a cuchillo a los nobles y a los judíos, llevándose las hijas de los hidalgos a los campamentos, donde les esperaba una suerte peor que la muerte. Pero el castillo, mandado por el señor Lev, seguía resistiendo. Los cosacos lo atacaban desde el convento de los Bernardos, cuyos monjes habían sido degollados. El comandante del fuerte, empleando ya sus últimas fuerzas y falta de pólvora, no esperaba poder resistir más que una sola noche.

Jeremías dejó la infantería, la artillería y el núcleo de las fuerzas, ordenando que se encaminaran a Bístrik, y él mismo, con el vaivoda, Cristof y Aksak, y dos mil soldados, se lanzó en socorro del castillo.

El anciano vaivoda intentaba disuadirle y no cesaba de repetir: «¡Majnovka ha caído, llegaremos tarde!... Más vale abandonarla a su suerte e ir a defender otros puntos y proveerlos de guarnición.»

Pero el príncipe se hacía el sordo. El vicejuez era de la misma opinión que el vaivoda; pero las tropas estaban llenas de ardor guerrero.

—Ya que hemos llegado aquí, no nos marcharemos sin derramamiento de sangre—decían los capitanes.

Y las tropas seguían avanzando.

A media milla de Majnovka tropezaron con unos veinte jinetes que corrían a todo galope. Eran el comandante Lev y sus fieles. Al verle el vaivoda de Kiev adivinó al instante lo que había ocurrido.

—¿Han tomado el castillo?—exclamó.

—¡Lo han tomado!—contestó el comandante, cayendo desmayado en el mismo instante, pues estaba acribillado a sablazos y balazos, y había perdido mucha sangre.

Los que le acompañaban comenzaron a referir lo ocurrido. Los alemanes habían sucumbido en las murallas hasta el último hombre, prefiriendo la muerte a la rendición. Lev se había abierto paso entre la aglomeración del populacho y las puertas forzadas; sin embargo, en los refugios de la torre se defendían todavía un puñado de nobles, a los que era preciso socorrer cuanto antes.

Abrióse la marcha inmediatamente. Al poco rato se divisaron en una colina la ciudad y su castillo envueltos en espesa nube de humo, indicio de un formidable incendio. El día declinaba. El firmamento ardía en gigantescos resplandores purpúreos y dorados, que no dejaban lugar a duda respecto al origen de la humareda. Al resplandor del incendio se veía salir a los regimientos zaporogos y a las compactas masas de la turbamulta al encuentro de las huestes enemigas con tanto más arrojío cuanto nadie en la ciudad tenía noticia de la llegada del príncipe, y se creía que quien llegaba era el vaivoda de Kiev con refuerzos para los sitiados. Los vapores del vodka habían aturcido enteramente a los rebeldes, o quizá la reciente conquista del fuerte les había llenado de un desmesurado orgullo, pues descendían audazmente y, al llegar a la llanura, colocábanse en orden de guerra con gran ardor bélico y con ruido atronador de atabales y litauras. Un grito de júbilo salió del pecho de todos los polacos, y el vaivoda de Kiev tuvo nueva ocasión de admirar el orden ejemplar de las banderas del príncipe. Lo mismo fué ver a los cosacos que hacer un alto repentino, colocándose en un instante en orden de batalla: la caballería pesada en el centro, y los

jinetes ligeros a los flancos. El orden era perfecto y la batalla podía iniciarse inmediatamente.

—¡Señor Cristof, qué gente!—observó el vaivoda.—En un instante se han colocado en orden de batalla. ¡Hasta sin mando alguno podrían librar una batalla!

El príncipe, sin embargo, como caudillo prevenido, corría ya, con el bastón en alto, de un flanco a otro dando últimas órdenes e inspeccionando la formación. Los resplandores se reflejaban en su coraza de plata, y parecía una llama deslumbradora volando entre las filas, tan fuertemente se destacaba su armadura en medio de las oscuras lorigas.

La formación era la siguiente: en el centro, en la primera línea, tres banderas, una mandada por el mismo vaivoda de Kiev, otra por Aksak, y la tercera por Cristof Tiskievich; tras ellas, en la segunda línea, los dragones de Baranovski, y, por último, los hercúleos húsares del príncipe, cuyo mando fué confiado a Skretuski.

Los flancos los ocuparon Viérsul, Kusel y Poniatovski. No había artillería ninguna, pues Vúrzel se había quedado en Bístrik.

El príncipe galopó hacia el vaivoda, señalando al enemigo con el bastón de mando.

—¡Adelante! Sed el primero en vengar vuestros ultrajes.

Al instante el vaivoda blandió la bulava; inclináronse los soldados en sus sillas y se lanzaron con ímpetu. Se veía, por la manera de iniciar el ataque, que el vaivoda, a pesar de su avanzada edad y su aire de Cunctátor, era un guerrero experto y bizarro. Para economizar las fuerzas, no las lanzó desde luego a un ataque furioso, sino que las conducía lentamente, aumentando el galope a medida que se aproximaba al enemigo. Avanzaba en primera fila, la bulava en la diestra. Su ordenanza le ayudaba a sostener el largo y pesado estoque que llevaba bajo del brazo, sin doblarse a su peso. La infantería de los villanos corría al encuentro de la bandera, empuñando guadañas y trillas, para contener el primer choque y facilitar a los zaporogos el ataque. Cuando entre uno y otro bando medió poca distancia, los campesinos de Majnovka reconocieron al vaivoda por su estatura gigantesca y por su corpulencia, y comenzaron a gritarle:

—Hola, serenísimo señor vaivoda, la cosecha llama a la puerta. ¿Por qué no mandas al trabajo del campo a tus súbditos? ¡Salud, Vuestra Alteza! Ya procuraremos agujerearte la panza.

Y una granizada de balas cayó sobre la bandera, haciendo, no obstante, poco daño en ella, pues avanzaba con la rapidez de un huracán. El encuentro fué violentísimo. Oyóse el choque de las trillas y de las guadañas contra las corazas; oyéronse gritos y gemidos. Las lanzas abrieron ancha brecha en la compacta masa de la turbamulta, lanzando por encima de los cuerpos humanos los briosos caballos, impetuosos como un ciclón, pisoteando, derribando y aplastando cuanto encontraba a su paso. Y como se abate la hierba de una pradera ante una fila de segadores que avanza blandiendo las hoces, estrechábase la ancha columna de plebeyos bajo los tajos de los sables, y diríase que se derretía: vencidos, al fin, por el empuje de los pechos de los caballos, no pudiendo mantenerse ya firmes, los campesinos comenzaron a titubear. Por último, resonó un desesperado grito de «¡sálvese el que pueda!», y toda aquella turba, arrojando sus guadañas, trillas, horcas y ballestas, se precipitó en indescriptible confusión hacia los ejércitos zaporogos que estaban a la reserva. Pero éstos, temiendo ver rotas sus filas, bajaron, amenazadoras, las partesanas. La turbamulta, en vista de tal obstáculo, se apartó, aullando de terror, a ambos lados, pero un nuevo choque de las tropas de Kusel y Poniatovski, que habían acudido separándose de los flancos del príncipe, los puso nuevamente en fuga.

Entre tanto, los jinetes del vaivoda, avanzando por encima de los cadáveres de los villanos, encontráronse cara a cara con los zaporogos, y se lanzaron el ataque, que fué correspondido con igual ímpetu por sus adversarios. Y ambos bandos chocaron como dos olas opuestas que forman una cresta de espuma al encuentro de sus masas acuáticas. Los caballos de unos se encabritaban contra los de sus adversarios; sobre la ola de la caballería bullían como espuma los sables. Comprendió el vaivoda que no se las había con turbas indisciplinadas, sino con soldados zaporogos aguerridos y valerosos. Ambas líneas se empujaban una contra

otra y se hacían recíproca mella, pero ninguna de las dos lograba aplastar a la otra. Los cadáveres de uno y otro bandos se amontonaban, entremezclándose, en el choque de hombres contra hombres, de espadas contra espadas. El vaivoda se había colgado la bulava al cinto, había cogido el estoque de manos del ordenanza, y peleaba, sudorosa la frente, resoplando como el fuelle de una fragua. A su lado desplegaban febril actividad los dos señores de Siéñut, los señores Kierdev, Boguslavski, Ielovizki y Polubinski. En las filas de los cosacos demostraba el mayor arrojo Iván Burdabut, capitán teniente del regimiento del Kalnik, un cosaco de estatura gigantesca y fuerza hercúlea, doblemente temible porque jinete y caballo parecían embestir como un solo cuerpo y combatían ambos con el mismo ardor guerrero. Más de un cofrade tiraba de la rienda de su caballo esquivando el encuentro de aquel centauro que sembraba a su paso muerte y destrucción. Arrojáronse contra él los hermanos Siéñut, pero el caballo de Burdabut le arrancó de un mordisco la mitad de la cara al joven Andrés y le pisoteó. Al verlo Rafael, el mayor, hirió a la bestia en la mitad de la frente, pero sin matarla, porque el sable resbaló sobre el clavo de latón del frontal del caballo. En el mismo instante Burdabut le atravesaba la garganta. Así perecieron los dos hermanos, los señores de Siéñut, y yacían en el polvo en sus corazas doradas, bajo los cascos de los corceles. El gigante se lanzó luego como una llama en lo más recio de la pelea, y de un tajo le cercenó el hombro y el brazo derecho al príncipe Polubinski, un adolescente de diez y seis años. Urbanski, queriendo vengar a su pariente, descargó su pistola a quema ropa contra Burdabut, pero no hizo blanco y consiguió tan sólo arrancarle una oreja, tiñéndole en sangre. Horrible era el aspecto de Burdabut y de su caballo: ambos negros como la noche, teñidos en sangre, con los ojos llameantes y dilatadas las narices, furibundos como un huracán. También murió a sus manos Urbanski, a quien decapitó de un solo golpe, como un verdugo, y la misma suerte corrieron el viejo Zitinski, un anciano de ochenta años, y ambos señores Nikchemny. Algunos polacos empezaron a retroceder aterrados, sobre todo cuando detrás de Burdabut brillaron

cien sables y otras tantas lanzas zaporogas, tintos en sangre.

Por fin, el furioso caudillo divisó al vaivoda y, lanzando un siniestro alarido de alegría, se precipitó sobre él, derribando cuantos caballos y jinetes le estorbaban el paso. Pero el vaivoda no se apartó una línea. Fiado en su fuerza extraordinaria, resopló como un jabalí lastimado, levantó el sable sobre su cabeza, y espoleando el caballo arremetió contra el adversario. Indudablemente hubiera llegado su último momento, y sin duda la Parca había cogido entre sus tijeras el hilo de su vida, que más tarde cortó Okrea, a no ser por Silnizki, un joven noble, que cayó como un rayo sobre el gigante, y le abrazó por la cintura antes de que pudiese asestarle el golpe mortal. Mientras Burdabut se zafaba de sus brazos, los señores Kierdey gritaron: «¡Venid en socorro del vaivoda!» y al punto intervinieron unos treinta hombres, que separaron a los dos combatientes. Entonces se entabló una lucha empeñada, pero el extenuado regimiento del vaivoda empezó a recular, ante la superioridad zaporoga, con algún desorden. En aquel momento cargaron Cristof, el vicejuez de Brazlav, y Aksak al frente de banderas frescas. Mas nuevos regimientos zaporogos intervinieron en el combate; sin embargo, un poco más allá estaba aún el príncipe con los dragones de Baranovski y los húsares de Skretuski, que hasta entonces no habían tomado parte en la lucha.

Una sangrienta matanza se desencadenó de nuevo. La noche cerraba ya, pero el resplandor del incendio, que se extendía a las casas extremas de la ciudad, iluminaba el campo de batalla, y claramente se destacaban las dos líneas, polaca y cosaca, que se embestían al pie de la colina, pudiendo distinguirse hasta los rostros de los combatientes y los colores de los estandartes. Viérsul, Poniatovski y Kusel, después de haber dispersado la turba, combatían con los flancos cosacos, que cediendo a su empuje empezaban a recular hacia la colina. La larga línea de los combatientes doblábase en sus dos extremos, cada vez más hacia la ciudad, pues, al avanzar las alas polacas, el centro, empujado por la superioridad numérica de los cosacos, retrocedía hacia el puesto del príncipe. Otros tres regimientos cosacos acudieron para romperlo, pero en aquel instante

el príncipe hizo avanzar a los dragones de Baranovski, que rehicieron las fuerzas de los combatientes.

Sólo los húsares se quedaron con el príncipe. Parecían, desde lejos, un espeso bosque que surge en pleno campo, una terrible ola de hombres de hierro, caballos y lanzas. La brisa nocturna hacía crujir los estandartes sobre sus cabezas, y todos estaban inmóviles, sin entrar en la lucha, esperando pacientemente según la orden de su jefe. Soldados aguerridos y expertos, sabían que no dejarían de tomar parte en la sangrienta tarea. Entre ellos, el príncipe, con su coraza de plata y empuñando su bulava de oro, seguía atentamente las peripecias de la lucha; a la izquierda, un poco apartado hacia el extremo, estaba Skretuski. Arremangada la manga de su sobreveste de coronel, y empuñando con su brazo, descubierto hasta el codo, el estoque en lugar del bastón de mando, esperaba, tranquilo, la orden.

El príncipe, la mano izquierda sobre los ojos a guisa de visera contra el resplandor del incendio, seguía con su mirada a los combatientes. El centro de la gigantesca media luna polaca retrocedía lentamente hacia él, acosado por la superioridad numérica enemiga, pues no podía continuar por más tiempo su empuje Baranovski, el caudillo que había arrasado Niemírov. Como en la palma de la mano podía ver el príncipe la penosa tarea de los soldados. La larga fila de los resplandecientes sables levantábase a veces sobre la línea negra de las cabezas humanas y desaparecía luego, rápida, tajante. Caballos sin jinetes se escapaban de aquella masa de guerreros; relinchando y temblando recorrían las llanuras con las crines al aire, semejantes, sobre aquel fondo ígneo, a bestias infernales. De cuando en cuando, alguna bandera roja, agitándose sobre el gentío, caía de repente entre las masas para no volver a levantarse. Pero la mirada del príncipe se dirigía a lo alto de la colina, cerca de la ciudad, donde se encontraba Krivonos, al frente de dos regimientos escogidos, esperando el momento propicio para lanzarse en lo más recio de la pelea y acabar de romper el frente de los ya titubeantes regimientos polacos.

Al cabo, dando un terrible alarido, lanzóse sobre los dragones de Baranovski; pero aquel era precisamente el instante que esperaba el príncipe.

—¡Adelante!—exclamó, dirigiéndose a Skretuski.

Este levantó el sable y el muro de hierro de los húsares se puso en movimiento.

No tuvieron que recorrer gran distancia, pues la línea de combate se les había acercado mucho. Los dragones de Baranovski se apartaron con la rapidez de un rayo a fin de dejar calle para el ataque de los húsares contra los cosacos. Los húsares se precipitaron por aquella puerta, como un alud, sobre los regimientos ya victoriosos de Krivonos.

—¡Jarema! ¡Jarema!—gritaban los húsares.

—¡Jarema!—repitió todo el ejército.

El terrible nombre llenó de espantoso terror el corazón de los zaporogos. Hasta aquel momento no habían sabido que no era el vaivoda de Kiev el capitán contrario, sino el príncipe en persona. Por lo demás, no podían hacer frente a los húsares, que les destrozaban ya con su solo peso, como una pared, al caer, a la gente que coge debajo. Su única salvación era dejar paso a los húsares y asaltarles después por los flancos. Pero éstos estaban ya guardados por los dragones y las banderas ligeras de Viérsul, Kusel y Poniatovski, los cuales, después de desalojar las alas cosacas, los rechazaron hacia el centro. Entonces el campo de batalla cambió de aspecto: las banderas ligeras formaron como una ancha vía, por cuyo centro volaban con ímpetu loco los húsares, derribando cuanto encontraban a su paso, hombres y caballos, mientras los cosacos, entre alaridos y aullidos, huían hacia lo alto de la colina. Si el ala de Viérsul hubiese logrado unirse con la de Poniatovski, los cosacos hubieran sido cercados y exterminados. Pero ninguno de los dos capitanes lo consiguió a causa del empuje excesivo de la masa que huía, y tuvieron que contentarse con atacarla por los lados, hasta que sus brazos se rindieron de tanto dar sablazos.

El joven Krivonos, aunque valiente y lleno de arrojo salvaje, al comprender que su inexperiencia tenía que hacer frente a un caudillo del rango del príncipe, perdió la cabeza por completo, huyendo con los suyos hacia la ciudad. Kusel, que se hallaba a uno de los lados, vió, a pesar de ser corto de vista, al fugitivo, espoleó contra él su caballo y asestó al joven caudillo un sablazo en la cara. No le

mató porque la gola desvió la hoja del sable, pero le hirió, haciéndole perder el resto de su valor.

Mas por poco paga con su vida aquella hazaña, pues en el mismo instante lanzóse sobre él Burdabut con lo que quedaba del regimiento de Kalnik.

Dos veces había intentado resistir el choque de los húsares, y dos veces había tenido que retroceder como los demás, cual repelido y triturado por un poder sobrenatural. Por último, rehaciendo los restos de sus tropas, decidió atacar de flanco a Kusel para abrirse camino por entre sus dragones y llegar al campo libre. Pero, antes de poder lograr esto, el camino hacia la ciudad y la colina se obstruyó de tal modo, que hacía imposible una fuga rápida. En vista de aquel empuje de gentes, los húsares detuvieron su ímpetu y, rotas las lanzas, empuñaron los sables, repartiéndolo a diestro y siniestro golpes entre las turbas. Entablóse un combate confuso, indisciplinado, salvaje, sin cuartel—fiera voráGINE de gentes, calor, emanaciones humanas y animales.—Los cadáveres caían unos sobre otros, y los cascos de los caballos hollaban los cuerpos agonizantes. En algunos puntos las masas eran tan compactas que no había espacio ni para manejar el sable y se reñía a mazazos, cuchilladas y puñetazos. Se oían por todas partes gritos de «¡Piedad, lajes!» cada vez más plañideros, mezclados con el fragor de las espadas, el retiñir del hierro contra los huesos, el terrible estertor de los moribundos... Pero la piedad no se inclinaba sobre aquella masa de combatientes; sólo el incendio los alumbraba, como el sol sobre las nubes de una tempestad.

Al frente de sus gentes de Kalnik, Burdabut era el único que no imploraba misericordia. Cuando le faltaba espacio para combatir, se abría camino con su cuchillo. Como se lo interceptase el panzudo señor Dzik, le asestó una cuchillada en el vientre, derribándole del caballo. El desgraciado guerrero lanzó su grito postrero: «¡Jesús!» y no se levantó más. Los cascos de los caballos penetraron en sus intestinos. Ya con más espacio, el cosaco rompió de un sablazo el casco y la cabeza al cofrade Sokoloski, y derribó luego, al par que a sus caballos, a Priam y Chertovich, acabando así de abrirse paso. El joven Cenobio Skalski le tiró

un tajo a la cabeza, pero sólo le dió de plano: Burdabut le contestó con un puñetazo en el rostro que lo dejó muerto en el acto. Siguiéronle las gentes de Kalnik, repartiendo golpes de sables y alfanjes. «¡Parece hechizado! ¡Parece hechizado!» gritaban los húsares. «¡El hierro nada puede contra él! ¡Es una furia!» Y, efectivamente, tenía los labios blancos de espuma y los ojos fulgurantes de rabia. Por fin vió a Skretuski, y, reconociendo al oficial por la arremangada manga de la sobreveste, arremetió contra él.

Todos contuvieron la respiración y cesaron de combatir para contemplar el duelo de los dos caballeros más temibles. Los gritos de «¡Parece hechizado!» no atemorizaron a Juan, pero tembló de rabia a la vista de sus estragos, y, rechinando los dientes, embistió furiosamente contra su adversario. El choque fué tan violento, que los caballos doblaron sus jarretes. Se oyó un silbido metálico y, de pronto, el sable del caudillo enemigo quedó hecho añicos bajo el tajo del sable polaco. Parecía ya que nada podía salvar a Burdabut, mas éste, dando un salto, estrechó con tal fuerza a Skretuski, que ambos parecían un solo cuerpo, y su cuchillo brilló sobre la garganta del oficial.

La muerte relampagueó a los ojos del húsar, que no podía hacer uso de su sable; pero, rápido como un rayo, soltó el sable, que quedó pendiente del cinto, y cogió con su mano la del adversario. Durante algunos instantes las dos manos enlazadas temblaron convulsivamente en el aire... Oprimidos los dedos por el férreo apretón de Skretuski, Burdabut aulló como un lobo, y todos vieron escaparse el cuchillo de su rígida mano, cual se desprende un grano de trigo de la arista. Skretuski entonces le soltó la aplastada diestra, y cogiéndole por el cuello, inclinó la terrible cabeza hasta la altura de su silla, sacó con su mano izquierda la maza de armas del cinto y le dió dos tremendos mazazos al gigante, que dejó oír un sordo ronquido y cayó del caballo.

Las gentes de Kalnik lanzaron un alarido y corrieron a vengar a su atamán; pero los húsares de Juan cargaron sobre ellas y las destrozaron.

En el otro extremo de la línea de los húsares, donde los combatientes disponían de más espacio, el combate seguía

con terrible encarnizamiento. Allí, ceñido el pecho con el lazo de Anusia, Pan Longinos hacía maravillas con su cor-tacapuchas.

Al día siguiente de la batalla, los soldados, asombrados, miraban el lugar donde se había batido el lituano, deteniéndose ante brazos cortados con hombro y todo, cabezas hendidas desde la frente hasta la barbilla, cuerpos partidos en dos mitades... Aquello era un reguero de caballos y jinetes muertos.

—¡Ved!...—decían los soldados,—por aquí ha pasado la espada de Longinos.

El propio príncipe, a pesar de que las noticias que recibía le tenían muy preocupado; se detenía, haciéndose cruces, ante aquellos cadáveres, pues en su vida había visto tajos semejantes.

La batalla parecía tocar ya a su fin. La caballería pesada avanzó en nuevo empuje tras los regimientos zaporogos que se habían refugiado al pie de la colina, cerca de la ciudad. Las banderas de Kusel y Poniatovski cortaron la retirada al resto de los fugitivos. Viéndose rodeados, se defendieron desesperadamente hasta que sucumbieron todos; pero su muerte fué la salvación de no pocos compañeros suyos. Cuando, dos horas más tarde, Viérsul, al frente de sus mercenarios tártaros, entró el primero en la ciudad, no encontró allí ni un solo cosaco. El enemigo, aprovechando la obscuridad reinante, pues la lluvia había apagado el incendio, se había llevado con la mayor rapidez los carros vacíos de la ciudad, levantando el campamento con la ligereza propia de los cosacos, y había atravesado el río, destruyendo tras sí los puentes.

El puñado de nobles que se había defendido en el castillo estaba en salvo. El príncipe encargó a Viérsul que castigara a los burgueses que habían hecho causa común con los cosacos, y él en persona corrió en persecución de los vendidos. Pero el enemigo era inexpugnable sin ayuda de artillería e infantería. El adversario había ganado tiempo con la destrucción de los puentes, lo que obligó a los perseguidores a dar un rodeo enorme para cruzarlo. Avanzaban los fugitivos con tal rapidez, que los caballos de la caballería del príncipe, rendidos de cansancio, apenas podían al-

canzarles. A pesar de su notoria capacidad defensiva, los cosacos no oponían tan valerosa resistencia como de costumbre. La terrible convicción de que el príncipe en persona los perseguía les había abatido tanto el ánimo que ponían completamente en duda su salvación. Y, en efecto, tal vez hubieran sido aquellos sus últimos momentos, pues el tiroteo de los soldados de Baranovski, que duró toda la noche, les había hecho perder ya cuarenta carros y dos cañones, si el vaivoda de Kiev no hubiera retirado sus gentes, oponiéndose a continuar la persecución. Esto dió lugar a una agria discusión entre él y el príncipe en presencia de numerosos capitanes.

—¿Por qué queréis ahora — preguntó el príncipe — dejar de perseguir al enemigo, habiéndole atacado en la batalla con tanto denuedo? La gloria que ganasteis anoche la perderéis hoy por vuestra indolencia.

—Alteza—replicó el vaivoda,—no sé qué espíritu anima vuestro cuerpo, pero yo soy un hombre de carne y hueso, y necesito, así como mis gentes, descanso después de la fatiga. Siempre acosaré al enemigo con tanto denuedo como hoy, frente a frente, pero no perseguiré más al adversario vencido y en fuga.

—¡Es preciso aniquilarlos!—gritó el príncipe.

—¿Y qué sacaremos de ello? Aunque los aniquilemos, vendrá después el viejo Krivonos y sembrará a su paso la destrucción y la muerte, como su hijo en Strizanka; y los pobres inocentes pagarán nuestra obcecada obstinación.

—¡Oh! Veo claramente — exclamó el príncipe irritado— que pertenecéis, como el canciller y los regimentarios, a la fracción pacífica, que trataría de apagar la rebelión por medio de negociaciones; pero, ¡vive Dios!, no ocurrirá eso mientras pueda yo empuñar este sable...

—No pertenezco a fracción ninguna, sino a Dios, pues soy ya viejo y pronto compareceré ante el tribunal divino. No extrañe, por tanto, Vuestra Alteza que quiera evitarle a mi conciencia el peso de la sangre derramada sin necesidad en la guerra civil... Si Vuestra Alteza está resentido por no haber conseguido el cargo de regimentario, le diré: no niego que merezcáis tal dignidad por vuestra valentía, pero quizá sea mejor que no os la hayan otorgado, pues ahoga-

ríais ahora en sangre no sólo la rebelión, sino el país entero.

El entrecejo de Zeus-Jarema se contrajo, su cuello hinchóse de sangre y sus ojos lanzaron tales relámpagos, que todos los presentes temblaron por la suerte del vaivoda. En aquel instante llegó precipitadamente Skretuski.

—Alteza—dijo,—hay noticias del viejo Krivonos.

De un golpe disipóse la ira del príncipe, tomando otro rumbo sus pensamientos. Cuatro mensajeros, entre ellos dos reverendos sacerdotes, fueron llevados a su presencia y cayeron ante él de rodillas.

—¡Sálvanos, señor, sálvanos!—repetían, alzando las manos hacia él.

—¿De dónde venís?—preguntó el príncipe.

—De Polone. El viejo Krivonos ha sitiado el castillo y la ciudad, y si tu sable no amenaza su garganta, no nos escaparemos a la muerte.

—Según tengo entendido—contestó el príncipe,—en ese lugar se ha refugiado mucha gente y me han dicho que la mayoría es rutená. No deja de ser un gran mérito ante Dios el que, en vez de uniros a los rebeldes, os opongáis a ellos, guardando lealtad a vuestra madre; pero, con todo, temo que me traicionéis, así como lo habéis hecho en Niemírov.

Al oír esto, los mensajeros juraron, invocando a todas las santas del cielo, que esperaban la llegada del príncipe como el advenimiento del salvador, y que la idea de la traición nunca se les había ocurrido. Y hablaban con sinceridad, porque Krivonos, habiéndoles asediado con cincuenta mil hombres, les había jurado la muerte sólo por ser rutenos y no querer hacer causa común con los sublevados.

El príncipe prometiéndoles su socorro, pero tuvo que esperar la llegada del núcleo de sus fuerzas, que estaban entonces en Bistrik. Los mensajeros se fueron con el corazón conforado. El príncipe dijo, volviéndose al vaivoda de Kiev:

—¡Perdonad, vaivoda! Veo que es preciso dejar al hijo para atacar al padre. El joven puede esperar más tiempo la soga. Creo que no me abandonaréis en esta nueva empresa.

—¡Por nuestras vidas!

Al instante oyóse son de trompetas avisando a las banderas que habían penetrado en el bosque que volvieran a sus puestos. Además era preciso dar descanso y «respiro» a los caballos. Al anoecer llegó toda una división de Bistrik, junto con Stajovich, enviado del vaivoda de Brazlav. El señor Kisiel mandaba una carta rebosante de elogios para el príncipe, llamándole un segundo Mario por haber salvado la patria del trance más apurado; además hablaba de la alegría que causó a todos los corazones la llegada del príncipe del Trans-Dniéper, deseándole victorioso avance. Sin embargo, al final de la carta destacábase claramente los motivos por que la había dirigido a Jermías. El señor de Brusilov declaraba que habían sido ya iniciadas las negociaciones, y que él en persona, junto con otros comisarios, se encaminaba a Iglesia Blanca, esperando fortalecer y satisfacer las pretensiones de Kmielnizki. Por último rogaba al príncipe que hasta que no estuvieran acabadas las negociaciones no atacara a los cosacos y, en cuanto le fuera posible, cesara en sus gestiones guerreras contra ellos.

Si al príncipe le hubieran dicho que todas sus posesiones de Trans-Dniéper quedaban asoladas y todas sus ciudades habían sido arrasadas, no hubiera sentido tan honda pena como con aquella carta. Aunque estaban presentes los señores Skretuski, Baranovski, Zachvilijovski, los dos Tiskiévich y Kierdey, el príncipe se cubrió los ojos con las manos, echando la cabeza hacia atrás, como si una flecha se le hubiese clavado en el corazón.

—¡Oh vergüenza, qué ignominia! ¡Dios mío! ¡Deja que se acabe mi vida para que no tengan que ver mis ojos tales cosas!

Un profundo silencio se sucedió entre los que presenciaban la escena.

—No quiero vivir más en esta república—continuó el príncipe,—ya que hoy tengo que avergonzarme de ella. La plebe, las turbas cosacas y campesinas han inundado de sangre el suelo de la patria, uniéndose con los infieles contra su propia madre. Los hetmanes derrotados, los ejércitos vencidos, la gloria de la nación en el arroyo, la

majestad violada, las iglesias quemadas, los nobles y los sacerdotes degollados, las mujeres forzadas, y a todas esas plagas, a toda esta afrenta, a cuyo solo recuerdo hubieran muerto de vergüenza nuestros antepasados, ¿qué es lo que contestó la república? Inicia negociaciones con el traidor, prometiéndole amplias concesiones al causante de su deshonor, al aliado de los paganos. ¡Dios mío!, concededme la muerte, repito, ya que no tiene objeto la vida para nosotros que sentimos en nuestras almas el deshonor de la patria y le ofrecemos la cabeza en holocausto.

El vaivoda de Kiev callaba, y Cristof, el vicejuez de Brazlav, dijo al cabo de unos instantes:

—Kisiel no es la república.

—No me habléis de Kisiel—replicó el príncipe;—ya sé muy bien que tiene una poderosa fracción tras sí: está guiado por las opiniones del primate, del canciller, del príncipe Dominico y numerosos señores que dirigen hoy, en los tiempos de interregno, la suerte de la república, representando a Su Majestad o más bien deshonorándola por su debilidad, indigna de una nación grande, ya que no con negociaciones, sino con sangre, debe apagarse este incendio, porque es preferible que muera una nación caballeresca a que se humille vilmente, ganándose el desprecio del mundo entero.

De nuevo cubrióse el príncipe el rostro con las manos. El aspecto de este dolor y de esta pena era tan desconsolador, que los capitanes no sabían cómo contener las lágrimas que humedecían sus ojos.

—Alteza—atrevióse a observar Zachvilijovski,—dejad que otros manejen la lengua, nosotros seguiremos manejando la espada.

—Por cierto—contestó el príncipe,—mi corazón se desgarró al pensar en lo que tenemos que hacer ahora. Habiendo sabido el desastre de la patria, hemos acudido atravesando bosques ardientes, barrizales infranqueables, sin dormir ni comer, haciendo esfuerzos sobrehumanos para salvar esta patria nuestra de la perdición y de la ignominia. Nuestras manos desfallecen de tantas fatigas, el hambre oprime nuestros intestinos, las heridas nos duelen; pero no hacemos caso de la dura tarea, con tal que lo-

gremos detener el avance del enemigo. Fué dicho que estaba resentido de no haber obtenido el altísimo cargo de regimentario. Que el mundo entero lo juzgue si son más dignos aquellos que lo han obtenido, y yo invoco el testimonio de Dios y de Vuestras Gracias, que, igual que vosotros, no en espera de recompensas y altos cargos, estoy sacrificando mi sangre, sino por puro amor a la patria. Pero ahora, cuando ya echamos el último aliento, ¿qué es lo que nos participan? Nos dicen que los señores de Varsovia y ese señor Kisiel en Guscha piensan en satisfacer las pretensiones del enemigo (1). ¡Qué ignominia! ¡Qué afrenta!

—¡Kisiel es un traidor!—exclamó Baronovski.

A estas palabras levantóse Stajovich, un hombre grave y atrevido, y dirigiéndose a aquél, dijo:

—Como amigo y enviado del vaivoda de Brazlav no consentiré que le llamen aquí traidor. También su barba ha encanecido de dolor, y sirve a su patria como se lo dicta su conciencia, quizá errando, pero como un hombre honrado.

El príncipe, sin haber oído esta contestación, quedóse ensimismado en sus pensamientos y en su dolor. En su presencia no quiso Baranovski armar querrela; sólo fijó sus ojos de acero en Stajovich, como para decirle: Luego ajustaremos las cuentas... Y buscó el puño de su espada. Entre tanto volvió Jeremías de sus reflexiones, diciendo en tono sombrío:

—No hay otra elección: o quebrantar la obediencia, ya

(1) En aquel tiempo el príncipe escribió al vaivoda de Brazlav, entre otras cosas, lo siguiente:

«¡Oh!, más valdría morir que llegar a ver estos tiempos, en que la gloria de estas nobles naciones tan *túrpiter deformatur et irreparabile* dejaron en los hijos de la Corona *damnum*.»

Al final de la carta hay un añadido:

«Si después de la derrota de las tropas cuartanas y aprisionamiento de los hetmanes, Kmielnizki llegara a obtener satisfacción y garantía de sus antiguas libertades, prefiero no vivir en esta patria con aquellas turbas, y es preferible que muramos a que la turbamulta y los paganos nos dominaran.»

Libro memorial 28, 55.

que en la época del interregno son ellos quienes se encargan de gobernar..., o sacrificar el honor de la patria, por la cual tantos esfuerzos hemos realizado.

—La desobediencia es la causante de todo el mal que sufre la república—observó con gravedad el vaivoda de Kiev.

—¿De modo que nos conformaremos con la afrenta a la patria? ¿Así es que si el día de mañana nos mandan que vayamos a presentarnos a Kmielnizki y Tugay-Bey con la soga al cuello, hasta en eso les obedeceremos?

—¡Veto!—oyóse la voz de Cristof, vicejuez de Brazlav.

—¡Veto!—replicó Kierdey.

El príncipe volvióse hacia los capitanes.

—Hablad, viejos socios de armas—dijo.

Zachvilijovski tomó la palabra.

—Príncipe—dijo,—tengo setenta años, soy un honrado ruteno, ex comisario cosaco, a quien el mismo Kmielnizki llamaba el padre. Aun cuando más pronto me correspondría hablar en pro de las negociaciones..., pero ya que me conviene escoger entre la infamia y la guerra, entonces, aunque descendiera a la tumba desde el fondo del sepulcro, repetiría: ¡Guerra!

—¡Guerra!—gritó Skretuski.

—¡Guerra! ¡Guerra!—repitieron Cristof, los señores Kierdey y Baronovski y casi todos los presentes.

—¡Guerra, guerra!

—¡Sea según vuestras palabras!—replicó el príncipe con digna gravedad.

Y golpeó con la contera de su bulava la carta abierta de Kisiel.

CAPÍTULO XII

Cuando al día siguiente las tropas se detuvieron en Rylzov, el príncipe llamó a Skretuski y le dijo:

—Nuestras fuerzas están debilitadas y cansadas y Krivonos tiene setenta mil hombres; sus tropas, además, van creciendo de día en día, engrosadas por el populacho. Con el gobernador de Kiev no puedo contar, pues, aunque me sigue, lo hace forzosamente; en el fondo de su alma es partidario de la paz; es preciso, por tanto, procurarse refuerzos. He oído decir que no lejos de Constantínov hay dos coroneles: Osiński, con la guardia real, y Korizki. Toma, para mayor seguridad, cien cosacos reales, y llévalos una carta mía, a fin de que vengan sin demora, con lo que, dentro de pocos días, marcharemos contra Krivonos. Nadie mejor que tú para cumplir cualquier encargo; por esto te mando a ti, pues es grave el asunto.

Skretuski se inclinó y la misma noche partía a Constantínov, aprovechando la obscuridad para pasar inadvertido de los destacamentos de Krivonos que merodeaban por aquellos lugares, o de las bandas de la plebe, que se entregaban al bandidaje por los bosques y caminos, pues el príncipe le había ordenado que evitara todo combate, temeroso de que se retrasara.

Avanzando cautelosamente, llegó al amanecer al Visovaty Stav, donde encontró a los dos coroneles, lo que llenó de alegría su corazón. Osiński tenía una guardia escogida de dragones, adiestrada según escuela extranjera, y varios escuadrones alemanes, mientras que Korizki llevaba sólo infantería alemana, casi todos veteranos de la guerra de los Treinta Años. Eran estos guerreros tan temibles y disciplinados, que se dejaban manejar por la mano del coronel como una espada. Ambos regimientos estaban, además, ricamente equipados y provistos de armas de fuego. Al enterarse de que

acaso en breve se unirían al príncipe, prorrumpieron en gritos de júbilo, pues añoraban las batallas y sabían que bajo ningún otro mando tendrían tanta probabilidad de librarlas. Por desgracia, los dos coroneles rehusaron la proposición del príncipe, porque tenían orden severísima del príncipe Dominico, su jefe, de no unirse a Jeremías. En vano Skretuski les expuso la perspectiva que se les ofrecía de conquistar gloria imperecedera bajo el mando de tan ilustre caudillo, y les encareció los servicios que rendirían al suelo patrio: nada quisieron oír, alegando que la subordinación debe ser el primer derecho y deber de un hombre de armas. Añadieron que sólo si lo exigiera la salvación de sus regimientos podrían unirse al príncipe Skretuski y se despidió hondamente afligido, porque sabía cuán dolorosa impresión le causaría a su señor el nuevo desengaño y lo cansadas que estaban sus tropas a causa de las fatigosas marchas, del continuo contacto con el enemigo, de la persecución de las bandas aisladas, de la continua vigilancia y de la nutrición escasa.

Era absurdo, en tales condiciones, medir las fuerzas con un enemigo diez veces superior en número, y a Skretuski no se le ocultaba la necesidad de un retraso en las operaciones militares contra Krivonos, pues era indispensable dar un gran descanso a las tropas y esperar la llegada al campamento de refuerzos de los nobles.

Sumido en tales reflexiones, Skretuski volvía la noche siguiente al campamento del príncipe al frente de sus gentes, avanzando silenciosa y cautelosamente para evitar el encuentro con las avanzadas de Krivonos, compuestas de cosacos y campesinos, algunas bastante numerosas, que merodeaban por toda aquella región y quemaban caseríos, degollaban a los nobles y detenían a los fugitivos en los caminos. Atravesó Baklai y se internó en los bosques de Msíniez, espesos y llenos de traidores barrancos y lugares siniestros. Por fortuna, a causa de las recientes lluvias, la temperatura estaba deliciosa. Era una soberbia noche de julio, sin luna, pero con el firmamento salpicado de millares de estrellas. Caminaban los soldados por un angosto sendero del bosque, acompañados por los guardabosques de Msíniez, hombres de entera confianza y perfectos conoce-

dores del terreno. Reinaba en la selva un profundo silencio interrumpido sólo por el crujir de las ramas secas bajo los cascos de los caballos, cuando, de pronto, llegó a oídos de Skretuski y de su gente cierto rumor lejano, como de una canción interrumpida con fuertes gritos.

—¡Alto!—ordenó Skretuski en voz baja, haciendo detenerse a su escuadrón.—¿Qué es eso?

El guarda forestal le contestó al oído:

—Son dementes que vagan por el bosque, perdido el juicio a causa de tantos horrores. Ayer encontramos a una noble dama que corría, señores, por entre los pinos, alzando los ojos al cielo y gritando: «¡Hijos míos! ¡Hijos míos!» Sin duda los villanos los habían degollado. Nos miró con los ojos fuera de las órbitas y empezó a chillar de modo tan siniestro, que nos temblaron las piernas. Dicen que abundan tales desgraciados en todos los bosques.

Skretuski, aunque guerrero intrépido, sintió que un estremecimiento de horror penetraba hasta la medula de sus huesos.

—Quizá sean aullidos de lobos—dijo.—Desde lejos es difícil distinguirlos.

—¡Qué van a ser lobos! No los hay ya en los bosques; todos se han ido a las aldeas, donde encuentran cadáveres en abundancia.

—¡Qué horribles tiempos!—exclamó el teniente.—Los lobos se van a las aldeas, y en el bosque, en vez de aullar los lobos, aúllan los locos. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Reinó de nuevo el silencio, tornóse a oír tan sólo el chasquido de las ramas, pero, al poco rato, aquellos rumores lejanos se intensificaron y se hicieron más distintos.

—¡Ah!—profirió, de pronto, el guardabosque.—O mucho me equivoco, o se trata de un gran grupo de gente. Quedaos aquí, señores, o avanzad con lentitud, que yo y el compañero iremos a ver qué gente es esa.

—Id—contestó Skretuski.—Os esperaremos aquí.

Los guardabosques desaparecieron, y, como transcurriese más de una hora sin que volvieran, Skretuski empezaba ya a impacientarse y hasta a recelar alguna traición, cuando, de repente, uno de ellos surgió de la obscuridad.

—Son ellos—dijo, acercándose a Skretuski.

—¿Quiénes?

—Los villanos rebeldes.

—¿Son muchos?

—Un par de centenares. No sé cómo nos las arreglaremos, señor, pues están apostados en el desfiladero que tenemos que atravesar. Han encendido fuego, pero no se ve el resplandor porque están en la hondonada. No tienen centinelas y sólo distan de aquí un tiro de arco.

—Bien—repuso Skretuski.

Y, volviéndose a sus gentes, comenzó a dictar sus órdenes a los dos mayores.

Al punto avanzó el escuadrón de Juan con rapidez, pero con tanto sigilo, que únicamente el crujir de las ramas podía delatar su marcha; las espuelas no chocaban con los estribos, ningún sable tintineaba, y los caballos, acostumbrados a las emboscadas y ataques nocturnos, iban a paso de lobo, sin resoplar ni relinchar. Llegados a un agudo recodo del camino, los soldados vieron, de repente, lejanas hogueras y contornos borrosos de figuras humanas. Skretuski dividióles en tres partes: una se quedó allí; la otra se situó a lo largo del desfiladero para obstruir la salida, y la última, desmontando y andando a gatas, se apostó en el extremo opuesto del barranco, sobre las mismas cabezas de los villanos.

Pan Skretuski, que se puso al frente de la segunda, miró hacia abajo y vió, como en la palma de la mano, a una distancia de doscientos a trescientos pasos, todo el campamento: ardían allí diez hogueras, sobre las cuales, y amortiguando su resplandor, había grandes calderas donde cocían alimentos. El olor del humo y de la carne cocida llegaba a las narices de Skretuski y de los soldados. En torno de las calderas los villanos, de pie, sentados o tendidos, bebían y alborotaban. Algunos tenían en la mano una botella de vodka; otros se apoyaban en las lanzas, en cuyos extremos estaban clavadas, como trofeos, cabezas de hombres, mujeres y niños. El resplandor del fuego se reflejaba en las muertas pupilas y en la fría blancura de los dientes, y alumbraba los rostros salvajes de los campesinos. Unos cuantos dormían y roncaban ruidosamente al pie del talud. Otros charlaban o atizaban las hogueras, que de

cuando en cuando lanzaban a lo alto áureos haces de chispas. Junto a la mayor de las hogueras, sentado de espaldas a los durmientes y a Skretuski, un viejo bardo de fuerte complexión rascaba la tiorba, rodeado de unos treinta vagabundos colocados en semicírculo.

Al oído de Skretuski llegaron las siguientes palabras:

—¡Ea, viejo!, la copla del cosaco Mendiguito.

—¡No!—gritaron otros,—la de Marusia Boguslavka.

—¡Que se la lleve el diablo! ¡La del señor Potozki!

El viejo hizo sonar la tiorba con más fuerza, carraspeó y empezó a cantar (1):

Párate, mira en torno, observa, espía, tú que tanto posees:

la misma suerte te espera que al que nada tiene,

puesto que El que todo lo dirige y dispone,

nuestro Dios misericordioso, todas nuestras acciones

pesará con justicia en su balanza.

Párate, mira en torno, observa, espía, tú que alto elevas el vuelo

de tu genio, tú que conoces la sabiduría, en profundidad y amplitud... (2)

Aquí el viejo se detuvo un momento y suspiró, y también suspiraron aquellos bellacos. El círculo de gente que le rodeaba era mayor a cada instante. Skretuski, aunque sabía que toda su gente estaba ya dispuesta, no dió la señal de acometida. Aquella noche silenciosa, aquellas hogueras que centelleaban entre las tinieblas, las figuras de aquellos hombres salvajes, y la canción interrumpida de Nicolás Potozki, despertaban en su corazón una vaga melancolía que él mismo no era capaz de explicarse. Las recientes llagas de su corazón se abrían, y el recuerdo de sus desventuras, de la dicha perdida, de los tiempos de calma y tranquilidad, inundaba su alma de tristeza y le ponía meditabundo... El bardo prosiguió:

(1) Original en ruteno (*N. del T.*)

(2) Los citados fragmentos están sacados de una canción contemporánea, anotada en el Memorial, o sea Crónica, de Joaquín Jerlich. El editor admite que el autor de la canción es el mismo Jerlich, pero sin alegar motivo alguno para sostener tal suposición. Por otra parte, los polonismos que no supo evitar el autor ruteno delatan su nacionalidad polaca. (*N. del A.*)

Párate, mira en torno, observa, espía, ¡oh, tú que haces la guerra con arco, flecha, pólvora, bala, y esgrimes la espada!
Otros guerreros y caballeros había en tiempos remotos: como tú guerreaban y por la misma espada perecieron...
Párate, mira en torno, observa, espía, y echa del corazón el orgullo, contempla bien, tú que de Potok vas a Slavuta, cogiendo en tus garras almas inocentes, quitándoles la libertad.
No reconoces al rey, no haces caso del Consejo, tú solo eres tu Dieta.
¡Oh!, aterra tu mirada, pero detente, ya que tú eres el regimentario, tú quien, a tu albedrío, gobiernas con tu cetro a toda la tierra polaca...

El bardo se interrumpió de nuevo, y, en aquel instante, un guijarro se desprendió del suelo, bajo el involuntario empuje de uno de los soldados de Juan, rodando ruidosamente hacia lo hondo del desfiladero. Algunos aldeanos pusieron la mano sobre los ojos, a guisa de visera, y miraron, escrutadores, a lo alto. Skretuski juzgó llegado el momento oportuno y disparó su pistola contra la multitud.

—¡Matad! ¡Asesinad!—gritó.

Y al punto sonaron treinta mosquetazos del escuadrón de Skretuski, asestados contra sendas frentes de villanos. Después de la descarga, los asaltantes deslizáronse con la rapidez del rayo por el talud, cayendo en medio de los rebeldes aterrorizados.

—¡Matad! ¡Asesinad!—oyóse de nuevo en la boca del barranco.

—¡Matad! ¡Asesinad!—repitieron salvajes gritos en el otro extremo.

—¡Jarema! ¡Jarema!

Tan inesperado había sido el ataque, y tan horriblemente aterrados estaban los campesinos, que, aunque armados, casi no oponían resistencia.

Corrían rumores, desde hacía algún tiempo, entre la chusma de villanos y rebeldes, de que Jarema, ayudado por el espíritu malo, tenía el don de ubicuidad, y precisamente aquel nombre retumbaba de pronto, como el de Satanás, en los oídos de los campesinos descuidados y tranquilos, dejándoles sin ánimo hasta para sostener las armas. Por lo demás, ni las picas ni las guadañas podían manejarse en aquel angosto lugar. Acorralados contra el talud opuesto, cual un rebaño de carneros, recibiendo sablazos en

la cabeza y en la cara, heridos, pisoteados, levantaban las manos, enloquecidos de terror, y se asían a las hojas implacables de los aceros. El taciturno bosque llenóse del siniestro fragor del combate. Algunos, tratando de huir, se encaramaban por el abrupto talud, destrozándose las manos, y caían sobre las puntas de los sables. Unos morían resignados, otros rugían implorando misericordia, otros se cubrían el rostro con las manos, para no ver llegar la muerte, otros se dejaban caer de bruces. El silbido de los sables y el estertor de los agonizantes no ahogaban el grito de los agresores: «¡Jarema! ¡Jarema!», grito que erizaba los cabellos de los villanos y hacía su muerte aún más horrible.

El cantor dió con su tiorba tan tremendo golpe a un cosaco, que le derribó. A otro cogióle el brazo con que iba a descargarle un sablazo, mientras bramaba como un bisonte.

Ocho o diez asaltantes le rodearon, dispuestos a matarle a sablazos, pero Skretuski se acercó, veloz como una ráfaga, y les gritó:

—¡Cogedle vivo! ¡Cogedle vivo!

—¡Deteneos!—gemía el cantor,—soy un noble. *Lóquor latine* (1). ¡No soy bardo! ¡Deteneos, os repito, ladrones, bellacos, hijos de yegua!

No había terminado aún su letanía de insultos, cuando Skretuski le miró a la cara y exclamó, haciendo retumbar su voz en las paredes del abrupto barranco:

—¡Zagloba!

Y furioso como un león, lanzóse sobre él, clavándole los dedos en los hombros, acercando su rostro al suyo, y zarandeándole como a un peral:

—¡La princesa! ¿Dónde está la princesa?—vociferó.

—¡Viva, sana, salva y en seguridad!—contestó el viejo a voz en cuello.—¡Dejadme, por el diablo, que vais a sacudirme el alma del cuerpo!

Aquel intrépido guerrero, a quien no habían rendido ni la cautividad, ni las heridas, ni el dolor, ni el terrible Burdabut, fué vencido por la fausta nueva. Dejó caer los brazos, copioso sudor bañó su frente, se hincó de hinojos, se cubrió el rostro con las manos, y, apoyando la cabeza

(1) «Hablo en latín.»

contra el talud, elevó su corazón al cielo en un mudo «¡Gracias, Dios mío!»

Los soldados habían concluído su sangrienta tarea; unos cuantos campesinos habían sido hechos prisioneros, a fin de que, sometidos al tormento, cantasen de plano. Los demás yacían por tierra, sin vida. La lucha y el tumulto habían terminado. Los soldados se agruparon inquietos en torno de su caudillo, creyéndole herido al verle de rodillas y apoyado en el talud. Pero Juan no tardó en levantarse, con el rostro radiante, como si una aurora hubiese iluminado su alma.

—¿Dónde está?—le preguntó a Zagloba.

—En Bar.

—¿En sitio seguro?

—En un castillo fortísimo, capaz de burlar toda invasión. Está bajo de la tutela de Pani Slavosevski y de las monjas.

—¡Gloria al Altísimo!—exclamó el teniente, en cuya voz vibraba una profunda emoción.—Dejad que os estreche la mano y que os dé las gracias con toda mi alma.

De repente volvióse hacia sus soldados.

—¿Hay muchos prisioneros?—preguntó.

—Diez y siete.

—Dejadlos libres. He tenido una gran alegría y la clemencia rebosa en mi corazón.

Los soldados no podían dar crédito a sus oídos; nunca se había visto caso parecido entre las tropas de Jeremías.

Pan Skretuski frunció ligeramente el entrecejo.

—Dejadlos libres—repitió.

Los cosacos partieron, y al cabo de un rato volvió el esaul mayor.

—Mi teniente—dijo,—no nos creen y tienen miedo de marcharse.

—¿Los habéis desatado?

—Sí.

—Que se queden, pues, aquí, si quieren, y vosotros a caballo otra vez.

Media hora después el escuadrón de Juan volvía a avanzar sigiloso por un estrecho sendero forestal. Salió la luna, penetrando con los largos haces de sus albos rayos en el interior del bosque, iluminando su densa obscuridad. Skre-

tuski y Zagloba precedían a los soldados departiendo amistosamente.

—¡Habládme de ella, decidme cuanto sepáis!—rogó el teniente.—¿La arrancasteis, pues, de las manos de Bogun?

—Naturalmente, y amordacé al maldito antes de la marcha para que no pudiera gritar.

—¡Magnífico, vive Dios! Pero ¿cómo habéis llegado a Bar?

—¡Oh, es una historia muy larga! Os la contaré mañana, porque estoy muy cansado y tengo la garganta seca de tanto cantar a los bellacos. ¿No lleváis algo de beber?

—Aquí tengo un frasco de aguardiente; tomad.

Zagloba agarró el frasco y se lo llevó a los labios; seguía a cada trago un prolongado chasquido de su lengua. Skretuski, sin esperar a que acabara, siguió preguntando:

—¿Cómo está?

—Excelente—contestó Zagloba.—Para una garganta seca todo está bueno.

—Pero si pregunto por la princesa.

—¡Ah! ¿La princesa? Como una corza.

—¡Alabado sea el Altísimo! ¿Está a gusto en Bar?

—En el Paraíso no estaría mejor. Su hermosura subyuga los corazones de todos. Pani Slavosevski la quiere como si fuera su propia hija. ¿Y los caballeros que están enamorados de ella? Ni con las cuentas del rosario podrían contarse todos. Pero tanto caso hace de ellos como yo ahora de vuestro frasco vacío. Su corazón sigue siendo vuestro.

—Que Dios dé salud a ese tesoro mío—exclamó Skretuski, loco de contento.—¿Conque piensa en mí con cariño?

—¿Que si piensa? Os digo que no acierto a explicarme de dónde saca aire para tantos suspiros. Todos la compadecen y sobre todo las monjitas, a quienes ha conquistado enteramente con su dulzura. Ella ha sido quien me ha metido en todas estas aventuras, que por poco me cuestan la vida, empeñada en que a todo trance viniera a buscaros para averiguar si estabais sano y salvo. Más de una vez ha intentado mandar mensajeros, pero nadie quería encargarse de tal misión, hasta que, por último, la compasión ha podido en mí más que la prudencia y me he lanzado en busca de vuestro campamento. A no ser por este disfraz, lo

hubiera pagado con la cabeza. Pero dondequiera que llegaba, como no canto del todo mal, los campesinos me tomaban por un bardo.

Pan Skretuski enmudeció de alegría. Mil pensamientos y recuerdos acudían a su mente. Su imaginación se pintó a Elena tal como la había visto la última vez en Razlogi, poco antes de su salida para Sich: hermosa, con las mejillas rojas, esbelta, con aquellos ojos negros, aterciopelados, llenos de indecible encanto. Parecíale que la contemplaba en realidad, que sentía en sus labios el calor tibio de sus mejillas, que oía su dulce voz. Recordaba aquel paseo por el huerto de los guindos, y las preguntas que él había hecho al cuclillo, y la turbación de Elena cuando el pájaro contó doce niños. Su alma se desbordaba, su corazón parecía próximo a estallar de tanto amor y tanta dicha junto a ella, todos sus sufrimientos pasados eran como una gota de agua comparada con el mar. No sabía lo que le pasaba. Hubiera prorrumpido en gritos, hubiera vuelto a arrodillarse para dar, de nuevo, gracias a Dios. Un sinnúmero de preguntas se agolpaban a sus labios.

—¿Está viva y buena?—preguntó, por fin, otra vez.

—Viva y buena—repitió Zagloba como un eco.

—¿Ha sido ella quien os ha enviado a buscarme?

—Sí...

—¿No traéis ninguna carta?

—Sí.

—Dádmela.

—La llevo escondida en el forro de la pelliza; no podríais leerla, es de noche. Tened un poco de paciencia...

—No puedo, no puedo...

—Sí, sí, ya lo veo.

Las respuestas de Zagloba eran cada vez más lacónicas. Por último, el grueso hidalgo dió una cabezada, luego otra... y se durmió.

Pan Skretuski, en vista de que no había modo de prolongar la conversación, tornó a sumirse en sus sueños. Sólo logró sacarle de ellos el galope de un fuerte destacamento que se aproximaba rápidamente. Era Poniatovski con los cosacos reales. Los había enviado el príncipe al encuentro de Juan, temiendo que le hubiera ocurrido algo.

CAPÍTULO XIII

Fácil es imaginarse cómo recibió el príncipe la noticia de la negativa de Osiński y Korezki que le llevó Skretuski al amanecer. Los acontecimientos se enlazaban de tal manera que era indispensable poseer un alma tan grande como la de aquel caudillo de hierro para no sentirse abatido, para no desesperar y no abandonar la empresa empezada. En vano invertía gran parte de su gigantesca fortuna en el mantenimiento de los ejércitos, en vano sacudía su melena como un león enjaulado, en vano había cortado una tras otra las cabezas de la rebelión, dando pruebas maravillosas de su arrojo... ¡Todo era en vano! Llegaba el momento en que tenía que sentir su propia impotencia, retirándose a algún sitio apartado y tranquilo para acabar siendo testigo mudo de lo que ocurría en Ucrania. ¿Y quién le había debilitado tanto? No eran las espadas de los cosacos, sino la indiferencia de sus propios partidarios. ¿No era justificada su esperanza, al salir, en el mes de mayo, al frente de sus tropas, del Trans-Dniéper, de que, cuando se lanzara como un águila sobre la rebelión, cuando, entre el terror y confusión general, fuera él el primero en blandir el sable, toda la república acudiría en su ayuda poniendo en sus manos su poder y su espada justiciera? ¿Y qué había ocurrido sin embargo? Había muerto el rey, y el cargo de regimentario del difunto soberano había pasado a otras manos sin que se pensara en él, en el príncipe, para nada. Era la primera concesión que se le hacía a Kmielnizki. El alma del príncipe sufría, no a causa del alto cargo que había perdido, sino al pensar que a tal grado de decadencia había llegado la república, que ya no quería guerra a vida o muerte y retrocedía ante un simple cosaco, prefiriendo detener su traición infame por medio de negociaciones. Desde la victoria de Majnovka eran cada vez más desastrosas las noticias que

llegaban al campamento: la de las negociaciones, traída por Kisiel; la de la invasión de Polasie de Volynia por las hordas de los rebeldes, y ahora la de la negativa de los capitanes, prueba evidente de los sentimientos hostiles que tenía para Jarema el príncipe Dominico de Zazlav y Ostrov, regimentario principal de la república. Precisamente, durante la ausencia de Skretuski, había llegado al campamento el señor Kors-Zienkóvich para noticiarle que toda la región de Ovruch era ya una inmensa hoguera. Sus habitantes eran pacíficos, refractarios a la rebeldía, pero los cosacos mandados por Krechovski y aliados de la Media Luna les habían hecho a la fuerza sumarse a sus filas. Los caseríos y los pueblos habían quedado convertidos en un montón de cenizas, y los nobles que no habían logrado escapar habían sido pasados a cuchillo, entre ellos el anciano Yelez, antiguo siervo y amigo de la casa Visnoviezki.

Con este motivo, el príncipe había decidido que, después de unido con las fuerzas de Osiński y Korezki, aplastaría a Krivonos y avanzaría luego hacia el Norte para coger a los rebeldes, en Ovruch, entre dos fuegos, tras de haber llegado a un acuerdo con el hetmán de Lituania. Pero la orden negativa dada a los dos coroneles por el príncipe Dominico frustró todos aquellos planes. Jeremías, después de las recientes marchas, batallas y fatigas, no se sentía con bastantes fuerzas para medirlas con Krivonos, pues además no estaba seguro del vaivoda de Kiev. En realidad, el señor Yanus era, en cuerpo y alma, partidario de la paz, aunque se había doblegado ante el poder y la influencia de Jeremías y le había seguido. Y cuanto más veía quebrantarse tal poder y tal influencia, tanto más se decidía a oponerse a los deseos guerreros del príncipe.

Las consecuencias no tardaron en hacerse sentir.

El príncipe escuchaba en silencio el relato de Skretuski. Todos los oficiales asistían a la escena, y en todos los rostros se pintaba la tristeza ante la negativa de los coroneles. Todos los ojos estaban fijos en el príncipe.

—¿Conque el príncipe Dominico—exclamó Jeremías—les ha dado tal orden?

—Sí, me la enseñaron.

Jeremías apoyó los codos sobre la mesa y ocultó el rostro entre las manos.

—En verdad—dijo al cabo de un rato,—esto es más de lo que pueden soportar las fuerzas humanas. Es decir, que yo debo trabajar solo y debo vencer los obstáculos que me ponen en vez de ayudarme. ¿No he podido acaso retirarme a mis dominios hasta más allá de Sandomir y vivir en paz? ¿Y por qué no lo he hecho sino por amor a la patria? Así se me recompensan todas mis fatigas, la merma de mi fortuna, la sangre que he derramado...

El príncipe hablaba con calma, pero su acento denotaba tanta amargura y tan honda pena, que todos los presentes sintieron profunda aflicción. Los ancianos coroneles, veteranos de los tiempos de Putivlo, Starez y Kumeyko, así como los jóvenes vencedores de la última guerra, le miraban con indecible tristeza, porque sabían cuán ruda batalla se estaba peleando en aquel momento en el alma de aquel hombre de hierro, cuán terribles sufrimientos debía soportar en su orgullosa alma por las humillaciones con que se le acosaba. El, el príncipe «por la gracia de Dios,» él, el vaivoda ruteno, senador de la república, tenía que retroceder ante gente de la calaña de Kmielnizki y Krivonos; él, casi un monarca, que recientemente aún recibía en audiencia a los enviados de los soberanos vecinos, tenía que retirarse ahora del campo del honor para encerrarse en algún fortín en espera del resultado final de una guerra que otros harían, o de las humillantes negociaciones. El, hombre predestinado para fines gigantescos, sintiéndose con fuerzas para realizarlos, tenía que reconocer ahora su impotencia.

Todos sus sufrimientos y fatigas reflejábanse en su figura. Había enflaquecido mucho; sus ojos habían perdido su brillo, y su cabellera, antes negra como el ala del cuervo, empezaba a encanecer. Pero cierta calma grandiosa y trágica se pintaba en su rostro, pues el orgullo le impedía exteriorizar su abatimiento.

—¡Bien! ¡Sea!—dijo.—Le demostraremos a la ingrata patria que no sólo sabemos combatir por ella, sino también morir. A decir verdad, preferiría encontrar una muerte más gloriosa en alguna otra guerra, no en una guerra civil y contra esos bellacos; pero ¿qué hemos de hacerle?

—No habléis de muerte, Alteza—interrumpió el vaivoda de Kiev.—Arcana es la voluntad de Dios, pero quizá la muerte esté todavía muy lejos. Nunca dejaré de elogiar vuestro talento militar y vuestro arrojo guerrero; pero, con todo, no considero una desgracia que el virrey, el canciller y los regimentarios se esfuercen en ahogar, por medio de negociaciones, esta guerra civil, pues es la sangre de nuestros hermanos la que se derrama. Al fin y al cabo, ¿quién sacaría más provecho de la obstinación de ambas partes sino el extranjero?

El príncipe miró fija y largamente al vaivoda y repuso:

—Si os mostráis clemente con los vencidos, aceptarán vuestro perdón con reconocimiento eterno; pero si os mostráis clemente con los vencedores, sólo conquistaréis su desprecio. ¡Ojalá no hubiese nadie agraviado a esa gente! Pero, después de encendida la rebelión, conviene ahogarla en sangre, no con negociaciones. De otro modo, ignominia y ruina nos esperan.

—Las apresuraremos si por nuestra cuenta hacemos la guerra—contestó el vaivoda.

—¿Eso quiere decir que en lo sucesivo no me seguiréis?

—¡Alteza! Dios es testigo de que no ocurrirá eso porque tenga yo malquerencia alguna contra vos, sino porque mi conciencia me aconseja no exponer a mis gentes a una perdición segura. Su sangre es preciosa, y puede ser útil todavía a la república.

El príncipe calló, y momentos después les preguntó a sus capitanes:

—¿Y vosotros también, mis viejos camaradas de armas, me abandonaréis?

Al oír estas palabras, todos los coroneles, como impulsados por unánime fuerza y voluntad, corrieron hacia él. Unos le besaban el vestido, otros abrazaban sus rodillas, y otros, levantando las manos, gritaban:

—¡Iremos contigo mientras nos quede un soplo de vida, una gota de sangre!

—¡Guíanos! ¡Guíanos! ¡Te seguiremos hasta sin paga!

—¡Alteza! ¡Deja que también yo sacrifique mi vida a tu lado!—exclamó Aksak, ruborizándose como una muchacha.

Ante tal espectáculo, hasta el vaivoda de Kiev se emo-

cionó profundamente. El príncipe, pasando entre los soldados, les acariciaba la cabeza uno a uno en señal de agradecimiento. Un gran entusiasmo se apoderó tanto de los jóvenes como de los ancianos. Los ojos de los guerreros echaban chispas, y las manos impacientes se dirigían a las empuñaduras de las espadas.

—Con vosotros he vivido y con vosotros moriré—dijo Jeremías.

—¡Venceremos!—exclamaron los oficiales.—¡Contra Krivonos! ¡A Polone! ¡Quien quiera abandonarnos que se vaya, no necesitamos ayuda de nadie! ¡Con nadie queremos compartir la gloria ni la muerte!

—Señores —añadió el príncipe:— quiero que antes de avanzar contra Krivonos gocemos de un descanso, aunque sea breve, a fin de reponer nuestras fuerzas. Hace ya casi tres meses que apenas nos apeamos. A consecuencia de las fatigas, de los contratiempos y de la intemperie nos hemos quedado como esqueletos. Nos faltan caballos y nuestros infantes van descalzos. Vamos, pues, a Zbaraz, donde volveremos a la vida y descansaremos y quizá algunos nuevos soldados aumenten nuestras filas, lo que nos pondrá en mejores condiciones para la lucha.

—¿Cuándo queréis que parta?—preguntó el viejo Zachvilijovski.

—¡Sin demora alguna, viejo camarada, al momento!

Luego volvióse el príncipe hacia el vaivoda.

—¿Y vos adónde queréis dirigiros?—inquirió.

—A Gliñany, donde, según dicen, se concentran tropas.

—Entonces os acompañaremos hasta una región pacífica para que no os ocurra algún percance.

El vaivoda, en extremo turbado, no contestó. Él abandonaba al príncipe, y éste, sin embargo, se ofrecía solícito a acompañarle. ¿Eran aquellas palabras del príncipe una ironía? El vaivoda no lo sabía; pero no desistió de su propósito, pues los coroneles le miraban cada día con peores ojos. Era evidente que en cualquier otro ejército que hubiera sido menos disciplinado un motín hubiera estallado contra él.

Así, pues, el vaivoda se inclinó y salió. También los coroneles se fueron cada uno a su bandera para preparar la marcha. Tan sólo Pan Skretuski se quedó con el príncipe.

—¿Qué soldados hay en esos regimientos?—preguntó Jeremías.

—Tan buenos, que no puede haberlos mejores. Los dragones están instruidos a la alemana, y la infantería de la guardia sólo se compone de veteranos de la guerra de los Treinta Años. Al contemplarlos, creí ver ante mí a los *triarios* romanos.

—¿Son muchos?

—Hay dos regimientos y los dragones, total tres mil hombres.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Cuánto podría realizarse con tal ayuda!

De nuevo una expresión de dolor dibujóse en el rostro del príncipe, que, momentos después, dijo meditabundo:

—Es una desgracia que se hayan elegido tales regimentarios en estos tiempos tan funestos. Ostrorog sería bueno si los rebeldes se dejaran exorcizar por elocuencia y latín; por las venas de Koniecpolski, mi cuñado, corre sangre guerrera, pero es un jovencito sin experiencia. Y el señor de Zazlav es el peor de todos. Le conozco desde hace mucho tiempo. Es un hombre pusilánime y de poco entendimiento; su oficio es dormir sobre un jarro de vino, no acaudillar tropas... No lo digo en público para que no se crea que me instiga la envidia, pero preveo terribles desgracias para la patria. ¡Y ahora, ahora precisamente, han tomado tales hombres el timón en la mano! ¡Dios mío, aparta de mí este cáliz! ¿Qué será de mi patria? Cuando pienso en esto anhele una muerte repentina... Estoy ya demasiado fatigado, y mis horas, créelo, están contadas. Mi alma arde en impulsos belicosos, pero mi cuerpo carece de fuerzas.

—Vuestra Alteza debería cuidar algo más de su salud, tan quebrantada por sinsabores y fatigas, pues a la patria le importa mucho vuestra vida...

—Por lo visto, la patria no piensa así, puesto que me ha postergado. Y ahora hasta el sable trata de quitarme de las manos.

—Cuando, con la gracia de Dios, el príncipe heredero Carolus haya trocado su ínfula por la corona real, entonces sabré claramente a quién acatar y a quién castigar. A Vuestra Alteza sobra poderío para no hacer ahora caso de nadie.

—Seguiré mi camino.

No advertía el príncipe, quizá, que se conducía en política exactamente como los otros «reyezuelos» a su libre albedrío; pero, aunque lo hubiese advertido, no se habría apartado de tal camino, pues de lo único de que estaba seguro era de que salvaba el honor de la república.

Callaron ambos interlocutores, pero su silencio fué pronto interrumpido por el relinchar de caballos y el toque de clarines del campamento. Las banderas se colocaban en orden de marcha. Aquellos sonidos sacaron a Jeremías de su ensimismamiento. Hizo un movimiento brusco con la cabeza, como queriendo sacudir los pensamientos negros que le acosaban, y preguntó:

—¿Tu viaje ha transcurrido sin novedad?

—En los bosques de Msíniez me topé con un reducido grupo de villanos, unos doscientos hombres, y los disolví.

—Bien. Pero, ¿hiciste prisioneros?

—Sí, pero...

—Los mandaste ajusticiar. ¿Verdad?

—No, Alteza, les puse en libertad.

Jeremías miró asombrado a Juan y frunció el entrecejo.

—¿Qué significa eso? ¿Quizá tú también perteneces a la fracción pacífica? ¡Explicate!

—¡Alteza! He traído un cautivo, un noble disfrazado de villano, que salió con vida de la matanza. A los otros los solté porque Dios me concedió el favor de una gran alegría. Gustoso me someteré al castigo merecido. Ese noble es Zagloba, que me ha traído noticias de la princesa Elena.

El príncipe se acercó rápidamente a Skretuski.

—¿Viva, sana y salva?

—Alabado sea el Altísimo: viva, sana y salva.

—¿Y dónde ha encontrado refugio?

—Está en Bar.

—Buen castillo... ¡Querido muchacho!

Y el príncipe asió con ambas manos la cabeza de Skretuski y le besó varias veces en la frente...

—Comparto tu alegría—añadió,—pues te quiero como a un hijo.

Pan Skretuski le besó la mano, y, aunque siempre estaba dispuesto a dar su sangre por él, fué en aquel instante más

vivo que nunca en su alma el sentimiento de que, a su mandato, no vacilaría en lanzarse a las llamas del infierno. Así sabía ganar los corazones de sus soldados aquel terrible Jeremías.

—No, no extraño que hayas soltado a esos villanos. No serás castigado... ¡Pero ese noble es un zorro! ¿Cómo se las habrá arreglado para llevarla de Trans-Dniéper a Bar? ¡Loado sea Dios! En estos tiempos tan aciagos, también para mí esta noticia es un verdadero consuelo. ¡Qué zorro más listo! ¡Que venga ese Zagloba!

Juan se encaminó, con paso firme, hacia la puerta, pero en aquel momento ésta se abrió y apareció en ella la roja cabeza de Viérsul, que había sido mandado como avanzada al frente de sus tártaros de guardia.

—Alteza—clamó jadeante,—Krivonos ha tomado Polone y ha pasado a cuchillo diez mil hombres, mujeres y niños.

Los coroneles volvieron a agruparse en torno de Viérsul, rodeándole estrechamente, y también el vaivoda de Kiev acudió presuroso. El príncipe se quedó estupefacto, pues no esperaba tal noticia.

—¡Pero si allí sólo había rutenos! Si no puede ser...

—Pues no ha quedado uno vivo.

—¿Oís, vaivoda? Continúad negociando con tal enemigo, que ni a sus gentes perdona la vida.

—¡Oh, almas de perros!—profirió el vaivoda, resoplando.—Puesto que tal hazaña han hecho, que los diablos se lo lleven todo. Seguiré yo también a Vuestra Alteza.

—Eres mi hermano—contestó Jeremías.

—¡Viva el vaivoda de Kiev!—gritó el viejo Zachvilijovski.

—¡Viva la unidad!

—¿Adónde se dirigirán? ¿A Polone?—le preguntó el príncipe a Viérsul.

—Probablemente a Constantínov.

—¡Dios mío! Están, pues, perdidos los regimientos de Osiński y Korezki, pues la infantería no logrará escapar. Es preciso olvidar los agravios y acudir en su auxilio. ¡A caballo! ¡A caballo!

La cara del príncipe estaba radiante. Sus demacradas mejillas volvían a colorearse. El camino de la gloria se abría de nuevo ante él.

CAPITULO XIV

Los ejércitos pasaron por las cercanías de Constantínov e hicieron alto en Rosolovce. El príncipe calculaba que Korizki y Osiński retrocederían hacia allá en cuanto tuvieran noticia de la toma de Polone. Si el enemigo los perseguía, caería de improviso en medio de las fuerzas del príncipe, como en una trampa, siendo mucho más segura su derrota. Estas suposiciones convirtiéronse, en gran parte, en realidad.

Los ejércitos ocuparon sigilosamente sus posiciones, dispuestos en orden de batalla. Los destacamentos de vanguardia y las avanzadillas fueron enviados a diversos lugares, y el príncipe, al frente de unos cuantos regimientos, quedóse en la aldea esperando la llegada del enemigo. A la caída de la tarde, los tártaros de Viérsul vieron avanzar, desde Constantínov, algunos destacamentos de infantería. Al saberlo el príncipe, salió a la puerta de su alojamiento, rodeado de sus oficiales, en compañía de unos cincuenta «compañeros» de categoría, para observar el avance. Los regimientos, anunciándose a son de trompeta, se detuvieron ante la aldea y sus dos jefes llegaron jadeantes a la puerta de la tienda del príncipe para ofrecer a éste sus servicios.

Eran Osiński y Korizki.

Al ver a Jeremías en medio de sus más escogidos guerreros, turbáronse en extremo, no muy seguros de ser recibidos. Inclutados profundamente, esperaban silenciosos las palabras del príncipe.

—La rueda de la fortuna gira—dijo el príncipe,—humillando la cerviz de los orgullosos. No habéis querido venir cuando os llamábamos, y ahora os presentáis espontáneamente.

—Alteza—replicó Osiński en tono enérgico,—con toda nuestra alma deseábamos pelear bajo vuestra bandera, pero

nos estaba vedado. El que nos lo prohibió que vea las consecuencias. Imploramos vuestro perdón, aunque inocentes, puesto que, como hombres de armas, hemos tenido que obedecer sin discusión.

—¿El príncipe Dominico os ha dado, entonces, contraorden?—preguntó Jeremías.

—Nada de eso—contestó Osiński,—pero ya no estamos ligados a él, pues nuestra única salvación depende de la gracia de Vuestra Alteza. Desde hoy, a vuestras órdenes, estamos prontos a vivir, luchar y morir.

Estas palabras, llenas de varonil entereza, y la figura gallarda de Osiński produjeron impresión favorabilísima en el príncipe y en todos sus acompañantes. Osiński era un famoso guerrero, y a pesar de su edad, pues no contaba más de cuarenta años, poseía una extensa experiencia militar, adquirida en campañas extranjeras. Todos los soldados dirigían hacia él sus miradas llenas de afectuosa curiosidad. Alto, derecho como un huso, con los rubios bigotes retorcidos y la barba a la moda sueca, su aspecto era el de un capitán de la guerra de los Treinta Años. Korizki, tártaro de origen, no se le parecía en nada. Bajo, rechoncho, de mirada sombría, su uniforme extranjero, que no se adaptaba a sus rasgos orientales, le daba un aspecto asaz extraño. Era coronel de un regimiento de escogida infantería alemana, y se distinguía tanto por su valor como por lo obstinado de su tesón y lo férreo de la disciplina que aplicaba a sus tropas.

—Esperamos las órdenes de Vuestra Alteza—añadió Osiński.

—Os doy las gracias por vuestra resolución y acepto vuestros servicios. Sé que un soldado debe obedecer; si envié a buscaros fué porque no sabía la orden que teníais. Desde este momento seremos compañeros inseparables tanto en la buena como en la mala suerte; pero espero que no quedaréis descontentos del nuevo servicio.

—Basta con que Vuestra Alteza quede contento de nosotros y de nuestros comandantes.

—Bien—repuso el príncipe.—¿Está muy lejos el enemigo?

—La vanguardia está cerca, pero el cuerpo principal no puede llegar aquí antes del alba.

—Bien. Entonces tenemos tiempo. Ahora haced desfilar vuestros regimientos por el patio de armas, para que vea su aspecto, para que me entere de la clase de soldados que me habéis traído y vea si serán capaces de contribuir a la realización de mis grandes planes.

Los dos coroneles volvieron a sus regimientos, y momentos después, a su cabeza, atravesaban el campamento. Los campeones de las principales banderas del príncipe invadieron, como una nube de insectos, el patio, para ver cara a cara a sus nuevos compañeros. Abrían la marcha los dragones reales, mandados por Giza, con pesados yelmos suecos de altas crestas. Montaban yeguas podolianas, pero gallardas y bien nutridas. La tropa la componían guerreros llenos de vida y salud, con uniformes brillantes y de vivos colores. Su aspecto contrastaba con el de los demacrados soldados de los regimientos de Jeremías, que vestían haraposos trajes descoloridos por las lluvias y el sol. Seguía el regimiento de Osiński, cerrando la marcha Korizki.

Los soldados del príncipe acogieron con un murmullo de admiración a las densas filas alemanas. Las guerreras de los teutones eran encarnadas y los mosquetes rutilaban sobre los hombros de los rubios soldados, que avanzaban, como un solo hombre, en grupos de treinta por fila, a paso uniforme, marcial y ruidoso. Todos eran altos y esbeltos, de anchos hombros, gente aguerrida, que había hecho muchas campañas en distintos países, en su mayoría veteranos de la guerra de los Treinta Años, puntuales, disciplinados y expertos.

Cuando llegaron ante el príncipe, a la voz ¡*Halt!* (1), de Osiński, se paró al punto el regimiento y quedó como clavado en el suelo. Los oficiales alzaron sus cañas, y el portaestandarte, levantando la bandera al aire, la sacudió tres veces, bajándola ante el príncipe.

—¡*Worwaerts!* (2)—gritó Osiński, y los oficiales repitieron la voz de mando.

El regimiento avanzó de nuevo. De la misma manera, y tal vez con mayor precisión todavía, presentó Korizki a sus gentes. Ante tal espectáculo estremeciéronse de ale-

(1) «¡Alto!» (*N. del T.*)

(2) «¡Adelante!» (*N. del T.*)

gría todos los corazones guerreros. Jeremías, que era el mejor conocedor del oficio, no ocultó su contento. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, pues precisamente era la infantería lo que le faltaba. Estaba seguro de que sería difícil encontrar otra mejor en todo el mundo. La esperanza de poder llevar a cabo grandiosas empresas guerreras le animaba de nuevo. Los oficiales empezaron a discutir acerca de las condiciones militares que poseían las tropas de unos y de otros países.

—La infantería zaporoga—decía Slesiński—es excelente, sobre todo detrás de una trinchera, pero ésta es superior, pues está más adiestrada.

—¡Ya lo creo! Mucho más...—dijo Migurski.

—Pero son soldados muy pesados—terció Viérsul.—Lo que es por mí, me comprometería, con mi regimiento tártaro, a cansarles en dos días hasta el punto de que al tercero los podría degollar como a un rebaño de carneros.

—No habléis así... Los alemanes son buenos soldados.

Longinos intervino en la conversación, diciendo con su sonsonete lituano:

—Es verdad: Dios, en su misericordia, ha dotado a los diversos pueblos de diversas cualidades. Por lo que he oído decir, no hay caballería como la nuestra, pero en cuanto a infantería, ni la húngara ni la nuestra pueden competir con la alemana.

—Dios es justo—observó Zagloba.—A vos, por ejemplo, os ha dado una gran fortuna, una espada descomunal y una mano de hierro, pero en cambio os ha negado los sesos que os correspondían.

—Ya se le ha agarrado como una sanguijuela—dijo Juan, sonriendo.

Longinos bajó los párpados y contestó con su acostumbrada dulzura:

—Da pena oíros... A vos os ha dado, en cambio, una lengua demasiado larga.

—Si persistís en afirmar que ha hecho mal en dotarme con lo que tengo, iréis al infierno, a pesar de vuestra castidad, pues osáis ponerle reparos a la voluntad del Altísimo.

—No hay quien os gane charlando. La lengua se os mueve como una tarabilla.

—¿Sabéis en qué se distingue el hombre del bruto?

—¿En qué?

—En la razón y en la palabra.

—¡Magnífico!—exclamó el coronel Mokrski.

—Si no comprendéis por qué los polacos tienen la mejor caballería, y los alemanes la mejor infantería, os lo voy a explicar.

—¿Por qué? ¿Por qué?—preguntaron varias voces.

—He aquí por qué: Cuando Dios creó al caballo, lo presentó a los hombres para que alabaran su obra. Como los alemanes se meten hasta en los charcos, no faltó entre los curiosos un alemán. El Señor le enseñó al teutón el caballo y le preguntó: «¿Qué es esto?» Y, como contestara el alemán: «¡Pferd!» (caballo), exclamó el Creador: «¿Qué es eso de ¡psch! Sabe, pues, bruto, que no montarás nunca este animal, y si lo intentas lo harás pésimamente.» Dicho esto, le regaló el caballo al polaco, y por eso la caballería polaca es la mejor del mundo. Los alemanes, entonces, echaron a correr tras el Señor, implorando su perdón, y a fuerza de correr llegaron a hacerse los mejores infantes del mundo.

—La historieta tiene mucha gracia—exclamó Longinos.

La conversación fué interrumpida por la llegada de nuevos mensajeros anunciando que se aproximaban otras tropas al campamento, pero que no debían de ser cosacos, porque no venían de Constantínov, sino del lado completamente opuesto, avanzando desde el riachuelo Zbruch. Al cabo de dos horas llegaron aquellas banderas, entre tanto ruido de trompas y tambores, que el príncipe se indignó y les mandó decir que guardaran silencio, pues el enemigo estaba cerca. Era Samuel Lasch, un célebre aventurero, opresor, libertino y homicida, pero que por eso no dejaba de ser un excelente soldado, al frente de ochocientos hombres del mismo corte que él, unos nobles, otros cosacos y todos, según la justicia, dignos de estar ahorcados. Pero al príncipe no le desanimaba el libertinaje de aquellas gentes de armas, pues esperaba que en sus manos se convertirían en humildes ovejas y su impetuosidad y arrojo compensaban sus muchos defectos.

Era un día de suerte para el príncipe. El día anterior, abatido por la desertión del vaivoda de Kiev, había ya de-

cidido suspender la guerra hasta que llegaran nuevos re- fuerzos, dispuesto a retirarse por cierto tiempo a alguna región más pacífica, y ahora volvía a tener a sus órdenes un ejército de cerca de doce mil hombres. Es verdad que Krivonos disponía de fuerzas cinco veces más numerosas, pero, teniendo en cuenta que la mayoría de las huestes rebeldes la formaba el populacho, las dos fuerzas podían considerarse iguales. En aquellos momentos el príncipe no pensaba ya en el descanso. Encerróse con Lasch, el vaivoda de Kiev, Basilio, Majnizki y Osiński, y celebró con ellos un consejo de guerra. Quedó acordado que al día siguiente se presentaría batalla a Krivonos, y si no se mostraba dispuesto a librarla, irían a su encuentro.

La noche cerró por completo. Pero desde la época de las lluvias, que tantas molestias habían causado a los soldados bajo de las murallas de Majnovka, el tiempo era muy agradable. En la oscura bóveda celeste brillaban miríadas de plateadas estrellas; la luna, dominando el horizonte, inundó con su blanca luz los tejados de Rosolovce. En el campamento nadie pensaba en el sueño. Todos presentían que a la mañana siguiente se libraría una gran batalla y se preparaban para ella cantando y prometiéndose grandes alegrías en los futuros acontecimientos. Los oficiales y los mejores soldados, todos de excelente humor, reunidos alrededor de una gran hoguera, mataban el tiempo vaciando los vasos.

—Seguid, pues, vuestro relato—decían, volviéndose a Zagloba.—Después de haber franqueado el Dniéper, ¿qué hicisteis y cómo llegasteis hasta Bar?

Zagloba vació su medida de aguamiel, recitando:

...Sed jam nox húmida coelo praecipitat
suadentque sidera candentia somnos,
sed si tantus amor casus cognoscere nostros,
incipiam... (1)

—Señores, si tuviera que relatarlo todo desde el principio, ni diez noches bastarían para ello, ni tampoco habría

(1) «Pero ya la húmeda noche se precipita del cielo - y los brillantes astros incitan el sueño;—pero si tanto es el deseo de conocer nuestras desventuras, —empezaré...»

bastante aguamiel, porque una vieja garganta tiene que en-
sebarse como un carro viejo. Básteos saber que me fuí, con
la princesa, a Korsun, al campamento del mismo Bogdan,
y la saqué incólume de aquel infierno.

—¡Jesús, María! A que resulta que sois brujo...—exclamó
Volodiovski.

—No lo niego, he hecho brujerías—contestó Zagloba,—
pues aprendí ese arte infernal, en mis mocedades, de una
hechicera en Asia. Habiéndose prendido en mis redes de
amor, me reveló todos los arcanos de su mágico oficio. Pero
no he podido valerme gran cosa de mis artimañas, pues he
encontrado rivales en el arte de la hechicería. Bogdan está
rodeado de enjambres de adivinos y brujas, y éstos han
puesto a sus órdenes un sin fin de diablos, a quienes mane-
ja como a sus villanos. Se va a acostar: el diablo tiene que
descalzarle; se le mancha de polvo el vestido: los diablos se
lo sacuden con la cola... Y, no obstante, cuando los vapores
del vino se le suben a la cabeza, les reparte abundantes
reveses a sus siervos, gritando con indignación: «¡Qué mal
servicio tengo!»

El devoto Longinos santiguóse, diciendo:

—Con ellos están los poderes del infierno, con nosotros el
cielo.

—Ya a punto los villanos de delatarme a Bogdan, di-
ciéndole quiénes éramos yo y mi compañero, les hice callar
por arte mágico. Otro de mis temores era que me recono-
ciera el atamán, pues nos habíamos visto el año pasado dos
veces en Chegrin, en la hostería de Dopulo. Además había
allí algunos coroneles conocidos míos. Pero mi barriga se
había desinflado, la barba me había crecido hasta la cintu-
ra, los cabellos me llegaban hasta los hombros, y el resto
lo había transformado el disfraz, de modo que nadie me
reconoció.

—¿Visteis, pues, al mismo Kmielnizki y hablasteis con él?

—¡Que si le he visto! Igual que os veo a vosotros en este
momento. ¿No sabéis que me ha enviado como espía a Po-
dolia para que repartiera sus manifiestos en el camino a
los bellacos? Para mi seguridad me extendió un pasaporte
de la Horda, de modo que, desde mi salida de Korsun, tuve
por todos lados el paso seguro. Cuando tropezaba con algu-

nos villanos o llaneros, les metía el pasaporte por las narices, diciéndoles: «Oled, hijos míos, y luego al diablo todos.» En todas partes se me servía abundante comida y bebida. Además se me suministraban medios de transporte, lo que me alegraba en extremo, pues la pobre princesa estaba harta necesitada de descanso después de las fatigas y angustias que había sufrido. Os juro, señores, que cuando llegamos a Bar estaba tan repuesta, que a los habitantes de aquel pueblo se les salían, mirándola, los ojos de las órbitas. Como se ha reunido allí la nobleza de los contornos, abundan en el pueblo las caras bonitas; pero, comparadas con la de ella, resultaban como un buho al lado de una alondra. Todo el mundo la ama y vosotros también la amaríais si llegarais a conocerla.

—¿Qué duda cabe!—dijo el exiguo Volodiovski.

—¿Pero cómo fuisteis a parar, en vuestro peregrinaje, a Bar?—preguntó Migurski.

—Me dije que no descansaría hasta llegar a un sitio seguro. Los pequeños castillos no me inspiraban confianza, pues era de suponer que la rebelión podría llegar hasta allí. Pero en cuanto a Bar, los rebeldes se romperían los dientes para entrar. Andrés Potozki ha dejado las murallas defendidas por una fuerte guarnición, y tanto le importa Kmielnizki como a mí un vaso vacío. ¿Qué os parece, señores? ¿He hecho mal en apartarme tanto del fuego? Y, además, estaba seguro de que me perseguía Bogun, el cual, si me hubiera alcanzado, excuso deciros que a estas horas ya me hubiera molido para alimento de sus perros. ¡Vosotros no le conocéis como yo! ¡Que se lo lleve el diablo! No me dejará en paz hasta que le hayan ahorcado... Dios le conceda un fin tan dichoso. ¡Amén! A nadie tendrá en el mundo tan entre ceja y ceja como a mí. ¡Brrr! Cuando pienso en ello se me pone la carne de gallina. Por eso, a veces, bebo un poco, aunque de naturaleza no soy bebedor.

—¿Pero qué nos contáis, hermanito?—terció Longinos.—
¡Si bebéis como un pozo!

—No os asoméis al pozo, porque podríais ver al diablo. Lo cierto es que, dirigiéndome a Bogdan, provisto del pasaporte y de los manifiestos, no tropecé con grandes obstáculos. Cuando entré en Viniza, encontré allí la bandera del

señor Aksak, que se halla actualmente en este campamento; pero no por eso me desprendí de mi piel de bardo ambulante, temeroso de que los rebeldes me reconociesen. Lo único que hice fué tirar los manifiestos. Allí vive un guarnicionero, llamado Suhak, espía al servicio de los zaporogos, que le facilitaba informes a Kmielnizki. Por conducto de este truhán le mandé unos manifiestos enriquecidos con tales acotaciones, que poco faltará para que Kmielnizki le despelleje vivo cuando los lea. Sin embargo, en las mismas murallas de Bar, por poco me cuesta el gajnate lo que me ocurrió.

—¿Qué fué? Hablad.

—Encontré un grupo de soldados borrachos, gente libertina, que me oyeron decirle a la princesa «señorita.» Se me escapó esta palabra al verme tan próximo a los míos. «¿Qué viejo será éste y quién será ese mocito tan singular a quien trata de «señorita,?» murmuraron. Miran de cerca a la princesa y vieron que era más bella que una hada. Llegamos a las manos, aparto a la joven hacia un lado, me pongo delante de ella y echo mano al sable...

—Es extraño—interrumpió Miguel—que llevarais sable yendo disfrazado de músico ambulante.

—¿Que llevaba sable? ¿Quién os ha dicho que llevaba sable? No fué al mío al que eché mano, sino al de un soldado, que lo había dejado sobre una mesa. Esto pasó en la hostería de Sipiñtse. En un santiamén derribé a dos agresores. Sacaron en el acto las pistolas. «¡Alto, hijos de perro, que soy un hidalgo!» empecé a gritar. Pero no me hicieron caso. De pronto vociferó uno: «¡Halt! ¡Halt! ¡Una avanzada se acerca!» Pero no era una avanzada, sino Pani de Slavosevski con su escolta de cincuenta jinetes y su hijo, un jovencito. Los soldados fueron al instante puestos en fuga. El relato de nuestras andanzas y angustias conmovió tanto a la señora, que no tardaron en abrirse las esclusas de sus ojos. Hizo que la princesa y yo subiésemos a su carroza y nos encaminamos a Bar. ¿Pero pensáis acaso que aquí terminó todo? Ni soñarlo.

De repente Slezinski interrumpió el relato.

—Mirad, señores—dijo.—¿Será ese resplandor el de la aurora?

—No, no puede ser—contestó Skretuski.—Es todavía muy temprano.

—Es en dirección de Constantínov.

—Sí, sí, reparad, y aumenta por momentos.

—¡Dios mío! ¡Si es resplandor de incendio!

La expresión de todos los rostros se tornó de repente grave, y los oficiales, sin preocuparse más de la historia, se levantaron de un salto.

—¡Incendio! ¡Incendio!—repitieron varias voces.

—Debe ser Krivonos que llega de Polone.

—¡Krivonos con todas sus fuerzas!

—La vanguardia habrá incendiado la ciudad o las aldeas cercanas.

En aquel momento se oyó el toque de las trompetas de alarma y el viejo Basilio apareció ante los oficiales.

—Señores—exclamó,—acaban de llegar los exploradores con nuevas noticias. ¡El enemigo está a la vista! ¡Adelante ahora mismo! ¡A su puesto todos! ¡A las banderas!

Los oficiales se dispersaron en un instante, ocupando sus puestos en sus respectivos regimientos. Los ordenanzas apagaron al punto las hogueras y no tardó en reinar la más completa obscuridad en el campamento. A lo lejos, hacia Constantínov, el rojo resplandor del cielo crecía, crecía, y su brillo hacía palidecer, paulatinamente, las estrellas. De nuevo resonó el apagado toque de las trompetas. Tocaban a marcha. Masas confusas de hombres y caballos se agitaron. En el silencio circundante se oía sólo el ruido de los cascos de los caballos, el paso rítmico de la infantería y el sordo rumor de las cureñas de los cañones de Würzel. A veces se oían el metálico choque de los mosquetes y voces de mando.

Había algo de horrible y siniestro en aquella marcha nocturna, amparada por la obscuridad, y en aquellas voces, ruidos y fragores de armas, y en aquel rutilar de los armamentos y de las espadas.

Las banderas emprendieron la ruta de Constantínov, extendiéndose hacia donde se veía el incendio, semejantes a un dragón gigantesco o a una enorme serpiente arrastrándose en la obscuridad. Pero la apacible noche de julio terminaba ya. En Rosolovce oíase el canto de los gallos, con-

testándose unos a otros por toda la ciudad. Una milla de camino separaba Rosolovce de Constantínov, y antes que los ejércitos hubieran recorrido la mitad de dicha distancia, avanzando a marcha lenta, asomaba ya, tras el resplandor del incendio, la pálida aurora. Tímida, como cohibida, fué impregnando el aire de su luz, bañando en su fulgor la arboleda, las plantaciones, la blanca línea de la carretera y los ejércitos que la pisaban, y al cabo pudieron distinguirse claramente las figuras de hombres y caballos, las apretadas filas de la infantería. Levantóse una fresca brisa matutina, haciendo aletear alegremente las banderas sobre las cabezas de los guerreros.

Abrían la marcha los tártaros de Viérsul; seguíanles Poniatovski con sus cosacos, los dragones, la artillería de Würzel y, en la retaguardia, la infantería con los húsares. Zagloba cabalgaba al lado de Skretuski, agitándose sobre la silla, sin poder disimular su nerviosidad ante la inminencia de una batalla.

—Pan Skretuski—dijo en voz baja, como si temiera ser oído.

—¿Qué deseáis?

—¿Es verdad que los húsares atacan siempre los primeros?

—Me habíais dicho que erais un experto guerrero, ¿y no sabéis que los húsares, por el contrario, se reservan para decidir la batalla, para intervenir en el momento en que el enemigo hace ya su supremo esfuerzo?

—Ya lo sabía, pero sólo quería cerciorarme.

Hubo un rato de silencio. Luego volvió a preguntar Zagloba, más quedo aún:

—¿Decís que llega Krivonos con todas sus fuerzas armadas?

—Sí.

—¿Y cuántos son?

—Contando el populacho, unos sesenta mil hombres.

—¡Diablo!—exclamó Zagloba.

Skretuski sonrió disimuladamente.

—No imaginéis que tengo miedo—siguió susurrando Zagloba,—pero sufro de asma y no me gustan las aglomeraciones de gente, porque, con el calor, me pongo a morir.

Ahora, en duelo, hombre contra hombre, ya es otra cosa. Uno puede valerse, en tal caso, de sus triquiñuelas, que de nada le sirven en una batalla campal. No es la cabeza, sino las manos lo que decide el éxito en las batallas. Aquí soy un tarugo, comparado con Longinos. En el cinturón llevo aquellos doscientos amarillos que me regaló el príncipe, pero, creedme, me gustaría desprenderme un poco de mi barriga. ¡Uf! ¡Uf!, no soy amigo de estos combates en masa. ¡Que mala peste se los lleve!

—Tened ánimo. Nada malo os ocurrirá.

—¿Animo? Eso precisamente temo yo: que la valentía mate en mí la cordura. Soy muy sanguinario... Además he tenido un mal augurio: cuando estábamos sentados en torno de la hoguera vi caer dos estrellas. ¿Quién sabe si alguna no es la mía?

—Dios os conservará en buena salud y recompensará vuestras buenas acciones.

—Con tal que no se le ocurra recompensarme demasiado pronto...

—¿Por qué no os habéis quedado en el campamento?

—Pensé que estaría más seguro entre los soldados.

—Y no os equivocabais. Ya veréis como esto no es cosa del otro jueves. Nosotros estamos ya acostumbrados, y *consuetudo altera natura* (1). He aquí ya Sluch y Visovati Stav.

Y en efecto, las aguas del estanque llamado «Visovati,» separadas por un largo foso de Sluch, resplandecieron a lo lejos. Los ejércitos se pararon de golpe en toda la línea.

—¿Es aquí?—preguntó Zagloba.

—El príncipe mismo dispondrá las filas—repuso Skretuski.

—No me gusta el gentío, os lo repito, no me gusta el gentío.

—¡Los húsares a la derecha!—retumbó la voz del oficial de servicio, que había sido enviado por el príncipe a Skretuski.

Era ya día claro. El resplandor del fuego había palidecido ante el brillo del sol naciente, cuyos dorados rayos cen-

(1) «La costumbre es una segunda naturaleza.»

telleaban en el acero de las lanzas. Diríase que millares de velas ardían sobre los guerreros.

Una vez pasada la revista, los soldados, no pudiendo ya esperar más, entonaron, como una sola boca, el «Salve, puerta de salvación.» El grandioso canto se esparció por los campos cuajados de rocío y por la selva de abetos, y, trocado en un eco, voló hacia el cielo.

Por fin apareció, al lado opuesto del foso, hasta donde la vista alcanzaba, la negra masa de los cosacos. A un regimiento seguía otro regimiento; la caballería zaporoga blandiendo largas lanzas, los infantes armados de arcabuces, y las olas de turbamulta armadas de guadañas, trillas y horcas. Tras las tropas se divisaba, como una aparición nebulosa, una impedimenta inmensa, semejante a una ciudad ambulante. El rechinar de las ruedas de millares de carros y el relinchar de los caballos llegaban hasta los oídos de los soldados del príncipe. Los cosacos, que avanzaban sin lanzar sus acostumbrados alaridos y aullidos, se detenían en el borde opuesto del foso. Las dos fuerzas rivales se pararon cara a cara, contemplándose silenciosamente.

Zagloba, sin separarse de Skretuski, murmuraba, mirando aquel océano de cabezas humanas:

—Señor, ¿porqué pusisteis tantos granujas en el mundo? Kmielnizki en persona llega con todos sus bellacos y todos sus piojos. ¿No es una locura lo que intentamos? Nos cazarán con las gorras. ¡Y tan bien que se estaba antes en Ucrania! ¡Qué avalancha de olas humanas! ¡Ojalá los diablos del infierno os aplastaran a todos!.. ¡Y todos vienen a buscar nuestro pellejo!.. ¡Ojalá el muermo los devore!

—No blasfeméis.. Hoy es el día del Señor...

—Tenéis razón.. Hoy es domingo, y más vale pensar en Dios. *Páter noster qui es in coelis...* Ningún respeto puede esperarse de esos haraposos... *Sanctificétur nomen túum...* ¿Qué pasará en ese foso?.. *Advéniat régnum túum...* Ya se me corta la respiración... *Fiat voluntas túa...* ¡Así reventéis de una vez, cafres, asesinos!.. Pero ¡mirad! ¿Qué es eso?

En aquel momento, un destacamento de cosacos, compuesto de algunos centenares de hombres, se había separa-

do bruscamente de la negra masa y galopaba en desorden hacia el dique.

—Serán guerrilleros...—dijo Skretuski;—los nuestros no tardarán en contestarles.

—¿Eso quiere decir que va a empezar la batalla?

—Tan seguro como que Dios está en el cielo.

—¡Que se los lleve, que se los lleve a todos!

Zagloba no podía ya dominar su mal humor.

—¿Y vos miráis todo eso como una función de teatro en Carnaval?—exclamó contrariado, dirigiéndose a Juan.—Como si no se tratara, después de todo, de vuestra piel...

—Cuestión de costumbre, ya os lo he dicho.

—Supongo que tomaréis parte en la escaramuza...

—No cuadra con la dignidad de los guerreros de nobles banderas batirse con un enemigo de tal calaña; no hace tal cosa quien sabe conservar su dignidad... Pero en los tiempos que corren nadie hace caso de eso.

—¡Ya avanzan también los nuestros! Mirad...—exclamó Zagloba, al ver que la línea roja formada por los dragones de Miguel avanzaba al trote hacia el dique.

Seguíanlos voluntarios de todas las banderas, entre ellos el sanguinario Viérsul, Kusel, Poniatovski, ambos Karvich, y el húsar Longinos Podbipienta.

La distancia entre los dos destacamentos disminuía rápidamente.

—Ahora presenciareis cosas memorables—le dijo Skretuski a Zagloba.—Reparad, sobre todo, en Miguel y Longinos, los dos famosos guerreros. ¿Los veis?

—Ya los veo.

—Miradles, pues, y decidme si no os dan tentaciones de seguirles.

CAPITULO XV

Pero los adversarios, ya muy cerca unos de otros, hicieron parar a sus caballos, y comenzaron a hostilizarse con mutuos insultos.

—¡Acercaos! ¡Acercaos! ¡Pronto cebaremos nuestros perros con vuestras carroñas!—gritaban los soldados del príncipe.

—¡Las vuestras ni para perros sirven!

—¡Os pudriréis en este estanque, viles bandidos!

—¡Al que le toque pudrirse se pudrirá! A vosotros se os comerán antes los peces...

—¡Esas horcas de estiércol que lleváis os cuadran mejor que los sables, villanos!

—Somos villanos, pero nuestros hijos serán nobles, vuestras hijas y vuestras hermanas los echarán al mundo.

Del grupo separóse un cosaco, evidentemente procedente del Trans-Dniéper, y haciendo bocina con sus manos, gritó a voz en cuello:

—El príncipe tiene dos sobrinitas: ¡decidle que se las envíe a Krivonos!

A Miguel se le nublaron los ojos al oír tales blasfemias y espoleó su caballo contra el zaporogo.

Juan, que ocupaba con sus húsares el ala derecha, le reconoció desde lejos y le dijo a Zagloba:

—¡Mirad a Miguel: vuela como una flecha! ¡Mirad, allí, allí!

—Ya le veo—contestó Zagloba.—¡Ya lo atrapa! ¡Ya luchan! ¡Una, dos!... ¡Bravo!... ¡Ya está servido! ¡Eso se llama pelear! ¡Ni el demonio!

En el segundo cruce de lanzas el cosaco había caído a tierra, como herido por el rayo, desplomándose hacia los suyos, lo que era un funesto presagio para ellos. En el mismo instante acudió otro, vistiendo un kontus rojo, del

que sin duda había despojado a algún noble. Acometió a Miguel por el flanco, pero su caballo tropezó en el momento en que se disponía a descargar el tajo. Volodiovski se volvió hacia él, dando nueva prueba de su maestría de esgrimidor. Con un leve movimiento de muñeca, apenas perceptible, hizo volar por el aire el sable del zaporogo y, cogiendo a éste por el cuello, se lo llevó, con caballo y todo, hacia los suyos.

—¡Hermanos míos, salvadme!—gritó el cautivo sin oponer la menor resistencia, pues sabía que se exponía a ser atravesado en el acto por el sable. Al contrario, espoleaba con las puntas de los pies al caballo para no quedarse atrás. Así le conducía Miguel, como un lobo que se lleva a una cabra.

Al punto salieron unos quince combatientes de una y otra parte, pues no cabían más en el estrecho foso, y comenzó una lucha cuerpo a cuerpo, hombre contra hombre, sable contra sable, caballo contra caballo... Era un espectáculo maravilloso aquella serie de duelos, que seguían los dos ejércitos adversarios con extrema curiosidad, considerándolos augurios de la futura suerte. El sol de la mañana esparcía sus rayos sobre los combatientes; el aire era tan nítido, que hasta los rostros de los guerreros se podían distinguir claramente. Cualquiera que hubiera contemplado, desde lejos, aquel espectáculo hubiera creído que se trataba de un torneo. De cuando en cuando, sin embargo, veíanse caballos sin jinete separarse de la aglomeración de gente, y de cuando en cuando caía un cadáver del dique a la brillante superficie del agua, que burbujeaba a su alrededor en áureos círculos...

Los soldados de uno y otro ejército sentían latir su corazón de entusiasmo ante el varonil arrojo de los combatientes, y era a cada momento más vivo su anhelo de tomar parte en la lucha. Todos los guerreros dirigían palabras de aliento y enhorabuena a los suyos. De repente Skretuski agitó los brazos, haciendo sonar los brazales de su arnés, y exclamó:

—¡Viérsul está perdido, ha caído con el caballo!... Mirad, mirad, montaba aquella yegua blanca...

Pero Viérsul no pereció, aunque, en efecto, había sido

derribado con su caballo por el gigante Pulian, antiguo cosaco del príncipe Jeremías, y a la sazón segundo jefe del ejército de Krivonos. Era Pulian un famoso guerrillero que nunca faltaba entre los primeros que entraban en la lucha. Tenía una fuerza tan descomunal, que para él era un juego partir dos herraduras juntas, y se le consideraba invencible en la lucha cuerpo a cuerpo. Después de derribar a Viérsul, cerró contra el bizarro oficial Kurosajitz y casi le partió en dos mitades de un tremendo tajo. Cuantos estaban cerca retrocedieron aterrados. Viéndolo, Longinos espoleó contra él su yegua livlandiana.

—Vas a una muerte segura—le gritó el coloso al temerario adversario.

—¿Qué hemos de hacerle?—replicó Longinos, levantando el sable.

No llevaba en aquel momento su cortacapuchas, pues su alto cargo no permitía usarla en lucha aislada y la había dejado al cuidado de su fiel escudero. Blandía sólo una ligera espada de hoja azulada, incrustada de oro. Pulian paró el primer golpe, aunque se hizo cargo desde el principio de que se las había con un luchador muy notable... El sable tembló en su mano. Resistió el segundo y el tercer golpe... Luego, sea por haberse persuadido de la superioridad de su adversario, sea por hacer alarde de su fuerza hercúlea en presencia de los dos ejércitos, sea por temor de que, hallándose, como se hallaba, a la orilla del lago, el gigantesco Longinos le arrojara de un empujón al agua, arrimó de lado su caballo al de su adversario y abrazó al lituano por la cintura con sus férreos brazos.

Se estrecharon uno contra otro como dos osos que luchan por una hembra en la época del celo; enlazáronse como dos abetos que brotan del mismo tronco y entrelazan sus ramas.

Todos, conteniendo la respiración, miraban silenciosos el encuentro de ambos atletas, considerados como los campeones de la fuerza muscular de ambos ejércitos. Los luchadores, que formaban verdaderamente un solo cuerpo, permanecieron largo rato inmóviles. Sólo por sus rostros encendidos, por las venas hinchadas de sus frentes y por sus espaldas encorvadas como dos arcos, podía adivinarse,

bajo aquella siniestra calma, la tensión casi sobrehumana de sus músculos en el formidable apretón.

Por último, notóse un convulsivo sacudimiento en los dos cuerpos. El rostro de Longinos se coloreaba más y más, en tanto que el del caudillo cosaco palidecía visiblemente... Transcurrió cerca de un minuto. La nerviosa inquietud de los espectadores aumentaba. De repente el silencio general fué interrumpido por una voz sorda, ahogada, que articuló:

—Suéltame...

—¡No, querido!—contestó otra voz.

Un momento más y se oyó un ronquido formidable y siniestro que parecía brotar del averno. Una bocanada de negra sangre salió de los labios de Pulian. El gigante dobló la cabeza sobre el hombro.

Entonces Longinos le arrancó de la silla, y antes de que los que presenciaban la escena pudieran advertir lo que iba a hacer, lanzó el inanimado cuerpo al otro lado de su propio caballo, volvió grupas y se dirigió a galope hacia los suyos.

—¡Hurra!—gritaron los soldados de Jeremías.

—¡Mueran!—contestaron los zaporogos.

Y, lejos de apocarse por la derrota de su caudillo, acometieron con desesperado denuedo a sus enemigos. Entablóse una lucha en masa, cuyo furor, a causa de la angostura del espacio, aumentaba por momentos. A pesar de su valentía, los cosacos hubieran sucumbido indudablemente ante la superior habilidad en la esgrima de sus adversarios, a no ser porque resonaron de pronto las trompas en el campamento de Krivonos, dando la señal de retirada.

La orden fué cumplida sin demora, y los adversarios también volvieron a sus filas, luego de permanecer algunos instantes en la palestra para demostrar que eran dueños de la situación. El dique quedó abandonado; sólo se veían allí cadáveres de hombres y caballos como presagio de los futuros acontecimientos, formando un lúgubre camino de muerte entre los dos ejércitos... Un ligero soplo de viento rizó la superficie del estanque produciendo un siniestro ruído en el follaje de los sauces de la orilla del lago.

Los regimientos de Krivonos se pusieron en movimiento

como una bandada de estorninos y grajos. Abría la marcha el populacho y le seguían la aguerrida infantería zaporoga, los destacamentos de caballería, los voluntarios tártaros y la artillería cosaca, pero todos sin orden ni concierto, empujándose unos a otros, avanzando como una muralla humana, ansiosos de tomar por asalto el dique, confiados en su asombrosa superioridad numérica para destrozarlo y ahogar a las tropas del príncipe. El bárbaro Krivonos, fiándolo todo a la fuerza de puños y sables, y despreciando la estrategia y la táctica, sólo se preocupaba del ímpetu del ataque. Había mandado que los regimientos de detrás empujasen a los de delante y les hicieran así avanzar.

Las balas de cañón caían chapoteando en el agua, cual cisnes salvajes o ánades palustres, sin inferir, por lo demás, a causa de la gran distancia, daño alguno en las filas del príncipe, colocadas en forma de un gran tablero de ajedrez al otro lado del estanque. El alud humano cubrió el dique avanzando irresistiblemente: una parte de aquella oleada, al llegar al río, buscaba el vado, pero, no encontrándolo, volvía a su punto de partida. Las muchedumbres eran tan compactas, que, según una expresión de Osiński, se podía andar a caballo por encima de las cabezas de los soldados, y cubrían de tal modo el dique, que ni un palmo de terreno quedaba libre.

Jeremías, que lo miraba todo desde la elevación de la orilla, frunció el entrecejo, dirigiendo miradas fulgurantes hacia aquellas turbas. Al notar la confusión y el brutal empuje de las tropas de Krivonos, le dijo al teniente mayor Majnizki:

—A lo villano nos trata el enemigo sin hacer caso del arte estratégico. Avanza con empuje arrollador, pero acabará por ser arrollado.

Entre tanto, como para burlarse de sus palabras, habían llegado ya los rebeldes hasta la mitad del dique, deteniéndose allí asombrados y llenos de inquietud en vista de la inacción de las tropas del príncipe. Pero en aquel preciso momento se inició un movimiento en las filas polacas, que retrocedieron dejando un ancho espacio semicircular entre la primera línea de sus tropas y el dique, a fin de que allí pudiera empeñarse la batalla.

A continuación, un movimiento de los infantes de Korizki descubrió las bocas de los cañones de Wúrzel asestadas al dique, en tanto que en el ángulo formado por Sluch y el foso se veían brillar entre los arbustos de la orilla los mosquetes de los alemanes de Osifski.

Para todo experto estratega no había duda posible respecto a cuál de ambos ejércitos tenía la victoria segura. Sólo un loco como Krivonos podía lanzarse a la batalla en tales condiciones. Toda su fuerza armada no hubiera sido capaz de conseguir ni pasar al otro lado del dique si Jeremías hubiera querido disputárselo.

Pero decidió intencionadamente dejar pasar una parte de las tropas enemigas a aquella parte para envolverlas y aniquilarlas luego. El famoso estratega no hacía más que aprovechar la obcecación de su adversario, que no paraba mientes en que, aunque quisiera acudir en socorro de sus tropas cuando combatieran en la orilla opuesta, no dispondría más que de un estrecho pasadizo, insuficiente a todas luces para el paso simultáneo de destacamentos considerables. Los peritos en el oficio de la guerra estaban asombrados de la actitud del caudillo, sin comprender qué motivo le obligaba a obrar de un modo tan temerario.

Le instigaban sólo su ambición y su sed de sangre. El jefe cosaco había sabido que Kmielnizki, no teniéndolas todas consigo respecto al resultado de la inminente batalla a pesar de la superioridad numérica de las fuerzas rebeldes, se adelantaba a socorrerle con todo el núcleo de las suyas. Krivonos había recibido orden de no trabar batalla. Pero por eso precisamente se había empeñado en hacer lo contrario, y, sin pérdida de tiempo, se había lanzado al combate.

Después de la toma de Polone, donde había aspirado el olor de la sangre, no quería compartir con nadie la gloria de la jornada, y de ahí que obrara con rapidez. Aunque perdiera la mitad de sus gentes, ¿qué importaba? La otra mitad sería luego suficiente para hundir y destrozár a los regimientos del príncipe, y, una vez hundidos y destrozados, mandaría la cabeza de Jarema, como regalo, a Kmielnizki.

Las olas del populacho llegaron al extremo del dique y, atravesándolo, se esparcieron por el semicírculo libre que habían formado las tropas de Jeremías. Pero, apenas lo ha-

bían hecho, recibieron el fuego, de flanco, de la escondida infantería de Osiński, y los cañones de Wúrzel levantaron largas columnas de humo, estremeciendo la tierra con su tremendo ruido; y la batalla se empeñó en toda la línea.

Las nubes del humo de la pólvora cubrieron las orillas del Sluch, el estanque, el dique y todo el campo de batalla. Sólo de cuando en cuando se divisaban los rojos uniformes de los húsares y las rutilantes crestas de los yelmos, que avanzaban como rayos; y toda aquella gigantesca nube vibraba con siniestro rumor. En la ciudad resonó el toque de todas las campanas, cuyos lastimeros sonidos confundíanse con el grave tronar de los cañones. Desde el campamento cosaco acudían, incesantemente, nuevos regimientos.

Los destacamentos que, pasado el dique, llegaron a la orilla opuesta del estanque, se extendieron en un momento, formando una larga línea, y cayeron como mortales aludes sobre las tropas del príncipe. La batalla extendióse desde un extremo del dique hasta el recodo del río y las praderas pantanosas inundadas por las pasadas lluvias.

Los villanos y los llaneros se hallaban en una terrible alternativa: o vencer o morir, pues tenían detrás el agua, hacia donde les empujaban los ataques de la infantería y de la caballería del príncipe.

Zagloba, aunque era asmático y odiaba las aglomeraciones de gente, se lanzó al ataque con los húsares, pues no le quedaba otro remedio si no quería exponerse a perecer bajo los cascos de los caballos. Avanzaba con la rapidez de una flecha y cruzaban por su cabeza, con no menor rapidez, confusos pensamientos... Pero de nada sirven artimañas, de nada sirve el ingenio. ¡El tonto triunfa y el ingenioso perece!

Sentía un odio vehemente contra la guerra, los cosacos, los húsares y el mundo entero. Blasfemaba y rezaba a la vez. El viento le silbaba en los oídos y le oprimía los pulmones... De pronto se paró el caballo ante un obstáculo imprevisto; y el hidalgo, al abrir los ojos, no vió más que guadañas, sables, trillas y un sinnúmero de rostros encendidos de loca furia, ojos, bigotes..., todo en borrosa confusión, agitado, convulso, avanzando con ímpetu arrollador.

Zagloba sintió un supremo arrebató de odio contra aquellos enemigos a quienes no se llevaba el diablo, sino que les dejaba molestarle a él con su presencia, obligándole a combatirles. «¡Tomad, pues!,» pensó, y empezó a repartir sablazos a diestro y siniestro. Unas veces daba en el aire y otras sentía hundirse la hoja del sable en blandas solideces. Al mismo tiempo se sentía vivir, lo que aumentaba enormemente su ánimo. «¡A matar, a degollar!,» bramaba como un bisonte... Por fin, aquellas caras furiosas desaparecieron de su vista, y momentos después no vió más que una masa de hombros, coronada de gorras, que se alejaba rápida con un griterío atronador.

—¿Huirán?—se dijo.—¡Huyen!

Y su arrojo subió de punto.

—¡Ladrones!—gritó.—¿Así resistís a los nobles?

Y se metió entre los fugitivos, dejándose atrás a muchos de ellos. En pleno laberinto de cuerpos humanos, empezó a pelear con mayor presencia de ánimo. Sus compañeros, habiendo empujado a los llaneros hasta las mismas orillas del Sluch, muy pobladas de árboles, perseguíanles a lo largo de la orilla hacia el dique, sin tiempo para hacer prisioneros.

De improvisó sintió el grueso hidalgo que su caballo volvía a detenerse, y al mismo tiempo una cosa pesada le cayó encima y le envolvió toda la cabeza, sumiéndole en la más negra obscuridad.

—¡Señores! ¡Socorro! ¡Auxilio!—gritó, espoleando el caballo a puntapiés.

Pero la bestia, agobiada sin duda por el peso del corpulento jinete, no hacía más que gemir y no se movía.

Zagloba oía el estrépito y los alaridos de los jinetes que pasaban a su alrededor... Luego todo aquel huracán se alejó y reinó un profundo silencio.

De nuevo empezaron a cruzar por la cabeza del hidalgo pensamientos tan rápidos como las flechas tártaras.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? ¡Jesús, María!.. ¿Estaré prisionero?

Frío sudor brotó de su frente. Por lo visto, habían hecho con él lo que él había hecho con Bogun. El peso que sentía sobre uno de los hombros se le antojaba la mano de un co-

saco. ¿Pero por qué no se le llevaban? ¿Por qué no le mataban? ¿Por qué permanecía inmóvil?

—¡Suéltame, bellaco!—exclamó, por fin, con voz ahogada.

Silencio.

—¡Suéltame, bellaco!—repitió.—¡Te perdonaré la vida!

No obtuvo respuesta.

Espoleó de nuevo al caballo, hundiéndole las puntas de los pies en los ijares, pero, como antes, sin resultado. La bestia, que, al pararse, había abierto las patas, apartólas todavía más, sin dar un paso.

El pobre cautivo, haciendo un supremo esfuerzo, desenvainó el cuchillo que le colgaba del cinturón y dió una tremenda cuchillada hacia atrás.

Pero el cuchillo se hundió en el vacío.

El hidalgo, entonces, agarró con ambas manos aquella envoltura que le tapaba la cabeza y se la arrancó en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué es esto?

No había ni un cosaco. En torno suyo todo era soledad. Se veía galopar a lo lejos, entre el humo, a los rojos dragones de Miguel, y unos estadios más allá rutilaban los arneses de los húsares, que perseguían a los fugitivos empujándoles hacia el agua.

A los pies de Zagloba yacía la bandera de un regimiento zaporego. Sin duda un cosaco fugitivo había tropezado con él en su huída y le había dejado liada la enseña a la cabeza.

Al explicarse lo que había acontecido, nuestro héroe recobró la serenidad enteramente.

—¡Ah! ¡He tomado una bandera!—se dijo.—¡A ver quién se atreve a negarlo! ¡Si la justicia no ha perecido con el enemigo, me espera una segura recompensa! ¡Oh, villanos! ¡Si mi caballo no llega a pararse!.. Hasta ahora me desconocía a mí mismo, creyendo que podía fiarme más de mi ingenio que de mi valentía. Pero veo que para algo más elevado puedo servir yo en el ejército que para comer galletas. ¡Oh, por Dios! ¡Otra banda que corre hacia mí! ¡Por aquí no, hijos de perro, por aquí no! ¡Ojalá devoraran los lobos este caballo!.. ¡A matar! ¡A degollar!

En efecto, un nuevo grupo de cosacos corría al galope

hacia Zagloba, profiriendo terribles alaridos, perseguido de cerca por los coraceros de Polanovski. El grueso hidalgo hubiera encontrado la muerte bajo los cascos de los caballos a no ser por los húsares de Skretuski, que después de haber hecho perecer en el agua a los que perseguían, volvían en aquel momento para coger entre dos fuegos al grupo supradicho. Al verlos, los zaporogos se lanzaron al agua con el solo objeto de evitar la muerte a sablazos, pero para perecer ahogados. Algunos que se arrodillaron implorando clemencia perecieron bajo los sables. La matanza era formidable y general, pero los mayores estragos los habían causado los polacos en el dique. Todos los destacamentos que lo cruzaron fueron aniquilados en el semicírculo formado por las tropas del príncipe. Los que no habían conseguido todavía pasar el dique morían víctimas del fuego incesante de las piezas de Wúrzel y bajo los disparos de los mosqueteros alemanes. No podían avanzar ni retroceder, pues Krivonos no cesaba de empujar nuevos regimientos a la lucha, los cuales, tropezando contra las filas delanteras, cerraban la única salida que quedaba. Diríase que Krivonos había jurado aniquilar a sus propias gentes: empujándose en densa aglomeración, apretujándose, acometiéndose unos a otros, caían muertos o saltaban al agua desde los dos lados, pereciendo ahogados. En un extremo se divisaban masas negras de fugitivos; en el otro las apretadas filas de las tropas del príncipe avanzaban victoriosas. En el centro no quedaban más que verdaderas murallas de cadáveres, gemidos, gritos que no parecían humanos, espantoso terror, confusión y caos general. El estanque estaba lleno de cadáveres de hombres y de caballos y sus aguas empezaban a desbordarse.

A veces se interrumpía el retumbar de los cañones. Aprovechando tales intervalos, salían del dique como vomitados por un gigantesco cañón grupos de zaporogos y de populacho, que, dispersándose por el semicírculo, se clavaban en las puntas de las espadas. Wúrzel volvía a empezar su música infernal y una lluvia de metralla obstruía el paso del dique, imposibilitando la llegada de nuevos refuerzos.

Durante horas y horas se prolongó aquella carnicería.

Krivonos, furibundo, con la espuma en los labios, no

considerando todavía la batalla perdida, mandaba millares de bravos cosacos a la boca de la muerte.

En la orilla opuesta aparecía Jeremías con su armadura de plata, a caballo, sobre un elevado collado llamado en aquellos tiempos «La mogila del jarro» y abarcando con su mirada todo el campo de batalla.

Con augusta calma en el rostro contemplaba el dique, el estanque, las orillas del Sluch, el puente en que se extendía el gigantesco campamento de Krivonos envuelto en la nube azulada de la niebla que cubría el horizonte. Los ojos de Jeremías no se apartaban de aquel caos de carros. Por último, volviéndose al barrigudo vaivoda de Kiev, dijo:

—Hoy ya no podremos tomar el campamento.

—¿Cómo? ¿Vuestra Alteza quisiera acaso?..

—El tiempo vuela rápido... ¡Ya es tarde! Mirad, vaivoda, ya declina el día.

En efecto, desde la primera salida de los guerrilleros, alargada la batalla por la obstinación de Krivonos, había pasado tanto tiempo, que el sol había recorrido ya casi todo su arco diurno y se inclinaba hacia el ocaso. Las nubecillas ligeras y elevadas, anunciadoras de buen tiempo, desparrramadas por el cielo como un rebaño de blancas ovejas, comenzaban a teñirse de púrpura y a agruparse. Poco a poco fueron cesando de afluir al dique las bandas cosacas, y aquellos regimientos que habían subido ya a lo alto se retiraban en desorden y llenos de pánico.

La batalla tocaba a su fin. Huían a toda prisa las furiosas bandas de Krivonos, que acabaron volviéndose contra su caudillo, entre gritos de furiosa desesperación:

—¡Traidor! ¡Nos llevas a la perdición! ¡Ogro! ¡Perro sanguinario! Nosotros mismos te entregaremos maniatado a Jarema, y así rescataremos nuestras vidas. ¡Para ti la muerte, no para nosotros!

—Mañana os entregaré al príncipe y todo su ejército, o pereceré en la demanda —contestó Krivonos.

Pero aquel deseado «mañana» era sólo problemático, mientras que el presente «hoy» era un día de desastre y derrota. Varios millares de valerosos soldados llaneros, sin contar el populacho, yacían en el campo de batalla o ahogados en la presa o en el río. Cerca de dos mil habían

caído prisioneros, y perecido catorce coroneles y numerosos centuriones, esauls y oficiales. El vicejefe de Krivonos, Pulian, había caído vivo, con las costillas rotas, en poder del enemigo.

—¡Mañana los degollaremos a todos!—repetía Krivonos.—¡Hasta que lo consiga no beberé aguardiente ni comeré!...

Entre tanto, en el campamento opuesto se tiraban a los pies del temible príncipe las banderas trofeo de la victoria. Cada vencedor tiraba la suya, hasta que formaron un montón de cuarenta. Cuando le llegó su turno a Zagloba, el bizarro hidalgo arrojó su bandera con tal ímpetu que el asta se rompió.

—¿Habéis cogido con vuestras propias manos esta enseña?—le preguntó el príncipe.

—Para serviros, Alteza.

—Por lo que veo, no eres sólo Ulises, sino también Aquiles.

—No soy sino un simple soldado, pero peleo a las órdenes de Alejandro de Macedonia.

—Como no tienes sueldo, que te pague mi tesorero otros doscientos ducados por tu hazaña.

Zagloba abrazó las rodillas del príncipe, exclamando:

—¡Alteza! Mayor es vuestra bondad que mi valentía, que preferiría esconderse en su propia modestia.

Una sonrisa casi imperceptible asomó al rostro moreno de Skretuski, pero el oficial calló. Ni entonces ni nunca le habló al príncipe ni a nadie de la inquietud de Zagloba antes de la batalla. El grueso hidalgo salió con aire tan arrogante, que los soldados de otras banderas no podían menos de señalarle con el dedo, diciendo:

—Ése es el que ha mostrado hoy mayor arrojo en la batalla.

Cerró la noche. A ambos lados del río y de la presa resplandecieron millares de hogueras, cuyo humo se elevaba hacia el firmamento en grandes columnas. Los soldados, rendidos, restauraban sus fuerzas con comida y aguardiente, y algunos hablaban de los episodios de la batalla, animándose así para el día siguiente. Zagloba hablaba más alto, haciendo alarde de las hazañas que había llevado a

cabo, y de las que hubiera podido llevar si su caballo no hubiera tropezado.

—Señores—dijo, dirigiéndose a los oficiales del príncipe y a los hidalgos de la bandera de Tiskievich,—las batallas campales no son una novedad para mí. He tenido parte en muchas en Multán y Turquía, pero como desde entonces he vivido mucho tiempo en la inacción, temía, no a los enemigos, porque ¡valiente miedo me infunden esos bellacos!, sino a mi propio ardor bélico, y ya desde el principio esperaba que me llevaría demasiado lejos...

—Y así ha sucedido.

—¡Ya lo creo que ha sucedido así! Skretuski puede decirlo. Ver a Viérsul caer del caballo y tratar de correr en su ayuda todo fué uno. Apenas pudieron contenerme mis compañeros.

—Es verdad—dijo Juan,—apenas pudimos conteneros.

—Pero, decidme—interrumpió Karvich:—¿dónde está Viérsul?

—Ha salido ya con la vanguardia; es un hombre incansable.

—Oid, señores—continuó Zagloba, visiblemente contrariado por la interrupción,—cómo he conquistado esa bandera...

—¿De modo que está herido Viérsul?—volvió a interrumpir Karvich.

—No es la primera que he tomado en mi vida...; pero, a la verdad, ninguna me ha costado tanto trabajo...

—No está herido, sino sólo magullado—contestó el tártaro Azulevich,—y ha tragado un poco de agua al caer de cabeza en la presa...

—Es extraño que no hayan perecido los peces—añadió Zagloba amoscado,—porque una cabeza tan fogosa debe de haber hecho hervir el agua...

—¡Es un gran guerrero!

—No lo será tanto cuando un Pulian (1) le ha zurrado... ¡No se puede hablar con vosotros! No estaría de más que aprendieseis de mí cómo se conquistan banderas enemigas...

(1) *Pul-ian*= medio Juan. (*N. del T.*)

La conversación fué interrumpida por el jovencito Aksak, que acababa de acercarse a la hoguera.

—Traigo nuevas, señores...—dijo con voz chillona, casi infantil.

—El ama ha dejado los pañales sin lavar, el gato se ha bebido la leche y se ha roto la tacita...—murmuró Zagloba.

Pero Aksak, sin hacer caso de esta alusión a su poca edad, añadió:

—Están asando a Pulian...

—Así tendrán buen asado los perros...—refunfuñó el grueso hidalgo.

—...y hace declaraciones. Las negociaciones se han roto. Pan Brusilov está medio loco de rabia. Kmiel llega al frente de todas sus tropas en socorro de Krivonos.

—¡Qué Kmiel, ni qué demonios! ¿A quién le importa aquí Kmiel? Si hay Kmiel (1), no faltará un buen barril de cerveza... Kmiel nos importa tres pitos, ¿comprendéis?..

Las miradas del grueso hidalgo clavábanse orgullosas y amenazadoras en todos los presentes.

—Kmiel está en marcha, es verdad, pero también es un hecho que Krivonos no le ha esperado y ha perdido la batalla.

—Tanto va el cántaro a la fuente...

—Seis mil cosacos están ya reunidos en Majnovka a las órdenes de Bogun...

—¿De quién? ¿De quién decís? —preguntó Zagloba, de pronto, con la voz completamente alterada.

—De Bogun.

—¡No puede ser!

—Así acaba de declararlo Pulian.

—¡Ahora sí que estamos frescos!—exclamó Zagloba con voz lastimera.—Y decidme, ¿pueden llegar pronto?

—Dentro de tres días. Pero, como vienen a pelear, no avanzarán tan rápidamente para no cansar a los caballos.

—Lo que es yo no avanzaré despacio...—profririó el hidalgo.—¡Ángeles del Paraíso, salvadme de las garras de ese descamisado! Daría cien veces la bandera que acabo de conquistar porque ese mequetrefe se rompiera la crisma

(1) *Kmiel*=lúpulo. (*N. del T.*)

antes de llegar aquí. Espero que no se hará esperar mucho tiempo. Ya que le hemos demostrado a Krivonos lo que podemos, ahora lo conveniente sería descansar un poco. Odio de tal modo a ese Bogun que sólo su endiablado nombre me causa náuseas. ¡En flojo lío me he metido!... ¿No hubiera podido permanecer tranquilo en Bar? Ha sido, sin duda, el demonio quien me ha traído aquí.

—No os apuréis—susurró Skretuski.—Parece mentira... Entre nosotros no os amenaza ningún peligro.

—¿Ningún peligro? ¡No conocéis a ese diablo de hombre! Es muy capaz de haber llegado ya y andar por entre estas hogueras.

Y al decir esto, Zagloba miró inquieto a su alrededor.

—A vos—añadió—no os tiene menos tirria que a mí.

—¡Dios quiera que le encuentre!—exclamó Juan.

—Si debe considerarse eso como una suerte, renuncio a ella. Como cristiano le perdonaré de buena gana todas sus ofensas, pero sólo bajo la condición de que sea ahorcado dos días antes. No es que le tenga miedo, no, pero no podéis imaginaros cuánto le aborrezco. Siempre me gusta saber quién es la persona con quien trato: si es un hidalgo, que es un hidalgo; si es un bellaco, que es un bellaco... Pero ese hombre parece el diablo en persona, y, la verdad, no sé a qué atenerme. He ejecutado en su compañía hazañas memorables... Quisiera que hubierais visto la cara que ponía cuando le estaba vendando la sesera. Hasta en mi hora suprema lo recordaré. Mas no despertemos al demonio, dejémosle dormir. Hablad del diablo y aparecerá... Hablemos de la princesa. ¿Por qué sois tan ingrato y no tranquilizáis un poco a la desventurada joven?

—Pero *¿quo modo?* ¡Decid!

—No hacéis más—dijo Zagloba, llevándose a Juan a dos o tres metros de la hoguera—que luchar y luchar, cediendo a vuestros impulsos de guerrero, a vuestro temerario arrojo, mientras ella se deshace en lágrimas, esperando en vano vuestra respuesta. Otro no obraría de ese modo, sino que hace ya tiempo me hubiera enviado con la ansiada contestación, probando así su amor, su ternura...

—¿De modo que pensáis volver a Bar?

—Hoy mismo, porque me da lástima la pobre joven.

Juan levantó al cielo su melancólica mirada.

—No me acuséis de falta de amor. Dios es testigo de que no pruebo bocado, ni restauro las fuerzas de mi miserable cuerpo con el sueño, recordándola, añorándola... Ella llena mi corazón y lo llenará toda mi vida. Y si no os he enviado con la respuesta es porque quería ir a verla en persona, cediendo al dulce impulso de mi amor, con objeto de unirme a ella sin demora alguna para siempre. No hay alas en el mundo, ni vuelo tan rápido, que correspondan a mi ardiente deseo de volar hacia ella, mi pobre desventurada...

—¿Entonces por qué no voláis?

—No cuadra con mi dignidad hacerlo antes de la batalla. Soy soldado y gentilhombre, y debo mirar, ante todo, mi honor.

—Pero si la batalla puede considerarse acabada...; podemos partir ahora mismo...

Juan exhaló un suspiro.

—Mañana atacaremos a Krivonos.

—Os confieso que no lo entiendo. Derrotáis a Krivonos el joven y viene el viejo. Derrotáis al viejo y viene ese mocito de... ¡me crispa los nervios mentarlo!... Bogun. Derrotaréis a Bogun, y vendrá Kmielnizki. ¡Qué diantre! Me parece que, de seguir así, valdría más que os juntaseis con Longinos. Un bobo casto *plus* nuestro insigne Skretuski, *summa facit* (1): dos bobos y la castidad. ¡Idos al diablo! Estoy tentado, ¡vive Dios!, de decirle a la princesita que os la pegue con otro... Cuando la vea Andrés Potozki, dilatará las narices y faltará poco para que relinche como un caballo. ¡Qué demonio! Si fuerais un pipiolo que no hubiera recibido aún el bautismo de fuego y tuviera que ganarse la palma guerrera con sus méritos futuros, lo comprendería; pero ¡vos, un hombre que se ha atracado de sangre como un lobo, y que, según cuentan, ha matado un dragón infernal o un caníbal bajo las murallas de Majnovska!... Juro por esa luna que brilla en el cielo, que aquí hay gato encerrado o que, en vuestra loca sed de sangre, la preferís a las delicias del lecho nupcial.

Skretuski miró a la luna, que navegaba, sobre el cam-

(1) Un bobo casto *más* nuestro insigne Skretuski *suman*:...

pamento, por la alta bóveda del cielo cual una nave de plata.

—Os equivocáis—repuso al cabo de un rato.—No tengo sed de sangre ni empeño en ganar una gran fama, pero, la verdad, no puedo avenirme a abandonar a mis compañeros en el más duro trance, cuando la bandera entera, *némine excepto* (1), tiene que presentarse al servicio. En eso va el honor de caballero, lo que es una cosa sagrada. Y en cuanto a la guerra, no hay duda de que continúa, puesto que se ha aumentado la plebe rebelde. Sin embargo, si Kmielnizki acude en ayuda de Krivonos, habrá una interrupción. O bien Krivonos nos presentará campo mañana, o no nos lo presentará. Si nos lo presenta, entonces, Dios mediante, se llevará su merecido... Pero luego tendremos que irnos a un país más pacífico para recobrar un poco el aliento. Hace ya más de dos meses que no dormimos ni comemos. No hacemos más que pelear y pelear, pasando días y noches a campo raso, expuestos a la inclemencia de los elementos. El príncipe, además de un gran guerrero, es un hombre prevenido. Con las fuerzas de que dispone actualmente no se arriesgará contra Kmielnizki, no opondrá unos cuantos millares de soldados a cientos de miles de enemigos. Sé que irá a Zbaraz para rehacer allí sus fuerzas, para alistar nuevos soldados, y entonces los gentileshombres de toda la república engrosarán sus filas. Y hasta que no estemos en tales condiciones no iremos a la batalla decisiva. Así, pues, mañana es ya el último día de nuestras fatigas, y pasado mañana podré, con la conciencia pura, encaminarme a Bar. Respecto a Bogun, tranquilizaos. Como no podrá en modo alguno llegar aquí antes de tres días, no tomará parte en la batalla; pero, aunque la tomara, aliento la esperanza de que su estrella de villano palidecerá, no sólo ante el resplandor de la del príncipe, sino también ante el de la mía de caballero y guerrero.

—Es Belcebú en persona. Os he dicho que no me gusta la aglomeración de gentes, pero, si entre las gentes se encuentra él, aún me gusta menos. No es miedo, os lo repito, sino antipatía, repugnancia... En fin, ¡váyase al diablo! Maña-

(1) «Sin exceptuar a nadie.»

na les sacudiremos el polvo a los villanos, y después ¡arrea para Bar! ¡Oh, cómo fulgurarán aquellos hermosos ojos cuando os vuelvan a contemplar! ¡Oh, cómo se colorearán aquellas mejillas! Creedme, yo también estoy deseando verla, pues la quiero como un padre. Se comprende: no tengo hijos, que yo sepa... *legítimamente* (1) y mis posesiones están lejos de aquí, en Turquía, donde me las están esquilmando las autoridades paganas; vivo en el mundo como un huérfano y para pasar mi vejez tal vez tenga que dedicarme a administrar la herencia Triparrata del señor Longinos Podbipienta.

—No os apuréis, no sucederá eso. Lo que habéis hecho por nosotros merece toda nuestra gratitud.

La conversación fué interrumpida por un oficial, que, al pasar, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—¡Viérsul!—exclamó Skretuski, reconociéndole por la voz.—¿Volvéis de la vanguardia?

—Acertáis. Y he hecho escala en la tienda del príncipe.

—¿Qué se dice por allí?

—Mañana es la batalla. El enemigo está ampliando el dique y echando puentes sobre el Stir y sobre el Sluch para poder, al fin, avanzar hacia nosotros.

—¿Y qué dice el príncipe de eso?

—Ha dicho «Bien.»

—¿Nada más?

—Nada más. No ha ordenado que se interrumpiera el trabajo: por eso se oyen retumbar las hachas. Seguramente trabajarán hasta mañana.

—¿Habéis interceptado noticias?

—He hecho siete prisioneros. Todos declaran haber oído decir que Bogdan está en camino; pero debe de andar todavía lejos. ¡Qué noche!

—Se ve como de día... ¿Y cómo os encontráis de vuestro magullamiento?

—Me duelen los huesos. Voy a darle las gracias a nuestro Hércules y luego dormiré un rato, porque no puedo más. Ojalá pudiera dormir al menos dos horas.

(1) «Legítimamente nacidos.»

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Idos a dormir también vos—dijo Juan a Zagloba;— es tarde y mañana tendremos que batir el cobre.

—¡Y pasado mañana en marcha!—recordó Zagloba.

Luego de rezar un padrenuestro, los oficiales se tendieron en el suelo, cerca de la lumbre. Poco después las hogueras se fueron apagando una tras otra y el campamento hubiera quedado sumido en la obscuridad a no ser por los argentinos rayos de la luna, a cuya luz se distinguían numerosos grupos de durmientes. El silencio sólo era turbado por un ronquido fuerte y unánime y por los *alertas* de los centinelas.

El sueño había cerrado los párpados de los soldados.

Apenas los primeros resplandores del alba disiparon las sombras nocturnas, se oyó por todos lados del campamento son de trompas tocando diana.

Una hora después, con gran estupefacción del ejército, el príncipe ordenó la retirada en toda la línea.

CAPÍTULO XVI

Pero se trataba de una retirada de león, que busca espacio suficiente para dar el salto.

El príncipe había dejado que Krivonos pasara al otro lado del río para asestarle luego el golpe más fuerte. Al principio de la acción había hecho dar media vuelta a la caballería fingiendo la fuga. Los llaneros y los campesinos, al ver aquello, rompieron filas para lanzarse en su persecución y envolverle. Mas, de pronto y con imprevista maniobra, el príncipe ordenó la contramarcha y cargó tan furiosamente con toda la caballería, que no les dió tiempo para la resistencia. Fueron perseguidos, durante una milla, hasta el vado, y luego a través del dique y del río y hasta media milla más allá del campamento, donde se les degolló sin compasión. La palma del día se la llevó Aksak, el joven de diez y seis años, que fué el primero en atacar y en sembrar el pánico entre los enemigos.

Sólo con un ejército tan recio y adiestrado podía atreverse el príncipe a realizar tales ardidés de fuga fingida, que en cualquier otro ejército hubiera podido convertirse en fuga verdadera.

Si la derrota de la primera jornada fué desastrosa para Krivonos, la de aquel día fué más trágica todavía. Perdió todos sus cañones de campo y un sinnúmero de banderas, entre ellas varios estandartes de la Corona que habían conquistado los zaporogos bajo las murallas de Korsun. Si la infantería de Korizki y de Osiński y la artillería de Wúrzel hubieran podido seguir el ímpetu de la caballería, todo el campamento hubiera caído de un golpe en manos del príncipe. Pero la noche cerró antes de que pudieran llegar y el enemigo se había alejado ya a tanta distancia que era cosa difícilísima alcanzarle. Así y todo, Basilio conquistó la mitad del campamento y, con ello, existencias de armamento y víveres.

Dos veces había estado a punto el populacho de apoderarse de Krivonos y entregárselo al príncipe, y sólo la promesa de que volverían al punto a Majnovka logró arrancarle de sus manos. Huyó, pues, con sus fuerzas diezmasdas, derrotadas, lleno de desesperación, sin hacer alto hasta la plaza. Llegado allí, Bogdan, en el primer ímpetu de su ira, ordenó que le ataran, con una cadena al cuello, a la boca de un cañón. Sin embargo, pasado aquel arrebato, el atamán de los zaporogos recordó que el infortunado Krivonos era quien en Volinia y en la toma de Polone había mandado millares de almas de hidalgos al otro mundo, dejando sus cadáveres insepultos en el campo de batalla. Hasta su encuentro con Jeremías la victoria le había acompañado siempre. Recordando estos méritos, el atamán de los zaporogos tuvo compasión de él, y no sólo mandó desatarle inmediatamente, sino que le restituyó el mando y le envió a Podolia a que hiciese nuevas conquistas y mantanzas.

El príncipe, entre tanto, notificó a sus tropas que había llegado el momento del tan anhelado descanso. También su ejército había tenido sensibles pérdidas, sobre todo en los ataques de la caballería contra el campamento de Krivonos, donde se defendían los cosacos con gran denuedo y habilidad. Cerca de quinientos soldados habían quedado muertos en el campo de batalla. El coronel Mokrski, gravemente herido, había expirado a los pocos momentos. También habían sido heridos Kusel, Polanovski, el joven Aksak y Zagloba. Este último no tardó en acostumbrarse a la aglomeración de gente y embistió con arrojo en nada inferior al de sus compañeros. Dos terribles trillazos le magullaron la espalda de tal modo que yacía sin movimiento en el carro de Skretuski.

El plan del viaje a Bar se había, pues, desbarajustado. Pero, aunque Zagloba no hubiera sufrido tal percance, tampoco hubieran podido él y Juan partir a Bar cuando pensaban, pues el príncipe había mandado a Skretuski, al frente de unas cuantas banderas, a las cercanías de Zaslav, con la misión de exterminar las partidas de aldeanos allí reunidos. Skretuski había obedecido sin decirle al príncipe ni una palabra del viaje proyectado.

Durante cinco días enteros el oficial incendió y mató, hasta dejar la región limpia de enemigos.

Sin embargo, como sus gentes estaban ya rendidas por el incesante guerrear, las marchas fatigosas, las emboscadas, los desvelos, etc., Juan decidió volver al lado del príncipe, quien, según le informaron, se había retirado, entre tanto, a Tarnopol.

Camino de Tarnopol, Skretuski se detuvo en Sujoriñce, cerca de Jómor, alojando sus banderas en la aldea y quedándose él a dormir en una choza de labrador. Vencido por los largos desvelos y fatigas, no tardó en conciliar el sueño y durmió toda la noche como un tronco.

Al despuntar el alba se despertó a medias, sin llegar a una noción clara de la realidad circundante... Imaginaba estar en Lubnie, como si nunca hubiera salido de allí; creíase durmiendo en su estancia de la armería; veía a Redián, atareado como todas las mañanas, en la limpieza de los vestidos de su dueño.

Pero la luz del día fué disipando poco a poco sus ensoñaciones. Recordó entonces que estaba en Sujoriñce, y no en Lubnie, aunque la visión del fiel siervo no se había disipado. Skretuski seguía viéndole en un taburete, bajo de la ventana, engrasando el correaje de su coraza, que se había resecaado mucho a causa del calor.

Sin embargo, siguiendo en la creencia de que no era más que la ficción de un sueño, cerró los ojos y otra vez vió a Redián en el mismo sitio.

—¡Redián!—exclamó. —¿Eres tú o tu espíritu?

El muchacho se estremeció de espanto al grito imprevisto, soltó la coraza, que hizo gran ruido al caer al suelo, y abrió los brazos.

—¡Dios mío!—articuló.—¿Por qué dais esos gritos? ¡Qué espíritu ni qué garambainas, si soy yo, bueno y sano!

—¿Pero has vuelto ya?

—¿Me habéis echado acaso?

—Acércate, deja que te abrace.

El fiel siervo precipitóse hacia su dueño, abrazándole las rodillas, y Juan le dió un beso en la frente, fuera de sí de alegría.

—¡Vives, pues!—repetía.—¡Vives!

—¡Señor! Enmudezco de alegría al pensar que también vuelvo a encontrar a Vuestra Señoría en perfecta salud...; pero... ¡Dios mío!... habéis soltado un berrido que me ha hecho soltar la coraza... Las correas están encogidas..., se ve que no tuvisteis ningún servicio... ¡Loado sea Dios, loado!... Mi querido amo...

—¿Cuándo has llegado?

—Anoche.

—Pero ¿por qué no me despertaste?

—¡Oh! ¡Yo despertaros! He venido al amanecer a limpiar la ropa...

—¿De dónde vienes?

—De Guscha.

—¿Qué buscabas allí? ¿Qué te ha pasado? ¡Habla, contesta!

—Imaginaos, señor: allí vinieron los cosacos a saquear e incendiar los bienes del vaivoda de Brazlav... Yo les tomé la delantera. ¡Como que llegué en compañía del reverendo padre Petronio Lasko, que me llevó consigo a Guscha, adonde se dirigía, en representación del vaivoda, con unas cartas! Desempeñada la embajada, volví con él. Luego los cosacos quemaron Guscha, asesinando al padre Petronio en castigo del sincero afecto que nos profesaba. La misma suerte hubiera corrido el vaivoda, si se hubiera encontrado allí, porque también es un hombre magnánimo y un gran bienhechor de aquellos pobres...

—Pero habla con claridad, sin confundir las cosas, porque así no hay quien te pueda entender. De modo que has estado entre los cosacos y has visto a Kmielnizki, ¿no es así?

—¡Ya lo creo! Cuando me cogieron en Chegrin, creyéronme uno de los suyos y no querían soltarme. Vestíos, si os place... ¡Dios mío!... y todo está tan destrozado que se cae a pedazos... Mil dem... Mi amo, os ruego que no os enfadéis conmigo por no haber entregado en Razlogi la carta que me disteis en Kúdak... El bribón de Bogun me la quitó. A no ser por aquel gentilhombre gordo que estaba con él, me hubiese enviado al otro mundo.

—Lo sé todo, no fué culpa tuya. Ese grueso hidalgo se encuentra actualmente en el campamento. El me ha conta-

do cómo ocurrió todo. Le raptó a Bogun la princesita, que ahora está, sana y salva, en Bar.

—¡Oh! ¡Bendito sea Dios! Ya sabía que Bogun se había quedado sin ella. No tardaremos, pues, en celebrar la boda, ¿verdad?

—Desde luego. De aquí iremos a Tarnopol y de allí a Bar.

—¡Loado sea Dios! Que se ahorque, si quiere, ese Bogun... Una hechicera le auguró que nunca sería suya la mujer que amaba, y que en cambio se casaría con un laj... Este laj seréis probablemente vos.

—¿Pero cómo sabes tú eso?

—Me lo han contado. Veo que no hay más remedio que referiroslo todo por menudo, tal como ha ocurrido... Pero vestíos mientras os lo refiero, porque ya nos están preparando el almuerzo... Pues bien, salí de Kúdak en aquella *chaica* y nuestro viaje nunca se acababa, porque, como íbamos río arriba... y, para colmo de males, la embarcación sufrió una avería, tuvimos que arreglarla. Ya arreglada la embarcación, seguimos navegando, señor, y navegamos, navegamos...

—Sí, navegasteis, navegasteis... ¿Pero qué más?—interrumpió Juan con impaciencia.

—...hasta que por fin llegamos a Chegrin... De lo que me pasó allí estáis ya enterado.

—Sí, estoy enterado.

—Bueno, pues me llevaron a la cuadra sin conocimiento. Inmediatamente después de la salida de Bogun, llegó Kmielnizki con un formidable ejército zaporogo. Como poco antes el gran hetmán había castigado severamente a los habitantes de Chegrin por su simpatía a los zaporogos, había en la ciudad multitud de muertos y heridos... Creyendo que yo era uno de los zaporogófilos, no sólo no me remataron, sino que, además, me prodigaron toda clase de cuidados, y, aunque a los tártaros se lo permitían todo, se opusieron a que se apoderaran de mí. Yo, cuando recobré el conocimiento, no sabía qué hacer. Y aquellos bribones se fueron a Korsun, donde derrotaron a los hetmanes. ¡Oh, señor mío! ¡Lo que mis ojos vieron! ¡No hay palabras que lo pinten! Considerándome uno de los suyos, no me oculta-

ban nada y no se recataban para nada de mí. Yo estaba indeciso entre huir o quedarme con ellos, y por fin decidí quedarme en espera de mejor coyuntura para poner pies en polvorosa. Cuando comenzaron a descargar el botín que traían de Korsun, todos aquellos tapices, alfombras, arneses, joyas, arcas y alhajas... ¡oh, oh, mi amo!..., el corazón quería saltárseme del pecho y los ojos se me salían de las órbitas. Aquellos bribones vendían seis cucharitas de plata por un escudo y luego hasta por una cuarta de vodka; un clavo de oro, una hebilla o una borla de gorra hubiera podido adquirirse por media cuarta. Entonces me dije: «¿Por qué he de estar aquí hecho un pasmarote, pudiendo hacer mi agosto? Si Dios me concediera un día el favor de volver a Rediany, en Podlasie, donde viven mis padres, les entregaría mi botín, pues los pobres están, desde hace cincuenta años, en pleito con los Iavorski y ya carecen de medios para continuarlo.» Así, pues, querido amo, compré tal cantidad de cosas, que he necesitado dos caballos para transportarlas... Este negocillo era lo único que me consolaba de estar lejos de vos, señor.

—¡Ah, Rendían, siempre eres el mismo! De todo sabes sacar provecho.

—Cuando Dios me ha favorecido con su bendición, no debe de ser malo lo que hice. Lo malo es robar y yo no robo. ¿Os acordáis de la bolsita que me disteis para los gastos de viaje a Razlogi? Pues aquí la tenéis. Considero justo devolvérosela, ya que no llegué a Razlogi.

Diciendo esto, el mozo descinóse el cinturón, y, sacando la bolsita, se la alargó al oficial. Juan no pudo menos de sonreír.

—Como todo te ha salido tan a pedir de boca, serás de seguro más rico que yo...; pero, vaya, guárdate también la bolsita.

—Mis humildes gracias, señor. Si he llegado a reunir algo... por la gracia de Dios, bien contentos se pondrán mis padres y mi abuelito, que tiene ya noventa años... Y en cuanto a los Iavorski, se gastarán en el pleito hasta su último ochavo, quedándose, por último, sólo con el cayado de mendigo. Pero también vos salís ganando, porque en lo futuro no os recordaré más aquel cinturón de colores que

me prometisteis en Kúdak, aunque no me vendría mal, que digamos.

—Ya que me lo has recordado... ¡Pillastre!... Estás hecho un verdadero *lupus insatiabilis* (1). No sé dónde está aquel cinturón..., pero, puesto que te lo prometí, lo tendrás, y si no es aquel, será otro...

—Mis humildes gracias—repitió el mozo, acariciando las rodillas de su amo.

—Déjate de zalamerías... Más vale que sigas tu relato.

—Pues, como iba diciendo, el Señor quiso que me fuera provechosa la estancia entre aquellos bandidos. Lo único que me entristecía era la incertidumbre respecto a vuestra suerte y el temor de que Bogun se hubiera llevado a la joven, cuando un día supe, de pronto, que estaba en Circasia, en cama, entre la vida y la muerte, a consecuencia de las heridas que le habían hecho los príncipes, y, ni tardo ni perezoso, me fuí a Circasia. Ya sabéis, señor, que soy ducho en aplicar esparadrapos y vendar las heridas. Había conquistado cierta fama respecto a esto, y el coronel Doniez me acompañó a casa de aquel malvado para que le cuidase. Allí me enteré, con lo que se me quitó un peso de encima, de que la joven había logrado escaparse con el hidalgo. Cuando me encaminaba a la habitación de Bogun, pensaba: «¿Me reconocerá?» Estaba delirando a causa de la fiebre y no me reconoció en los primeros momentos. Luego, reconociéndome al fin, me preguntó: «¿Eres tú el que iba a Razlogi con la carta?—Sí, contesté.—¿Eres tú, pues, siguió preguntándome, el muchacho a quien le di el hachazo?—Sí, yo soy.—¿El que está al servicio de Skretuski?...—Ya no estoy al servicio de nadie, repuse falazmente; he recibido más agravios que propinas en tal servicio, y he decidido unirme a los cosacos en su lucha por la libertad... Desde hace diez días os estoy cuidando, ganoso de devolveros la salud.» El me creyó y no desconfió de mí. Por él supe que Razlogi había sido quemado, que él había matado a dos príncipes, y que los demás, al enterarse de ello, habían intentado presentarse al príncipe Jeremías, pero, viéndose imposibilitados de hacerlo, se habían refugiado en las filas

(1) «Lobo insaciable.»

lituanas. ¡Cómo se puso al recordar al gentilhomme gordo! Comenzó a rechinar los dientes como si cascara nueces.

—¿Fué larga su enfermedad?

—Larga, muy larga... Se le cicatrizaron las heridas, pero luego volvieron a abrírsele, porque se las había curado mal. ¡Cuántas noches pasé sentado a su cabecera, ¡mal rayo le parta!, como si fuera un buen hombre! Yo había jurado por la salvación de mi alma que me las pagaría, y este juramento, señor, se cumplirá, aunque tenga que pasarme la vida buscando la ocasión propicia... ¿Qué le había hecho yo para que me tratase de modo tan bárbaro?... Como no soy un pelagatos, ese hombre tiene que morir a mis manos, si otro no se me adelanta. Cien veces estuve tentado de cortarle el pescuezo, cuando me hallaba a solas con él; pero me hubiera avergonzado de degollarle así como estaba, postrado en el lecho.

—Matarle *aegrótum et inermem* (1) hubiera sido hazaña digna de un bellaco, no de un hidalgo.

—Eso me decía yo, señor, y recordaba las palabras de mi abuelito, cuando me despedí de mi familia para irme a correr mundo. «Nunca olvides, tarugo, me dijo bendiciéndome, que eres un noble; sé ambicioso, pero sirve con lealtad y mantén siempre alto tu honor.» Me dijo, además, que Jesucristo llora cuando algún hidalgo obra villanamente. Yo he conservado siempre en mi memoria aquellas advertencias y he cuidado de no infringirlas. Dejé, pues, escapar la ocasión. Nuestra intimidad, por lo demás, era cada día mayor. «¿Cómo te recompensaré yo?,» me preguntaba a veces. Yo le contestaba: «Con lo que se os antoje.» Y, la verdad, no puedo quejarme: me colmó de regalos, que yo no rehusé, pensando: «¿Por qué ha de quedarse todo eso en manos de un bandido?» También otros me regalaban por cariño a él, pues habéis de saber que allí es un hombre queridísimo, tanto entre los llaneros como entre el populacho, a pesar de que en toda la república no hay ni un solo noble que sienta tanto desprecio por los villanos como él.

Rendián hizo una pausa y, moviendo la cabeza como quien renuncia a explicarse algo incomprensible, continuó:

(1) «Enfermo e inermé.»

—Es un hombre extraño. Con todo eso, hay que reconocer que tiene los sentimientos de un verdadero noble. Y en cuanto a la joven... la quiere de veras, la ama. ¡Dios Todopoderoso! Apenas se hubo restablecido un poco, le visitó la hermana de Doniez para decirle la buenaventura: le predijo varias cosas, pero ninguna buena. Es una gigante infame, en pacto con los demonios... Pero, por lo demás, es una real moza. Cuando rompe a reír juraríais oír el relincho de una yegua en el prado. Enseña sus blancos dentazos, tan fuertes que es capaz de traspasar a mordiscos una coraza. Cuando anda, la tierra tiembla. No sé qué diablos encontró en mí, que le gusté. Siempre que pasaba por mi lado me tocaba la cara, me tiraba de la manga o me daba un empelloncito cariñoso. «¡Ven conmigo!» me decía a veces; pero yo temía que el rey del infierno me retorciera el cuello en algún sitio solitario y allí se acabasen mis miedos. Y le contestaba: «¿Pero no hay otros en el mundo?» Y ella me decía: «Aunque eres un muchacho, me pirro por ti.» «¡Lárgate, bruja!» respondía yo. Pero ella no se despirraba y seguía en sus trece.

—¿La viste alguna vez profetizar?

—¡Vaya!... Se oían en la habitación silbidos, baladros, y se veían sombras y a modo de nubes que me ponían carne de gallina. Ella, en el centro, erguida, fruncía sus cejas negras y repetía: «¡Laj está con ella! ¡Laj está con ella! ¡Uha! ¡Uha!... ¡Uha! ¡Laj está con ella!» Luego vertía trigo en una criba y se quedaba mirando a los granos, que se revolvían como un enjambre de gusanos. «¡Uha! ¡Uha! ¡Laj está con ella!» tornaba a gritar. Oh, señor, si Bogun no fuera un bandido tan grande como es, hubiera dado lástima ver su desesperación después de cada profecía. Se ponía blanco como las sábanas de su lecho, caía de espaldas, juntaba las manos y gemía y sollozaba, disculpándose e implorando el perdón de la joven por haber llegado a Razlogi como un vil bandolero y haber matado a sus hermanos. «¿Dónde, dónde estás, palomita, mi único amor?, plañía, sostenido por mí. ¡Yo no puedo vivir sin ti!... ¡Nunca te tocarán mis manos! Seré tu siervo, tu esclavo, con tal que permitas que te miren mis ojos.» Luego se acordaba de Pan Zagloba y empezaba a rechinar los dientes y a morder las sábanas,

hasta que le vencía el sueño... Pero, dormido y todo, seguía gimiendo y sollozando.

—Y dime. ¿Nunca la profecía era favorable para él?

—Mientras yo estuve allí, no. Cuando se puso bueno, me fui a Guscha con el padre Lasko, merced a sus buenos oficios. Aquellos ladrones sabían, pues yo no lo oculté, que llevaba numerosos objetos de valor para socorrer a mis padres.

—¿Y no te robaron?

—Quizá lo hubieran hecho, pero por fortuna no había entre ellos tártaros, y los cosacos no se atrevían por miedo a Bogun. Además, me consideraban uno de los suyos. Kmielnizki me ordenó que aguzara el oído y le informara luego de lo que se hablara en casa del vaivoda de Brazlav, cuando se reunieran allí los señores... ¡Que el verdugo le alumbré!... Llegué, pues, a Guscha y, de pronto, aparecieron las avanzadas de Krivonos y mataron al padre Lasko. Yo enterré la mitad de mi fortuna y con la otra me vine aquí, al saber que Vuestra Señoría estaba zurrando al enemigo cerca de Zaslav. Lado sea el Altísimo, que he encontrado a Vuestra Señoría en perfecta salud y contento y en vísperas de casarse. ¡Por fin sus cuitas han concluído! Ya les dije yo a los bandidos que iban contra el príncipe, nuestro soberano, que no volverían más. ¡Se han divertido! Quizá ahora se termine la guerra.

—¡Ca...! Ahora va a empezar de verdad, con la intervención de Kmielnizki.

—¿Y Vuestra Señoría irá a la guerra después de casarse?

—¿Temes acaso que la boda me trueque en un cobarde?

—Oh, no, no lo creo. Bien sé que, si hay hombres que se vuelven gallinas, Vuestra Señoría no es uno de ellos. Os he preguntado eso porque, una vez dejado en casa mi botín, quisiera ir en vuestra compañía. Quizá disponga Dios que yo pueda vengarme de Bogun, pues no siendo hidalgo matarle a traición, el campo de batalla es el único sitio donde podré darme ese gusto. El allí no se esconderá.

—¿Tanto odio le tienes?

—Cada uno debe cumplir lo que ha prometido. Yo he prometido matarle y le seguiría hasta Turquía. No hay más remedio. Ahora os acompañaré a Tarnopol y luego a la

boda. Pero, ¿por qué vais a Bar por Tarnopol, que no está en el camino?

—Tengo que llevar allí las banderas.

—Es verdad, señor.

—Y ahora trae algo de comer.

—¿Cómo no? La panza llena es la base de todo.

—Y en cuanto almorcemos, nos pondremos en marcha.

—A vuestras órdenes, señor..., por más que mis caballos están horriblemente extenuados.

—Te daré un caballo de reserva. Desde hoy le montarás.

—Mis humildes gracias—dijo Rendián, sonriendo satisfecho al pensar que, con la bolsita y el cinturón, era aquel el tercer regalo del día.

CAPÍTULO XVII

Juan Skretuski se encaminó, al frente de las banderas del príncipe, a Zbaraz y no a Tarnopol, pues recibió una nueva orden de que fuera allí. Por el camino le contó, a su vez, a su fiel criado las peripecias de su propia vida, cómo cayó prisionero en Sich, cuánto tiempo permaneció allí, y cuánto tuvo que sufrir antes de ser puesto en libertad por Kmielnizki.

La primera parte del viaje la hicieron al paso, aunque no llevaban ni carros ni impedimenta. Atravesaban una región tan devastada, que tropezaban con las mayores dificultades para hallar víveres y proveerse de cebada y forraje. En algunos puntos topaban con grupos de gente demacrada por la miseria, sobre todo mujeres y niños, que le pedían a Dios la muerte y pensaban, como en una dicha, en la esclavitud tártara, en la que, aunque cautivos, no les faltaría al menos comida. Y esto ocurría en plena época de cosecha, en aquella tierra feracísima, rebosante de leche y miel. Pero las avanzadas de Krivonos habían destruido todo lo que podía destruirse, y los pocos supervivientes del desastre tenían que mantenerse de corteza de árboles.

Ya cerca de Jampol, internáronse, al fin, los guerreros en un país que no había sufrido tanto los horrores de la guerra, y, gozando de mayor comodidad y de abundancia de víveres, partieron a marchas forzadas con dirección a Zbaraz, adonde llegaron cinco días después de su salida de Sujoriñce.

En Zbaraz había un gentío enorme. El príncipe Jeremías había hecho alto allí con todo el ejército y se le habían unido multitud de soldados e hidalgos. La guerra flotaba en el ambiente; no se hablaba más que de la guerra; la ciudad y sus alrededores estaban llenos de gente armada.

El partido pacifista de Varsovia, cuyas esperanzas fo-

mentaba Kisiel, vaivoda de Brazlav, todavía no había renunciado a la posibilidad de un arreglo pacífico por medio de negociaciones, siguiendo en la creencia de que este era el medio mejor de conjurar la tempestad que se aproximaba. Pero se había percatado de una cosa: de que las negociaciones sólo tendrían efecto cuando las apoyara un poderoso ejército.

El Consejo general se celebró entre la furia de la guerra, que parecía como el rumor que precede a una tempestad. Fué proclamada la campaña general y se concentraron todas las tropas cuartanas, y, aunque el canciller y los regimentarios creían todavía en la posibilidad de evitar la guerra, el espíritu belicoso dominaba a la mayoría de los nobles. Las abrumadoras victorias conseguidas por el príncipe Jeremías Visnoviezki encendían la fantasía de los guerreros. Los ánimos ardían en sed de venganza. Había que castigar al populacho; había que desquitarse de las derrotas de las Aguas Amarillas y Korsun; clamaban al cielo la sangre de tantos millares de mártires, la afrenta, la humillación...

El nombre del terrible príncipe aparecía como rodeado de una aureola de gloria, lo pronunciaban todas las bocas, y estaba en todos los corazones, y unido a este nombre, desde las orillas del Báltico hasta los Campos Salvajes, resonaba un grito siniestro: «¡Guerra!»

«¡Guerra! ¡Guerra!» presagiaban varios fenómenos celestes, los rostros encendidos de los hombres, el brillo de las espadas, el nocturno aullar de los perros a las puertas de las chozas, y el relincho de los caballos husmeando la sangre.

¡Guerra! Todos los hombres de armas de todas las comarcas, distritos, caseríos y casas solariegas, sacaban a la luz del día viejas armaduras y espadas, depositadas desde hacía mucho tiempo en las armerías; los jóvenes entonaban canciones de Jeremías, y las mujeres se arrodillaban ante los altares rezando fervorosamente. Gente armada hormigueaba también en Prusia y Finlandia, y en la Polonia Magna y en la pobladísima Mazovia, hasta más allá de las titánicas cumbres del Tatra y hasta las obscuras selvas de los Beskides.

La guerra era una lógica consecuencia de la fuerza de las circunstancias. El espíritu de bandolerismo de los zaporogos y de la revuelta campesina del populacho de Ucrania necesitaba ciertos lemas más elevados que los de matanzas y latrocinios, la guerra contra la esclavitud personal y los latifundios de los magnates. Todo esto lo había comprendido perfectamente Bogdan Kmielnizki, y aprovechando la general indignación, mal disimulada, por los abusos y atropellos cometidos por ambas partes, y tan usuales en aquella época bárbara, había convertido la guerra social en religiosa, fomentando el fanatismo del vulgo, y abriendo así, desde el principio, un abismo entre ambos bandos, un abismo que, no pergaminos y negociaciones, sino sólo la sangre podía colmar.

Si anhelaba con toda el alma un arreglo pacífico, no lo hacía sino para asegurar su propio poderío. ¿Y luego qué?... El atamán de los zaporogos no pensaba en lo que sucedería luego, no escudriñaba el porvenir y no se cuidaba de él.

No se hacía cargo, sin embargo, de que aquel abismo abierto por él era tan inmenso, que no había negociaciones capaces de cerrarlo, ni siquiera por el tiempo que a él, Kmielnizki, le convenía. El sagaz político no comprendía que nunca llegaría a recoger en la paz los frutos sangrientos de su vida.

Y, no obstante, era fácil adivinar que, al ponerse frente a frente millares de fuerzas armadas, sería el campo de batalla el pergamino donde se escribiría el pacto, y las espadas y las lanzas las plumas con que se escribiría.

Los acontecimientos se precipitaban, pues, como una corriente irresistible, hacia la guerra... y hasta los hombres sencillos que se dejan llevar sólo del instinto comprendían que no podía suceder de otro modo.

En toda la república eran cada vez más numerosas las miradas que se volvían hacia Jeremías, quien desde el principio no pregonaba sino guerra a vida o muerte. La sombra de esta figura gigantesca obscurecía cada vez más al canciller y al vaivoda de Brazlav y a los regimentarios, incluso, entre ellos, al poderoso príncipe Dominico, que había sido nombrado comandante en jefe. Amenguaba la

autoridad e importancia de todos ellos, disminuía el respeto al poder supremo que representaban.

Se había ordenado que el ejército y los nobles se reunirían primero en Lemberg y se concentrarían luego cerca de Glinieni... y cada día era mayor el número de combatientes que se alistaba bajo las banderas del príncipe. Primero se reunieron las tropas cuartanas, y luego los terratenientes de los vaivodatos inmediatos.

Pero nuevos acontecimientos no tardaron en amenazar seriamente el poder de la República. No sólo las banderas menos disciplinadas de las tropas del llamamiento general o fuerzas privadas, sino también muchos regimientos regulares, negaban obediencia a los regimentarios, al llegar al punto de reunión, y descatando las órdenes recibidas, se encaminaron a Zbaraz, a servir bajo del mando del príncipe Jeremías.

Comenzaron a obrar así los vaivodatos de Kiev y de Brazlav, provincias cuya nobleza ya había pertenecido, en gran número, al ejército de dicho caudillo, y siguieron su ejemplo los gentileshombres de Rutenia y de Lubel, y luego las tropas de la Corona. Era fácil prever que todas las fuerzas aunadas no tardarían en militar a las órdenes de aquel hombre.

Jeremías, el magnate olvidado y preterido, objeto de una postergación injusta, se había convertido, por la fuerza misma de las circunstancias, en el primer hetmán y jefe supremo de las tropas de la república. Los nobles y los soldados, adheridos a él en cuerpo y alma, obedecían ciegamente sus órdenes. El poder, la guerra, la paz y el porvenir de la república estaban en sus manos.

De día en día iba creciendo su prestigio, pues continuamente acudían a su campamento nuevos batallones, y llegó a tan gigantesca altura que su sombra obscureció no sólo al canciller y a los regimentarios, sino al Senado, a toda Varsovia y a la república entera.

En los círculos que le eran hostiles, en Varsovia y en el campamento de los regimentarios, en el ambiente que rodeaba al príncipe Dominico y al vaivoda de Brazlav, se hablaba de su desmesurada ambición e inaudita osadía y se recordaba el caso de Gadiach, cuando el príncipe llegó al

frente de cuatro mil hombres armados a Varsovia y no vaciló en penetrar en el mismo Senado, amenazando con las armas a todos los allí reunidos, incluso al rey.

—¿Qué se puede esperar de un hombre así, y sobre todo ahora—decían,—después de su marcha jenofontina desde el Trans-Dniéper, después de tantas campañas y tantas victorias con las que tanta fama ha ganado? ¿Qué ínfulas no habrá hecho nacer en él la adhesión de las tropas y de la nobleza? ¿Quién es capaz de oponérsele? ¿Qué será de Polonia cuando un solo habitante suyo llegue a un poder tan inmenso que se atreva a pisotear la autoridad del Senado, usurpando el poder supremo de los jefes elegidos por la república? ¿Pensará quizá en ceñir la frente del príncipe real Carol con la corona? Es un Mario, indiscutiblemente, pero Dios sabe si andando el tiempo no llegaría a convertirse en un Marco Coriolano o un Lucio Sergio Catilina, pues su orgullosa ambición en nada es inferior a la de ambos caudillos.

Así se hablaba en Varsovia y en los círculos regimentarios, principalmente entre los partidarios del príncipe Dominico, cuya rivalidad con Jeremías había ya perjudicado tanto a la república...

Y aquel Mario permanecía en aquellos momentos en Zbaraz, sombrío, insondable... Las recientes victorias no lograban despejar su frente. Siempre que alguna nueva bandera de los cuartanos o algún cuerpo de tropas voluntarias nacionales llegaba a Zbaraz, salía a su encuentro, apreciando de una sola ojeada el valor de los recién llegados, y sumiéndose luego otra vez en sus profundas reflexiones. Los soldados le acogían con gritos de júbilo y se postraban de rodillas ante él, exclamando: «¡Salve, caudillo invencible! ¡Salud, Hércules eslavo! ¡Nuestras vidas son tuyas!»

—¡Salud, señores!—solía contestar él.—Todos estamos bajo de las órdenes de Cristo, y mi dignidad es demasiado baja para que yo pueda disponer de vuestra sangre.

Luego se retiraba, huyendo de las gentes, y luchaba en la soledad con sus pensamientos. Así pasaron días enteros. Y la ciudad era un inmenso enjambre de soldados que crecía, crecía...

Los regulares del llamamiento general se pasaban el día y la noche bebiendo y holgando, recorriendo las calles, riñendo, armando bulla, disputando con los oficiales de los regimientos extranjeros. Los otros regulares, contagiados del relajamiento de la disciplina, dedicábanse a beber vino y al juego de los dados. Cada día acudían nuevos huéspedes, lo que significaba nuevas fiestas báquicas y nuevos divertimientos en compañía de las burguesas. Los ejércitos inundaban las calles, no sólo de la ciudad, sino también de los pueblos de los alrededores. ¡Qué abigarrada variedad de caballos, armaduras, trajes, plumas, cotas de malla, yelmos con visera y colores de diferentes vaivodatos! Parecía que era aquello una gran fiesta de carnestolendas, para cuya celebración se habían reunido los habitantes de la mitad de la república. Ved allí un coche señorial, dorado o de color de púrpura, arrastrado por tres o cuatro pares de caballos empenachados, entre una turba de payuques vestidos a la húngara o a la alemana, y jenízaros mercenarios, cosacos o tártaros; unos cuantos «compañeros» luciendo sedas y terciopelos, sin armadura, galopan por en medio de la multitud en sus corceles de Anatolia o Persia. Las borlas de sus bonetes y las presillas de sus cuellos fulguran en resplandores de brillantes y rubíes; todos se apartan respetuosamente al verlos, acatando los colores de sus banderas. Allá se pavonea un oficial de infantería de línea; viste un coselete nuevo con gorguera flamante, resplandeciente, y empuña un largo bastón, orgulloso de sus conquistas, entre las que se cuenta una bella burguesa. Por allá blanquean los yelmos encrestados de los dragones, los anchos fieltros de los infantes alemanes, las gorras cuadradas de la guardia nacional, las capuchas de piel de lince. La servidumbre, ataviada del modo más vario y pintoresco, corre solícita tras sus amos. En algunas partes obstruyen la calle los carruajes, en otras empiezan a entrar los carros con chirridos horriblos; por doquier reina una confusión enorme y se oyen gritos de «¡Paso!» entremezclados con las blasfemias de los siervos, con vocerío de riñas, con relinchos de caballos. Las callejuelas están abarrotadas de paja y heno.

Y en medio de todo esto, entre los vistosos uniformes

resplandecientes y multicolores, entre las sedas, los terciopelos, los brocados, los damascos, los fúlgidos brillantes, ¡qué impresión más extraña producían los guerreros del príncipe Jeremías, macilentos, haraposos, extenuados, con sus mohosas armaduras y sus uniformes rotos y desteñidos! Los compañeros de los regimientos más respetables parecían vagabundos; ofrecían peor aspecto que los peones militares de otros ejércitos; pero no había quien no se inclinara ante aquellos andrajos, ante aquel moho y aquella miseria, gloriosos emblemas del heroísmo. La guerra, esa mala madre, devora a sus propios hijos como Saturno, y a los que no devora los deja como huesos roídos por perros. Aquellos colores desteñidos hablaban de lluvias nocturnas, de marchas bajo de la furia de los elementos o bajo del ardor de los rayos del sol; aquella herrumbre de las armaduras era la huella indeleble de la sangre de los soldados o de la de sus enemigos, cuando no la de unos y otros mezclada, y la gente del príncipe era, en todas partes, objeto de fervorosa admiración.

Cuando relataba sus hazañas en las tabernas o en las tiendas del campamento, los demás soldados se quedaban absortos, y de cuando en cuando gritaban:

—¡Que mala peste os lleve! Sois más diablos que hombres.

—No es nuestro el mérito—contestaban los héroes,—sino de un caudillo que no tiene rival en todo el *orbis terrarum* (1).

Todos los banquetes sin excepción terminaban con las siguientes aclamaciones: «¡Viva Jarema! ¡Viva el príncipe vaivoda! ¡El caudillo de los caudillos, el hetmán de los hetmanes!...»

Y los soldados, después de empinar bien el codo, invadían las calles, disparando mosquetes y arcabuces, y al pensar que aquel desenfreno era sólo pasajero y que en breve el príncipe les metería en cintura, les sometería a una disciplina de la que no podían ni siquiera formarse idea, se aprovechaban todavía más de su libertad.

—¡*Gaudeamus* (2) mientras nos sea posible!—exclama-

(1) «Orbe terráqueo.»

(2) «Divirtámonos.»

ban.—Cuando llegue la hora de obedecer, obedeceremos, ya que es justo mandándonos el verdadero héroe de los héroes.

En todos aquellos jaleos el que salía perdiendo más era el desgraciado príncipe Dominicó, víctima de los más terribles sarcasmos de los soldados. Contaban que permanecía días enteros entregado a la oración, y que las noches se las pasaba agarrado al asa de su jarro, y tan aturdido, que si alguien le escupiera encima no diría más que: «¿Qué pasa?» Asegurábase, además, que antes de acostarse tomaba «jala-pa,» una medicina excitante, y que no había visto más batallas en su vida que las representadas en unos tapices de Holanda.

Ninguno le defendía, nadie tenía piedad de él, siendo los sarcasmos más mordaces los de los soldados que estaban en visible discrepancia con las exigencias de la disciplina militar.

Pero para sarcasmos, cuchufletas y muecas y donaires los de Zagloba. Curado ya de las heridas de la espalda, estaba ahora en su elemento. Comía y bebía de un modo increíble. Continuamente estaba rodeado de soldados, y charla que te charla, cuenta que te cuenta, hacía las delicias de los que le convidaban, y, a la vez, se burlaba de ellos. Como soldado de muchas campañas, el grueso hidalgo miraba con cierto desprecio a los que iban por primera vez a la guerra, y, con toda la seguridad de su experiencia, les decía:

—Todos juntos sabéis tanto de batallas como las monjas de domar potros. Lleváis los trajes nuevos, flamantes, oliendo a lavándula, y por más que éste sea un perfume agradable, bien cuidaré, en la primera batalla, de no colocarme junto a vosotros. ¡Oh! ¡Quien no ha olido el ajo de guarnición no sabe como hace llorar los ojos! Tampoco estará allí la próxima para traeros cerveza caliente o sopa de vino. Y, creedme, se os enflaquecerán las barrigas y os encogeréis como quesón al sol. No le deis vueltas: la experiencia es la base de todo. Uno ha pasado por más de un trance, ha conquistado más de una bandera, pero os juro que ninguna me costó tanto trabajo como la que cogí en Constantínov. ¡Que el demonio se lleve a esos zaporogos! Siete cubas de sudor

cayeron de mi cuerpo antes de poder agarrar el asta de la bandera. Preguntadle a Skretuski, al que mató a Burdabut. El lo vió y lo admiró con sus propios ojos. Gritad al oído de cualquier cosaco «¡¡Zagloba!!» y veréis lo que os responde. Pero ¿para qué os diré yo a vosotros tales cosas, si hasta ahora no habéis hecho más que matar mosquitos?

—¿Y cómo fué, cómo?—preguntaban algunos oyentes.

—¿Queréis acaso que se me queme la lengua en la boca de tanto moverla, como el eje de un carro?

—Hay que apagarla. ¡Vino!

—Eso es otra cosa—exclamaba Zagloba.

Y satisfecho de haber encontrado un auditorio tan benévolo, refería punto por punto sus aventuras, desde su viaje a Gálata y la fuga de Razlogi, hasta la toma de la bandera en Constantínov.

Los otros le escuchaban con la boca abierta, gruñendo a veces sordamente cuando el hidalgo, para encarecer su propia valentía, ridiculizaba demasiado su inexperiencia. Pero no por eso dejaban de agasajarle, y cada día le llevaban a una taberna.

El tiempo pasaba en Zbaraz de este modo, alegre y bulliciosamente, tanto que el viejo Basilio y algunos otros hombres serios se asombraban de que el príncipe concediese una fiesta tan larga. Pero Jeremías no salía jamás de su estancia, y dejaba que sus soldados disfrutasen de todo lo bueno antes de las futuras batallas.

Skretuski llegó como un torbellino a la regocijada ciudad. También a él le hubiera agradado disfrutar del descanso entre sus compañeros, pero le impulsaba irresistiblemente hacia Bar el deseo de volver a ver a su amada, entre cuyos dulces brazos pensaba desquitarse de todos los contratiempos anteriores, de todas sus preocupaciones y sufrimientos. Por eso, sin demora alguna, se encaminó a casa del príncipe para darle cuenta de su expedición a Zaslav y solicitar el permiso para la salida.

Encontró al príncipe verdaderamente desconocido, tanto que, estupefacto, se preguntó: «¿Es éste el mismo caudillo que dejé en Majnovka?» Se veía ahora en presencia de un hombre encorvado, de ojos mortecinos y labios pálidos, como consumido por un secreto pesar.

Al preguntarle Skretuski por su estado contestó el príncipe, en tono seco y breve, que estaba bien, y no osando insistir el oficial, después de haberle dado cuenta de su expedición le pidió, sin más cumplidos, una licencia de dos meses para poder casarse y conducir a su esposa a sus propiedades.

Al oírlo, el príncipe pareció despertar de un sueño letárgico. Su bondad innata iluminó su rostro sombrío, mientras respondía, abrazando a Juan:

—Quiero que se acaben de una vez tus padecimientos. ¡Vé, vé! ¡Que Dios te bendiga! Yo mismo hubiera querido asistir a tu boda, ya que debo esta atención no sólo a Elena como hija de Basilio, sino también a ti, a quien me liga entrañable amistad; pero en estos tiempos no puedo pensar en abandonar mi puesto. ¿Cuándo quieres partir?

—Alteza... ¡Hoy mismo!

—Parte mañana. No permito que vayas sin escolta. Llevarás contigo trescientos tártaros de Viérsul para que tenga tu esposa el camino seguro. Con su ayuda, llegarás más rápidamente a tu destino, y también te serán útiles contra cualquier bandada de los insurrectos que merodean por aquella región. Además, te daré una carta para Andrés Potozki, pero mientras la escribo y los tártaros se preparan para la marcha y tú ultimas tus preparativos, se pasará todo el día de mañana.

—A las órdenes de Vuestra Alteza. Y me atrevo a pedirle otro favor: que perñita a Volodiovski y a Longinos acompañarme.

—Concedido. Ven mañana a despedirte de mí y a recibir mi bendición. Quisiera también enviar un recuerdo mío a tu princesita. ¡Qué sangre más noble! ¡Y sed felices! ¡Sois dignos uno del otro!

El teniente se hincó de hinojos y abrazó las rodillas de su querido jefe, que le dijo:

—¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga! No dejes de venir mañana.

Pero Skretuski permanecía arrodillado, como si quisiera pedirle todavía otro favor al príncipe. Finalmente murmuró:

—¡Alteza!

—¿Qué más deseas?—preguntó el príncipe con benevolencia.

—Perdonad mi atrevimiento, Alteza, pero..., pero mi corazón se desgarrá, y sólo mi hondo pesar me inspira la osada pregunta: ¿Qué tenéis, Alteza? Algún pesar os consume... o estáis enfermo.

—Eso no lo puedes saber tú—contestó el príncipe Jeremías, acariciándole la cabeza con dulzura.—Vuelve mañana.

Juan se levantó y salió, con el corazón angustiado.

Al anochecer fueron a verle a su tienda el viejo Basilio, el enano Miguel Volodiovski, Longinos y Zagloba. Sentáronse alrededor de la mesa y al momento apareció Rendián con los picheles y el jarro.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...—gritó Zagloba.—¿Qué miro? ¿Ha resucitado vuestro mozo?

Rendián, aproximándose, le abrazó las rodillas.

—No he resucitado porque no he muerto, gracias a vos principalmente, que me salvasteis.

—Después—añadió Pan Skretuski—entró al servicio de Bogun.

—Le servirá de protector en el infierno—dijo Zagloba; y luego, volviéndose a Rendián, añadió:—Poco envidiable, sin embargo, habrá sido tu servicio... ¡Toma este tálero en compensación!

--Mis humildes gracias, señor.

—Es un malandrín rematado. Ha acaparado él solo tanto botín de los cosacos, que nosotros juntos no podríamos comprarlo aunque vendierais todas vuestras propiedades de Turquía.

—¿De veras, eh? Pues bien, guárdate mi tálero... Que crezca el arbolito. Hermoso, si sigues así, si no acabas en la cruz, por lo menos concluyes en la horca... ¡Hermosos ojos tiene el niño!

Y hablando así, el grueso hidalgo cogió a Rendián por la oreja y le sacudió ligeramente.

—No me gustan los pillastres—añadió.—Voy a leer tu horóscopo: tú serás un hombre si no te quedas en tu estado de bestia. ¿Qué dice de mí Bogun? ¿Se acuerda de mí?

Rendián se sonrió, halagado por las cariñosas jovialidades del anciano.

—¡Oh, señor!—repuso.—Siempre que se acuerda de vos echa chispas por la boca, de tanto rechinarle los dientes.

—¡Vete al infierno!—gritó colérico Zagloba.—¿Qué es lo que estás charlando?

Rendián salió. Los amigos se pusieron a hablar del próximo viaje de Skretuski y de la inmensa felicidad que le esperaba. Las continuas libaciones de aguamiel pronto lograron disipar el malhumor de Zagloba, que empezó a endilgarle cuchufletas a Skretuski, ya ofreciéndose como padrino en el próximo bautizo, ya recordándole la ardiente pasión de Andrés Potozki por la princesa. Longinos, entre tanto, no hacía más que suspirar. Todos, menos él, estaban muy alegres y se refrescaban el gaznate con frecuentes tragos de la famosa bebida nacional. Al fin la conversación recayó sobre los asuntos de la guerra y sobre el príncipe Jeremías. Skretuski, ausente unos quince días del campamento, preguntó:

—Pero decidme, señores: ¿qué le ha sucedido a nuestro príncipe? Está tan desconocido que no acierto a explicarme... ¿No le ha concedido el Señor victoria tras victoria? ¿Es posible que el motivo sea su separación del mando? ¿Qué le puede importar, si todo el ejército acude en masa bajo de sus banderas? Aunque no quieran dárselo, tiene en realidad el cargo de gran hetmán y puede aplastar a Kmielnizki cuando quiera... Seguramente será otro el motivo de su tristeza.

—Tendrá un ataque de gota—dijo Zagloba;—a mí, cuando me da el dolor en el dedo gordo del pie, me entra una melancolía que me dura tres días lo menos.

—Pues bien, yo os diré, a propósito de esto, hermanitos míos—terció Longinos, meneando la cabeza;—no me lo ha dicho a mí el clérigo Mujoviezki, sino que le oí yo hablar con no sé quién del decaimiento moral del príncipe y explicarle el motivo... Por cuenta mía nada diré: el príncipe Jarema es un ejemplo de bondad, un bravo, un gran guerrero... y al fin y al cabo yo no soy quién para juzgarle, pero por lo que manifestó el reverendo padre..., en fin..., vamos...

—¡Esa sí que es buena!—exclamó el grueso hidalgo.—¡Reparad, señores, en este filósofo lituano!... Luego diréis que no me chancee con él, cuando no sabe decir dos palabras en cristiano... ¿Qué es lo que íbais a decir? Dais más vueltas que un trompo, pero nunca acertáis.

—Vamos, explicaos: ¿qué es lo que habéis oído?—preguntó Juan.

—Bueno, pues, referente a eso... me parece haber oído decir que, como el príncipe ha derramado tanta sangre... Es un gran caudillo, pero no conoce medida en el castigo... Ahora, según dicen, todo lo ve de color rojo de día y de noche, como si una nube roja le envolviera...

—¡Vaya! ¡No digáis sandeces!—profririó, enojado, Basilio.—¡Eso son chismes de mujerzuelas! Jamás ha habido mejor soberano para el populacho en los tiempos de paz; y en cuanto a que sea despiadadamente severo con los rebeldes, ¿no es más bien un mérito que un motivo de censura? ¿Qué tormentos, qué castigos pueden parecer excesivos para aquéllos que han inundado de sangre la patria, que han entregado su propia sangre a la esclavitud tártara, no queriendo reconocer ni Dios, ni rey, ni patria, ni poder alguno? . . . ¿Existen monstruos parecidos? ¿Dónde habrá ejemplos de crueldad tan grande como la de ellos con mujeres y niños? ¿Dónde encontraréis crímenes tan abominables? ¡La horca y el palo son poco todavía! ¡Quía! ¡Quía! Vosotros tenéis el brazo de hierro y el corazón de manteca. Yo os he oído plañir cuando le aplicaban el tormento de fuego a Pulian, y decíais que hubierais preferido matarlo de una vez... ¡Pero el príncipe no es ninguna doncella! Sabe recompensar, sabe imponer castigos... ¡No me contéis más tonterías!...

—Pero si yo os he dicho, padrecito—balbuceaba Longinos,—que no sé nada...

Mas el viejecito siguió un buen rato refunfuñando y aca-riciándose nerviosamente la blanca melena:

—¡De rojo! ¡Hum! ¡De rojo!... ¡Qué ocurrencia! ¡Apuesto a que quien lo ha inventado tendrá la cabeza verde y no roja!

Hubo un momento de silencio. Sólo se oía a lo lejos la algarabía de un festín.

—¿Y qué opináis vos de todo esto, padrecito?—preguntó el caballero enano.—¿Qué sospecháis que pueda pasarle a nuestro jefe?

—¡Hum!—respondió el anciano.—No soy yo su confidente para saberlo. Se ve desde luego que tiene una idea fija y que combate consigo mismo. Serán luchas espirituales, no cabe otra explicación... Cuanto más grande es el alma, más agudo es el tormento...

Y no se engañaba el anciano caballero. En aquel momento el príncipe, primer caudillo, guerrero victorioso, estaba arrodillado en su cuarto ante un crucifijo, sosteniendo una de las más formidables luchas que sostuvo en su vida.

Anunciaban los centinelas del fuerte de Zaslav media noche, y Jeremías seguía todavía hablando con Dios y con su noble alma. La razón, la conciencia, el amor patrio, el orgullo, el sentimiento de la propia fuerza y de sus elevados designios combatían en su interior en desesperada lucha que amenazaba con hacer estallar su pecho y su cabeza... Un hondo dolor le estremecía. Contra la orden del príncipe, del canciller, del Senado, de los regimentarios, del gobierno, acudían los ejércitos cuartanos al campamento del famoso triunfador, todos los hidalgos, y hasta banderas extranjeras particulares. En una palabra: la república entera le tendía las manos suplicantes, refugiándose bajo sus alas, confiando su destino a su genio... «¡Sálvame!, decía por boca de sus hijos preclaros. ¡Tú eres el único que puede salvarme! Uno o dos meses todavía, y Zbaraz se verá rodeada de cien mil guerreros prontos a combatir a muerte a la hidra de la guerra civil.»

Los cuadros de los acontecimientos venideros, iluminados por la gigantesca aureola de la gloria y del poder, comenzaban a relampaguear ante los ojos del príncipe Jeremías Visnoviezki. ¡Temblarían entonces los que querían omitirle y humillarle! Pero él, entre tanto, llevaría aquellas masas de hombres de hierro hacia las estepas de Ucrania para conseguir victorias y triunfos nunca registrados en la historia hasta entonces. ¡Y el príncipe se sentía con fuerza suficiente para conseguirlo! Sentía casi nacerle alas en los hombros, como las de San Miguel Ar-

cángel. Y le parecía transformarse en un gigante que no cabía ya en todo el castillo, en todo Zbaraz, en Ucrania entera... ¡Vive Dios! ¡Derrotaría a Kmielnizki, sofocaría la rebelión, le devolvería la paz a la patria! Veía vastos campos de batalla, legiones inmensas, oía el tronar de los cañones. ¡La guerra! ¡La guerra! ¡Una carnicería sin ejemplo, nunca vista!... Millares de cadáveres, millares de banderas cubrían las ensangrentadas estepas, y él se erguía, jinete en su brioso caballo, sobre el cadáver de Kmielnizki, y el victorioso son de los clarines pregonaba su triunfo de mar a mar.

El príncipe se puso en pie y le tendió los brazos al Salvador, que parecía rodeado de sangrienta aureola...

—¡Jesucristo, Jesucristo!—exclamó.—Tú sabes, tú ves que soy capaz de cumplir todo eso. Dime que ese es mi deber...

Pero el Redentor permanecía silencioso, la cabeza inclinada sobre el pecho en mudo dolor, como si acabara de ser puesto en la cruz.

—¡Todo por tu gloria!—añadió el príncipe:—*Non mihi, non mihi, sed nómni Tuo da gloriam...* (1) Por la gloria de la fe y de la Iglesia, de la Cristiandad entera. ¡Oh, Cristo, Cristo!...

Y una nueva imagen fulguró ante los ojos del héroe. No se cerraría aquel camino de gloria con la victoria conseguida sobre Kmielnizki... Sofocada la rebelión, el príncipe se levantaría todavía más poderoso sobre los cadáveres de los rebeldes, dotado de fuerzas gigantescas, y uniría millares de cosacos y millares de nobles para continuar su avance triunfador... Atacaría a Crimea para coger al terrible dragón en su propia madriguera y erguir la santa cruz donde jamás las campanas habían llamado a los fieles a la oración...

O quizá recorrería triunfalmente aquella tierra que ya una vez hollaron los cascos de los caballos del príncipe Visnioviezki y llevaría las fronteras de la república, y al mismo tiempo de la Iglesia, a las más remotas regiones de la tierra...

(1) «No a mí, no a mí, sino a tu nombre da gloria.»

Pero ¿dónde estaba la meta de esta desenfadada carrera? ¿Dónde terminaban la gloria, la fuerza, el poder?... Nadie lo sabía.

La blanca luz de la luna penetraba en la estancia señorial... Sonaba en los relojes una hora avanzada y se oía el cantar de los gallos... No tardaría en amanecer, y tal vez al salir el sol un nuevo astro brillaría sobre la tierra.

.

¡Sí!... Era preciso ser un niño, y no un hombre, para no realizarlo, para renunciar a seguir la voz de su destino. En aquellos momentos sentía ya el príncipe cierta tranquilidad que de seguro vertía sobre su alma el Salvador misericordioso...

—¡Loado sea su nombre—murmuraba—por tanta magnanimidad!

Más claros y serenos sus pensamientos, mostrábasele ya sin velos, sin nieblas, el verdadero estado de la patria y el significado de todos los acontecimientos... Hostil y pernicioso para la república era la política del canciller, del vaivoda de Brazlav y de todos aquellos magnates de Varsovia... Someter ante todo al país zaporogo, inundarlo en un mar de sangre, aplastarle, destruirle, aniquilarle, vencerle, y luego, hecho aquello, poner término a toda clase de abusos y opresiones, imponer paz y orden..., tener la muerte en una mano y ofrecer nueva vida con la otra: tal era el único camino digno de la gloriosa y noble república. Quizá hacía algún tiempo hubiera sido posible elegir otro, pero a la sazón nó.

¿A qué entrar en negociaciones, cuando millares de fuerzas armadas estaban en el campo de batalla, prontas a embestirse? Y aunque se llegara a algún arreglo, ¿qué eficacia podría tener? ¡No! ¡No! Vanos sueños, fantasmagorías que prolongarían la guerra durante siglos enteros, conduciendo a un porvenir de sangre, bañado en un mar de lágrimas...

¡Ojalá entrasen todos por aquella senda, la única digna, noble y grandiosa, y él no pediría ni anhelaría nada más!.. Volvería a retirarse a su Lubnie, donde esperaría tranqui.

lamente que los sonoros clarines de Gradivo volvieran a llamarle a la lucha...

¡Seguir por aquella senda! Pero ¿quién? ¿El Senado? ¿Las borrascosas Dietas? ¿El canciller, el primate, los regimenterios? ¿Quién, fuera de él, era capaz de concebir aquella idea grandiosa? ¿Quién era capaz, además, de realizarla? Él, ¡sólo él!

A él venían los nobles, a él acudían los soldados, en su mano tenía la espada de la república. ¿Aun estando ocupado el trono, no regía a la república la voluntad de la nación? ¡Y cuanto más en los tiempos de interregno! La voluntad del pueblo era *suprema lex*, manifestándose no sólo en las Dietas, no sólo por boca de los embajadores, del Senado y de los cancilleres, no sólo por las leyes escritas y los manifiestos, sino todavía con mucha fuerza, energía y superioridad «por las acciones.» ¿Quién disponía allí actualmente? Los nobles... Y los nobles precisamente, reunidos en Zbaraz, le decían: «¡Tú eres el jefe!» La república entera, empujada por la fuerza de las circunstancias, le confería espontáneamente el poder supremo, y le repetía: «¡Tú eres el jefe!» Y él ¿había de vacilar? ¿Qué otro nombramiento esperaba? ¿De quién podía esperarlo? ¿Quizá de aquellos que buscaban la ruína de la patria y la humillación de él mismo?

¿Y por qué? ¿Por qué todo aquello? Quizá porque cuando el pánico dominaba a todos, cuando los hetmanes fueron hechos prisioneros y los ejércitos aniquilados, cuando los nobles buscaban refugio en los castillos y el cosaco ponía un pie sobre el pecho de la república, él solo había tenido el valor de apartar el pie del pecho de su madre, levantando del polvo su desmayada cabeza: por ella lo había sacrificado todo, la vida, la fortuna, y la había salvado de la ignominia, de la muerte... ¡El era el vencedor!

¡El que tuviera mayores méritos que se apoderase de las riendas del gobierno! ¡El que tuviera más justo derecho que él, que las cogiera en sus manos! El estaba pronto a renunciar a aquella carga, estaba pronto a entregarla a Dios y a la república, diciendo: «Dejad irse en paz a vuestro siervo...»

Estaba ya muy cansado, aunque persuadido, al mismo

tiempo, de que su nombre pasaría a la posteridad. ¡Pero, no, no! Dos, tres veces niño tendría que ser, en vez de hombre, para renunciar a aquel poder, a aquel camino del sol, a aquel porvenir luminoso e inmenso en el cual estribaban la salvación, la gloria, la fuerza y la dicha de la república...

¿Por qué vacilar más?

El príncipe volvió a levantar soberbio la cabeza y miró al Crucificado con sus ojos encendidos... Pero el Cristo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, seguía sumido en su mudo dolor sobre la cruz, como si acabaran de clavarle en ella...

¿Por qué vacilar más? El héroe oprimió fuertemente con sus manos sus ardientes sienas... Parecía oír como una contestación...

¿Qué voces eran aquellas que, entre las áureas y fúlgidas visiones de la gloria, entre el ruido de futuras victorias, en medio de sus presentimientos de grandeza y poder, gritaban tan inexorables a su alma: «¡Detente, desgraciado!» ¿Qué significaba aquella inquietud que estremecía su atrevido pecho en ansioso presentimiento? En el momento en que con más fuerza y claridad la razón le dictaba retener el poder entre sus manos, oía un murmullo misterioso en los abismos de su conciencia, que decía: «¡Te engañas a ti mismo! ¡El orgullo te venda los ojos!.. ¡El Satanás de la soberbia te tienta con promesas de reinos!»

Y nueva lucha, fiera, horrible, desencadenóse en el ánimo del príncipe, arrastrado de nuevo por el huracán de ansiosos pensamientos, inseguridades y dudas.

¿Qué hacían los nobles al unirse a él y desacatar a los regimentarios? Infringir la ley. ¿Y el ejército? Violar la disciplina. ¿Y había de ser él, ciudadano y soldado, quien se pusiera a la cabeza de la ilegalidad? ¿Debía ampararles con su propia autoridad? ¿Debía ser el primero en dar el ejemplo de insubordinación, libertinaje, desprecio a la ley, y todo para obtener el poder con dos meses de anticipación, pues si el príncipe Carlos era elevado al trono, lo tenía asegurado por este solo hecho? ¿Debía él dar un ejemplo tan funesto a las futuras generaciones? ¿Qué consecuencias tendría tal paso? Hoy era Visnoviezki el indisciplinado, el

soberbio, y mañana Koniecpolski, Potozki, Firley, Zamoisiki, Lubomirski... Y cuando todos, sin respetar el derecho y la disciplina, obraran sólo para satisfacer su propia ambición, cuando los hijos siguieran el ejemplo de los padres y de los abuelos, ¿qué sería de la patria infeliz? El gusano del libertinaje, del menosprecio de la ley en pro de los intereses egoístas, roía ya bastante el tronco de la república; el hacha de la guerra acabaría por derribar el tronco podrido, y las ramas secas caerían del árbol... ¿Qué sucedería si precisamente los que debían ampararla y vigilarla como a las niñas de sus ojos fueran los primeros en echar leña al fuego? ¿Qué sucedería, Dios Santo?

Hasta Kmielnizki se escudaba en el bien público al rebelarse contra la ley y la autoridad.

Un temblor convulsivo estremeció al príncipe desde la cabeza hasta los pies... «¡Oh, Dios!—exclamó, retorciéndose las manos.—¿Seré acaso yo otro Kmielnizki?.. ¡Señor!.. ¡Señor!»

Pero Cristo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, seguía sumido en su mudo dolor como si acabaran de clavarle en la cruz.

El príncipe continuaba en su desesperada lucha interna. Si él usurpara el poder, y si el canciller, el Senado y los regimentarios le declararan traidor y rebelde... ¿qué sucedería? Acaso estallara una nueva guerra civil. Y al fin y al cabo, ¿era acaso Kmielnizki el mayor enemigo, el más temible adversario de la república? Más de una vez la habían amenazado fuerzas mucho mayores... Cuando mandó Alemania doscientos mil hombres de hierro para combatir los ejércitos del rey Iagiel en la batalla de Grunewald; cuando media Asia estaba en armas, acechando a la república en Jócim, ¿no parecía entonces la perdición mucho más próxima?.. ¿Y qué se había hecho de aquellas huestes enemigas?.. ¡No! La república no temía guerras, ni por ellas había de sucumbir.

Pero ¿cómo aquella república, vencedora de los cruzados y de los turcos, tantas veces triunfante, que tanta energía albergaba y de tanta gloria se había cubierto... se mostraba ahora tan débil, que ante un solo cosaco se postraba en el polvo, que sus vecinos desgarraban sus fronteras,

que pueblos enteros se burlaban de ella, que nadie oía su voz, que nadie tenía sus iras, que todo el mundo presagiaba su perdición?

¡Ay!, sólo el orgullo y la ambición de los magnates, sus acciones egoístas, su libertinaje arbitrario, eran los causantes de todo aquello... El peor enemigo no era Kmielnizki, sino los desórdenes interiores, la insubordinación de la nobleza, la incapacidad y desobediencia del ejército, las borrascosas sesiones de la Dieta, las discordias, las controversias, la confusión general, la inercia, el egoísmo, la indisciplina... la indisciplina sobre todo. El tronco se pudre o apolilla de dentro afuera. Va a derrumbarse a la primera borrasca, es verdad..., pero merece el nombre de parricida aquel que pone sus manos para tal obra... ¡Maldición sobre él y sus hijos hasta la décima generación!..

¡Adelante, pues, vencedor de Niemirov, Pogrobische, Majnovka y Constantínov; adelante, príncipe-vaivoda; apresúrate a quitar el poder a los regimentarios, a pisotear la ley y la autoridad, para dar un ejemplo a las generaciones venideras de cómo se desgarran las entrañas de la propia madre! ..

El terror, la desesperación y el aturdimiento mental se pintaron en el rostro del príncipe... Un grito desgarrador brotó de su pecho... Oprimiéndose la cabeza con las manos, cayó nuevamente de hinojos ante la imagen del Crucificado.

Lleno de arrepentimiento, golpeaba con su venerable cabeza las losas del suelo, y lanzaba sordos gemidos.

—¡Señor, ten piedad de mí, miserable pecador! ¡Señor, ten piedad de mí, miserable pecador!.. ¡Señor, ten piedad!..

Las rosadas tintas de la aurora teñían ya el horizonte... No tardó en elevarse el áureo astro-rey, inundando la estancia de luz... En los aleros oyóse el acostumbrado piar de las golondrinas y de los gorriones... El príncipe, poniéndose en pie, fué a despertar a Zelenovski, su ayudante, que dormía al otro lado de la puerta.

—Diles— le ordenó —a los ordenanzas que llamen inmediatamente a los coroneles de la guarnición del castillo y del campamento, sean cuartanos o soldados del llamamiento nacional.

Dos horas después la sala estaba llena de rostros bigotudos y barbudos de guerreros. De los soldados del príncipe se hallaban allí el anciano Basilio Zachvilijovski, Polanovski, Skretuski, Zagloba, Wúrzel, el comandante Majnizki, Miguel Volodiovski, Viérsul, Poniatovski, y casi todos los oficiales, incluso los portabanderas, menos Kusel, que había sido mandado a Podolia al frente de un destacamento de exploradores. Del ejército cuartano hallábanse presentes Osifski y Korizki.

A numerosos nobles muy ilustres, pertenecientes al llamamiento nacional, había sido imposible arrancarlos de la blandura del lecho; no obstante, también éstos habían acudido en número respetable... Había entre ellos personalidades de varios países extranjeros, desde los castellanos hasta los vicecamareros reales. El rumor de las conversaciones parecía el de una gran colmena... Todas las miradas estaban fijadas en la puerta por la que debía aparecer el príncipe.

De pronto cesaron todas las conversaciones. El príncipe había entrado en la sala. Su rostro estaba tranquilo, sereno...; sólo en sus ojos enrojecidos por el insomnio y en sus rasgos contraídos había vestigios de la interior lucha nocturna. Pero a través de aquella calma que lindaba con la dulzura se traslucían su imponente autoridad y su voluntad inflexible.

—Señores—dijo:—esta noche he consultado con Dios y con mi propia conciencia acerca de la conducta que había de seguir, y os declaro a vosotros y, por vuestro conducto, a todas mis tropas, que, por amor a la concordia, tan indispensable en estos tiempos aciagos, y en aras del bien de la patria, he decidido someterme a las órdenes de los regimentarios.

Un profundo silencio reinaba en la asamblea.

Aquel mismo día, cuando el sol llegaba ya al cenit, en el patio del castillo trescientos tártaros de Viérsul estaban prontos a partir con Skretuski, y en el castillo se celebraba un banquete en honor de los próceres del ejército, que era, al mismo tiempo, un banquete de despedida a nuestro valeroso oficial. Para dar más realce a su calidad de «novio» el príncipe le había hecho sentar a su lado, y había asigna-

do a Zagloba el asiento inmediato, pues nadie ignoraba que el hidalgo, con su destreza y varonil arrojo, había salvado a la «novia» del más crítico trance. El príncipe estaba de buen humor por haberse librado de la pesada carga de su corazón, y había brindado dos veces por el porvenir de la futura pareja. Paredes y ventanas retemblaban, estremecidas por los vivos de los comensales. En la antecámara movían un alboroto ensordecedor los servidores, entre los cuales llevaba Rendián la voz cantante.

—Señores—dijo el príncipe,—esta tercera vez bebo y brindo por la posteridad de nuestro amigo. ¡Qué soberbia estirpe la suya! ¡Quiera Dios que las ramas sean dignas del noble tronco, que las manzanas no caigan lejos del manzano! ¡Que este magnífico árbol produzca en su tiempo retoños dignos de sus padres!

—¡Vivan! ¡Vivan!

—Gracias—exclamó Skretuski, apurando una enorme copa de malvasía.

—¡Vivan! ¡Vivan!

—*Crescite et multiplicámini* (1).

—Espero que suministraréis por lo menos media bandera de buenos mozos a la república—advirtió, sonriendo bondadosamente, el buen viejecito de Basilio.

—Es capaz de suministrar todo un ejército—gritó Zagloba.—¡Le conozco!

Los demás comensales se desternillaban de risa. El vino calentaba las cabezas. Alrededor de la mesa no se veían más que rostros inflamados y bigotes en movimiento. La alegría llegaba a su apogeo.

—Ha de saber Vuestra Señoría—dijo el teniente, entusiasmado—que un cuclillo me profetizó doce vástagos.

—¡Ojalá todas las cigüeñas reventaran de traer tantos!—exclamó Zagloba.

Una estruendosa carcajada de todos los presentes hizo retremblar la amplia estancia.

De improviso, en el umbral de la puerta apareció una sinistra visión, una figura polvorienta, que se detuvo, cohibida por el espectáculo del banquete y de los rostros ra-

(1) «Creced y multiplicaos.»

diantes de los comensales, no sabiendo si retirarse o pasar adelante.

El primero en reconocerla fué el príncipe. Frunciendo el entrecejo y poniéndose la mano sobre los ojos a modo de visera, exclamó:

—¿Quién es? ¡Ah! ¡Kusel! ¡De vuelta de la exploración! ¿Qué noticias traes?

—Demasiado tristes, Alteza—respondió el joven oficial con voz alterada.

Un profundo silencio sucedió, como por ensalmo, a la algarabía de la fiesta. Las copas que se alzaban en son de brindis se detuvieron en la mitad de su camino, y todas las miradas se clavaron en el recién llegado, en cuyo rostro se pintaba una dolorosa consternación.

—Entonces, mejor sería que no me las dieses, que no me amargases este delicioso aguamiel—dijo el príncipe...;—mas ya que has empezado, concluye...

—Alteza, yo no quisiera ser ave de mal agüero, pero la noticia se obstina en brotar de mis labios.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Habla!

—Bar... ¡ha sido tomada!

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
CAPITULO PRIMERO	5
CAP. II.	22
CAP. III.	38
CAP. IV.	50
CAP. V.	76
CAP. VI.	92
CAP. VII.	103
CAP. VIII.	114
CAP. IX.	126
CAP. X.	135
CAP. XI.	152
CAP. XII.	175
CAP. XIII.	185
CAP. XIV.. . . .	193
CAP. XV.	207
CAP. XVI.. . . .	226
CAP. XVII.	237

CATÁLOGO DE LAS OBRAS

PUBLICADAS POR LA CASA EDITORA DE MONTANER Y SIMÓN

I. - HISTORIA UNIVERSAL

de G. Oncken. Nueva edición con un discurso preliminar de Rafael Altamira. Cuarenta y seis volúmenes elegantemente encuadernados y profusamente ilustrados. - Al contado, 500 pesetas. A plazos, 550. Primer plazo, ptas. 44, y los restantes 23 a 22 pesetas mensuales.

Fuera de la serie

NUESTRO SIGLO, por von Leixner, trad. de Menéndez Pelayo. Un volumen, 15 pesetas.

HISTORIA DE LA GUERRA DE 1914, por el general D. Carlos Banús. Un volumen, 12 pesetas.

II. - HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

de Lafuente, continuada por Juan Valera. Más de 6,000 grabados.
A. Edición de lujo. - Seis magníficos tomos en folio. Al contado, 400 pesetas. A plazos, 450. Primer plazo, pesetas 42, y los restantes 24 a pesetas 17 mensuales. - *B. Edición económica.* - Veinticinco lujosos tomos. Al contado, 200 ptas. A plazos, 225. Primer plazo, ptas. 22,50, y los 15 restantes a ptas. 13,50 mensuales.

Fuera de la serie

HISTORIA DE FELIPE II, de H. Fornerón. Un tomo con ilustraciones, encuadernado en piel, 20 pesetas.

HISTORIA CRÍTICA DE LA REGENCIA DE DOÑA MARÍA CRISTINA, por Gabriel Maura Gamazo. Tomo I, 6 pesetas.

III. - HISTORIA NATURAL

ANTROPOLOGÍA, por el Dr. Topinard. - **ZOOLOGÍA**, por el doctor Claus. - **BOTÁNICA**, por D. Odón de Buen. - **MINERALOGÍA**, por

el Dr. G. Tschermak. — **GEOLOGÍA**, por A. Geikie. Lujosa edición, ilustrada con miles de grabados; 13 tomos ricamente encuadernados. La obra completa, al contado, 125 pesetas. A plazos, 140 pesetas. Primer plazo, 16,50 pesetas; los 13 restantes a 9,50 mensuales.

IV. — DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

por N. Fernández Cuesta, reconocido por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario español más completo. Cuatro tomos encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales, a 7,50 pesetas cada uno.

V. — DICCIONARIO DE DICCIONARIOS

castellano, latín, portugués, francés, italiano, catalán, inglés, alemán, por el Dr. Arturo Masriera, con la colaboración de L. C. Vida y Lluch y E. Massaguer. Cuatro volúmenes de 800 páginas cada uno. Al contado, 100 pesetas. A plazos, 120. Primer plazo, pesetas 15,50; los 11 restantes a 9,50 pesetas mensuales.

VI. — COSTUMBRES DEL UNIVERSO

Espléndida edición con riquísimos grabados. Dos grandes tomos bellamente encuadernados. Al contado, 110 pesetas. A plazos, 125. Primer plazo, pesetas 17; los doce restantes a pesetas 9 mensuales.

VII. — HISTORIA DE LAS CRUZADAS

de Michaud, ilustrada con cien grandes composiciones de Gustavo Doré. Dos tomos casi folio ricamente encuadernados. Al contado, 80 pesetas. A plazos, 90. Doce plazos mensuales a pesetas 7,50.

VIII. — FÁBULAS DE LAFONTAINE

Traducción de Teodoro Llorente; láminas y dibujos de Gustavo Doré. Un tomo casi folio ricamente encuadernado. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 50. Primer plazo, pesetas 12,50, y los 5 restantes a 7,50 pesetas mensuales.

IX. — HISTORIA GENERAL DEL TRAJE

ilustrada por Hottenroth con 240 bellísimas cromolitografías. Dos grandes volúmenes ricamente encuadernados. Al contado, 90 pesetas. A plazos, 100. Primer plazo, pesetas 12, y los 11 restantes a pesetas 8 mensuales.

X. - OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Comprende las siguientes creaciones:

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, reproducción en facsímil de la edición impresa en Madrid en 1608 por Juan de la Cuesta. - Dos tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 34,50.

LA DIVINA COMEDIA, ilustrada con 110 composiciones de Flaxman. Un tomo de 600 páginas, en couché, ricamente encuadernado. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

LAS MIL Y UNA NOCHES. Edición de gran lujo con láminas en colores y en negro. Dos tomos ricamente encuadernados. Al contado, 45 pesetas. A plazos, 52,50.

FÁBULAS DE ESOPHO. Lujosa edición, profusamente ilustrada. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 23.

Precio de la colección completa: al contado, 115 pesetas. A plazos, 133. Primer plazo, ptas. 25; los doce restantes a 9 ptas. mensuales.

Por separado

LA DIVINA COMEDIA. Primer plazo, pesetas 9, y los dos restantes a 7 pesetas mensuales. - **LAS MIL Y UNA NOCHES**. Primer plazo, 12,50 pesetas, y los cinco restantes a 8 pesetas mensuales.

XI. - OBRAS COMPLETAS DEL DUQUE DE RIVAS

Edición de lujo ilustrada con dibujos de Pellicer y Apeles Mestres. Dos tomos encuadernados con planchas alegóricas. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 35. Primer plazo, pesetas 12,50, y los tres restantes a 7,50 pesetas mensuales.

XII. - BIBLIOTECA DE GEOGRAFIA PINTORESCA

Constituída por los siguientes volúmenes bellamente encuadernados:

EL HOMBRE Y EL ANIMAL, de A. Mangin, profusamente ilustrada. Al contado, 13 pesetas. A plazos, 15.

LAS RAZAS HUMANAS, de F. Ratzel. Dos abultados tomos. Al contado, 35 pesetas. A plazos, 40.

AMÉRICA PINTORESCA. Viajes de los más famosos exploradores modernos. Magníficas ilustraciones. Al contado, 25 ptas. A plazos, 28.

ÁFRICA PINTORESCA. Región de los GRANDES LAGOS, por V. Giraud, y **EL CONGO**, por M. Westermarck. Al contado, 15 pesetas. A plazos, 17.

Precio de la colección completa: al contado, 88 ptas. A plazos, 100.
Primer plazo, ptas. 15, y los diez restantes a ptas. 8,50 mensuales.

XIII. - EL MANUSCRITO DE UNA MADRE

Famosa novela de E. Pérez Escrich, en 4 tomos encuadernados. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 46. Primer plazo, pesetas 11, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

XIV. - BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Serie primera

Contiene las obras que constituyen las Bibliotecas histórica, de las grandes creaciones literarias, de biografías íntimas, novelas contemporáneas hispánicas y extranjeras, obras poéticas, viajes, obras cervánticas, morales y de ciencia recreativa. Véase secciones XVI a XXIII. Ochenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 720 pesetas. A plazos, 850. Al contado, cada volumen, pesetas 10. Toda la serie a plazos: primer plazo, 44 pesetas, y los veintiséis restantes a 31 pesetas mensuales.

XV. - BIBLIOTECA DE SALON

Constituída por 40 volúmenes escogidos, a gusto del cliente, de las bibliotecas de biografías íntimas, novelas contemporáneas, obras poéticas, de viajes y cervánticas, que se indican en los lotes XVI a XXIII. Cuarenta volúmenes, bellamente ilustrados y encuadernados. Al contado, 360 pesetas. A plazos, 430. Al contado, cada volumen, 10 pesetas. A plazos: primer plazo, pesetas 34, y los veintidós restantes a pesetas 18 mensuales.

XVI. - BIBLIOTECA HISTÓRICA

Constituída por las siguientes obras ricamente ilustradas:

HISTORIA DE LOS GRIEGOS, de V. Duruy. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA DE LAS CREENCIAS, de F. Nicolay. Tres tomos. Al contado, 30 pesetas. A plazos, 36.

HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS, de F. de Pabanó. Al contado, 10 pesetas. A plazos, 12.

LA CIVILIZACIÓN DE LA INDIA, de G. Le Bon. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas. A plazos, 24.

HISTORIA DE AMÉRICA, por José Coroleu. Cuatro tomos. Al contado, 40 pesetas. A plazos, 48.

La Biblioteca completa. Al contado, 130 pesetas. A plazos, 156. Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVII. - LAS GRANDES CREACIONES LITERARIAS

Colección constituída por las siguientes obras ilustradas:

LA VIDA NUEVA, de Dante, traducción de L. C. Viada y Lluch. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS LUSIADAS, de Camoens, traducción de Luís de Tapia. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FAUSTO, de Goethe, traducción de T. Llorente. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ROBINSON CRUSOE, de Daniel de Foe. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS POÉTICAS DE HEINE, versión de J. P. Rivas. - Al contado 10 pesetas; a plazos, 12.

GIL BLAS DE SANTILLANA, de Lesage, traducción del P. Isla, 2 tomos. - Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

PABLO Y VIRGINIA, de B. de Saint-Pierre. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CALENDAL, de Federico Mistral. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CARMEN, de Próspero Merimée. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS CREACIONES DE SCHILLER. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

JOCELYN, de A. de Lamartine. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 130 pesetas; a plazos, 156. - Doce plazos mensuales a 13 pesetas cada uno.

XVIII. - BIBLIOTECA DE BIOGRAFÍAS ÍNTIMAS

Constituída por los siguientes volúmenes:

OLIVERIO CRÓMVELL; su vida y su carácter. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

JORGE WASHINGTON. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ABRAHAM LINCOLN, íntimo. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

TOMÁS A. EDISON. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NAPOLEÓN II (L'Aiglon). — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

ISABEL II, íntima. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La colección completa: al contado, 60 pesetas; a plazos, 72. — Ocho plazos mensuales de 9 pesetas cada uno.

XIX. — LA NOVELA CONTEMPORANEA ILUSTRADA

Constituída por las siguientes novelas escogidas:

A. — Autores hispánicos

DEUDA DEL CORAZÓN, de José de Selgas, dos tomos. — Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

SI YO FUERA RICO, por Luís Mariano de Larra. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL CALVARIO, por Francisco Acebal. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

DON PERFECTO, novela argentina de C. M. Ocantos. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, de Martz. Zubiría (Hugo Wast). — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOLEDAD, de Víctor Catalá. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

SOR CLEMENCIA, de E. Pérez Escrich. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PEQUEÑOS ENAMORADOS, de Carlos Frontaura. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL ÍDOLO, de E. García Ladevese. — Al contado, 10 pesetas, a plazos, 12.

PARA ELLAS, de Adela S. Cantos de Escobar. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. — Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

B. — Obras poéticas

ECOS DE LAS MONTAÑAS, de J. Zorrilla, ilustraciones de Doré. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

OBRAS ESCOGIDAS, de Ventura de la Vega, dos tomos. - Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

La serie completa: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. - Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a pesetas 7 mensuales.

C. - Autores extranjeros

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES, de Maeterlinch. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA ABUELA, de Eugenia Marlitt. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SEGUNDA ESPOSA, de Eugenia Marlitt. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL VUELO DE UN ÁGUILA, de Ethel M. Dell. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

EL HOMBRE FANTASMA, de G. de Teramon. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

NOVELAS CORTAS, de E. de Amicis. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VALENTINA, de E. C. Price. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LUZ Y SOMBRAS, de Bulwer Lytton. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

COLOMBA, de P. Merimée. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

FRANCISCO EL EXPÓSITO, de J. Sand. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Y EL AMOR DISPONE, de Matilde Alanic. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 110 pesetas; a plazos, 132. - Doce plazos mensuales a 11 pesetas cada uno.

XX. - BIBLIOTECA DE VIAJES

Constituída por los siguientes volúmenes, profusamente ilustrados:

EN EL CORAZÓN DE ASIA. A través del Tíbet, por Sven Hedin. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS, por E. Aubin. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CHINA. Dos años en la ciudad prohibida, por la princesa Der Ling. - Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA SOCIEDAD JAPONESA, por A. Bellessort. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA VIDA EN LA AMÉRICA DEL NORTE, por P. de Roussiers. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

La serie completa: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. — El primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXI. — OBRAS CERVANTICAS

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES, por M. S. Oliver. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LAS MUJERES DE CERVANTES, por J. Sánchez Rojas. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES, por J. Montalvo. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los tres volúmenes: al contado, 30 pesetas; a plazos, 36. — Primer plazo, pesetas 8, y los cuatro restantes a 7 pesetas mensuales.

XXII. — OBRAS MORALES

LIBRO DE ORO DE LA VIDA, por L. C. Viada y Lluch. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LOS PECADOS CAPITALES, por L. C. Viada y Lluch. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

VIDA DE LA VIRGEN, por la Ven. Sor María de Agreda. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

LA MUJER Y EL TRABAJO, por Oliva Schreiner. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

MODO DE SER FELIZ EN EL MATRIMONIO, trad. de J. P. Rivas. — Al contado, 10 pesetas; a plazos, 12.

Los cinco volúmenes: al contado, 50 pesetas; a plazos, 60. — Primer plazo, pesetas 11, y los siete restantes a 7 pesetas mensuales.

XXIII. — CIENCIA RECREATIVA

Obras profusamente ilustradas

ASTRONOMÍA POPULAR. Descripción general del cielo. Dos tomos. Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

LA ATMÓSFERA. Grandes fenómenos de la naturaleza, por Flammarion. Dos tomos. — Al contado, 20 pesetas; a plazos, 24.

Los cuatro volúmenes: al contado, 40 pesetas; a plazos, 48. — Primer plazo, 13 pesetas, y los cinco restantes a 7 pesetas mensuales.

IMPORTANTE. — Pueden formarse, a gusto del cliente, lotes especiales de 6 a 10 volúmenes, a escoger entre los de las secciones XVI a XXIII. Al contado, a razón de 10 pesetas volumen. A plazos, a razón de 12 pesetas volumen.

De 6 a 20 volúmenes pagaderos a plazos mensuales de 12 pesetas. De 21 a 40 volúmenes, pagaderos a plazos mensuales de 18 pesetas.

Pueden también adquirirse sueltas las obras expresadas en este Catálogo, por los precios al contado y a plazos que se indican. En este caso, la distribución de los plazos se establecerá de común acuerdo entre el agente y el comprador.

OBRAS NUEVAS

DICCIONARIO DE MEDICINA PRÁCTICA

publicado en inglés bajo la dirección de los doctores SIR MALCOM MORRIS, FEDERICO LANGMEAD y GORDON M. HOLMES. — Versión española revisada y anotada por los doctores D. J. M. BELLIDO y D. SANTIAGO PI SUÑER, catedráticos de Medicina, con un prólogo del doctor D. AUGUSTO PI SUÑER, catedrático de la Facultad de Barcelona.

Dos voluminosos tomos ilustrados con gran número de láminas en negro y en tricromía, además de los grabados intercalados en el texto.

NARRACIONES MITOLÓGICAS

POR PAOLA FUMAGALLI

ILUSTRACIONES DE A. MORONI. — CROMOTIPIAS DE R. CAPMANY

UN TOMO 7,50 PESETAS



INSTYTUT
BADAŃ LITERACKICH I TAN
BIBLIOTEKA
00-330 Warszawa, ul. Nowy Świat 76
Tel. 26-68-60

